

MANUEL MARTINEZ, EDITOR.

LOS CACOS.

Su historia, sus hechos,
tretas de que se valen para llevar á cabo sus robos y estafas,
y precauciones que deben adoptarse para no ser víctima
de sus fechorías.

Con una relacion detallada de sus principales nombres,
como Enterradores, Timadores, Tomadores,
Falsificadores, del Bicho, Espodistas, Minadores, Já y Esparrá, del
Atraco, los Peristas, los Dronistas, del Descuido,
Rancho y Gancho, etc., etc.

CUADROS COPIADOS DEL NATURAL

POR

DON JULIAN CASTELLANOS.

PRECIO: DOS PESETAS.

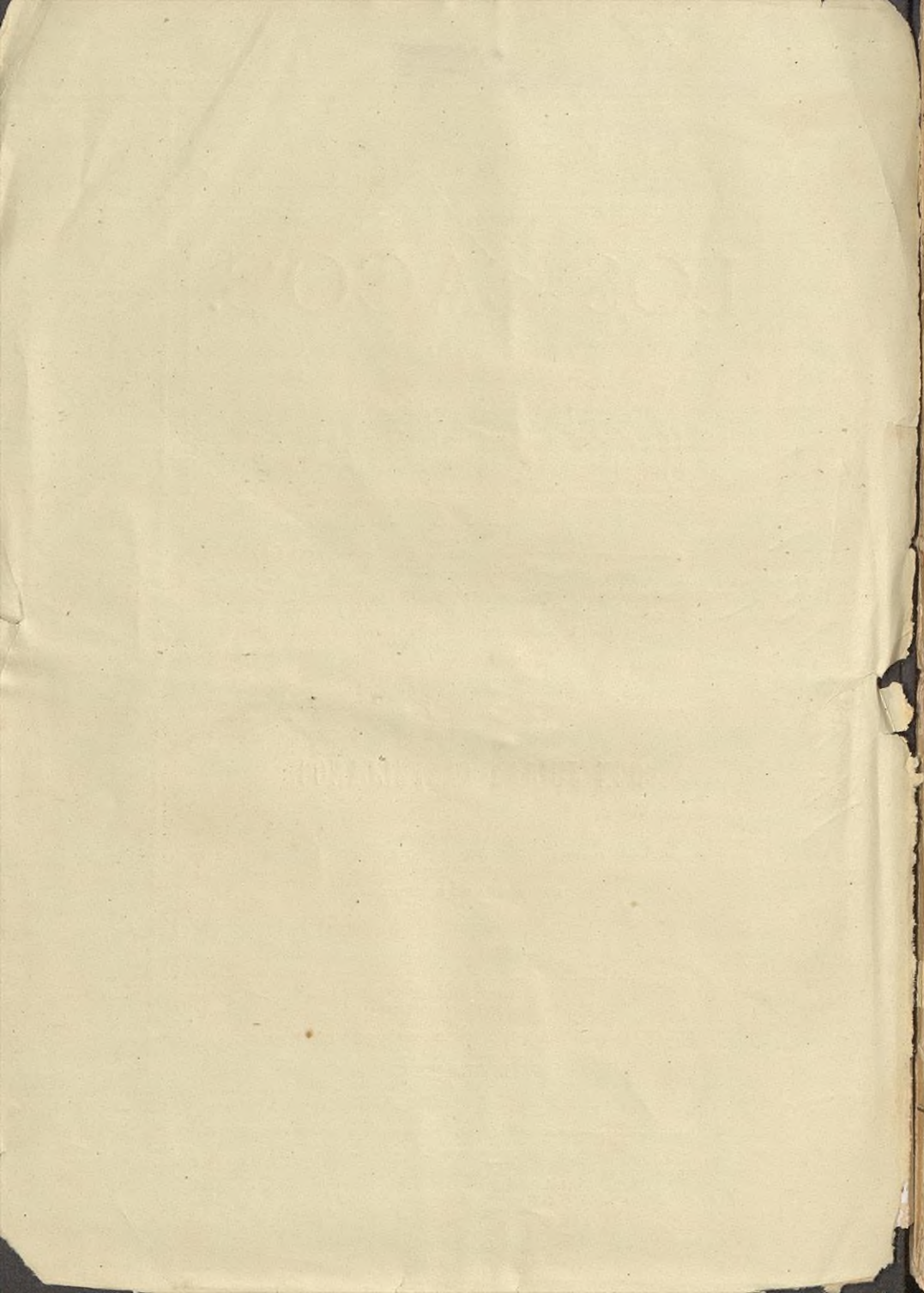
ADMINISTRACION:

CALLE DEL MESON DE PAREDES, NÚM. 100.

MADRID.

19.989
787
686.61

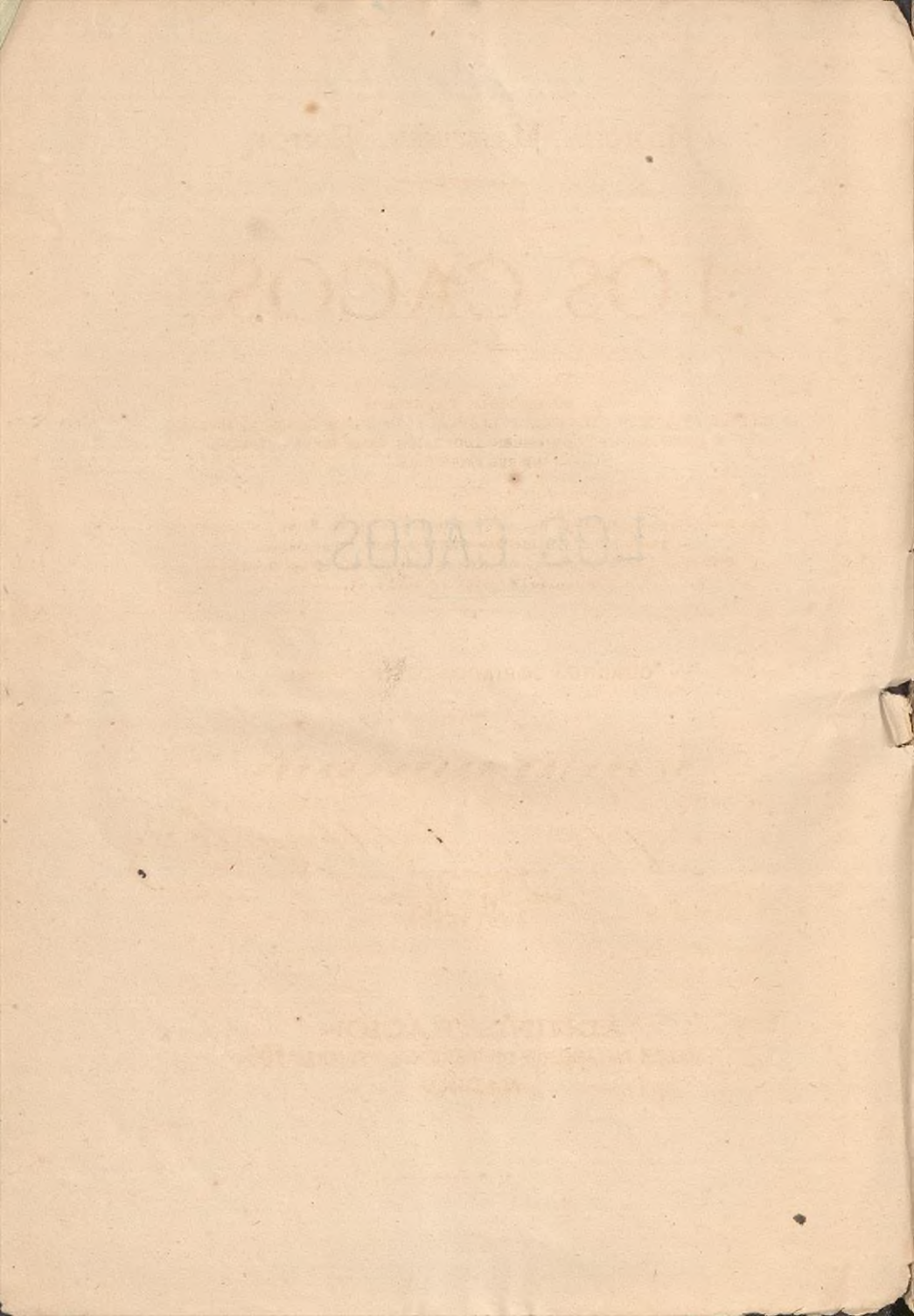
3364



47-837

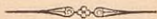
29-6^a (bis)

LOS CACOS.



3367

MANUEL MARTINEZ, EDITOR.



LOS CACOS.

SU HISTORIA, SUS HECHOS,
TRETAS DE QUE SE VALEN PARA LLEVAR Á CABO SUS ROBOS Y ESTAFAS,
Y PRECAUCIONES QUE DEBEN ADOPTARSE PARA NO SER VÍCTIMA
DE SUS FECHORÍAS.

Con una relacion detallada de sus principales nombres, como Enterradores,
Timadores, Falsificadores, del Bicheo, Espadistas,
Minadores, Jú y Esparrú, del Atraco, los Peristas, los Dronistas,
del Descuido, Rancho y Gancho, etc. etc.

CUADROS COPIADOS DEL NATURAL

POR

D. JULIAN CASTELLANOS.

Manuel Martinez


ADMINISTRACION:
CALLE DEL MESON DE PAREDES, NÚMERO 100.
MADRID.

MANUEL MARTINEZ, EDITOR.

Ref. p. p. 248. H. 30

Esta obra es propiedad de don Manuel Martínez, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni reproducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL LECTOR.

No pasa un día sin que la prensa periódica nos denuncie algún mal hecho llevado á cabo por los infatigables discípulos de Caco, dispuestos siempre á apropiarse lo ageno contra la voluntad de su dueño. Su accion se extiende á todas partes, y como dice la prensa extranjera ocupándose de nosotros: «El nivel de la moralidad continúa descendiendo hasta el punto de hacer buenos aquellos tiempos en que se decía que la demagogia andaba suelta en España. Los robos particulares son diarios y numerosos, verificándose algunos en pleno día, disfrazándose los ladrones con trajes religiosos; robanse las diligencias y los trenes, las cajas de las empresas, como la del gas, y hasta la de las dependencias militares: falsificanse las monedas, las cartas de comercio, los billetes del Banco, los sellos de correos y los marchamos de las Aduanas.

»Todo esto sucede en Madrid, donde se pagan,
»además de dos mil guardias del cuerpo de Orden
»público, un enjambre de guardias municipales,
»serenos, etcétera, etcétera».

¡Amargas y desconsoladoras verdades que nos avergüenzan y sonrojan!

La audacia de los ladrones sigue en progresion ascendente: el ministerio de Fomento ha sido robado, y hasta el excelentísimo señor ministro de la guerra ha visto desaparecer el reloj del bolsillo de su chaleco en estos últimos meses; de manera que no nos extraña que los cacos sean hoy, más que nunca, la preocupacion y el terror de todas las clases sociales.

Buena prueba de esta verdad es el medio escogitado por un comerciante poniendo en los cristales de su establecimiento el anuncio siguiente, que hemos leído con verdadera pena, en una tienda de la Plaza de Santo Domingo: *Se advierte al que trate de robar, por cuarta vez este escaparate, que en el momento que meta la mano caerá un magnífico barrote de hierro y le romperá el brazo.*

Imposible les parecerá á muchos que en una época como la presente, en que los gobiernos disponen de más elementos y más recursos que nun-

ca para aniquilar á los malhechores, estos hagan sentir, de una manera tan terrible, el peso de sus fechorías.

El aumento dado al cuerpo de Orden público y á la policía en general, cuyo presupuesto asciende á una suma á que no llegó hasta ahora en nuestra pátria, debería ser suficiente garantía de seguridad para las gentes honradas.

Pero como esto no es así; como los robos se suceden con una frecuencia aterradora, no siendo habidos sus autores en la mayor parte de los casos; de aquí la extrañeza de los que no conocen á fondo las verdaderas causas que hacen ineficaces tantos medios de accion y estériles tantos desembolsos.

Hace algunos años que el autor de estas líneas desempeñaba el cargo de Jefe del personal en el Gobierno civil de esta provincia. Entonces pudo apreciar hasta en los más pequeños detalles la viciosa organizacion del cuerpo de vigilancia y seguridad pública; y viendo tambien desfilar ante sus ojos á multitud de cacos de todas clases y gerarquías, conoció sus tretas, estudiándolas de un modo curioso y detenido.

Por esta razon, y creyendo hacer una cosa útil, concibió el pensamiento de escribir este libro, para

lo que reunió, sobre la materia, una copia tan numerosa como escogida de datos, cuya novedad no podrá menos de entretener y prevenir al lector en el curso de esta obra.

Consignadas, pues, estas aclaraciones necesarias, á nuestro juicio, vamos á desarrollar ante los ojos de nuestros lectores una coleccion de cuadros que, aunque vestidos con el abigarrado ropaje de la novela, para prestarles nuevos atractivos, no son más que verdaderas historias.

En ellos se conocerán como actores muchas personas que han sido, por su desgracia, víctimas de los rateros.

Este libro, ya que no tenga otra cosa, tendrá de seguro el calor y la vida que presta siempre el natural, cuando es copiado á conciencia por el artista.

Así, pues, desde los *enterradores*, *timadores*, *falsificadores*, *los del bicheo*, *jú y esparrú*, *del atraco* y *los peristas* que forman la aristocracia, la crema del robo; hasta los *dronistas*, *del descuido*, *rancha* y *el gancho*, que son el cuarto estado de esta escogida *troupe*; tendrán cabida en este libro, consignando las tretas de que se valen, el favor con que cuentan para conseguir sus fines y los me-

dios que con más eficacia debèn ser empleados para hacer que fracasen sus criminales intentos.

De esta manera, nuestro libro unirá lo útil á lo agradable, y previniendo á las personas honradas, haciendolas conocer la manera de obrar de los ca-
cos, evitará de seguro que muchas caigan en sus
redes y sean víctimas de sus reprobadas artes.

LOS CACOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

La guardilla.

En una de esas hermosas tardes de Primavera, poéticas y apacibles, escondía el sol su cansada frente tras los montes lejanos, matizando con sus últimos rayos las copas de los árboles.

La brisa vagaba llena del perfume de las flores que esmaltan la pradera, y los pájaros, escondidos en los frondosos álamos que ornan las riberas del tísico Manzanares, cantaban su himno de despedida al espirante día.

Todo era bello, todo hermoso en tan encantado panorama, donde parecía que la pródiga naturaleza, al arrojar de sí la pesada capa de hielo con que el aterido invierno la envolvió, se mostraba más risueña, más deslumbrante, engalanada con el nuevo manto de flores y verdura con que la vestía la alegre Primavera.

Pero apartemos los ojos de tan hermoso cuadro, y veamos lo que sucede á esa hora en que todo respira felicidad y vida en una pequeña guardilla de la casa número... de la calle de la Ballesta.

Junto á una raquítica ventada, sobre una estrecha mesa de pino, sentado en una desvencijada silla, se encuentra un jóven, como de veinte años, pálido, de negros y rizados cabellos, de ojos rasgados y ardientes, escribiendo con una agitacion febril.

De cuando en cuando vuelve la vista al interior de la estancia, en donde sobre un miserable jergon se vé tendido un bulto de humanas formas, escondido completamente bajo los pliegues de una manta súa y remendada.

La noche empezaba á cerrar y el jóven tuvo que suspender su tarea por falta de luz.

Dos lágrimas ardientes surcaron sus pálidas y descarnadas mejillas.

—No he concluido: me falta una hora de trabajo y no tengo luz. El día muere y me veo imposibilitado de terminar esta copia, con cuyo producto tomaría alimentos para mi pobre madre, que no ha comido nada desde anoche. ¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer? Llevo trabajando desde que amaneció y estoy mareado: ¡Es verdad, no he tomado nada en todo el día!

¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

—Juan,—dijo con voz débil la enferma,—deja de trabajar, hijo mio; ya no se vé.

—Es cierto, madre; pero tengo necesidad de terminar esta copia, y...

—No tenemos luz. ¿Es verdad?

—¡Si madre!

—Ya lo comprendo: anoche encendiste varias veces con motivo de mis vómitos, y se ha concluido la vela.

—Si señora; pero no desmayemos por eso, voy á ver si los vecinos me prestan para comprar otra; y el jóven, arrasados los ojos de lágrimas, salió de la guardilla.

—¡Pobre hijo mio, cuánto padece! ¡Con cuánta resignacion arrostra los sufrimientos que nuestro desgraciado estado nos hace pasar!

El, criado entre la opulencia y la abundancia, expuesto á implorar la caridad pública, y todo, todo por mí; pero afortunadamente no le daré que hacer mucho tiempo, la vida me abandona por instantes, y...

La anciana no pudo continuar, una tos seca y constante, despues de la cual arrojó algunas bacanadas de sangre, se lo impidieron. y cayó desplomada sobre el cabezal. La guardilla, en vuelta en la más densa oscuridad, quedó sumida en un completo silencio.

Una hora despues la puerta giró sobre sus goznes, y Juan penetró de nuevo en la estancia, su madre, repuesta en parte del anterior ataque, le pregunta con voz débil:

—¿Juan, no traes luz, hijo mio?

—No señora: he recorrido todos los cuartos, pero en vano.

En casa del Sr. Andrés, ese honrado albañil que ocupa el tercer piso, se mira anegada en llanto toda la familia; el pobre se cayó del andamio en que se hallaba trabajando y se encuentra en el hospital gravemente herido.

Desde aquel dia su mujer y sus hijos, careciendo del jornal, único recurso para atender á sus necesidades, han vendido hasta los muebles más precisos para alimentarse, y además de esto hoy les arrojan á la calle porque el casero les ha exigido el alquiler del cuarto y no le pueden pagar, reducidos como se encuentran al último extremo.

—¡Desgraciados!

—Al ver tan desolador espectáculo me retiré y acudí al cuarto segundo: allí hirió mi vista un cuadro tan desgarrador como el primero.

La señora del memorialista, que se encuentra establecido en el portal, ese pobre caballero que después de haber estado sirviendo dignamente por largos años su destino quedó cesante en uno de los trastornos políticos pasados, pero sin derecho á percibir haber ninguno; se encontraba abrazada á su hijo Manuel; ese jóven cajista, que es el sostén de la casa, regando con sus lágrimas su semblante; es soldado del último sorteo y como su padre no ha cumplido todavía la edad que la ley exige para poder eximir al hijo, y no se encuentra impedido de trabajar, por más que por su poco favor ó por su desgracia no consiga proporcionarse nada, le arrancan de su lado, y hoy parte á incorporarse á su regimiento.

—¡Podre madre! la ley la priva de su hijo, bien puede llorar y abrazarle porque quizás sea por la última vez.

—Dejé en silencio aquella casa y descendí al cuarto principal que habita ese banquero que hace poco llegó de la Habana sin que nadie sepa su origen, pero á quien todos adulan por el dinero que desparrama.

Allí mi vista se deslumbró: en celebridad de que el gobierno le ha concedido la Gran Cruz de Carlos III, en recompensa del servicio que hizo de negociar ese empréstito, que por lo desventajoso tanto ha criticado la prensa, una elegantísima mesa, adornada de ramilletes y de multitud de botellas, se encuentra colocada en el centro de un salon colgado de riquísimo damasco.

Una turba de damas y caballeros, ataviados con un lujo deslumbrador, hablaban, bebían, reían embriagados de felicidad. Las dulces armonías de un piano se mezclaban al ruido de las copas en donde hervían espumosos licores,

y resplandecientes candelabros de plata mostraban profusion de luces, que se multiplicaban reflejándose en las anchurosas lunas de los espejos que adornan tan suntuosa estancia.

Los criados, al verme, me preguntaron con insolente tono qué quería: yo, ensimismado, llena mi imaginacion de un mar de encontradas ideas, no pude responder y me arrojaron de la casa.

—¡Pobre hijo mio!

—Y ahora, ¿qué hacer, madre? Esa copia que no puedo concluir por falta de luz era el único recurso que nos quedaba para tomar hoy algun alimento.

En casa de ese rico banquero consumen multitud de bugías para solemnizar esa gracia que ha recibido, y nosotros no podemos desayunarnos por no tener con qué comprar una vela para terminar ese trabajo.

¡Dios mio! ¡Dios mio! esto es insoportable, ¡la muerte es preferible cien veces á esta situacion desesperada!

—¡Juan! vuelve en tí, hijo mio; Dios lo quiere así; acata con sumision su divina voluntad; no te olvides nunca de que el cielo jamás abandona á las personas honradas; no pierdas nunca de la memoria las máximas que procuró grabar en tu corazon tu desgraciado padre.

—Si, madre mia; yo he apurado hasta las heces la copa del sufrimiento; yo he ahogado dentro de mi jóven y fogoso corazon la voz del orgullo y de las pasiones; yo he borrado de mi mente el recuerdo de que en épocas no lejanas viviamos en la opulencia, y de que multitud de personas nos ofrecían á porfía su amistad; personas que, cuando preso y mi buen padre, reducidos á la estrechez, tuve que abandonar mis estudios y dedicarme á ganar con que alimentarnos, nos han abandonado; todo lo he borrado de mi imaginacion; la opulencia en que nací, el desprecio de esos falsos amigos; todo, por que

me creía feliz con poder, á costa de mi trabajo, sostenernos; pero ahora, cuando os veo enferma, cuando miro que despues de estar trabajando desde el alba no puedo, por falta de recursos, proporcionarme una luz con que terminar mi tarea y recojer mi fruto, cuando miro que en esa casa se consumen multitud de bugías por satisfacer un capricho, y que mientras ellos se embriagan entre un mar de delicias, nosotros nos morimos de hambre, no sé explicarme lo que siento, una nube negra cruza por mis ojos, y máldigo la sociedad que abandona tan inhumanamente á sus hijos.

—No te entregues á la desesperacion, hijo mio; ten paciencia: Dios trata muchas veces de probar los corazones, pero nunca abandona á los que, buenos, siguen siempre la senda de la virtud. La vida es una cadena de sufrimientos y en cualquier posicion que la persona se encuentre, desde la más opulenta hasta la más miserable, siempre siente en su corazon un vacío. La felicidad verdadera no existe, es un fantasma, una sombra que se desvanece cuando nos creemos más próximos á asirla; la única felicidad verdadera es la que siente el corazon al recuerdo de las acciones buenas. La vida es una cadena de sufrimientos y la religion es el bálsamo santo que fortalece nuestro espíritu y cicatriza las heridas que los desengaños y las desgracias dejan en nuestra alma.

—¡Es verdad, madre mia, es verdad!

—Así, Juan, hijo mio, arrodíllate y oremos; Dios escuchará nuestras preces y se compadecerá de nosotros.

El jóven se arrodilló á la cabecera del lecho de su madre, y vertiendo abundantes lágrimas, se puso á orar.

Despues, más consolado y fortalecido, besó á la anciana en la frente y con resuelto paso salió de la estancia diciendo:

—Dios no abandona jamás á sus hijos en el infortunio y en la miseria, cuida hasta de los pajarillos, y su bondad se extiende sobre toda la tierra.

La oracion habia evaporado de su corazon el último sople de orgullo, y dispuesto á toda clase de sacrificios salía resuelto á implorar la caridad pública.

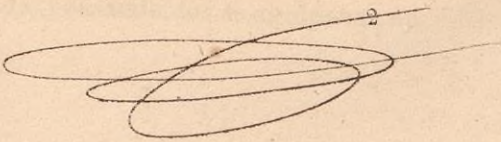
II. CACOS.

Al. Cacos.



La oracion habia evaporado de su corazon el último sople de orgullo, y dispuesto á toda clase de sacrificios salía resuelto á implorar la caridad pública.

La oracion habia evaporado de su corazon el último sople de orgullo, y dispuesto á toda clase de sacrificios salía resuelto á implorar la caridad pública.



CAPÍTULO II.

Al descuido.

Conócense entre los aficionados á lo ageno, con la denominacion que sirve de epígrafe á este capítulo, á los que se dedican á robar las telas, prendas ú objetos que ponen de muestra los comerciantes; los abrigos ó pieles que se llevan en los coches y los sombreros y bastones que se dejan en las mesas ó divanes de los cafés, próximos á las puertas ó ventanas.

Como su denominacion lo dice claramente, aprovechan el descuido de las personas para ejercer su reprobada industria.

La inmensa mayoría de estos rateros son chicos de poca edad y van siempre en parejas, con el fin de que el objeto robado por uno pase inmediatamente á manos del otro, que huye siempre en direccion distinta que el autor

del delito, para de esta manera eludir mejor la persecucion.

Son las once de la noche: Juan se ha colocado en una de las esquinas que de la calle de Sevilla dan á la de Alcalá, dispuesto á pedir limosna.

Várias veces ha extendido su mano en ademan suplicante, pero sus lábios se negaban á pronunciar una palabra con que dar á comprender su deseo.

El jóven, animado por la oracion, había salido resuelto á aquella última prueba sin contar conque su corazon desmayaría en el momento crítico.

Aquel sacrificio era superior á sus fuerzas; pero el recuerdo del estado en que quedaba su madre le animó, y tendiendo como movido por un resorte su mano exclamó con voz débil á un caballero que pasaba:—¡Una limosna por Dios!

Su súplica quedó sin contestacion alguna.

Las lágrimas se agolparon á los ojos del jóven y lloró amargamente.

Desde el punto en que se encontraba se descubría el interior del café Suizo, en cuyos salones, profusamente iluminados, hablaban y bebían alegremente una multitud de jóvenes, galanteando á hermosas mujeres de rostros angelicales.

Juan mira con ávidos ojos aquellos seres que, jóvenes como él, se entregan á los placeres con tanta efusion desparramando el dinero, mientras él se veía en la necesidad de pedir una limosna para poder proporcionarse una luz conque terminar su trabajo.

A la vista de tan excitante como encantadora escena el orgullo y la virtud luchan en su corazon.

Un mar de encontrados pensamientos se agolpaban en

monton á su calenturienta mente, haciéndole vagar en regiones hasta entonces para él desconocidas, y nuevos deseos sentía germinar en su alma.

Entregado á estos pensamientos ve cruzar ante sus ojos una mujer de peregrina hermosura, que al pasar á su lado, impregnando el ambiente de delicado aroma, le mira sonriendo y modula á su oído con una voz, más excitante que el canto de una sirena, un ¡*adios!* dulcísimo, y pasa rápida como una ilusión volviendo de cuando en cuando su rostro, animado de una encantadora sonrisa.

Juan se siente arrastrado por un sentimiento que desconocía hácia aquella mágica aparición: en su inocente pecho ha empezado á germinar el amor, ese sentimiento misterioso que se abriga en todos los seres. El pobre joven ha visto un ángel de ventura en quien solo es una despreciable meretriz.

Una de esas flores tempranas agostadas en la primavera de la vida por el cierzo del vicio y de las pasiones.

Uno de esos ángeles caídos que arrastran por el lodo inmundo sus alas de colores vivísimos.

Pero Juan, entusiasmado, contempla desaparecer aquella hada celestial sin poder moverse del sitio en que se encuentra, hasta que le saca de su arrobamiento una mano que cual un garfio de hierro ase su brazo.

Entonces vuelve en sí y se ve en medio de un ancho círculo de curiosos que le rodean, con rostros iracundos y amenazadores, y escucha á uno de ellos, que mostrando en su mano un blanco pañuelo de batista decía con voz colérica, dirigiéndose á dos agentes de policía:

—Este, éste miserable es el cómplice del ratero que ha escapado.

La cosa había sucedido de la manera siguiente: En uno de los veladores del Suizo, inmediato á las ventanas

que dan á la calle de Sevilla, encontrábanse dos caballeros y dos señoras conversando alegremente.

Una de las señoras había dejado sobre su falda un elegante manguito de piel de Marta, dentro del cual se encontraba un pañuelo blanco.

Cuando la conversacion era más animada, un muchacho, como de doce años, que observaba disimuladamente á los interlocutores desde la puerta de la perfumería que existe enfrente del café, cruzó la calle, rápido como el relámpago, y metiendo el brazo por la ventana arrebató el manguito de pieles de la falda de la señora, saliendo disparado como una flecha en direccion á la calle de Peligros.

La señora lanzó un grito, sorprendida por la agresion, y los caballeros salieron precipitadamente del café gritando: ¡al ratero! ¡al ratero!

Este, al pasar, dejó caer á los piés de Juan, casual ó intencionadamente, el pañuelo que iba dentro de la prenda robada, y este fué el motivo porque las personas que salieron en su persecucion tomaron á nuestro pobre jóven por cómplice de aquel miserable que, diestro en arrostrar tales percances, se puso bien pronto á salvo.

Entre tanto Juan, asido por los agentes de la autoridad que vieron en su azoramiento una prueba clara de su delito, negándose á escuchar sus excusas, fué arrastrado á la prevencion.

CAPÍTULO III.

Una historia de lágrimas.

Para la mejor inteligencia de los hechos vamos á poner á nuestros lectores al corriente de la historia de la familia de Juan.

Para ello es necesario que retrocedamos algunos años y nos traslademos á Cádiz, á esa ciudad encantadora cuyos piés besan eternamente las olas del mar, arrullándola con sus mugidos y en cuyo seno se ha medido siempre la cuna de nuestras libertades.

Diez y seis años ántes de principiár la accion de nuestra novela vivian en la citada poblacion con sus respectivas familias, don Antonio Pagés y don José Aguirre, entre los cuales mediaba una de esas amistades que parecen eternas y que hacen de dos amigos dos hermanos.

Don Antonio y don José congeniaban de tal manera,

se trataban con una intimidación tal, que no tenían secretos el uno para el otro.

Las dos familias podía decirse que formaban una sola.

Don Antonio era dueño de una fortuna regular, adquirida en el comercio, siendo su establecimiento uno de los más acreditados de la población.

Su esposa había muerto dejándole dos hijos, un varón y una hembra.

Su amigo era empleado público, desempeñando hacía ya cerca de veinte años el destino de cajero en la Tesorería de provincia, siendo considerado como un modelo de probidad y de honradez.

Casado también, tenía tres hijos varones, el mayor de los cuales, que contaba entonces diez y nueve años, encontraba en Madrid siguiendo la carrera de leyes.

Una mañana Pagés se presentó en la Tesorería en busca de su amigo.

—¿Te ocurre algo, Antonio?—preguntó sobresaltado don José al ver al comerciante en su despacho, cosa que no tenía por costumbre.

—Sí, Pepe,—replicó el interpelado con acento conmovido.—Me encuentro en un compromiso del cual tú solo puedes salvarme.

Hace siete días recibí por el correo este aviso de mi corresponsal de Marsella, en que me participaba haber librado contra mí dos letras por valor de doce mil duros, pagaderas á ocho días vistas, y me encuentro en el apurado trance de que mañana cumplen y no tengo reunida la cantidad necesaria para recojerlas.

Al siguiente día de recibido el aviso las letras me fueron presentadas y las acepté, seguro de que podría cubrir esta obligación.

Pero mis esperanzas han salido fallidas.

Los créditos que tengo á mi favor no me ha sido posible

realizarlos, y mañana me veré obligado á dar una campañada que dará al traste con mi crédito y mi reputacion.

Antes que sufrir semejante vergüenza, ántes que ver perdidos en un dia mi honra y mi nombre, prefiero perder cien vidas que tuviera.

Tú eres más que mi amigo, mi hermano.

Tú me conoces á fondo y sabes que primero me daría la muerte que faltar á mis compromisos.

En este estado tristísimo me encuentro.

En esa disyuntiva terrible me veo colocado.

Yo tengo créditos á mi favor que ascienden á mucha mayor cantidad que la que representan esas dos letras giradas á mi cargo.

Yo podré tardar en realizarlos dos ó tres dias, pero como mañana es cuando yo necesito dinero, y mañana no puedo tenerlo, vengo á tí seguro de que conjurarás el peligro que me amenaza.

—Nadie mejor que tú,—replicó don José,—conoce mi posicion y mis recursos.

Veo lo terrible del caso en que te encuentras, y daría con gusto hasta la sangre de mis venas por sacarte del apuro en que te hallas.

Pero yo no soy rico, ya lo sabes.

Yo tengo algunos ahorros, pero esos no llegan, ni con mucho, á la cantidad de doce mil duros que deseas.

—No, no, Pepe; no necesito tanto.

No es toda esa suma la que me hace falta para salir como deseo del compromiso en que me encuentro.

Con las existencias que tengo en caja, con lo que espero recuadar hoy, y con algunas letras á mi favor que deben abonarme mañana, calculo que me será posible reunir de ocho á diez mil duros en efectivo, de manera que el resto hasta los doce mil será lo que necesite para poder cubrir esa obligacion.

—Pues mira, Antonio, si puedes reunir diez mil duros la situación varía por completo.

Mis ahorros ascienden á unos cuarenta mil reales.

Este es todo el dinero que poseo y que guardo por si mañana tengo la desgracia de quedar cesante, ó por si á mis hijos les toca la suerte de soldados.

Mientras eso llega, dispon de esa suma á tu antojo.

—No esperaba yo ménos de tí, José.

Seguro venía de encontrar al verdadero amigo, mejor dicho, al hermano.

Al día siguiente, apenas había puesto el honrado cajero los piés en la oficina, cuando recibió la siguiente carta de su amigo:

«QUERIDO PEPE:

»Por más esfuerzos que he hecho para allegar fondos no he podido reunir más que ocho mil duros.

»A las doce vendrán á cobrar las letras, de manera que ya conocerás lo terrible de mi posición.

»Si tu no me salvas, si tu no me envías los cuatro mil duros que necesito para cubrir toda la cantidad, estoy perdido, y ántes que protestar ninguna de las letras buscará en la boca de una pistola la manera de librarse de la deshonra que le amenaza, tu desgraciado amigo

ANTONIO.»

El cajero quedóse anonadado con la lectura de esta carta. Veiase puesto en una alternativa terrible.

El no tenía más que dos mil duros suyos, y para salvar á su amigo se necesitaban cuatro mil.

El no podía salvarle más que de una manera: echando mano del dinero que tenía en caja.

Su honradez se sublevó contra este pensamiento.

¿Tocar á un dinero que no le pertenecía? ¡Primero la muerte! Pero, ¿qué iba á ser de su amigo, de su hermano, si él no lo salvaba?

¿Qué iba á ser de sus inocentes hijos, si el padre se arrancaba la vida por evitar la deshonra?

Los acreedores se apoderarían de todo, y aquellas tiernas criaturas, nacidas y criadas en la abundancia, quedarían reducidas á la más espantosa miseria.

Y él sería la causa de todo.

El, que por un exceso de delicadeza, por un exagerado celo, no tomaba de la caja la suma necesaria, cuando estaba seguro de que su amigo podría devolverle aquel dinero á los dos ó tres días, que sería el tiempo que tardase en reunir fondos. Estos pensamientos, cruzándose en tropel en la mente del honrado cajero, le abismaron en una meditacion profunda. En su corazon luchaban el deber y la amistad.

Pero las horas pasaban, la lucha seguía, y don José, con la cabeza ardiendo, se encontraba abismado, indeciso, irresoluto.

Tres campanadas lentas sonaron entonces en el relój colocado enfrente de su mesa de despacho.

Don José alzóse de su asiento como impulsado por un resorte, y clavando su inquieta mirada en la esfera, exclamó aterrado:

—¡Cielos! ¡Los tres cuartos para las doce!

¡Oh, no, no vacilo más! ¡Corro á salvarle!... ¡Corro á salvarle.

Y tirando de una manera violenta de uno de los cajones de su mesa contó cuatro mil duros en billetes, los puso en su cartera y salió de la oficina con la velocidad de la flecha que parte del arco.

La amistad había triunfado sobre el deber.

Media hora más tarde las letras estaban pagadas, y don Antonio abrazaba á su amigo llamándole su salvador, su hermano, su Providencia.

—El nombre de amigo es muy comun, pero la fé muy rara,—dice un célebre escritor antiguo.

La amistad es una flor tan extraña en el dia, en que el egoismo y la ambicion lo invaden todo, lo monopolizan todo, que bien puede considerarse completamente feliz el que consigue encontrar en la vida un amigo verdadero.

Una mujer que le ame á uno con toda su alma, que no viva, que no sueñe, que no piense más que en uno, y un amigo de corazon que comprenda, que practique con religiosa escrupulosidad los deberes que la amistad santa, verdadera, impone, son casi imposibles de todo punto encontrar en la tierra.

El amor verdadero y la amistad verdadera son dos sentimientos tan santos, tan sublimes, tan grandes, que pertenecen más bien al cielo.

Por eso tocamos continuamente tantos desengaños.

Confundimos la amistad verdadera con la superficial, con la falsa, con esa que se engendra del trato de café y de la farsa social, y nos extrañamos luego de vernos engañados, de vernos vendidos.

¿Quién tiene la culpa de esto más que nosotros?

Si distinguiéramos bien al conocido del amigo; si prodigáramos ménos este nombre sagrado; si esperásemos á que el tiempo, las pruebas y la experiencia nos hiciesen conocer á fondo los sentimientos de la persona en quien queremos depositar nuestra amistad, los desengaños serían ménos, y no contaríamos tantas defecciones, tantas ingratitudes, como acíbaran los dias de nuestra vida.

Don José fué, pues, víctima tambien de una amistad de relumbron.

Él era verdadero amigo de don Antonio.

Le quería tanto como á un hermano, tanto como á sus mismos hijos, y la vida y hasta la honra arriesgaba gustoso por salvarle.

Pero don Antonio no era así.

Tenia un corazon egoista; era ántes que amigo comerciante, y con tal de conservar su crédito, con tal de no perder un átomo de la confianza que su casa inspiraba á sus corresponsales, hubiera sacrificado impasible al mundo entero.

Esto hizo, pues, con don José.

Sus negocios marchaban mal, tuvo necesidad, como vimos, de pagar unas letras y apeló á su amigo, abusando de su buena fé, engañándole con que de allí á dos ó tres dias se encontraría con fondos, cuando estaba completamente seguro de que no podría devolverle la cantidad que le prestaba.

El resultado de este inicuo modo de proceder se comprende fácilmente.

Acercábase el día en que los jefes de Hacienda, cumpliendo con lo que la ley les manda, debían proceder á celebrar arqueo de los fondos existentes en la caja de la provincia, y el honrado cajero, seguro de la probidad y buena fé de su falso amigo, le anunció una noche la necesidad de que le devolviese la cantidad que le prestara.

—¿Cuándo es el arqueo, Pepe?—Preguntó don Antonio.

—El sábado, á las doce.

—Pues bien; ántes de esa hora se encontrará el dinero en tu poder.

No se habló más de la cuestion y los dos amigos se separaron

A los dos dias circulaba por Cádiz una noticia que llenó de espanto á don José.

Decíase por todas partes que don Antonio Pagés se había presentado en concurso de acreedores, y que los créditos en contra de su casa ascendían á la respetable suma de ochenta mil duros.

Don José no dió en un principio crédito á la noticia, la calificó de calumniosa y se fué á la oficina sin cuidarse para nada de ella.

Tenía seguridad completa en su amigo, había estado de paseo con él la tarde anterior, como tenían de costumbre, y nada le había dicho; y don José, que confiaba á Pagés hasta sus pensamientos más íntimos y que creía merecer de su parte la misma confianza, estaba seguro de que él hubiera sido el primero en saber tan grave determinacion.

El honrado cajero juzgaba por su corazon el ageno y se engañaba lastimosamente.

Al llegar á la oficina, el suceso de la casa de su amigo se comentaba ya de tal manera, se daban sobre él tales detalles que don José se estremeció.

Decíase que en la relacion de acreedores contra la casa aparecia él por la cantidad de cuatro mil duros, y como él no había hablado con nadie de este asunto, y creía que solo él y su amigo estaban enterados de este préstamo, se alarmó de tal manera que se fué á verlo á fin de salir de dudas.

La realidad vino á poner de manifiesto ante sus ojos lo exacto de los rumores que no quería creer.

Don Antonio y sus hijos habían partido de Cádiz con direccion á Madrid en el tren de aquella misma mañana sin despedirse de nadie.

Lo que pasó por el alma de don José al conocer este suceso es imposible describirlo.

Un mundo de amargura inundó su corazón; sus sienas latieron con una velocidad terrible, y tuvo que apoyarse en la pared para no venir al suelo.

Su amigo le había engañado, le había deshonrado, le había perdido.

Los sacrificios de su vida de probidad, de economía, de honradez y de laboriosidad, habían sido completamente inútiles, y dentro de poco, cuando el arqueo se llevase á cabo, todo el mundo tendría derecho á señalar con el dedo, como á un miserable ladrón, á aquel hombre probo y honrado.

Estas ideas, agolpándose á la mente del desventurado cajero, sumieronle en una desesperación terrible.

Su cabeza era un volcán, el cual hubiera estallado inevitablemente si el recuerdo de sus hijos no prestara nuevo aliento á aquel hombre, para quien parecía no existir más medio que la muerte.

—¿Qué va á ser de ellos si me arranco la vida?

Mi pobre esposa, mis inocentes hijos van á verse reducidos á la última miseria si les falta mi amparo.

¡Oh! no, no; es preciso luchar hasta lo último, es necesario apurar hasta el último recurso.

Faltan cuatro días para el arqueo.

Antonio se ha ido á Madrid; áun tengo tiempo para correr en su busca, para pedirle, aunque sea de rodillas, que salve mi honra; que no consienta que me pierda y pierda á mis pobres hijos.

No hay tiempo que perder. Cada momento que pasa me asesina.

Partamos sin dilación en su busca.

Aquella misma tarde don José salió para Madrid sin revelar á su familia la desgracia en que se encontraban envueltos.

CAPÍTULO IV.

Un hombre de bien perdido.

Dos meses despues de estos sucesos tenía lugar una escena terrible.

Don José encontró á su amigo al dia siguiente de su llegada á Madrid y le echó en cara lo infame de su accion.

Don Antonio, fingiendo un arrepentimiento que no sentía, le ofreció entregarle el dinero á la mañana siguiente.

Esta promesa fué solo un recurso para ganar tiempo, pues cuando volvió don José á buscarle, don Antonio había desaparecido de la casa en que se hospedaba.

El infeliz cajero, al verse burlado de nuevo, procuró de la manera más solícita, averiguar el paradero de su falso amigo, resuelto á castigar su negra ingratitud.

Durante estas pesquisas el dia del arqueo llegó.

El desfalco fué descubierto, la honradez del cajero se había desvanecido como el humo.

Su familia se encontraba sumida en la mayor amargura, y los periódicos anunciaban que los tribunales de justicia citaban y emplazaban á don José Aguirre, como autor del desfalco de dos mil duros extraídos de la caja de la Tesorería de Cádiz.

Don José, viéndose deshonrado y completamente perdido, se entregó á la más espantosa desesperacion; y olvidándose de su familia y hasta de sí mismo, fijó solo en su pensamiento la idea de vengarse del hombre causa de sus desventuras.

Huyendo de las miradas de la policía prosiguió sus pesquisas á ver si lograba descubrir el paradero de Pagés.

La casualidad le vino á proporcionar lo que deseaba.

Dirigiase una noche, desesperado, por la acera derecha de la calle de Isabel la Católica, cuando al llegar al número 10, se fijó en un hombre que, envuelto cuidadosamente en un gaban, y llevando oculto el rostro en una ancha bufanda de lana, penetraba en el portal.

Al pasar por delante de la habitacion del portero la luz de un mechero de gas que ardía colocado en el muro derecho de la estancia iluminó de lleno la figura del hombre de la bufanda.

Don José exhaló un grito de salvaje alegría.

Había reconocido completamente á Pagés.

No le faltaba mas que averiguar si vivía allí, para si no esperarle hasta que saliera.

Su deseo quedó bien pronto satisfecho, pues el portero le enteró de que el caballero que acababa de subir vivía en el cuarto tercero de la derecha, acompañado de sus dos hijos, y que tenía la costumbre de recogerse todas las noches á aquella misma hora.

Don José no quiso saber más, gratificó al portero y salió de aquella casa clavando una mirada terrible en los balcones del cuarto tercero de la derecha.

Al día siguiente, así que cerró la noche, colocóse don José en acecho en uno de los portales de la acera de enfrente de la casa núm. 10 de la calle de Isabel la Católica.

Su corazón latía de una manera apresurada; pero no era el temor de cometer un crimen lo que le hacía apresurar sus latidos, no eran los remordimientos los que empezaban á martirizarle, era la impaciencia, la sed de venganza que sentía, y que le hacía creer en cada minuto un siglo de mortal espera.

La desgracia había agostado los elevados impulsos de su alma generosa y honrada, y el corazón del antiguo cajero se había empedernido.

A la misma hora que la noche anterior don Antonio dirigíase á su casa, siempre cuidadosamente tapado el rostro con la bufanda.

Don José al verle atravesó la calle, rápido como una exhalación, con objeto de acometerle ántes de que pudiese ganar el portal.

Pagés, que como todos los hombres que tienen la conciencia manchada, iba siempre receloso y prevenido, al verle atravesar la calle se fijó en él, y conociéndole, emprendió la fuga volviendo por el mismo camino que traía.

Pero su intento fué inútil.

El deseo de vengarse prestó alas al cajero, quien alcanzándole ántes que pudiera salir de la calle le asestó una puñalada, diciendo:

—¡Muere, asesino de mi honra!

—¡Socorro! ¡Socorro!—exclamó don Antonio con desesperado y desgarrador acento, mientras con los brazos trataba de evitar los golpes que su enemigo le descargaba, ciego de cólera.

Aquel grito de socorro, escuchado por los serenos, atrajo bien pronto á la calle á cuatro de éstos y á dos pa-

rejas de veteranos, que espada en mano se precipitaron sobre el asesino.

A su vista, don José, guiado por ese instinto de propia conservacion tan innato en el hombre, trató de escapar tomando la calle abajo, pero viéndose cortado por otros dos serenos que acudían al oír la señal de alarma dada por el pito de sus compañeros, arrojó el puñal, y poniendo mano á una pistola de bolsillo la disparó contra el primero que le cerraba el paso.

Uno de los serenos rodó en tierra, y casi al mismo tiempo cayó tambien don José, derribado de un pistoletazo que le disparó á quema ropa el compañero del sereno herido.

La inícuca accion de Pagés había sido la causa principal de todas aquellas desgracias.

Deshonrando, perdiendo al cajero, había trasformado en un criminal terrible á un hombre todo honradez, todo virtud.

Un año más tarde, don José, condenado á veinte años de cadena, era encerrado en el presidio de Ceuta.

Su hijo mayor, á quien había cabido la suerte de soldado, tuvo que abandonar la carrera y partir al regimiento á donde se le destinó; y su pobre madre y sus dos hermanos pequeños, abandonaron á Cádiz donde todo el mundo les despreciaba, dirigiéndose á Madrid á fin de ocultar en una poblacion desconocida su vergüenza y sus dolores.

CAPÍTULO V.

Lo que es una madre.

Madrid es el refugio de todos los desgraciados; es el centro á donde acuden á ocultar sus cuitas las familias á quien la desgracia agobia en las provincias.

Por eso en Madrid encontramos todos los días reducidas al último extremo á multitud de personas á quienes hemos visto brillar en nuestros pueblos.

Madrid es una poblacion inmensa, y como todas las poblaciones numerosas, las necesidades pueden ocultarse mejor.

La crítica, la murmuracion de los pueblos pequeños no se conoce.

Además, encierra muchos más recursos, se encuentran en él muchos más elementos para poderse ganar la vida.

Alentada por este deseo la desgraciada esposa de don

José salió como digimos de Cádiz, viniendo á establecerse con sus hijos á Madrid.

—Aquí no me conoce nadie,—decía Isabel, que este era el nombre de la esposa del cajero;—y por lo tanto puedo trabajar y sostener á mis hijos sin que la vista de las personas que me han conocido en otra posicion me haga sonrojarme, sin que me señalen con el dedo como á la esposa de un presidiario.

Al mismo tiempo aquí puedo hacer algo por mi pobre esposo.

Puedo gestionar su indulto, ó por lo ménos la rebaja de su condena.

Guiada por estos sentimientos, aquella desgraciada mujer á quien en mejores dias dieron en su casa una educacion esmerada, y que tenía la facilidad de confeccionar de una manera admirable flores de tela, empezó á trabajar para las tiendas, ganando de este modo con que sostenerse.

Lo esmerado de su labor y la exactitud con que entregaba los encargos que le hacían los dueños de las tiendas para donde trabajaba, granjeáronla de tal manera el aprecio y las simpatías de éstos, que bien pronto fué Isabel la preferida entre todas las confeccionadoras de flores.

Con este motivo la infeliz esposa del cajero refirió un dia sus desgracias en una de las casas para donde trabajaba, y la señora del establecimiento, compadecida de su triste situacion, ofreció interesarse por ella con un primo suyo que era consejero de Estado y persona además de grandes relaciones y poderosas influencias.

La recomendacion fué hecha, y la esposa del cajero, aconsejada por su protectora, presentóse un dia acompañada de su hijo Juan, que contaba á la sazón siete años, en casa del consejero á fin de enterarle minuciosamente de la historia del delito cometido por su esposo.

Don Rodrigo Anguiano, que así se llamaba el consejero, era un viejecillo de pequeña estatura, rechoncho como una berengena, calvo, solteron y lleno de alifafes propios de la vida licenciosa que había arrastrado.

De imaginacion ardiente, de corazon resuelto, y de fácil palabra, había sido uno de los más ardientes tribunos en las Córtes del año 20; pero los años y la ambicion habían amortiguado en su pecho el patriotismo de que hizo gala en su juventud, y afiliado á la camarilla de Narvaez había ido ganando tantos grados en posicion y riquezas como perdió en liberalismo.

En la época en que le presentamos á nuestros lectores era un moderado furibundo.

Isabel, cuyo retrato no hemos hecho aún, era una mujer completamente hermosa: contaba ya treinta y cinco años, pero era uno de esos tipos gaditanos, de moreno cútis, ojos árabes, nariz griega, negros y esplendentes cabellos, diminutos piés y aire elegante y distinguido.

Hermosura severa, á quien prestaba doble realce la palidez que los sufrimientos imprimían en aquel rostro ovalado y grave.

Don Rodrigo sintió una impresion gratisima al conocer á su recomendada, y haciendo uso de una galantería opuesta en un todo á su carácter orgulloso y altivo, la hizo sentarse á su lado, y despues de escucharla con la mayor atencion la ofreció hacer en su obsequio cuanto estuviera en su mano.

—Muchas gracias, caballero,—exclamó Isabel alzándose de su asiento y dando la mano al consejero.—Yo tendré la honra de pasar por aquí á saber el resultado.

—Eso no lo consiento yo, señora;—exclamó entusiasmado don Rodrigo, estrechando con delicia entre la suya aquella mano suave y delicada.—No se moleste usted en eso.

Yo mismo, yo mismo pasaré á dar á usted cuenta del resultado de mis gestiones.

Y acompañando á Isabel hasta la puerta, la despidió de la manera más galante.

—¡Qué buen corazón!... ¡Qué alma tan noble!—Decía para sí Isabel, enjugándose con el pañuelo una lágrima que brotaba de sus párpados.

El relato de mis desventuras le ha conmovido, y va á interponer su influencia en favor de mi esposo.

Me dice el corazón que este caballero ha de ser mi Providencia.

No sé como hay quien se atreve á asegurar que en Madrid todo se hace con miras interesadas.

Este caballero no me conocía, y sin embargo me sirve: no creo que pueda darse una conducta más noble, un proceder más desinteresado.

Isabel, cuyo corazón no conocía la doblez ni el dolor, juzgaba por sus rectos sentimientos los sentimientos de los demás.

Las almas honradas y generosas son incapaces de concebir pensamientos bastardos.

Cuatro días después Isabel vióse sorprendida con la visita del consejero.

Este hombre, á quien había enloquecido la visita de su recomendada, había empleado su influencia con el fin de conseguir el indulto de su esposo, pero no hacía aún un año que éste ingresó en el presidio.

Estaba condenado por conato de asesinato, por resistencia á la autoridad y por defraudador de caudales públicos, y no era posible, al menos por entonces, conseguir lo que se pretendía.

En vista de esta dificultad, hizo que por la Dirección

general de Establecimientos penales se recomendase eficazmente al comandante del presidio de Ceuta que guardase á don José cuantas consideraciones estuviesen en su mano; y aquel funcionario, deseando complacer á sus superiores, le despojó de los hierros y le destinó á las oficinas de la comandancia en calidad de escribiente.

Estas noticias fueron las que comunicó don Rodrigo á la pobre Isabel, quien se deshizo en protestas de gratitud, con tanto más motivo cuanto el consejero le aseguraba que pasado algun tiempo el indulto se conseguiria positivamente.

Fiada en estas promesas, Isabel abrió su pecho á la esperanza, y en medio de su situacion angustiosa se juzgó feliz, esperando en que la Providencia, que no abandona nunca por completo á los buenos, la devolvería, en un tiempo no lejano, al esposo por quien suspiraba.

Pero las alegrías son en la vida fugaces meteoros que cruzan con una rapidez vertiginosa.

Las casas para donde hacía flores empezaron á resentirse, como todos los comercios, de la falta de compradores, y llenas de género que no expendían viéronse precisadas á anunciar á las confeccionadoras que por entonces cesaban en su trabajo.

Para quien no tiene más recursos que el jornal, una parada es la muerte.

Así le sucedió á Isabel.

En pocos dias vió agotarse sus escasos ahorros, y la miseria empezó á afijir, con su séquito de horrores, á aquella desventurada madre.

Una mañana acababan de sonar las doce, cuando don Rodrigo, que no dejaba pasar una semana sin visitar la

casa de Isabel, de quien se encontraba cada vez más enamorado, pero sin atreverse á revelar sus sentimientos, llamaba á la puerta de su cuarto.

La regilla se corrió, y la voz dulce de Juanito exclamó con la mayor alegría:

—¡Ah! ¿Es usted, don Rodrigo? Pase usted, pase usted.

Y el niño franqueó la puerta al consejero.

—¿Cómo está la mamá, buen mozo?—preguntó éste acariciando las sonrosadas mejillas del niño.

—Debe estar mala, porque hoy ha llorado mucho.

—¿Qué ha llorado dices?—preguntó don Rodrigo pali-deciendo.

—Si señor; vino un hombre con esa carta que está sobre la mesa, y mamá, así que la leyó, se puso á llorar.

Después ha cogido en un pañuelo los hierros con que hace las flores y ropa que ha sacado del baul y ha salido de casa limpiándose los ojos.

Don Rodrigo sospechó lo que sucedía, y para cerciorarse por completo, tomó la carta que había encima de la mesa y leyó lo siguiente:

«SEÑORA DOÑA ISABEL ALBARRÁN DE AGUIRRE:

»Si hoy mismo no satisface usted los dos meses de arrendamiento del cuarto, en que está usted en descubier-to, mañana procederé al desahucio y la pondré los trastos en la calle.....»

Don Rodrigo no quiso leer más, su sospecha se confirmaba, aquella mujer había salido á vender ó á empeñar hasta las herramientas con que se ganaba la vida á fin de no verse arrojada á la calle.

—La ocasion no puede ser más oportuna para acabarme de granjear su gratitud,—dijo para sí don Rodrigo, y po-

niendo mano á su cartera entregó al niño un billete de quinientos reales, diciéndole:

—Toma, Juanito, da eso á mamá cuando venga y dile que no se desaliente, que yo velo por ella.

Don Rodrigo salió, y preguntando á la portera el nombre y las señas del administrador de la casa, se arrellanó en su carretela, que le esperaba á la puerta, y se alejó al trote largo de aquella calle.

Una hora despues, Isabel que penetraba en su casa llorosa y abatida, enmudecía de sorpresa. Su hijo la entregó el billete de quinientos reales y una carta de don Rodrigo, dentro de la cual venía un recibo del administrador de la casa en el que constaba que doña Isabel Albarrán de Aguirre habia satisfecho el importe del alquiler del cuarto por un semestre adelantado.

La carta de don Rodrigo se reducía solo á lo siguiente:

«MI RESPETABLE AMIGA:

»Vuelvo á reiterar á usted las protestas de mi sincera y verdadera amistad, rogándole que en adelante recuerde que en todas las ocasiones en que pueda serle útil, tendrá un placer inmenso en complacerla, su verdadero servidor y amigo,

RODRIGO ANGUIANO.»

Isabel rompió á llorar de alegría al ver conjurado el peligro que le amenazaba, y despues de regar con lágrimas de la más profunda gratitud la carta de su protector, como ella llamaba al consejero, salió en seguida á buscar alimento, pues ni ella ni sus hijos se habian desayunado á aquellas horas.

CAPÍTULO VI.

Una esclava blanca.

—Los favores que se reciben de los poderosos,—dice no sé que escritor,—tienen cola como las cometas.

Así es lo cierto; y los beneficios recibidos de manos de don Rodrigo fueron para Isabel una larga y pesada cadena de sufrimientos y humillaciones.

El consejero, que seguía facilitándole cuantos recursos necesitaba, seguro ya de tenerla obligada y agradecida, la reveló sus deseos, le hizo conocer sus amorosas aspiraciones.

El alma de Isabel se inundó de una amargura inmensa al escuchar las palabras de don Rodrigo.

La vergüenza agolpó la sangre á sus pálidas mejillas, y la dignidad, el orgullo propio de la mujer honrada, afuyó de una manera tal la cólera á su corazón que

latió con una violencia como si quisiera salirse del pecho.

Pero el porvenir de sus hijos y la suerte de su marido estaban en manos de aquel hombre.

Si le desairaba, podía, exasperando su cólera, sumir á los unos en la miseria y renunciar para siempre á ver en libertad al esposo de su alma.

Estas consideraciones contuvieron la explosion de cólera que inundaba su corazon; y aquella mujer tan buena, tan honrada, tan virtuosa, que adoraba á su esposo con la fé más ciega y que hubiera preferido morir de hambre ántes que faltar á sus deberes, arrastrada por el amor inmenso que tenía á sus hijos, á quienes no quería ver de nuevo cercados de privaciones, y por el deseo de salvar á su marido, consintió en ser la esclava de aquel repugnante viejo á quien aborreció con todo su corazon desde el momento en que conoció el móvil bastardo que le impulsaba á protegerla.

El amor maternal es el único sentimiento capaz de prestar la fortaleza necesaria para tan generoso sacrificio, para sufrir con la sonrisa en los labios tan prolongado calvario.

La posicion de Isabel y de su familia había mejorado notablemente.

Habitaba un cuarto principal en la calle de la Montera.

Sus hijos pequeños acudían á educarse á los mejores colegios.

Su esposo disfrutaba en Ceuta de cuanto puede disfrutar una persona colocada en su triste situacion; y hasta su hijo el militar, recomendado eficazmente á sus jefes, se encontraba de escribiente en la Tenencia coronela, despues de haber sido ascendido á sargento.

La felicidad empezaba á sonreír de nuevo á aquella familia, en donde sólo Isabel era completamente desgraciada.

Aquella pobre madre sufría un tormento sin igual, obligada á sonreír de continuo mientras su corazón se encontraba anegado de la pena más amarga.

Continuamente sucedía que aquella mujer, que presa del insomnio y de la fiebre, se había pasado la noche llorando, cubriáse de galas y joyas al acercarse la hora en que acostumbraba á visitarla don Rodrigo; y aquella desgraciada, cuya alma sufría horriblemente, escondiendo sus sentimientos, sus dolores en el fondo de su corazón, presentábase en la Castellana reclinada indolentemente en los mullidos almohadones de una carretela, sonriendo al hombre á quien con toda su alma aborrecía.

—¡Qué señora tan hermosa y tan feliz!—exclamó un día una jóven al ver á Isabel descender al Prado en un elegante landó, acompañada del consejero.

Isabel oyó aquellas palabras que la ocasionaron un dolor más agudo que la mordedura de una víbora, y una lágrima ardiente resbaló por sus mejillas, sin que sus esfuerzos pudieran impedir aquella protesta lanzada por su corazón lacerado.

Isabel era una víctima que se prestaba al sacrificio sonriendo y coronada de flores. Don Rodrigo no se apercibió de aquella lágrima: egoísta por temperamento y por costumbre, creía que aquella mujer era completamente feliz; y con objeto de hacer gala de sus riquezas y de que poseía su cariño, la presentaba en todas partes envuelta con un lujo deslumbrador.

En los palcos de la Opera, en los del Español, en los conciertos, en los bailes de las Embajadas, en los mejores

establecimientos de baños de España y del extranjero, en todas partes, en fin, donde concurría nuestra elegante sociedad, presentábase don Rodrigo con Isabel.

Todo el mundo conocía ya á la querida de Anguiano, y todo el mundo no veía más en aquella mujer que una de esas elegantes cortesanas sin corazon, sin sentimientos, vendida al dinero del aquel viejo asqueroso.

El mundo es siempre así, no se paga más que de exterioridades, juzga todas las cuestiones por la superficie, no se cuida para nada del fondo.

Los años se deslizaron.

Don Rodrigo de Anguiano descendió al sepulcro.

Isabel, que habia contraído una tisis á consecuencia de sus sufrimientos, sintió agravarse su enfermedad con el dolor que le ocasionara la pérdida de sus dos hijos, arrebatados por el tífus; y Juan, que era el único que la quedaba, despues de vender hasta el último mueble por que no faltase nada á su madre enferma, dedicose dia y noche á copiar para la curia.

Pero esta clase de trabajo estaba muy mal recompensado y el pobre jóven viviendo, como ya vimos, en una miserable guardilla, encontrábase reducido al último extremo.

CAPÍTULO VII.

El saladero. (1)

A la mañana siguiente de la noche en que prendieron á Juan los agentes de la autoridad, el pobre jóven encontrábase en uno de los pátios de la cárcel del Saladero contemplando con espantados ojos la multitud de presos que, teniendo en su faz retratado el crimen, paseaban, cantando alegremente, lanzándole brutales chanzonetas.

Desde uno de los grupos, un hombre grueso, de pequeña estatura, de abultadas facciones, en las cuales se veían pintadas la doblez y la malicia, miraba de una manera particular á nuestro jóven.

(1) Desde las obras ejecutadas últimamente en este establecimiento, su manera de ser y sus tradicionales costumbres han sufrido una gran reforma.

Era uno de esos seres envilecidos, cuyo corazón, seco por el vicio, se encontraba dispuesto á toda clase de excesos.

Uno de esos seres que, en guerra con la sociedad, no hay cosa que respeten por santa que sea; para quienes el pundonor y la virtud solo son vanas utopías.

Era miembro de una secreta asociacion de criminales que ha de representar uno de los principales papeles en este libro.

Sus manos se habian teñido varias veces con la sangre de sus semejantes, y en la ocasion presente se veía preso por sospechas de un asesinato; pero sospechas que habían sido desvanecidas á fuerza de oro é influencia; pues nuestro héroe poseía en gran cantidad ese metal que tantos milagros obra por desgracia entre nosotros, y contaba tambien con el apoyo de personas de alta y elevadísima posicion social, y en aquel mismo día esperaba salir de la cárcel.

A este hombre, á quien se le conocía entre los presos con el apodo del *Dómine*, porque dotado de un tacto profundo y bastante conocedor del corazón humano, sabia atraerse á cuantas personas podian servirle para realizar alguno de los diabólicos planes que con tanta maña como celeridad confeccionaba, se le veía siempre sembrando en el corazón de los jóvenes, con especialidad, las venenosas doctrinas que abrigaba dentro de su alma corrompida.

Largo rato estuvo observando afentamente á Juan, despues de lo cual se acercó á él con cierto aire de proteccion, y nuestro joven, que desde su estancia en aquel sitio no habia visto á su lado sino rostros que se burlaban de sus sufrimientos, escuchó con excesiva complacencia las palabras de consuelo que aquel miserable le prodigaba, para mejor fascinarle, y con una franqueza propia de

sus diez y ocho años le refirió su historia y el motivo tan injusto de su prision.

—Si, hijo mio, tienes razon; mira, ten presente que casi todos cuantos ves aquí somos otras tantas víctimas de la arbitrariedad y de la injusticia.

Hay tambien gente de mala calaña; pero créeme, la mayor parte de los que aquí ves, son desgraciados á quienes la miseria y las privaciones arrojaron en la senda del crimen.

Pero como en el mundo no existen, segun mis creencias, mas que dos categorias, la inmensa familia de los pobres y la familia feliz de los ricos; la sociedad arroja en revuelta confusion en esta clase de establecimientos al que comete una falta leve, al asesino y al parricida sino tiene dinero para pagar un aposento distinguido, un puesto en la alcaidía alta.

Al pisar los umbrales de esta casa, lo natural es que todos, como criminales, fuéramos tratados segun la gravedad de nuestro delito; pero no es asi: aquí existen los mismos irritantes privilegios, la misma desigualdad que en todas partes.

No tienes dinero, pues á los patios á alternar con esa gente que se burla de tí, que te escarnece y te humilla, haciéndote más insoportable la pérdida de la libertad.

Tienes dinero, pues pagando unos cuantos reales diarios como hago yo, te dan una habitacion separada donde puedes recibir á tu familia y donde la prision se hace más llevadera, pues se mata el tiempo leyendo ó jugando con tus compañeros de alcaidía.

Y al paso que los que habitais aquí abajo no veis mas que el rostro cejijunto y avinagrado de los llaveros, los que vivimos allí arriba alternamos con la aristocracia de la casa, y hasta el jefe nato, el respetable señor alcaide, no se desdeña en tomar una copa de Jeréz en nues-

tra mesa, y hasta llega hacer alguna puestecita ó tirar algunas tallas cuando por *distraction* armamos la *timba*. Gozamos, además, otra porcion de privilegios: se nos permite bajar á veros, mientras se os veda á vosotros subir á visitarnos; y hasta se han dado casos de que al recoger la autoridad el cadáver de un hombre muerto en riña á la puerta de una casa de juego situada en una de las calles más céntricas de Madrid, á las altas horas de la noche, resultase ser el de un prójimo condenado á muchos años de presidio y que se hallaba preso en la alcaidía alta.

—¡Ah!... ¿lo dejaban salir?

—Sí, hijo mio; le consentían ir á espavorizarse,—repliqué el *Domine* sonriendo.—Ya ves, pues, como el dinero tiene un poder irresistible.

Además, que tú no puedes figurarte la clase de personas que habita la parte alta de esta casa.

Aquí bajo está solo la gente menuda, obreros que fatigados de trabajar toda la semana se embriagan el domingo y se dan de puñaladas; tomadores de pañuelos, algunos *rateros*, (1) *chenistas*, (2) *del paso*, (3) *de las tres cartas* (4) y alguno que otro *dronista*; (5) en fin, el cuarto

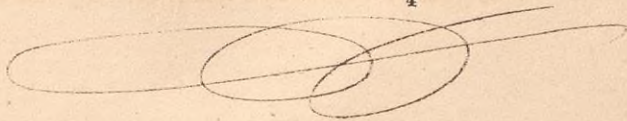
(1) Los que se dedican al robo en las casas de campo, caseríos, ventas y chozas de pastores ó de guardas.

(2) Los que se dedican al robo de ganados en las férias, fingiéndose ganaderos.

(3) Los que roban en las poblaciones, sin hacer parada en ninguna parte, llevándose lo que encuentran á mano.

(4) Las tres cartas es una de las diversas maneras que emplean los timadores para estafar á los incautos, y de ella nos ocuparemos con la extension debida en el capítulo correspondiente.

(5) Los que se dedican al robo en los campos y caminos, fingiéndose cazadores de oficio ó de aficion.



estado de los discípulos de Caco. En cambio arriba se encuentra la aristocracia, digámoslo así, de los hijos del crimen.

Sería cosa de nunca acabar si te fuera á poner en detalles de la vida y milagros de la mayor parte de mis convecinos.

A escepcion de algunos cuantos políticos, que por tontos ó desgraciados habitan tambien allá arriba, los demás son verdaderas notabilidades, génios extraordinarios que si hubieran dedicado al bien las dotes especiales conque les favoreció la naturaleza, hubieran sido indudablemente grandes y reputados artistas.

—Mira, allí tienes *Minadores*, de un talento tal que ni el mejor ingeniero les aventaja en hacer con brevedad y precision un camino subterráneo: buena prueba de ello tienes en la infinidad de robos que se perpetran por las alcantarillas, muchos de los cuales han necesitado para llevarse á cabo una direccion acertadísima é inteligente.

Allí existen tambien algunos de los principales jefes del *Jú* y *Esparrú*, (1) capaces de falsificar una moneda de oro al día siguiente de empezar á circular, y de montarte su industria en la fábrica de botones más modesta é insignificante.

Pero como siempre hay un más allá, por cima de todos estos prójimos descuellan otras dos categorías que tienen entre sí muchos puntos de contacto, aunque su de nominación sea diferente: me refiero á los *falsificadores* y *enterradores* (2).

(1) Los que se dedican á la fabricacion y expencion de moneda falsa.

(2) Con los falsificadores han ocurrido casos verdaderamente sorprendentes, algunos de los cuales ha presenciado el autor de estas líneas. Un día recibió el alcaide del Saladero una órden del

Aquí, hijo mio, es donde se encuentra el *desideratum*, la quinta esencia de los discípulos de Caco, algunos de los cuales, puedo asegurar sin temor de ser desmentido, que darían quince y raya á su célebre maestro.

Hay quien con la pluma en la mano te falsifica el encabezamiento de cualquier periódico, la letra de cambio, el billete de banco, los sellos de la correspondencia y cuantas formas de letra y rubricas vean sus ojos, pero con una precision tal, con un acierto tan completo que cuesta no poco trabajo distinguir el falso del legítimo, teniendo á la vista los dos ejemplares.

Existe allí prójimo que en un pedazo de yeso y sin más herramientas que un cortaplumas te abre el sello de un juzgado, el de una embajada, ó el que se le antoja, con una habilidad tal que se las con él de la misma manera que si se encontrara grabado en bronce (1).

En cuanto á los enterradores, comprenderás lo que valen con solo que te diga que hay alguno de ellos que ingresó en esta cárcel sin un cuarto y que hoy tienen veinte ó treinta mil duros adquiridos á costa de los ilusos

Gobierno civil para que pusiera en libertad á un preso de consideracion. El documento estaba tan en regla, que el alcaide, persona experimentada y prevenida, hubiera caido indudablemente en la red, si no da la casualidad de que, conociendo perfectamente las letras de los empleados del negociado de detenidos, no le hubiera extrañado ver aquella órden de letra para él desconocida; y más por precaucion que por desconfianza, acercóse con el oficio al Gobierno de provincia ántes de poner en libertad al detenido. Entónces se comprobó que el documento era falsificado, estándolo el timbre en seco del Gobierno, la firma del gobernador y la rúbrica del oficial del negociado, de una manera tan admirable que apenas se distinguían de las legítimas.

(1) Hemos visto varios de estos sellos, cogidos á los presos por las autoridades, divinamente hechos.

que cegados por el demonio de la codicia cayeron en sus redes.

¡Oh! los enterradores han hecho cosas verdaderamente maravillosas; multitud de casas de comercio francesas les han venido á traer miles de francos hasta la misma cárcel, deslumbradas por sus ofertas; y en fin, hasta han hecho venir desde Tánger á un príncipe moro conduciendo una gruesa suma en oro, en cambio de la cual le ofrecían revelarles el sitio donde se encontraba oculto, en las inmediaciones de Granada, un riquísimo tesoro enterrado por el rey Boabdil (1).

En fin, hijo mio, sería cosa de nunca acabar el querer ponerte al corriente de todos los detalles de esta casa; ya te he dicho bastante para probarte lo que en un principio te afirmé: que existen en el mundo dos gerarquías, dos razas, digámoslo así: la de los pobres, para quien todas son contrariedades, y la de los ricos para quien todas son satisfacciones.

La sociedad, esa señora que tantas garantías debe tener para sus individuos y á quien los mismos deben guardar tantos respetos, es siempre una madre cariñosa para los que consiguen deslumbrarla con el brillo de sus trenes y con el oro que desparraman; á esos les halaga, pone en sus manos todos los privilegios, pueden ejercer todos los derechos, porque son los hijos mimados de la fortuna; pero es una madrastra cruel é impía para los que nada poseen, consiguiendo solo, en pago de su trabajo, el tener que cumplir todos los deberes, solo por que son los desventurados hijos de la desgracia.

¿Por qué creés tú que estoy aquí? Por no haberme

(1) Este entierro no llegó á llevarse á cabo, porque al presentarse el príncipe en el Saladero el Alcaide se apercibió y pudo evitarlo.

querido poner en relieve ante los ojos de esa misma sociedad que hoy me condena, por un duelo.

—Sí; pero el duelo está prohibido por todas las leyes, y le rechazan además de consuno la razón y la moral.

—Pues ahí tienes una prueba más del cúmulo de contradicciones injustas que encierra en sus leyes esa sociedad tan alabada.

Mira, si un hombre te provoca y admities, y por más afortunado ó más valiente consigues arrancarle la vida, la sociedad te condena por haber faltado á la ley.

Si al contrario, apesar de sus insultos, de su provocacion, te niegas á batirte por respeto á esa misma ley, la sociedad, interpretando tu prudencia, se rie de tí, y señalándote con el dedo dice con el más horrible sarcasmo: ese hombre es indigno de alternar con los demás, porque ese hombre es un cobarde...

De modo que ya ves con que doble criterio juzga la sociedad nuestras acciones.

Pues bien; lo mismo que con eso sucede con todo; el hombre colocado en sociedad tiene el deber, segun dicen, de ganar el sustento por medio del trabajo; tú mismo has visto que, despues de estar trabajando dias enteros, no has podido cubrir con el producto de tus labores las primeras necesidades, al paso que otros, sin hacer nada, gastamos y derrochamos sumidos en mares de felicidad y abundancia.

Y dime, ¿á quién trata la sociedad con más consideraciones, á tí, á pesar de que llenas con toda la fuerza de tu corazon tus deberes, ó á mí, que me mofa de sus ridículos preceptos y la desprecio porque ella me ha abandonado?

Tú, cuyo delito es solamente imaginario, te morirás probablemente de viejo en esta cárcel, al paso que yo, que de una manera ó de otra he arrancado la vida á un

semejante, gozaré tal vez hoy mismo de las delicias de la libertad.

Además, aún cuando tu inocencia se pruebe y salgas de aquí, cosa bastante difícil, porque probablemente nadie se volverá á acordar que existes, ¿qué te espera despues de esto? Volver á tu miserable guardilla, donde tal vez encuentres á tu pobre madre muerta de hambre.

—¡Ah!... teneis razon, yo necesito salir de aquí hoy mismo; á mí me quitaron al registrarme anoche la llave de mi guardilla; yo necesito salir de aquí y salvar á mi madre, que despues ya procuraré, á costa de mi trabajo, proporcionarla cuanto necesite; yo sabré, á fuerza de asiduidad y constancia, labrarme una posicion que me ponga al abrigo de otra nueva desgracia como lo que me tiene sumido en esta prision.

—Esas son ilusiones, desengáñate; en esta vida es casi tan imposible como tocar con una mano en el cielo labrarse una fortuna, siquiera sea poco crecida, solamente con el producto que se consiga trabajando.

Y además de esto, ¿crées que la gente que te conozca y sepa que has estado preso por ladron te dará con esos antecedentes trabajo? Nó; no te hagas esas ilusiones que verás desvanecerse tan pronto como pongas los piés en la calle.

Eso en cuanto á lo de proporcionarte con que sortenterte al salir de aquí; ahora, respecto á la manera de recobrar tu libertad, ¿con qué influencias cuentas para que hoy mismo te pongan en la calle, que es lo que necesitas para salvar á tu madre?

—¡Oh!... teneis razon; soy solo en el mundo; no tengo más parientes que un hermano de mi madre cuyo paradero ignoro, y no conozco más personas de influencia que un relator de la Audiencia que me da trabajo, pero á quien no quiero enterar de que me hallo preso; yo no

tengo quien se interese por mí, y mi pobre madre va á morir sin que nadie la socorra. ¡Oh! esto es horrible, ¡Dios mío! ¡Esto es horrible! y el jóven empezó á llorar amargamente.

—Vamos, no te entregues de esa manera á la desesperacion; yo puedo devolverte esa libertad que deseas; yo puedo colocarte en una posicion que, sin necesidad de trabajar, proporciones á tu madre cuantos recursos reclame la ciencia para que recobre su trabajada salud.

Porque aquí donde me ves, cuento con grandes y poderosas influencias. Pero para hacerte acreedor á esa proteccion necesitas romper de una vez esa muralla de humo que llamais los tímidos honor, y que tienes ya quebrantada por el acaso ante los ojos de la sociedad.

Mira, el mundo es una vasta llanura en la que se agitan los hombres á impulso de la ambicion los más, guiados por el amor á la virtud los ménos.

Esa inmensa llanura se ve atravesada por dos sendas: una árida y sembrada de abrojos, y otra que llena de flores conduce á la cima de una colina de suave descenso cuyas plantas besa un mar de revueltas pero plateadas olas, en el cual se alzan encantadas islas de deslumbrante verdura, en donde en mágicos palacios moran el sensualismo y los placeres, para llegar á las cuales hay siempre atracadas en la ribera elegantes góndolas de doradas popas que rigen mujeres de divinos rostros, que entonando con su voz, más argentina que la de los ruiseñores, amorosas baladas, convidan á hacer la travesía.

Pues bien; en esa pradera ya descrita vagan los hombres, como ya te he dicho, á impulsos de los dos sentimientos enunciados.

Los partidarios de esa vision fantasmagórica, llamada virtud, padeciendo toda clase de privaciones, alentados por la esperanza de una dicha futura que lo mismo pue-

de ser una verdad que una ridícula utopia; consiguen casi siempre, por recompensa de sus afanes, morir en medio de las privaciones y de la miseria; al paso que los que, con resolucion, se arrojan por el otro camino, vuelven despues de tan grata travesía á explotar la candidez de los primeros, derrochando, sumidos en la holganza y en suntuosas bacanales, el producto de su trabajo.

—¡Oh!... callad, callad; vuestras palabras me hacen un daño atroz; producen en mí el efecto de la mordedura de una víbora.

—Sí; porque mis palabras recorren de tus ojos el velo de color de rosa á través del cual ves todos los objetos y te muestran el corrompido cadáver que oculta la sociedad bajo el deslumbrante manto de púrpura con que se disfrazaba.

Mis palabras son el fruto de una larga experiencia. Mira, yo tambien, como tú, he sido jóven; pero la desgracia, la fatalidad como á tí me ha hecho comprender que para ser feliz basta solo con querer serlo.

—¡Oh! callad por Dios; vuestras palabras producen un efecto terrible en mi corazon y hacen brotar en él una porcion de deseos hasta ahora desconocidos; separaos de mí, yo no puedo, yo no quiero escuchar vuestras frases que me envenenan el alma.

En los lábios del *Dómine* vagó una imperceptible sonrisa de triunfo y en su interior dijo con un gozo infernal:

—Este será mio; su corazon fogoso y ardiente le hará caer en mis manos, porque sabido es que las desgracias que amilanan y matan á los séres de ánimo apocado, exaltando á los de corazon resuelto, les hacen cometer toda clase de excesos.

Este es un pobre muchacho cuya fé es tan grande como su inexperiencia, pero á quien yo sabré desarmar

completamente. Creo que la señora baronesa, nuestra digna directora, logrará una gran adquisicion conque poder llevar á cabo sus nuevos planes.

Pero obremos con calma, no se pierda por una imprudencia tan ventajosa conquista; y volviéndose hácia el joven le dijo:

—Vamos, para que veas que yo no me resiento á pesar de lo duramente que me rechazas, hoy mismo haré que salgas de aquí: toma esta targeta; yo, como te he dicho, tambien será probable que dentro de pocas horas esté en libertad; si alguna vez te encuentras necesitado y quieres hacer el cambio de posicion que te he propuesto, acude á la calle que en la misma se expresa, en la seguridad de que nunca te faltará en mí un verdadero amigo; ahora voy á escribir á cierta persona para que influya en tu favor.

Y levantándose, despues de estrechar la mano del joven, se perdió entre los grupos de presos que paseaban por aquellas habitaciones.

Juan guardó maquinalmente la targeta y á las pocas horas repasaba, rebosando su corazon de júbilo, las puertas de la cárcel.

Nunca le había parecido la vida más hermosa; nunca había sentido su alma tan excesiva alegría, y loco de placer, corría, mas bien que andaba, deseoso de abrazar á su querida madre.

Pero, ¡ah! el destino le deparaba otra nueva prueba; llegó á su pequeña guardilla y un espectáculo horrible se presentó ante sus ojos; el cadáver de su madre se encontraba en medio de la habitacion nadando en un mar de sangre coagulada.

Juan exhaló un grito penetrante, y como herido por un rayo cayó sobre aquel cuerpo inanimado y frío.

CAPÍTULO VIII.

En brazos del crimen.

Al día siguiente de la dolorosa escena referida en el capítulo anterior, la madre del pobre jóven fué enterrada de limosna, y él, repuesto de la impresion primera y decidido á seguir la senda del deber sin abatirse ante tantos contratiempos acudió á casa del relator de la Audiencia á entregar concluida la copia que le tenía encomendada.

El relator le recibió con una frialdad excesiva, y despues de satisfacerle el importe de su trabajo le despidió sin darle nuevos borradores segun acostumbraba.

—¿No me da usted nada que hacer?—preguntó Juan con voz balbuciente.

—No;—le contestó con severo acento.—Yo no puedo, ni quierc, ni debo consentir que manche los honrados um-

brales de mi casa un hombre que, como usted, ha sido preso por conato de robo.

Aquellas palabras cayeron como una lluvia de plomo derretido sobre el corazón de nuestro joven; la ira, el despecho le ahogaban; y sin poder pronunciar una palabra salió desesperado de aquella casa en donde hasta le faltaba aire para respirar.

—¡Oh! esto es demasiado,—decía, sintiendo su pecho desgarrado por aquella nueva prueba;—esto es demasiado; ahora comprendo cuánta razón y cuánta verdad encerraban las palabras del hombre á quien con tanto disgusto oía en mi prisión. Sí; la sociedad no es atenta sino con los poderosos; los demás somos unos seres despreciables que parece llevamos impresa en la frente la marca de la esclavitud, y esa marca le da derecho á cualquiera para tratarnos como á miserables párias.

Conque es decir, que porque los agentes de la autoridad, obrando harto precipitadamente, me condujeron á la cárcel por una equivocación, la sociedad me condena á la infamia y me arroja de su seno como á un miembro corrompido. ¡Oh! basta, esto es ya demasiado; yo sabré pagar á esa sociedad los insultos que me prodiga; yo sabré arrojarla á la cara sarcasmo por sarcasmo; y tranquilo en parte, como quien ha tomado una resolución irrevocable, saca de su bolsillo la targeta que en la cárcel le dieron, y con apresurado paso se dirigió al punto que la misma expresaba.

La fatalidad, la desgracia, había extinguido en su pecho la llama de la fé y de la esperanza; y Juan, olvidado de sus santas creencias, se arrojaba con el ímpetu de un potro desbocado en el sendero del vicio.

Media hora después Juan llamaba en un cuarto entresuelo de la calle de las Huertas.

—¿Quién es?—preguntó una voz cascada abriendo la ventanilla.

—Doña Robustiana García y Lacambra, ¿vive aquí?—replicó Juan.

—Sí señor; ¿qué se le ofrece á usted?

—Necesito verla.

—Pues no está visible.

—Es que traigo una targeta suya, y...

—¡Ah! entonces venga esa targeta.

Juan la entregó por la regilla, y su interlocutora se alejó de la puerta; al poco tiempo volvió, y recorriendo el cerrojo, dijo:

—Pase usted caballero; pase usted.

Juan lo hizo; la puerta se cerró tras él, y su interlocutora, que era una viejecilla pequeña, arrugada, con el pelo blanco como la nieve y unas enormes gafas verdes, á través de las cuales no se distinguían sus ojos, le guió hasta la estancia de su señora.

Doña Robustiana era alta, gruesa, pero vieja también, y como su criada tenía el pelo blanco y su correspondiente par de enormes anteojos verdes.

Encontrábase sentada haciendo calceta, teniendo sobre la falda un enorme gato blanco que dormía como una marmota, y la estancia en que se hallaba era un gabinete modestamente alhajado, pero en donde resplandecían el aseo y el orden más completos.

Juan quedóse sorprendido al penetrar allí; se disponía á buscar al *Dómine*, pensaba hallarle en medio de una caverna de malhechores, así que, la tranquilidad, el orden y el aseo de aquella casa que se asemejaba á la habitación del ama de un cura, le hicieron tal impresión que no pudo ni saludar á doña Robustiana, en quien veía una persona venerable y digna por sus años y sus canas de todo género de consideraciones.

--Beso á usted la mano, caballero;—exclamó iniciando la conversacion doña Robustiana, que gozaba interiormente viendo la turbacion del jóven.

Hágame usted el obsequio de sentarse y ver en qué puedo serle útil.

Juan, cada vez más turbado, dió las gracias á doña Robustiana diciendo:

—Señora, dispense usted que no me siente, yo no debo permanecer aquí ni un momento siquiera, pues creo haberme equivocado, siendo víctima de un hombre que indudablemente no ha querido mas que burlarse de mí.

—Explíquese usted, hijo mio, explíquese usted sin temor, sin recelo, teniendo en cuenta que las apariencias suelen engañar siempre, y recordando aquel adagio que dice, que donde ménos se piensa salta la liebre.

Estas frases alentaron á Juan, que, empezando á sospechar la verdad de lo que allí sucedía, dejó á un lado la timidez diciendo:

—Pues bien, señora; al entregarme la targeta que me ha abierto la puerta de esta casa, se me dijo que cuando quisiera cambiar de posicion, rompiendo con la sociedad, acudiese aquí seguro de encontrar verdaderos amigos.

Ese momento ha llegado; mi corazon lleno de saña contra esa sociedad que me escarnece, que se rie de mis dolores y que se goza en mis sufrimientos se encuentra dispuesto á todo, absolutamente á todo, con tal de poder devolver desprecio por desprecio, escarnio por escarnio.

—Muy bien, hijo mio; te encuentras en el mejor estado para hacer fortuna y desde este momento puedes contar con nuestra proteccion.

Así, pues, toma, toma; y doña Robustiana, levantándose, abrió un pequeño armario de caoba, y sacando de él cuatro billetes de á cuatro mil reales se los entregó al jóven.

— Ahoramárchate, hijo mio; equípate de la manera más legante que te se ocurra, hospédate en el Hotel de Rusia dándote á conocer con el nombre de Juan de Céspedes, hijo de un poderoso armador de los Estados-Unidos, y espera allí órdenes, que no tardarán en comunicártese.

Mientras esto llega, goza á tu placer, no carezcas de nada, y si te encuentras necesitado de dinero ó si algo te ocurre, vuelve á esta casa cuya puerta te se abrirá de par en par con solo que pronuncies esta contraseña *¡silencio!*

Juan abandonó, pues, la casa, y aquella misma noche, trasformado por completo, hospedóse en el Hotel de Rusia siguiendo al pié de la letra las instrucciones de doña Robustiana.

CAPÍTULO IX.

La timba.

A los ocho días de haber cambiado de vida nuestro jóven presentose en su habitacion el *Dómine*, pero tan trasformado que le costó gran trabajo reconocerle.

Iba elegantemente vestido, y ni sus modales ni sus maneras revelaban en él al criminal; ántes por el contrario, cualquiera, juzgándole por su aspecto, le tomaría por un hombre honrado y bonachon.

—¿Qué tal va con el cambio de vida?—preguntó á nuestro jóven sonriendo y tendiéndole la mano.

—Perfectamente,—respondió Juan estrechándola con cariño.

—Me alegro mucho; veo que no me engañé al verte por primera vez, y al formarme la idea de que en un plazo más corto ó más largo nos entenderíamos.

Tus escrúpulos eran propios de tu inexperiencia, pero ya creo que estarás curado de espanto.

—Por completo: he gustado ya lo que es vivir en la abundancia, me he convencido ya por experiencia de la verdad que encerraban vuestros consejos y estoy decidido á todo con tal de no volver á verme expuesto á servir de befa á esa sociedad que me rechazaba de su seno cuando era honrado, porque llevaba la levita rota; y que me abre ahora de par en par sus brazos porque me ve vestir con elegancia y gastar con profusion.

—Pues bien; mi venida aquí traía dos objetos: primero, el de explorar el estado de tu ánimo, y segundo hacedte conocer, si te encontraba en la disposicion que afortunadamente te encuentro, las obligaciones que el reglamento interior de nuestra asociacion impone á los que como tú van á ingresar en ella.

Como la reserva y el silencio deben ser y son en sí la fuerza principal de nuestra asociacion, es preciso que todos los miembros den segura garantía de que están dispuestos á guardar esas dos esenciales condiciones, sean las que sean las circunstancias en que la casualidad les coloque.

Para esto hay establecida la costumbre de que el que ingrese ejecute en el término de quince dias un acto que la sociedad le señale, en que pruebe su ingenio y su valor y presente una declaracion detallada del caso, autorizada con su firma y la de las personas que le ayuden, la cual se guarda en nuestro archivo como prenda segura de su fidelidad y su reserva.

El acto que te encomienda á tí la asociacion es el siguiente, para cuyo cumplimiento puedes pedir los medios y las personas que creas necesarias; y el *Dómine*, sacando un papel del bolsillo, se le entregó al jóven, quien despues de enterarse de su contenido contestó sonriendo:

—Que se pongan á mis órdenes dos personas y dos mil duros, y ántes del plazo que se me marca la sociedad quedará completamente satisfecha.

—No esperaba ménos de tí; hoy mismo tendrás á tu disposicion las personas y el dinero que pides; y el *Dómine*, acabando de hablar, se despidió del jóven que salió acompañandole hasta la puerta de la estancia.

Habían pasado diez dias desde la escena anterior, y eran las once de la noche cuando Juan de Céspedes penetraba en una casa de juego establecida en la Carrera de San Gerónimo.

El que no haya penetrado nunca en uno de esos lugares donde se arriesga á una carta la honra y hasta el porvenir de las familias; en uno de esos garitos donde los taures de todas las clases sociales acuden atraídos por el brillo deslumbrante del oro, como los cuervos por el olor fétido de los cadáveres, no puede formarse una idea aproximada siquiera de lo que es una casa de juego.

Nosotros vamos á describir, aunque á la ligera, la en que penetró Juan de Céspedes, que dicho sea de paso, era una de las más importantes de la córte, tanto por las personas que á ella asistían, como por las cantidades que se cruzaban.

El juego encontrábase establecido en un cuarto principal, á cuya puerta, cuidadosamente cerrada, encontrábase sentados por la parte de adentro dos porteros que no permitían la entrada mas que á los que se presentaban con cierta contraseña.

Saliendo del pasillo de entrada llegábase á un pequeño gabinete perfectamente amueblado, el cual comunicaba con una espaciosa sala en la que encontrábase establecido el monte.

Al rededor de una larga mesa, cubierta con un tapete de bayeta verde, veíanse sentadas, además de los dos banqueros, unas treinta personas, detrás de las cuales, formando una triple fila, agrupábanse más de ochenta jugadores que seguían con afán creciente las peripecias del juego, sonriendo unos, y malciendo otros interiormente, según los halagos ó los desprecios que les prodigaba la caprichosa fortuna.

El que sin estar trastornado por ese vértigo que produce el juego se fijase en aquellos rostros iracundos, amenazantes unos; risueños ó pensativos otros, hubiera podido comprender con la mayor facilidad, por la expresión que les animaba, lo que pasaba en el interior de los individuos.

Es una verdad innegable que el rostro es casi siempre el espejo del alma.

Juan penetró, pues, en la habitación, y abriéndose paso por la triple fila que circundaba la mesa, tocó en el hombro á uno de los jugadores que se encontraban sentados á la derecha del que tallaba.

—Buenas noches, don Juan,—exclamó éste alzándose de su asiento y cediéndole á nuestro joven.

El juego encontrábase entonces en toda su fuerza, las puestas eran más crecidas que habian sido nunca, y la fortuna favorecía de tal manera á los banqueros, que les habia hecho ya dueños de la mayor parte del dinero de los puntos.

Sendas pilas de centines y un monton de plata, acompañado de dos gruesos paquetes de billetes de banco, veíanse colocados delante del que tallaba, quien saboreando con delicia un habano sonreía, lleno de satisfaccion.

—Quinientos duros á ese caballo,—exclamó Juan colocando junto á la carta dos billetes de á cuatro mil reales y dos de á mil,

El banquero siguió tirando, vino la carta y Céspedes ganó.

—Veinte mil reales á ese cinco,—volvió á exclamar nuestro jóven, apuntando segunda vez y ganando tambien como en la anterior.

El juego llegó entonces á tomar un interés creciente; los jugadores, aguijoneados por esa codicia que les ciega hasta querer llevarse el tapete, viendo el arrojó y la suerte de Céspedes, empezaron á aumentar sus puestas jugando siempre á la misma carta que Juan apuntaba.

La sonrisa había desaparecido de la faz de los banqueros, que maldecían interiormente la llegada de Céspedes culpándole de haber quebrado el juego.

Cuando todos los ojos se clavaban con más avidéz sobre las cartas, y hasta las respiraciones se contenían esperando el resultado del juego, una detonacion terrible que partió de debajo de la mesa, asordó la habitacion, y la lámpara de dos brazos que alumbraba la estancia vino al suelo de un bastonazo.

La habitacion quedó completamente á oscuras; un millon de manos se abalanzaron al dinero; la mesa y las sillas rodaron, y los jugadores vinieron al suelo en medio de la confusion y la gritería más espantosa. Maldiciones, blasfemias y amenazas de muerte, escuchábanse solo en el fondo de aquel terrible caos, en medio de aquella masa de hombres que se pisaban, se herían rugiendo como hambrientas panteras.

—De aquí no sale nadie,—gritó el amo de la casa poniéndose á la puerta y conteniendo, revolver en mano, á algunos que intentaban escapar á fin de poner á salvo el fruto de su rapiña.

—Veremos si se sale ó nó,—gritaron algunas voces, y en medio de la oscuridad que reinaba en la estancia vieron brillar las hojas de algunas navajas.

Un choque sangriento hubiera sido inevitable sin la oportuna llegada de un inspector y varios agentes de policía que presentándose en la puerta y mostrando el baston gritó: ¡En nombre de la reina, alto todo el mundo!

Un silencio sepulcral siguió á estas palabras del representante de la ley; un criado acudió al momento con luces, y entonces pudo verse lo que habia ocurrido.

La detonacion partió de un petardo colocado debajo de la mesa, y á favor de la confusion que esto y el derribar la lámpara produjo, los billetes y el dinero habian desaparecido.

Enterado del caso el inspector, procedióse á registrar á todos los jugadores, siendo Juan de Céspedes el primero que se allanó á sufrir esta prueba exclamando:

—Yo creía, señores, que esto era una reunion de amigos, en que jugábamos más por matar el tiempo que por miserable ambicion; pero veo, con sentimiento, que me he equivocado, y por lo tanto, no volveré á poner los piés en esta casa: así, pues, señor inspector, sírvase usted mandar que se me registre, pues al que tiene la conciencia tranquila le importan poco toda clase de pruebas.

Un agente registró escrupulosamente á nuestro jóven, en cuyos bolsillos encontráronse solo dos centines, uno de los cuales le fué exigido de multa.

Registrados los demás jugadores, y no pareciendo los billetes, exigióseles á todos una multa igual á la que pagó Céspedes, siendo conducidos al saladero los que no tuvieron con que comprar su libertad.

Al siguiente dia Juan entregaba á doña Robustiana la siguiente declaracion:

«Los que este escrito suscribimos, declaramos que en cumplimiento de la orden que nos fué comunicada de

» copar la partida de monte establecida en la casa número... de la Carrera de San Gerónimo, hemos llevado á cabo la empresa de la manera siguiente:

» Con objeto de confiar á los que allí asistían, hemos concurrido á jugar cinco noches haciendo en todas ellas por perder nuestro dinero, é instigando á los banqueros á que aumentasen la cantidad que acostumbraban á poner de banca.

» Conseguido nuestro propósito, dispusimos dar el golpe anoche, para lo cual nos situamos, uno en la calle, al pié de los balcones de la sala de juego, cuyas persianas y cristales se encuentran abiertos á consecuencia del excesivo calor.

» Dos penetramos en la casa, y mientras uno colocaba un grueso petardo debajo de la mesa, aprovechando la distraccion de los jugadores, otro, armado de un roten, preparábase á derribar la lámpara en el momento oportuno.

» La explosion del petardo no se hizo esperar y la habitacion quedó á oscuras instantáneamente, viniendo al suelo, de un palo, las dos únicas luces que la alumbraban.

» Aprovechando la confusion que esto produjo nos hicimos dueños de los billetes que habia encima de la mesa, arrojándolos por el balcon á la calle, donde fueron recogidos por el que con este objeto se encontraba apostado.

» Examinados despues los billetes, hemos visto que ascienden á la cantidad de cuatro mil quinientos duros, la misma que acompañamos con esta declaracion, que firmamos en Madrid á 30 de Agosto de 18.....

JUAN AGUIRRE.»

Este era el verdadero apellido del jóven, despues de

cuya firma seguían las de las dos personas que le ayudaron á cometer la accion que hemos descrito.

Hecha, pues, la prueba que se le había exigido, Aguirre entró de lleno en aquella asociacion de infames, en donde, merced á sus cualidades especiales, á su privilegiado ingenio, á su arrogante figura y al vehemente deseo que llenaba su alma de vengarse de la sociedad que le colocara en la pendiente del vicio y de la deshonra, le veremos representar uno de los papeles más importantes durante el curso de nuestra obra.

Los desengaños, agostando sus buenas cualidades, convirtieron en un sér peligroso y terrible á quien, sin el aguijon de la desgracia, no se hubiera apartado nunca de la senda del bien.

CAPÍTULO X.

La bella italiana.

La mujer que á la sazón era citada en Madrid como modelo de hermosura, que llamaba la atención por sus trajes y sus trenes, que era objeto de todas las conversaciones, la mujer de moda, en fin, era la baronesa de Rossellini.

Pues bien: como esta señora ha de representar un papel importantísimo en este libro, vamos á ponernos en relaciones con ella, para lo cual trazaremos, siquiera sea á grandes rasgos, su historia y su retrato.

Julieta, que así se llamaba la baronesa, era una mujer extraordinariamente hermosa, pero su hermosura era parecida á la de la adelfa; temible, fatal.

Su mirada era irresistible, pero en el fondo de sus negras y ardientes pupilas, adivinábase un no se qué diabólico, veíase algo que repugnaba, que prevenía.

Su sonrisa era encantadora, excitante; y su aire y sus maneras no podían ser ni más distinguidos ni más aristocráticos.

Era una de esas mujeres á quienes no se puede mirar sin impresionarse fuertemente; pero que á pesar de sus poderosos atractivos no nos inspiran una pasión levantada, no hacen más que hacernos sentir de una manera impura.

Era, pues, una belleza cuyas perfecciones conmovían solo la materia, de ninguna manera el espíritu.

Era una flor como la dália, de gallardas formas, de deslumbrantes colores, pero sin perfume, sin aromas.

Dos años hacía que viniera á establecerse á Madrid desde Lisboa, donde según ella, había tenido la desgracia de perder á su esposo el baron, que desempeñaba, cerca de su majestad fidelísima, un alto puesto diplomático.

Desde los primeros días de su estancia en Madrid, Julieta supo llamar la atención, supo hacerse visible.

Nadie se presentaba en los palcos del Real vestida con más gusto, con más elegancia.

Ninguna lucía aderezos tan costosos como ella.

Nadie ostentaba en la Castellana trenes como los suyos, y nadie, en fin, aparecía más hermosa, más deslumbrante, que la baronesa.

Como todo lo nuevo place.

Como el que luce mucho, gasta mucho y aparenta mucho, es admirado, obsequiado y respetado por todos, la baronesa vióse bien pronto rodeada de una turba de solícitos amigos.

Encontróse bien pronto invitada á las reuniones más escogidas de la capital, y vióse visitada y favorecida por lo más elegante de nuestra aristocracia.

Julieta fué, pues, la mujer de moda.

La reina de los salones.

La desesperacion de los más osados lovelaces, y la envidia de las demás mujeres.

Pero cuando colocada ya á esta altura y deslumbrando á todas sobresalía en las reuniones, en los paseos y en los teatros; una casualidad dió al traste con su preponderancia, naciendo, como por encanto, el vacío á su alrededor.

Julietta encontrábase una noche en una brillante *soirée*, en casa del Embajador ruso, donde por desgracia suya la vió un jóven pintor italiano que acababa de llegar á Madrid.

Conociéndola de Milan, ántes de su enlace con el baron, puso á algunos de los concurrentes al tanto de su historia.

La murmuracion, esa hidra que tiene más lenguas que la fama, y que esparce las noticias con más celeridad que el telégrafo eléctrico, repitió bien pronto por todas partes las palabras del jóven artista.

La historia de la baronesa, corriendo de boca en boca, fué aumentándose como la bola de nieve.

Bien pronto supose por todo Madrid que aquella mujer, tan elegante, tan altiva y tan hermosa, había sido bailarina del teatro de la Scala.

Supose que su desenvoltura, su carácter travieso y su imaginacion ardiente y apasionada, le habían grangeado una inmensa celebridad entre los lovelaces de bastidores, de los cuales veíase siempre rodeada de una turba inmensa que se disputaban á porfia sus sonrisas y sus favores.

Supose, tambien, que estas cualidades entusiasmaron tan de veras al baron de Rossellini, viejo célibe, cuya vida había sido una perpétua orgía, que le arrastraron á ser el esclavo de aquella celebridad coreográfica, que solo sabía pagar con desdenes las finezas del trasnochado Tenorio.

El amor del baron aumentaba á medida de los desaires que recibía, y tanto llegó á exasperarse, viendo las dificultades que hallaba para el logro de sus deseos, que decidido á todo, ofreció su mano á la simpática bailarina.

Esta rechazó en un principio la proposicion, pero aceptándola despues, se enlazó con el baron retirándose del teatro.

La buena sociedad de Milan censuró duramente el modo de obrar de Rossellini. Su matrimonio fué desaprobado por todos sus amigos y deudos, y el entusiasmado esposo, viéndose abandonado de cuantas personas le conocían, consiguió que su Gobierno le encargase de una mision diplomática cerca del rey de Portugal, á donde partió decidido á no volver á su país.

Al año escaso de estos sucesos, súpose en Milan la muerte del baron, acaecida de una manera violenta y misteriosa.

Esto era lo que referente á la vida de Julieta había dicho en la reunion donde la viera su jóven compatriota.

Si esto era cierto ó nó, si aquella mujer era un ángel ó un demonio, cosa es que verán nuestros lectores en el curso de esta obra.

Apénas el jóven artista acabó la última frase de su relato, éste, comentado y añadido, se repitió en todos los salones de la Embajada. Una frase oida por Julieta púsole en expectativa, y las miradas y las actitudes acabaron de confirmarla que estaba descubierta. Otra mujer, ménos enérgica, ménos acostumbrada que ella á la farsa del gran mundo, se hubiera anodadado, se hubiera vendido; pero ella, por el contrario, como la víbora que al

sentirse pisada se revuelve, levantó su cabeza con más arrogancia que nunca, y mostrando siempre en sus lábios la más tranquila de sus sonrisas, procuró, con afán creyente, pero disimulado, ver si averiguaba la persona de donde había partido la noticia que la ponía en ridículo.

Su deseo quedó satisfecho bien pronto.

Uno de los jóvenes que se encontraban en la reunión, y que había sido durante algún tiempo incansable pretendiente de la baronesa, á la que odiaba porque le había desairado, acercose á ella del brazo del joven pintor, y con objeto de humillarla, la dijo de la manera más intencionada:

—Baronesa: tengo el honor de presentar á usted á su compatriota, el joven y distinguido artista Annibal Cervi, quien tuvo el gusto de conocer á usted hace algunos años en el teatro de la Scala.

Julieta, conociendo la intencion, recibió de la más cariñosa manera al joven pintor, y fingiendo una complacencia grande estuvo hablando con él toda la noche de asuntos referentes á su patria.

Cuando la reunion terminó, la baronesa, que bajó acompañada hasta su carruaje por su compatriota, se despidió de él ofreciéndole su casa con la mayor galantería.

Un cuarto de hora despues Julieta, iracunda, rugiente, penetraba en su habitacion gritando:

—¡Lucini!... ¡Lucini!

—¿Qué es eso, Julieta?—respondió un hombre de atléticas formas, apareciendo ante la irritada baronesa.

—He sido insultada: he sido escarnecida, y necesito que me vengues, que arranques la lengua al que ha tenido la

audacia de arrojar sobre mí el espantoso ridículo porque he pasado esta noche.

Todo Madrid sabe ya mi historia.

Todo Madrid sabe que la baronesa de Rossellini, ha sido una despreciable bailarina del teatro de la Scala.

Y Julieta, cuyos ojos despedían un fulgor siniestro, cuya boca contraída espresaba la más espantosa desesperación, refirió á su amante cuanto le había sucedido en la Embajada rusa.

—Serénate, Julieta, serénate.

Ese pintorcillo charlatan no volverá á ponerte en ridículo.

Yo sabré cerrarle la boca para siempre.

A la una y media de la noche siguiente varios serenos y dos parejas de la guardia veterana acudían á la plaza de San Jacinto, hoy del Callao, atraídos por las voces de ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A el asesino! ¡A el asesino!

Cuando los guardias y los serenos llegaron, encontráronse tendido en la puerta de la fonda Española á un caballero joven que espiraba, escapándosele la vida por dos anchas heridas recibidas en la espalda.

Era el pintor italiano Annibal Cerví.

CAPÍTULO XI.

Pietro Lucini.

Pongamos á nuestros lectores al corriente de quien era Lucini, aquel hombre á quien la baronesa encomendó su venganza, y á la que trataba con la familiaridad que vimos.

Pietro Lucini eran un hombre de una talla gigantesca, y de unas fuerzas tan colosales, que podía decirse de él, con mucho fundamento, lo que se dice de Milon de Crotona, que era capaz de matar á un toro de un puñetazo.

Había sido grabador, para cuyo arte tenía una disposición tal, que aventajó bien pronto á sus compañeros de taller, siendo el predilecto de su maestro.

Pero bien pronto una feliz casualidad le hizo abandonar su oficio.

Una noche cantaban en el teatro de la Scala, *El Hernani*, y Lucini asistía á la representación.

El bajo que desempeñaba el papel de Silva, interpretó de una manera tan admirable el ária de salida, en el primer acto, que el público, entusiasmado, premió los esfuerzos del artista con un nutrido y estrepitoso aplauso.

El eco de las voces y de las palmadas se extinguía cuando se escuchó en el teatro un ¡bravo! ¡bravo! pronunciado por una voz de cañon de una manera tan profunda, que el público inteligente volvió admirado la cabeza á ver el sitio de donde partía.

Las miradas todas se clavaron en Lucini, pues él era quien había pronunciado la palabra ¡bravo! bajando dos puntos más que el artista aplaudido.

Al dia siguiente, el maestro Verdi se presentó en el taller de Lucini, y haciéndole comprender los resultados y las ventajas que podría conseguir dedicándose el canto, decidió al jóven á abandonar su oficio, empezando desde aquel dia á estudiar bajo su direccion.

Las esperanzas del célebre maestro no salieron defraudadas.

Lucini, que como casi todos los italianos, tenia algunas nociones de música, trabajó con tanto ardor, aprovechó de tal manera las lecciones del aplaudido compositor, que bien pronto vióse en actitud de presentarse al público.

El maestro le ensayó para su *debut* el Silva, pues quería que empezase su carrera cantando la misma ópera en que como espectador demostró sus condiciones de voz.

El Hernani volvió á ser puesto en escena, y el novel artista interpretó su parte de una manera tal, que los bravos y las palmadas ahogaron su voz más de una vez aquella noche.

El éxito de su *debut* no pudo ser más satisfactorio.

Lucini consiguió en una noche lo que habia costado á la mayor parte de los artistas muchos años de asiduas tareas.

Habia hecho su reputacion.

Un año despues conoció á Julieta que hacia tambien en la Scala su primera salida como bailarina.

La hermosa figura de la jóven, su gracia, la gallardía y ligereza de sus movimientos, atrajeron hácia ella una multitud de rendidos adoradores que se disputaban á porfía el placer de obsequiarla y aplaudirla.

Lucini se fijó tambien en ella y formó en la turba de sus galanteadores, y como Julieta poseía un carácter enérgico, un alma de fuego, su preferencia recayó bien pronto en el antiguo grabador, que fué, desde aquel momento, el verdadero dueño del corazon de la bella bailarina.

La existencia de los dos amantes deslizóse por algun tiempo en medio de toda clase de placeres.

Su vida fué una completa orgía, hasta que Lucini, dominado por la bebida, empezó á padecer de la garganta, perdiendo por momentos el único patrimonio que tenia, su hermosa y celebrada voz.

En este estado fué cuando el baron de Rossellini, desesperado de conseguir los favores de Julieta, la ofreció su mano de esposo.

Su proposicion fué rechazada.

La bailarina no podía querer á nadie más que á Lucini.

Pero éste acabó de imposibilitarse para la escena.

El baron volvió á insistir en su oferta, y entonces Julieta, aconsejada por su amante, accedió á las pretensiones de Rossellini.

El enlace se llevó á efecto en un plazo brevísimo.

Julieta dejó la escena, y Lucini la dejó tambien.

Despues, cuando el baron, por las causas que ya sabemos, partió con su esposa á Portugal encargado de una mision diplomática, el antiguo grabador abandonó tambien su pátria pasando á establecerse á la hermosa capital del reino Lusitano, viviendo á espensas de las cuantiosas rentas del baron.

Lucini era la sombra de Julieta; no podia vivir léjos de ella, como ella no podía ser feliz sin tenerle á su lado.

Desde la llegada del baron á Portugal la rara hermosura de su esposa llamó vivamente la atencion de los galantes cortesanos portugueses.

Lastimábanse todos de que una mujer tan jóven y tan excesivamente encantadora estuviese unida á un hombre que podía ser su abuelo, y que gastado además por los excesos de una vida licenciosa, no podía ofrecerle ningun atractivo.

—Esta mujer no puede amar de corazon á ese hombre, podrá respetarle como se respeta á un padre, pero ella es demasiado jóven, demasiado exhuberante de vida para que pueda ser feliz con el amor de un marido á quien el hielo de los años tiene enervado.

Y los Tenorios portugueses, haciéndose estos juicios, asediaban á la hermosa baronesa creyendo no sería difi-

cil la conquista de una mujer á quien casi cuadruplicaba en años su marido. El baron, entusiasmado, loco, con el efecto que en todas partes hacia la presencia de su esposa, no veia nada, no se apercibía de nada, no teniendo ojos más que para mirarla, ni boca más que para ponderar sus cualidades y encarecer su hermosura, sin tener en cuenta que con este modo de obrar no conseguía otra cosa que aumentar el ardor de los rendidos galanteadores de su cara mitad.

Pero lo que el marido no veía, veíalo perfectamente el amante.

Lucini, que no perdía paso á Julieta, y que no tenía más recursos que lo que ésta le proporcionaba, comprendió que su perdicion era segura si por uno de esos caprichos, tan frecuentes en el bello sexo, alguno de los que obsequiaban á la baronesa llegaba á robarle su cariño; y para prevenir esto dirigió al baron un anónimo en que con los más vivos colores le pintaba el riesgo en que se encontraba su honra.

El anónimo produjo el efecto que se proponía su autor.

El baron sintió el aguijon de los celos, comprendiendo el verdadero móvil de las galanterías que á su mujer se prodigaban. Y conociendo, aunque algo tarde, lo imprudentemente que obraba presentando á su jóven esposa en todas las reuniones y ensalzando su belleza, como tenía de costumbre, resuelto á poner eficaz remedio, arrendó una preciosa casa de campo situada en la márgen pintoresca del Tajo, con el objeto de fijar allí su residencia.

Cuando Julieta supo la resolucion de su esposo, disgustóse sobre manera.

La vida deslizábase para ella en Lisboa de una manera demasiado grata para que no sintiese disgusto al ir á sepultarse en una casa de campo.



La baronesa veíase obsequiada por todos, galanteada por todos, y para las mujeres, sin escepcion alguna, no hay música que suene con más armonía en sus oídos que el acento de la lisonja, que los ecos de la adulacion.

Pero el baron, para quien eran casi siempre órdenes las menores insinuaciones de su esposa, mostraba á veces tales arranques de energía que era inútil intentar contradecirle.

Esta ocasion fué una de ellas.

Empeñóse en fijar su residencia en la quinta recién tomada, y Julieta no tuvo más remedio que resignarse á obedecer los preceptos de su marido.

Nada más poético, nada más encantador que aquella deliciosa quinta cuyas plantas besaba el Tajo salpicándola de espumas, y donde un hermoso jardín le prestaba suave y delicado aroma.

Julieta, á pesar de lo delicioso del sitio, le encontró en un principio detestable.

Allí no escuchaba el eterno coro de alabanzas que le prodigaban sus adoradores, y la calma apacible de campo, y el rumor misterioso de las hojas del bosque, y el trino placentero de las aves, y el grato murmullo del rio, encerraban para ella ménos poesía, ménos interés, ménos encantos, que la más pequeña de las adulaciones que en Lisboa sonaban á todas horas en sus oídos.

Pero como la costumbre es una segunda naturaleza, Julieta se fué haciendo á su nueva vida, con tanta más razon cuanto que no pasaba dia sin que Lucini endulzase con su presencia las horas eternas de aquella vida monótona.

El baron, en cambio, encontrábase cada dia más satisfecho de haber tomado aquella resolucion.

La vida del campo le deleitaba por completo.

El jardín, el palomar y el gallinero eran los objetos en que fijaba su cuidado con toda preferencia.

En dirigir las plantaciones, en cuidar á las palomas, á las gallinas, á los pavos y á otra multitud de bípedos y cuadrúpedos que tenía allí reunidos, pasábase todas las horas del dia.

Pero cuando el gozo del baron llegaba á su colmo era cuando emborrachaba á las gallinas, ó hacia bailar á los pavos.

Para conseguir esto, hacia cocer trigo con rom y lo arrojaba á las gallinas, las que á poco de comerlo empezaban á correr de un lado á otro, de una manera desatinada, á bambolearse, á cacarear desafortadamente, presentando, en fin, los síntomas de la más completa embriaguez.

Para hacer bailar á los pavos, bastaba solo un pequeño tambor, á cuyos ecos los animales saltaban sin cesar.

Para acostumarlos á este ejercicio, serviase de un procedimiento parecido al que se emplea, con este objeto, en algunos puntos de América.

Consiste éste en encerrar á los pavos en una gran jaula de madera en cuyo suelo se colocan planchas de hierro bien caldeadas.

Los pobres animales empiezan á levantar las patas precipitadamente con objeto de evitar las quemaduras, pero como no pueden escapar de la jaula, cada vez que pisan sobre la candente plancha, sufren un dolor agudo, continuando saltando sin descanso.

Durante esta bárbara operacion, la persona que desea enseñarlos á bailar toca un pequeño tambor.

Repetido esto varias veces, los pobres animales acostúmbranse de modo que para hacerlos bailar despues

en cualquier sitio, basta solo con hacerlos oír los golpes del parche.

Mientras el baron se deleitaba de esta manera á su esposa se le iba haciendo cada día más insoportable aquel género de vida.

Pero el verano estaba para terminar, y Julieta disimulaba su disgusto creyendo que á la entrada del invierno volverían á trasladarse á Lisboa.

La época esperada vino, y al saber que su esposo se encontraba decidido á seguir viviendo en aquel mismo sitio, la desesperacion de la antigua bailarina llegó á su colmo.

—Este hombre quiere hacer de mí una esclava.

Cansado de gozar, hastiado de todo, juzga por su corazon el ageno, sin tener en cuenta la diferencia de edades que entre ambos existe.

¡Oh!... esto ño puede soportarse.

Hoy mismo, hoy mismo abordo de frente la cuestion, y por su gusto, ó contra su gusto, me alejo de este sitio.

La baronesa anunció á su marido lo que había pensado; pero éste, que como ya sabemos mostraba en ciertas ocasiones una energía de carácter nada comun, la declaró terminantemente su resolucion de permanecer en la quinta.

Con este motivo, medió entre ambos un choque terrible, y Julieta, cuyo carácter voluntarioso conocemos, empezó á meditar la manera de romper el yugo que la sujetaba á aquel hombre, á quien nunca había amado, y á quien desde aquel momento profesó el ódio más profundo.

Pocos dias despues, en Lisboa cundió la noticia de que la quinta de Rossellini habia sido robada.

La autoridad se presentó al momento en el sitio de la catástrofe, y encontraron á la baronesa con un pañuelo metido en la boca, sujeta fuertemente á su lecho y casi asfixiada; y al baron estrangulado en una habitacion contigua.

En el cuello del cadáver veíanse las señales de una mano de hierro, que era sin duda la que le cortó la vida.

Un mes más tarde, Julieta cruzaba la frontera de España con objeto de establecerse en Madrid.

Pasando como su mayordomo, le acompañaba su antiguo amante, el bajo del teatro de la Scala.

CAPÍTULO XII.

El falsificador.

Desde la noche en que fué conocida la historia de Julieta en los salones de la Embajada rusa, la bella italiana vióse abandonada de todas sus amigas.

Su casa, llena siempre de multitud de visitas, vióse desierta, sin que pisase sus umbrales ninguna persona de posición.

Julieta había humillado á muchas mujeres, había hecho desesperarse á muchos hombres, y unos y otras se vengaban ahora condenando al más espantoso aislamiento á aquella mujer que tanto había lucido.

La antigua bailarina conocía perfectamente su posición, pero dotada de un corazón enérgico, en vez de anonadarse, propúsose luchar con aquella aristocracia orgullosa, despreciando sus murmuraciones, riéndose de sus desaires.

Para una mujer hermosa, que tiene además carácter de hierro, y una buena fortuna, no hay nada difícil

Julietta dispuso su casa para recibir á sus amigos.

Amuebló de la manera más suntuosa sus salones, y sin hacer caso para nada del *¿qué dirán?* invitó á sus *soirées* á toda la juventud elegante de Madrid.

La invitacion dió el resultado que ella se proponía.

No acudieron, es verdad, ni la tercera parte de las personas convidadas: el sexo bello brilló por su ausencia, pero del fuerte asistieron de sobra individualidades que al siguiente día tomaron á su cargo publicar por todo Madrid que en casa de la baronesa se había pasado una noche deliciosa.

Que los salones habían estado decorados con el mayor gusto y esplendidez.

Que el ama de la casa había hecho los honores con una amabilidad y una finura digna de todo elogio, y que el *bufet* había sido de los más abundantes y espléndidos que pudiera imaginarse.

Con estos antecedentes, la segunda reunion estuvo concurridísima en extremo, y Julieta pudo envanecerse de haber conseguido lo que deseaba; esto es, privar á sus envidiosas enemigas de lo más escogido de la juventud enamorada y bulliciosa.

La casa de la baronesa fué, pues, el centro de los *lovelaces* cortesanos.

Si se presentaba en la castellana, una turba de apuestos ginetes cercaba su coche, afanándose por saludarla, disputándose el honor de servirla, lo que hacía morir de despecho á sus rivales, que se escandalizaban de que jóvenes de posicion y de talento se mostrasen tan rendidos con una aventurera.

Julieta seguía, pues, gozando de su triunfo; pero como la dicha es efímera, la bella italiana empezó bien pronto á sufrir contrariedades.

Lucini, que siempre había sido un vicioso, pero que siempre también había sido un esclavo sumiso, pues para él eran órdenes sagradas las más leves insinuaciones de Julieta, habíase dado tanto á la bebida que se embriagaba casi diariamente, convirtiéndose además de esto en tirano de la antigua bailarina.

Julieta, cuyo carácter violento y vengativo conocemos, hubiera en otras circunstancias roto bien pronto el yugo que su amante la imponía, pero motivos poderosos la obligaban á ceder, á doblar la cabeza ante aquel hombre á quien ella había mandado á su antojo.

Expliquemos, pues, la causa principal de esta mudanza.

Lucini, que había vivido desde el casamiento de Julieta á merced de ésta, gastando alegremente de las rentas del baron, empezó á ser á poco de su llegada á Madrid quien facilitaba recursos para todos sus costosos caprichos á la orgullosa baronesa.

El boato de que ésta se rodeó desde su llegada á España, aumentado de día en día, dió bien pronto á el traste con la fortuna que á su muerte dejara Rosellini; y Julieta hubiera tenido que reducir sus gastos de una manera espantosa si su amante no hubiera recordado que había sido en Italia un excelente grabador.

No había sello, no había documento de giro, no había tipo alguno de moneda que él no imitase de una manera tan perfecta que sus copias se confundían con los originales.

Cuando supo, por boca de Julieta, el peligro de que se veían amenazados, guardó silencio, cogió un billete de banco, le falsificó, y para convencerse si estaba ó nó

perfectamente imitado se presentó al cajero del Banco, diciendo:

—He recibido hoy este billete al cobrar una cantidad, y sospechando si será falso vengo á molestar á usted por si tiene la amabilidad de decirme su parecer.

—Con mucho gusto, caballero,—contestó el empleado; y tomando el billete se puso á examinarle. Lucini esperaba el resultado con la mayor impavidez.

—Es bueno, y muy bueno;—exclamó por fin el cajero despues de haberle examinado de la manera más escrupulosa.

Lucini estuvo á punto de soltar una carcajada.

Pero se dominó, y dando las gracias al cajero salió de la oficina, diciendo:

—Lo que se aprende bien, no se olvida nunca.

Pocos dias despues Lucini proporcionó á Julieta una sorpresa agradable. Presentóla un paquete voluminoso de billétes de cuatro mil reales, diciéndola:

—Tengo el gusto de ofrecerte los primeros ejemplares de mi fábrica.

Gasta cuanto quieras, que poco trabajo me cuesta ir haciendo emisiones.

La antigua bailarina estuvo á punto de volverse loca de alegría.

Poseía una mina inagotable, y por lo tanto, encontrábase en actitud de seguir gastando y luciendo á su antojo.

Esta circunstancia obligaba á Julieta á sufrir los caprichos de Lucini, que como ya hemos dicho empezó á convertirse en un verdadero tirano.

Pero el antiguo grabador fué aumentando de una ma-

nera tal sus exigencias, que indispensablemente había de llegar el momento de una explosion.

Si Julieta se presentaba en la Castellana con el boato que hasta allí, se incomodaba.

El abono de los teatros le era insoportable, y el cuantioso coste de las reuniones de la baronesa le aburría.

Julieta, por no romper, renunció á lucir en los paseos. Renunció al abono de los teatros.

Moderó los gastos de sus trages; pero de lo que no desistía, ni estaba dispuesta á desistir, era de las reuniones que daba en su casa.

Lucini, viendo que sus insinuaciones eran ciegame-nte obedecidas, anunció tambien que los gastos de las *soirées* le cargaban.

Que estaba harto de dar dinero para que viniesen allí á pasar el rato aquella coleccion de danzantes, y que era preciso que los despidiera,

Julieta se negó terminantemente á este deseo.

Su carácter altivo y orgulloso se rebeló contra tan excesiva tiranía, y entre los dos amantes medió un choque terrible.

A la noche que siguió á este suceso, Lucini vino ébrio á su casa y renovó la cuestion del día anterior.

Julieta insistió en su negativa, y el antiguo grabador, trastornado por la bebida, se dejó llevar de la cólera de tal manera, que ciego, desatentado, llegó hasta el extremo de cruzarle la cara.

Un océano de cólera inundó entonces el corazon de aquella mujer.

Sus ojos giraron en sus órbitas, despidiendo un brillo siniestro.

Su boca se contrajo de una manera feróz, y aquella mujer tan excesivamente hermosa, convirtiése de repente en una fúria, en una pantera, que se arrojó sobre su

agresor devolviendo golpe por golpe é imprimió sus crispados dedos en la megilla derecha de Lucini.

Este lanzó entonces un rugido terrible, y desnudando un puñal, se arrojó sobre su amante resuelto á matarla.

Julieta, retrocediendo, esquivó el primer golpe; y Lucini queriéndola seguir, ciego por la cólera y la bebida, tropezó en una butaca y vino al suelo de bruces exhalando un grito de muerte.

Un mar de sangre brotó entonces de su pecho.

La casualidad había hecho que al caer se clavase en el corazón el puñal que llevaba en la mano.

Julieta lanzó al verle un grito indescriptible.

Un grito que expresaba dos distintos sentimientos: alegría y horror.

Alegría, porque conociendo á su amante estaba segura de haber sido asesinada, si aquella casualidad no la hubiera salvado.

Horror, porque á pesar de todo, Lucini era el único hombre á quien ella quería con toda su alma.

Así que, aquella mujer, á quien vimos momentos ántes convertida en una fiera, arrojóse anegada en llanto sobre aquel hombre que agonizaba, y á quien aun á costa de la suya, hubiera querido volver la vida.

Pocos instantes despues el antiguo grabador no era más que un cadáver que nadaba en el inmenso charco de sangre que enrojecía la alfombra de la estancia.

Julieta, trastornada por el dolor, permaneció abrazada al cuerpo inanimado de su amante, hasta que re-

flexionando la responsabilidad que recaería sobre ella si la justicia encontraba en su casa el cadáver, se alzó de una manera nerviosa, y cerrando aquella estancia, guardó la llave en su bolsillo, se cubrió con un manto y ganó la calle sin que sus criados se apercibieran de su salida.

Había formado su proyecto y le ponía en práctica sin vacilar.

Necesitaba una persona de confianza que alejase de su casa el cadáver de Lucini, y que hiciera desaparecer de allí hasta el vestigio más pequeño de lo que había ocurrido; y conociendo á un hombre apropósito para ésta empresa, iba en su busca sin vacilacion.

Aquella persona era el *Dómine*, á quien conocía Julieta desde la noche siguiente á la *soirée* de la Embajada rusa, á consecuencia de haber sido buscado por Lucini para desembarazarse de Annibal Cerví.

Los deseos de la baronesa se cumplieron.

El cadáver de su amante fué hallado al amanecer en las cercanías del depósito de las aguas, y los periódicos dieron cuenta del suceso, asegurando que el mayordomo de la de Rossellini había sido robado y asesinado.

A contar desde esta fecha, la amistad entre el *Dómine* y la baronesa se estrechó de una manera muy íntima.

Julieta tuvo en él un nuevo esclavo, un hombre decidido á dejarse matar por ella.

El móvil de esta union tan estrecha no era el amor, era otro que ya tendrán tiempo de conocer nuestros lectores.

CAPÍTULO XIII.

El Dios del mundo.

Con la muerte de Lucini, Julieta volvió á recobrar su libertad, y aunque le faltaba el recurso de los billetes de banco, que aquél tan admirablemente fabricaba, ella siguió luciendo y gastando.

La antigua bailarina habia sin duda descubierto otra nueva mina, y sus reuniones y convites eran ahora más frecuentes que nunca, pero nadie había podido interesar su corazón, apesar de que innumerables pretendientes lo habían intentado con empeño.

Julieta había examinado con atención el círculo de jóvenes que la rodeaban, pero no encontró ninguno digno de ella.

La verdad es que, para una mujer que fuera de sus crímenes, poseía un talento privilegiado y un corazón

ardiente, todos aquellos *sietemesinos* debían ser tenidos en poco aprecio, pues no eran más que entes superficiales, de esos que se figuran que un apellido ilustre ó un traje bien cortado constituyen un hombre, y se dan por lo general aires de génios superiores, cuando toda su ciencia se reduce á chapurrar mal el francés, bailar un cotillon, montar á caballo, y saber distinguir unas de otras las diferentes suertes del toreo.

Por este tiempo empezó á frecuentar Juan de Céspedes la tertulia de la baronesa.

Presentado por uno de los amigos de la casa como hijo de un rico banquero de Nueva-York, consiguió bien pronto hacerse simpático á todos los contertulios.

La baronesa mostrose con él tan complaciente, tan obsequiosa desde el primer dia, distinguiéndole de una manera tal, que nuestro jóven, aleccionado por la experiencia, y no creyendo ver más que farsa y mentira en todo, fijábase de una manera insistente en aquella mujer, cuyo acento creía haber oido en otra parte.

Pero por más que torturaba su imaginacion, no podía acertar dónde había escuchado ántes la voz de Julieta, y no lo hubiera acertado tampoco, si no hubiera conseguido ocupar en el corazon de aquella mujer el puesto que dejó vacante la muerte de Lucini.

Entonces supo Juan de Céspedes, que la vieja doña Robustiana, y la jóven baronesa de Rossellini, eran una misma persona.

La esplendidez y desprendimiento que mostraba Céspedes en el juego, que era una de las diversiones favoritas de aquella reunion, su apuesta figura, sus elegantes maneras, la gracia y agudeza de su conversacion, y sobre todo el fastuoso lujo con que se presentaba, le hicieron simpático á los ojos de todos, y bien pronto contó con numerosos amigos.

Céspedes fué entonces presentado por ellos en todas las reuniones del gran tono, consiguiendo de esta manera el objeto principal de sus miras, esto es, hacerse visible para poder servir con más ventaja á la sociedad á que se encontraba afiliado.

Al verse objeto de la atención de todos, al considerar la intimidad y confianza con que lo trataban, Céspedes se sonreía con amargo desprecio, diciendo para sí:

—¡Este es el mundo!

No se paga nunca más que de exterioridades.

Todos me ofrecen su amistad y me abren las puertas de sus casas porque me ven derramar el oro á manos llenas, sin cuidarse de averiguar la procedencia de ese metal que les deslumbra.

En cambio, cuando era honrado, nadie me miraba, porque no tenía ni con qué cubrir mis carnes.

¡Miserable sociedad! que prodigas, como infame meretriz, tus favores á quien más tiene, no al que cumple con más exactitud sus deberes.

¡Maldita seas! puesto que adulas y celebras á el hombre más infame, al criminal más despreciable, con tal que pueda cubrir su fea catadura con una máscara de oro.

El oro es el Dios del mundo: pues bien, tengamos oro, aunque para conseguirlo sea preciso entregar el alma á Satanás.

CAPÍTULO XIV.

Los caballeros de la Garra.

En el verano del pasado año de 1877, una noche el Gobierno hizo un numeroso copo de criminales, que formaban parte de una vasta asociacion, con grandes ramificaciones en algunas provincias.

Con este motivo uno de los periódicos más populares y de más importancia de la Côte decía lo siguiente:

«En la madrugada de ayer se llevó á cabo en esta capital una importante captura de criminales. Parece que hace mucho tiempo se descubrió en las provincias Vascongadas una fábrica de moneda falsa y que, instruida causa por el Juzgado de primera instancia de Vitoria, resultó existir una numerosa asociacion de falsificadores de monedas, billetes de Banco y efectos públicos, que contaba con extensas ramificaciones en Madrid.

»Practicadas averiguaciones por las autoridades y
 »descubiertos los domicilios de los organizadores de tan
 »vasto plán de falsificación, quince inspectores de policía
 »y alguna fuerza de la Guardia civil procedieron ayer
 »á la captura, deteniendo hasta diez y nueve, entre ellos
 »seis mujeres, en varias casas de la calle Toledo, Alcalá,
 »Preciados y Barrio de Pozas, y apoderándose de prensas,
 »volantes, troqueles y demás aparatos empleados en la
 »acuñación de monedas, así como tambien gran cantidad
 »de éstas, de oro y plata, billetes de Banco y letras de
 »cambio de diferentes casas comerciales, imitadas con rara
 »perfeccion. Parece que tambien se les han ocupado letras
 »sustraidas por valor de seis mil duros.»

Pues bien; una asociacion por el estilo de la apresada en el verano último, era la de los caballeros de la Garra; asociacion de cacos perfectamente reglamentados y dirigidos, que egercían un poder terrible, merced á la reserva profunda que guardaban y á la inconcebible audacia que en todos sus hechos despliegan. Revelar sus misterios poniendo de manifiesto su organizacion y sus tendencias, es lo que nos proponemos en este capítulo.

Para ello, invitamos á nuestros lectores á que asistan en nuestra compañía á una de sus sesiones, lo que pueden hacer sin peligro alguno, pues tenemos privilegio para penetrar en aquel antro sin cuidado de que nos limpien los bolsillos, ó nos escamoteen el relój.

En el momento que penetramos abriase la sesion.

El presidente, que no era otro que nuestro antiguo conocido el *Dómine*, hacia uso de la palabra en estos términos:

—Esforzados caballeros de la Garra: tiempo era ya de

reanudar nuestras tareas, interrumpidas hace cuatro meses por causas que paso á exponer.

Desde nuestra última reunion han ocurrido tan gravísimos incidentes, que hubieran puesto en peligro nuestra sociedad y nuestras vidas, si la astucia, el talento y la prevision de nuestra muy alta y poderosa *señora*,— los concurrentes se inclinaron con el mayor respeto,— no hubieran conjurado la tormenta que nos amenazaba.

El caballero *Aguilucho*, preso al llevar á cabo uno de nuestros negocios, sin cuidarse del juramento prestado al ingresar en nuestras filas, puso en noticia de la autoridad la existencia de nuestra asociacion, descubriendo, con todos sus detalles, el sitio y hasta la forma y manera de reunirnos.

Los circunstantes, al oir esto, prorumpen en una exclamacion de cólera, y piden entre gritos y maldiciones el castigo del culpable.

El presidente restablece el órden y continúa:

—Todo se andará, nobles caballeros, todo se andará; pero mientras tanto, guárdese órden y téngase calma para que yo pueda seguiros hablando.

Conocido por la señora el peligro que corriamos, adoptó las medidas convenientes para conjurarlo, una de las cuales fué la órden, que á todos se os comunicó, de abandonar los puntos, no hacer caza ninguna, suspendiendo la ejecucion de los acuerdos de nuestro consejo, y no asistir á sesion al sitio de costumbre hasta nuevo aviso.

El objeto que se proponía la señora al obrar así, era desorientar á la autoridad, haciéndola perder nuestra pista.

Los deseos de la señora se han cumplido.

Gracias á su órden, en estos cuatro meses los inspectores de policia no han podido dar cuenta de haberse cometido más que algun pequeño robo.

Los relojes han estado seguros en los bolsillos y la circulacion de moneda falsa á disminuido notablemente.

La autoridad, alarmada en un principio por la delacion de nuestro perjuro compañero, despues de buscarnos en vano, se ha convencido de que no existimos, y tomando por superchería la delacion, ha cesado en sus pesquisas, orgullosa de que nunca se ha conocido en Madrid una época más tranquila que la actual.

Convencida la señora de que nuestra asociacion no sería ya molestada por la autoridad, principal objeto de sus miras, puso todo su cuidado en apoderarse del que con su perjurio, nos espuso á tan inminente peligro.

El oro se prodigó á manos llenas.

La puerta del calabozo donde aquel miserable se encontraba se abrió, y los deseos de nuestra señora se lograron.

El perjuro se vió libre de las manos de la justicia, pero fué para caer en las nuestras, donde recibirá el castigo que nuestro *Reglamento* señala.

Un nutrido aplauso ahogó la voz del presidente.

La alegría más feroz se dibujó en todos los semblantes, y por espacio de bastante tiempo fué imposible restablecer la calma en aquella gráfica asamblea.

Así que el órden volvió á reinar, el presidente continuó:

—Espuestos, pues, los motivos que han ocasionado nuestras forzosas vacaciones, reanudemos nuestras tareas.

Tengo la íntima conviccion de que en el tiempo que hemos estado sin ejercer, no habreis dejado de pensar algo para lo futuro; así, pues, el que tenga algo bueno que decirnos que tome la palabra.

—Yo tengo que decir unas pocas,—exclamó poniéndose de pié un chulo, de nariz respingada, cuello lleno de costurones, pantalon ajustado, mechas sobre la oreja,

voz aguardentosa y sombrero hongo del diámetro de un brasero.

—¿Eres tú, *Lechuza*, el que va á hablar?

—El mismo en cuerpo y alma.

—Pues desembucha, hijo.

—Tengo preparado un negocijo por medio del *acomodo* (1).

Hace ya dos meses que estoy en relaciones con una muchacha vizcaina, que se encuentra de doncella de labor en casa de una generala viuda y con mucho trigo.

Un criado viejo, asistente que fué del general difunto, y una cocinera, componen toda su servidumbre, de manera que nada más fácil que llevar á cabo un buen negocio, para lo que tengo preparado el terreno á las mil maravillas.

La doncella confía en mí, como en su padre,

Como he tenido tiempo de sobra, la he *camelado* á mi gusto y hasta la he hecho depositaria de veinte duros que guarda cuidadosamente, para cuando nos casemos, dijo con sorna el *Lechuza*.

—Ya veo, hijo, que eres un muchacho aprovechado,—respondió el presidente.

Y puesto que dar ese avance es una cosa tan fácil como dices, no hay necesidad de consultar este caso con nuestro Consejo, por lo que te autorizo para que pongas cuanto ántes manos á la obra.

(1) Conócense con esta denominacion los robos que se efectúan siendo cómplices los criados ó empleados que entraron á servir con este objeto, ó bien los que se llevan á cabo fingiéndose los ladrones novios de las criadas y haciendo que les faciliten la entrada en las casas, en ausencia de sus señores.

Así, pues, designa las personas que tengan que ayudarte, y pide los recursos que necesites.

—Para trincar á tres mujeres y á un viejo no es necesario que se moleste á ninguno de estos caballeros.

Yo tengo á mis órdenes unos cuantos granujas de la *rancha* (1) y con dos de los más aventajados me apañaré: de esa manera si ocurriese algun percance tendré carne que ofrecer á los polizontes, mientras escurro el bulto.

—Está bien; y si has concluido, que pida la palabra el que necesite hacer uso de ella.

—Aquí estoy yo entonces, señor presidente,—exclamó un moceton alto, morenote, tuerto, con un chirlo en el carrillo derecho.

—Calla, ¿eres tú el que vas á hablar *Chocolatero*?

—El mismo.

—Pues empieza, hijo, empieza, y sepamos qué trabajos ha hecho, durante las vacaciones, el primero de nuestros *Espadistas* (2).

—Como ha tenido uno tantos dias de holganza, para no aburrirme de tédio, me dediqué á dar algunos paseitos por la capital, provisto de mi correspondiente pedazo de cera, y sacando aquí el molde de una cerradura y allí el de otra, he conseguido forjar dos docenitas de llaves, que abren con la suavidad de la seda las puertas

(1) *Rancha* ó partida volante, los que se dedican por la noche al robo de cortinas, jáulas ó ropas, que para que se sequen se dejan en los balcones.

(2) *Espadistas*: los que para llevar á cabo sus robos sacan la estampa de las cerraduras en una masilla que usan, ó en un pedazo de cera reblandecida, y por este medio se hacen con llaves que abren perfectamente.

de las casas cuya relacion es presente; y diciendo y haciendo, el *Chocolatero* colocó en la mesa de la presidencia un manojo de llaves y un mugriento pliego de papel, hecho lo cual añadió:

—Ahí verá el señor presidente que al número de cada casa, sigue una reseña de las costumbres de las personas que las habitan, pues como hemos tenido tiempo de sobra se ha hecho todo al pelo, y como Dios protege siempre á la inocencia, nos ha proporcionado, en la mayor parte de esos inquilinos, gentes cuyos usos vienen tan de molde á nuestros deseos, como pedrada en ojo de boticario.

En la casa marcada con el número 10, viven dos hermanitas solteronas, antídiluvianas, huérfanas de un antiguo intendente de palacio, diez ó doce veces millonario; carlistas hasta la médula de los huesos y rezadoras y beatas hasta más allá de la médula.

Tienen para su servicio una especie de dueña ó señora de compañía, que por lo encogida y arrugada, debió indudablemente de conocer á Matusalem, y una doncella como de 25 años, tan gazmoña y camandulera como sus amas y cuya única ambicion se cifra en entrar de organista en un convento, para lo que el sacristan menor de San Andrés, la enseña á mascullar el latin y á menear las teclas.

El cuidado principal de esta coleccion de *cucubias* es enterarse diariamente de los cultos, sermones y novenas que se celebran en la córte: y primero faltaría la misa mayor, que las tres estantiguas y la presunta monja, falten á seis ó siete misas por la mañana, y á la novena, al sermon ó á las cuarenta horas por la tarde.

Entusiasmadas con la idea de que royendo los huesos á los santos, irán sin género de duda vestidas y calzadas al cielo, no se cuidan, por fortuna para nosotros, de las miserias y pequeñeces de la tierra, y salen dejando

siempre las llaves del cuarto al portero de la casa, persona que las merece la confianza más absoluta.

Es este un manchegote de sesenta Abriles, gordo como un botijo, colorado como una amapola, y tan amigo del picante y de lo añejo, como de jugar un truke y echar un párrafo de la guerra de los siete años, en la cual tomó parte como asistente del sanguinario cabecilla Palillos.

Hablar de las mil fechorías que hicieron en las provincias de Ciudad-Real y Toledo, principales teatros de sus rapiñas es su flaco, y yo, conociéndole, le doy cuerda larga, me dejó ganar el truke, hago llevar una azumbre, si pierdo un cuartillo, y con esto, y con asegurarle que me encuentro dispuesto á defender con las armas en la mano la *santa causa*, me he hecho tan su amigo, que el dia que no le visito se pone de un humor endiablado, y se me queja amargamente así que me echa los ojos encima.

Con estos antecedentes, paréceme que comprenderán ustedes que no me será muy difícil burlarme del viejo cabecilla, y desplumar á mi sabor á esas endiosadas cotorronas.

La casa señalada con el número 30 es tambien un bocado excelente.

Habitan en ella unos recién casados con su criada; y mientras ellos se derriten gozando de la luna de miel, yo pienso sin entusiasarme dejarlos á la luna de Valencia.

La mujer es jóven; tiene apenas veinticuatro años, y hallábase de doncella de labor en el barrio de Salamanca, viviendo con nombre supuesto, por no se qué peri-

pecía que la ocuriera con un primo cura, que fué para ella segun dicen malas lenguas, una verdadera enfermedad.

Pero á la chica le gustaba el solideo, y apesar de los pesares, ella no perdía la afición á la sotana, cuando la casualidad vino á traerla la fortuna bajo la forma de un marido.

Era este un señor de setenta y seis años, jubilado de no se qué ministerio, donde estuvo comiendo la sopa boba más de cuarenta años seguidos, y de donde salió lleno de sendos patacones y orondo y rollizo como un prior de Gerónimos.

Viudo hacía ya mucho tiempo y con hijos, nietos y viznietos, cuando parecía que los años habían apagado su antiguo ardor por las duquesas del estropajo, hacía quienes demostró en sus buenos tiempos una afición decidida, sintióse flechado por la prima del cura, y corrió con ella á encender la antorcha de Imeneo, sin reflexionar que no estaba ya para esos trotes, y que los viejos mueren siempre de una de las tres *C. C.*

Hace poco que se casaron y la señora no ha tenido todavía tiempo de posesionarse del terreno, y de sacar por lo tanto los pies de las alforjas.

Sigue por esta causa al pie de la letra las instrucciones de su antdiluviano esposo, y vánse todas las noches á pasar un par de horas al teatro Martin, encargando mucho á la criada que no abra á nadie la puerta. La chica cumple tan al pelo las órdenes de sus amos, que apenas los vé doblar la esquina, sale y se pone á pelar la pava, en la puerta de la calle, con un músico de artillería que se come todas las noches la mejor tajada del principio, que cuidadosamente le aparta su enamorada maritornes.

Como verán los señores por el relato que acabo de

hacer, los patacones del viejo y la niña no ha de costarnos gran trabajo hacerlos ingresar en nuestra caja.

Pues bien; la misma copia de datos tengo adquiridos de las demás casas, cuyas llaves acabo de presentar, y comprendiendo la natural impaciencia de los representantes de las demás secciones, cierro el pico dando las más completas seguridades de que los *Espadistas* harán conocer á la asociacion, ántes de pocos días, que no se han dormido en las pajas durante las forzosas vacaciones por que hemos atravesado.

Calló el *Chocolatero* y el presidente volvió á preguntar:

—¿Quién va hacer ahora uso de la palabra?

—Yo, señor presidente;—exclamó un hombre ton de hercúleas aunque desdibujadas formas, pintado de vi-ruelas y de un color aceitunoso.

—¿Eres tú, *Guindilla*?

—Mi persona, señor presidente.

—Pues habla, y veremos qué se le ocurre al jefe del *Atraco*. (1)

—Como dicen que la ociosidad es la madre de los vicios, y como según el cura de mi pueblo, el hombre está

(1) *El Atraco*: Se denominan así los que se dedican al robo en los sitios de poco tránsito cayendo de sorpresa sobre la persona á quien se dirigen, ó penetrando en las habitaciones donde saben que existen solo señoras ó ancianos, metiéndoles en la boca, para que no griten, un pañuelo hecho nudos ó una pelota de goma y amenazándoles con la muerte si no les entregan en el momento cuanto dinero y alhajas posean.

obligado á ganar el sustento con el sudor de su frente, yo he procurado no desaprovechar el consejo del padre cura, y he hecho tambien mis preparativos para mañana.

Conozco la casa de un capitalista que, dueño de grandes pilas de madera, tiene la costumbre de ir todas las semanas á Aranjuez, y pienso, acompañado del *Guripa*, que es un muchacho de oro, hacer una visita á la señora el dia que salga su marido á su acostumbrada expedicion.

Pero como seria de mal tono presentarnos en este traje en casa tan principal, he decidido embutirme en una sotana y un manteo, calarme unas gafas verdes y un sombrero de teja, y acompañado de mi ayudante, enfundado en un traje negro, presentarme en la casa con el pretexto de hacer la matrícula.

Un ministro del señor tiene al momento las puertas francas, y una vez dentro, meteremos en las bocas de la señora y sirvienta un pañuelo, anudado, y haremos el alijo á nuestro placer.

El dia 7 de Setiembre del año 1876, á las diez de la mañana, en la calle del Salitre, trató de llevarse á cabo un robo disfrazándose los ladrones con los hábitos sacerdotales.

La prensa dió, respecto de este escandaloso hecho, los siguientes detalles:

«Viven en una de las casas de la referida calle una
»señora anciana, en compañía de su hijo, á la sazón
»ausente de Madrid, y de una sirvienta. A eso de las diez
»se presentaron en la casa un sacerdote, acompañado de
»un sacristan, pidiendo permiso para matricular á la fa-
»milia en los libros parroquiales, segun costumbre anual.

»La sirvienta abrió la puerta de la habitación sin des-
»confianza alguna, y pocos minutos despues el fingido
»sacerdote se hallaba en una de las habitaciones tomando
»nota de los datos que la señora le suministraba.

»De pronto, y á una señal del supuesto cura, el sa-
»cristan, se arrojó sobre la criada, para sujetarla, mien-
»tras hacía lo mismo el otro ladron con la dueña de la
»casa; pero aquella se resistió valerosamente, no sin rici-
»bir algunas lesiones del supuesto sacristan, y la señora,
»por su parte, pudo dar algunas voces de ¡ladrones! ¡la-
»drones! que fueron oidas por varios vecinos de la casa
»que en el acto acudieron, dos de ellos armados de un
»pico y un azadon.

»El fingido sacerdote había amenazado con un puñal
»á la señora para que callará, pero no llegó á inferirla
»herida alguna.

»Cogidos infraganti los reos, y áun ántes de que lle-
»garan el alcalde de barrio y dos guardias, el público
»había mostrado su indignacion contra los criminales,
»maltratándolos con dureza, y hubieran de pasarlo toda-
»vía peor, á juzgar por la amenazadora actitud del nu-
»meroso gentío que acudió á la casa, á no haberlos pro-
»tegido las autoridades y sus agentes.

»Aún asi, salieron de la casa muy destrozados, espe-
»cialmente el cura, contra el cual se cebó la ira popular
»rompiéndole el sombrero de teja y el manteo.

»Se ocuparon á los ladrones un puñal, un revolver de
»seis tiros, una lima, una palanqueta, dos pañuelos con
»nudos y una cuerda.»

El *Guindilla* continuó dando cuenta de sus proyec-
tos en la forma siguiente:

La misma agradable visita preparo á un agente de Bolsa, de cuya casa sé las entradas y salidas como si se tratara del cuartucho donde yo me alojo, gracias á las noticias de un granuja que penetró varias veces en ella bajo el disfráz de traperero.

Pero para dar alguna variedad á la cosa, me presentaré como inspector de policía, con pretexto de que se ha denunciado al Gobierno que en poder del indicado señor existen bonos del empréstito carlista, y ó mucho me equivoco, ó he de conseguir, sin inconveniente, llevar á cabo mis propósitos.

Estos son, pues, mis proyectos futuros, á los que se unirán bien pronto otros cuantos que tengo en embrion y para los que falta todavía atar algunos cabos y recoger algunas noticias.

Pero como con proyectos solo no se puede vivir, paso ahora á dar cuenta de un pequeño negocio llevado á feliz término hace tres noches, y que si no tiene importancia por sus exíguos resultados; halaga mi amor propio por haber sido una improvisacion, y además, señores, porque al efectuarle llevé á cabo una buena obra.

Hé aquí ahora los datos de mi negocio:

CAPÍTULO XV.

El atraco.

Acababa de oscurecer y llovía de una manera tan violenta como si las nubes se hubieran propuesto inundar en pocos momentos el mundo.

Las calles eran rios, las aceras inmundos barrizales, y los transeuntes, sin poder hacer uso de los paraguas, á consecuencia del furioso vendaval que soplabá, apretaban el paso buscando donde ponerse á cubierto de aquel segundo diluvio.

—¡Maldito viento, y maldita lluvia!—Exclamaba un señor gordo como una berengena y colorado como un pimiento de la Rioja, guareciéndose á la carrera, al mismo tiempo que yo, en el café de San Fernando.

Aquel hombre iba, como vulgarmente se dice, hecho una sopa.

Habíale cogido el chubasco junto á la fuente de Ca-
bestrosos, el aire le había vuelto el paraguas, y maldi-
ciendo y luchando por arreglarle llegaba azotado por la
lluvia y molestado por el viento.

En dicho café existía, como saben ustedes, un piano
con honores de cencerro y se cantaba flamenco por todo
lo alto; pero quien cantaba era una chica con una voz
como la de un ruiseñor y un rostro como el de un ángel.
Con estos alicientes, fácil es comprender que los toreros de
invierno, y toda esa gente de escopeta y perro, que es-
cupe por el colmillo y se come á los niños crudos, forman
la inmensa mayoría de los concurrentes.

Don Calisto, que así se llama nuestro hombre, se sentó
en la primera mesa que encontró desocupada, y con ob-
jeto de hacer tiempo y ver si el agua cedía, hizo que le
sirvieran un thé. Abismado en sus reflexiones y sin cui-
darse para nada de la bulliciosa multitud que ocupaba
el local, iba despachando á pequeños sorbos el contenido
de la taza que tenía delante, cuando el eco de una voz
dulce y argentina le hizo estremecerse de una manera
nerviosa.

El piano preludiaba un canto flamenco; los aficiona-
dos llevaban el compás tocando las palmas y golpeando
con los bastones el suelo, y la voz cantaba con un eco
purísimo y de una manera arrebatadora la siguiente
estrofa.

«Si piensas que por que canto
Tengo el corazón alegre,
Te engañas; yo soy un cisne
Que cuando canta se muere.»

—¡Es Luisa!—exclamó don Calisto con una alegría sal-
vaje, clavando su hambrienta mirada en la joven can-
tadora.

Yo, que había entrado al mismo tiempo que nuestro hombre en el café y que había reconocido en él á un antiguo compañero de la ronda secreta, me senté á su lado dispuesto á no perder ninguno de sus movimientos.

Aquel prógimo era uno de esos solterones que, encañagados siempre en el vicio, jamás dieron abrigo en su pecho á ninguna pasión legítima.

Nacido de las últimas capas sociales; agente de la policía secreta en sus años juveniles, y por lo tanto guindilla como yo en tiempo de Narvaez, había conseguido ahorrar algunos cuartos haciendo capa á los malhechores y explotando á las prostitutas; separado de su destino al hacerse el pronunciamiento de 1854, dióse á la usura abriendo una casa de préstamos sobre ropas y alhajas, en la calle de la Espada.

Nadie más apropósito para esta clase de negocio que nuestro hombre.

Sin corazón y sin conciencia, reunía las dos cualidades indispensables para ser un *judío* aprovechado; y bien pronto encontróse dueño de un capital respetable, amasado con las lágrimas, el sudor y la sangre de las personas necesitadas.

En su casa de préstamos fué donde conoció á Luisa don Calisto, según pude averiguar al día siguiente de la aventura que voy refiriendo.

Pero no quiero adelantarme.

Cuando la jóven terminó su canto fijó maquinalmente su vista en un espejo que tenía enfrente, y palideció de una manera mortal.

Acababa de ver reproducida en su ancha luna la imagen de aquel hombre.

No queriendo dar crédito á sus ojos, volvió la cabeza y lanzó un grito ahogado; grito que no fué oído más que

por mí, y que se perdió entre el ruido de las mil conversaciones que se cruzaban en el salón.

Don Calisto estaba sentado á su espalda y clavaba en ella sus chispeantes ojos, como la serpiente sobre el pajarillo á quien pretende fascinar.

Yo, que había observado todo esto, y que examinando á mi antiguo compañero había podido apreciar los gruesos botones de brillantes que ostentaba en su pechera y en sus dedos, y la pesada cadena de oro con que sujetaba su relój, concebí en aquel momento la idea de prestar á la pobre cantadora un buen servicio, una verdadera obra de caridad.

Caléme, pues, hasta las cejas mi ancho sombrero de fieltro, y encendiendo un *coracero* esperé con ojo avizor el momento decisivo.

La pobre chica se encontraba presa de una inquietud terrible; pero conociendo sin duda que solo la serenidad podía librarla de aquel hombre, armóse de valor, y alzándose de su asiento fuese acercando poco á poco á la puerta de la calle, hablando, sonriendo y parándose en casi todas las mesas donde los parroquianos la obsequiaban á porfía.

Cuando se encontró cerca de la salida abrió de una manera nerviosa la puerta de cristales, y lanzóse á la calle con la ligereza del rayo.

Don Calisto dejó escapar entonces una exclamacion de despecho, y saltando de su asiento, como impulsado por un resorte, se dirigió á la salida resuelto á darle alcance.

—La noche está oscura, ese hombre va detrás de la cantadora, pues mejor ocasion para aligerarle no se me presenta nunca,—pensé para mi colete, y sin pararme en barras me lancé hácia la calle.

Ya ponía don Calisto la mano en el tirador de la puer-

ta de cristales, cuando se encontró detenido por uno de los mozos del café que le decía:

—Caballero, que no me ha pagado usted el thé.

El interpelado clavó una mirada terrible sobre aquel importuno, á quien hubiera pulverizado de buena gana, no porque le reclamase el importe de lo que tomó, si no porque le detenía, y dándole una peseta se lanzó á la calle.

Mientras ocurría esto, yo le había tomado la delantera.

Salir á la puerta, ver la direccion que llevaba la jóven y partir en su seguimiento fué todo una misma cosa.

La chica huía siguiendo la calle del Meson de Paredes abajo, y don Calisto apresuraba el paso por el mismo camino, resuelto á alcanzarla á toda costa.

La pobre jóven, sintiendo cada vez más cerca las pisadas de su perseguidor, aceleraba su marcha cuanto la era posible. Pero su precipitacion era inútil. La distancia que los separaba disminuía á cada momento; Luisa sentíase ahogada por la fatiga, y don Calisto creía ya conseguido su propósito, cuando de repente se encontró asido por este garfio de hierro, y el *Guindilla* mostró su mano izquierda, vió la aguda hoja de un puñal de Albacete dirigida á su pecho, y escuchó mi voz que le decía:

—¡Levanta los brazos á lo alto, ó te parto el corazon!

La chica al oír estas palabras aprovechó la oportunidad y se perdió por una de las calles cercanas. Mi antiguo colega se quedó inmóvil, frio como una estatua de hielo. La sorpresa le embargó el habla, y trémulo, azorado, levantó los brazos á lo alto, mientras mi individuo, amenazándole siempre y pinchándole alguna vez para hacerle sentir el hierro, le limpiaba, con la mayor presteza, el reloj, los brillantes y los bolsillos.

—¡Echa por la calle arriba, y cuidado con volver la cabeza!—le dije al concluir mi operacion.

—Mi hombre obedeció, dócil como un cordero, y yo, to-

mando por la calle del Tribulete, me perdí entre las sombras.

Aquí están, pues, los objetos que le ocupé; dijo el *Guindilla* poniéndolos sobre la mesa, y cierro la boca que bastante he meneado ya la sin hueso.

—Bueno; pues terminado este incidente, ¿quién va hacer uso de la palabra?

—Yo; que estoy reventando por soltar unas pocas,— exclamó un hombre pequeño, rechoncho, con una cabeza descomunal, coronada de una cabellera tan negra y en sortijada que parecía la de un mulato.

—¿Eres tú, *Topo*?

—El mismo, señor presidente.

—Pues desembucha, hijo.

—Mi proyecto es sencillísimo.

En un cuarto bajo de la calle del Amor del Dios vive un panadero que se ha retirado del oficio, despues de haber hecho una buena pacotilla, dando un cuarteron *de más* en cada libreta de las que salían de su tahona.

La mayor parte de los domingos tiene la costumbre de marcharse á pasar el dia á una huertecilla que compró en Pinto, no volviendo hasta las diez ó las once de la noche, hora en que llega el tren de Alicante.

La casa queda, pues, abandonada todo el dia.

En la acera de enfrente se encuentra sin alquilar una cochera, de modo que tomándola nosotros, no tenemos mas que hacer un pequeño viaje por la alcantarilla, y negocio redondo.

Por lo tanto, como el asunto es tan sencillo, pongo en conocimiento del señor presidente que el domingo próximo le llevaré á cabo.

—Poquito á poco se va lejos, caballero *Topo*,—replicó el presidente.

Los negocios subterráneos nos han ocasionado mu-

chos reveses; y nuestro Consejo tiene acordado no proceder á ejecutar ninguno sin estudiarle con el mayor detenimiento.

Un asunto de ese género ha puesto en peligro la vida de nuestra sociedad, y cuatro miembros de ella se encuentran aún en el saladero, á consecuencia del último fracaso.

Por esta consideracion, opino que este asunto debe pasar al Consejo.¿

¿Se aprueba este parecer?

—Aprobado, sí, aprobado.—Exclamaron todos.

—¿Queda algun caballero que desee proponer algo más?—exclamó el presidente.

—El hijo de mi madre, si su señoría no lo lleva á mal, replicó un jóven de aspecto simpático, pero en cuyo rostro pálido y amoratadas ojeras se veían estereotipadas las huellas de toda clase de excesos.

—¿Calla, eres tú, *Mancheguito*?

—El mismo, en cuerpo y alma,—contestó el interpelado, el cual hacía poco más de seis meses que había recibido la licencia en el penal de Toledo.

Mi negocio,—prosiguió diciendo,—no es de los de más fácil ejecucion, pero como los beneficios que puede producir serán muy grandes, preciso es olvidar las dificultades en gracia de la entidad de la cosa.

—Explícate, pues.

—Alla voy, señor presidente: Cuando estuve puesto á la sombra en la casa blanca de Toledo, (1) conocí á un muchacho de aquella poblacion, chico de alma y trave-

(1) Así llaman en aquella poblacion al edificio destinado á presidio correccional.

sura, que se dedica allí á negocios como los nuestros, pero en pequeña escala, pues el pobre carece de medios y de proteccion, lo que le impide desplegar por completo los recursos de su genio.

Una de las quiebras en que tanto abunda nuestro oficio, y la mala voluntad de un escribano le pusieron á la sombra por dos años, trayéndole á ser mi compañero.

Nos hicimos íntimos amigos, y durante nuestro largos ratos de ócio me confió sus proyectos, me puso al corriente de los negocios que podían llevarse á cabo en aquella localidad, lamentándose al propio tiempo de la falta de recursos en que se encontraba para poder realizarlos.

Yo le ofrecí mi ayuda para cuando nos viésemos en la calle y, efectivamente, al salir en libertad empezamos á preparar los medios de dar un avance á una viuda rica que tiene la manía de vivir en una casa de las más extrañadas de la poblacion, enclavada en la misma márgen del Tajo.

Convenido el plan, pusimos manos á la obra; pero uno de los que debian ayudarnos se fué sin duda del seguro, y la policía, enterada del caso, encontrábase apostada con objeto de cogernos en la ratonera.

La noche era sumamente oscura, pero al acercarnos á la casa la precipitacion de uno de los agentes de la autoridad nos hizo comprender el riesgo que corrimos y con objeto de evitarlo emprendimos la fuga.

Los polizontes, saliendo entonces de su escondite, se pusieron en nuestro seguimiento, y sus gritos de ¡alto á la autoridad! ¡alto á la policía! sirvieron solo para hacernos apretar más las piernas; que llegaron á convertirse en alas; tal era la prisa conque las movíamos.

Pero nuestra ligereza fué inútil.

Huíamos por la márgen derecha del rio que la forma

un arenal terrible, y obligados á seguir sus curvas y recorridos, de manera que nuestro perseguidores que dividiéndose en dos grupos, habian tomado por la parte de la ciudad, nos cortaron la huida, apareciendo á nuestro frente al desembocar en el arenal de la Alcurnia.

—Al agua, ó estamos perdidos,—gritó mi amigo arrojándose al rio.

—Yo no se nadar,—exclamé con el mayor desaliento.

—Si tienes serenidad no te apures,—replicó el toledano; apoya las manos sobre mis hombros y da patadas al fondo, que ántes de diez minutos estaremos en salvo.

Yo vacilaba: por haber sabido nadar hubiera dado una mano en aquel momento.

Pero la policía, conociendo nuestra intencion, corrió hácia nosotros, y entonces, casi maquinalmente, me arrojé al agua y apoyando mis manos sobre los hombros de mi amigo, empezamos á cruzar el rio.

La policía, viendo que nos escapábamos de sus manos, nos hizo fuego.

Los proyectiles pasaron silbando junto nuestras cabezas, y mi amigo me gritó entonces:

—Mete la cabeza en el agua lo más que puedas, á fin de que presentemos el menor blanco pósito á los disparos de esos genizaros.

Yo seguí su consejo y me zambullí hasta los ojos, y temiendo á cada instante que una bala se incrustase en mi cráneo, ó bien irme á fondo si mi amigo se fatigaba, seguí cruzando el rio en medio de las más crueles angustias.

En mi vida he tenido momentos más desesperados.

Por fin tocamos sin novedad la orilla opuesta, y locos de alegría, trepando por los riscos con la agilidad del mono, nos encontramos á salvo, ganando en pocos minutos los espesos encinares de la Sisle.

Desde entonces media entre nosotros una amistad sincera y una correspondencia activa.

Hace un mes me escribió confiándome el proyecto que voy á proponer á la sociedad, y sobre el cual he hecho que me remita una gran copia de antecedentes.

El proyecto se reduce á apoderarse de las personas de unos cuantos capitalistas de aquella ciudad y exigir una gruesa suma por su rescate.

No ha sido ciertamente mi amigo el primero que ha pensado en aquel país esta clase de negocios; pues hace ya algunos años que con diversa fortuna se han llevado á cabo proyectos de esta naturaleza en aquella provincia.

Aquí me remite una lista de doce individuos sobre quienes tiene puesta su mira, y para cuya captura acompaña los planes trazados con una precision sorprendente.

Y el *Mancheguito*, acabando de hablar, puso en la mesa de la presidencia un legajo de papeles.

El presidente replicó:

—El negocio es bueno, indudablemente; pero es de difícil y complicada ejecucion, motivo por el cual pasará al exámen y deliberacion del Consejo.

Algunos otros individuos siguieron presentando proyectos parecidos á los anteriores, y cuando todos se encontraron resueltos y nadie quiso hacer uso de la palabra, el presidente exclamó:

—Terminada nuestra tarea, con respecto á los planes de que nos hemos ocupado, pasemos, pues, á juzgar al preso.

Cancerberos, conducidle á nuestra presencia.

Los que guardaban la puerta de entrada desaparecieron y pocos momentos despues penetraron en la estancia conduciendo á un hombre, como de cuarenta años, de aviesa catadura, con una mordaza en la boca y los brazos fuertemente atados á la espalda.

Al verle aparecer una explosion de insultos y de amenazas brotó de todos los lábios.

El semblante del recién venido se tornó pálido como la cera. Conocía la falta que había cometido y por el efecto que hizo su presencia conoció también que las personas que iban á juzgarle no le perdonarían el riesgo que por su causa habían corrido.

—Silencio, caballeros,—exclamó el presidente con atronadora voz. La calma se restableció inmediatamente, después de lo cual el presidente prosiguió:

—Caballero secretario, dad lectura al artículo 5.º del *Reglamento* interior de la asociación.

—Voy al punto,—replicó con voz cascajosa un viejecillo mugriento, de angulosa facciones, ojos de gato y nariz encorbada, á guisa de pico de ave de rapiña, y después de calarse unos enormes anteojos, leyó lo siguiente:

«ARTÍCULO 5.º Si alguno de los asociados, olvidando el juramento prestado, revelase la existencia de nuestra sociedad, por apurada que sea la situación en que se encuentre, será declarado traidor y condenado á muerte; cuya sentencia deberá ejecutar el caballero á quien la suerte designe.»

—Caballero *Aguilucho*, habiendo usted incurrido en el delito que pena el artículo 5.º; y estando consignado en el siguiente el derecho que tienen los que se encuentran en estas circunstancias para hacer su defensa, se os va á quitar la mordaza y se os concede la palabra con el indicado fin.

La órden del presidente fué cumplida, y el reo, después de dirigir una mirada suplicante á sus jueces, empezó á hablar del siguiente modo:

—Nobles y esclarecidos caballeros de la Garra: Mi desgracia, más que mi voluntad, ha sido la causa de haber faltado al juramento que presté al unirme á vosotros.

Escuchadme, pues, con benevolencia y juzgadme con misericordia, que el hombre es hijo siempre de las circunstancias, y momentos hay en la vida en que el corazón más endurecido se torna más blando que la cera.

Encargado de llevar á cabo el negocio de limpiar de billetes y metálico la caja del rico banquero Santibañez, seguí estrictamente las instrucciones que por nuestro Consejo se me dieron, logrando, en ocho días, tener franco el paso por la alcantarilla hasta colocarme exactamente debajo de la habitación donde aquel capitalista guarda su caja.

Nunca se ha hecho un trabajo de esa especie con más precisión ni prontitud, y satisfecho de mi obra decidí completarla á la noche siguiente, para lo cual, seguido de cinco de nuestros consocios, busqué la vuelta á la ronda y empecé á franquear el poco espacio que de la codiciada caja nos separaba. El agujero quedó practicable en pocos minutos y con la ligereza de las ardillas y el silencio más profundo, empezamos nuestra ascension creyendo ya tener en nuestras manos la codiciada presa.

El caballero *Corzo* que marchaba delante, llevando una linterna en su mano izquierda y el revolver en la derecha, fué el primero que trató de penetrar en la casa; pero no habia asomado apenas la cabeza por el agujero que practicamos en el pavimento, cuando recibió un pistoletazo en la frente que le hizo rodar sin vida.

La confusion más espantosa reinó entónces entre nosotros.

La luz se apagó, estábamos descubiertos y se nos habia estado esperando con la calma que el cazador espera á la pieza.

La sorpresa, el temor nos sobresaltaron, y emprendimos la fuga descompuestos, perdidos.

No bien habíamos dado los primeros pasos, cuando en medio de la oscuridad en que se encontraba sumida la alcantarilla, brillaron las luces de la ronda, la que cerrándonos el paso, nos gritaba:

—¡Alto á la ronda!

La huida era imposible.

Estábamos irremisiblemente perdidos y nos no quedaba más que la terrible disyuntiva de rendirnos ó abrirnos paso luchando á muerte con los que nos detenían.

En aquel momento supremo la sorpresa dejó en nuestro pecho su puesto á la desesperacion, al temor reemplazó la ira, y resueltos á todo ántes que entregarnos á merced de nuestros enemigos, nos arrojamos sobre ellos como tigres rabiosos, con los revolvers en una mano y los puñales en la otra.

Lo que pasó entonces fué terrible.

Las linternas de la ronda se apagaron también, y las llamas de los disparos eran las únicas luces que alumbraban aquel combate subterráneo.

Pocos instantes despues, yo me encontraba cubierto de heridas, tendido en medio de un lago de sangre y envuelto en la oscuridad más completa.

A lo lejos retumbaban aún, como eco de poderosos truenos, el ruido de algunos disparos.

Perdí el conocimiento, y cuando pude darme cuenta de mi situacion me encontraba en la enfermería del Saladero y se me había hecho ya la primera cura.

Pero mis heridas eran tan profundas que los médicos, desconfiando de poder salvarme, me mandaron disponer.

Un capellan vino á mi cabecera, y sus exhortaciones hicieron un efecto tal en mi abatido ánimo que lo revelé todo, pues la idea de los eternos suplicios á que sería condenado si moría impenitente, me aterró en aquellos

instantes supremos en que me encontraba presa de la fiebre y decaído por la falta de sangre.

Este ha sido mi delito, ilustres caballeros.

Haceros cargo de mi tristísima situación en aquellos momentos solemnes, en que luchaba entre la muerte y la vida, y mostráros generosos con quien se arrepiente sinceramente del mal que os ha causado.

Aguilucho dejó de hablar, y el presidente, con un tono de voz tan sosegado, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo, respondió lo siguiente:

—Disponiendo, como dispone, bien terminantemente, el artículo 5.º que el caballero que revele la existencia de nuestra sociedad, por apurada que sea la situación en que se encuentre, sea condenado á muerte por traidor, y estando como está el caballero *Aguilucho* confeso y convicto de haber cometido el delito marcado en el indicado artículo, le condeno á la pena que en la citada disposición se señala.

Una salva de bravos y aplausos ahogó la voz del presidente, al mismo tiempo que los cancerberos ahogaron con la mordaza la voz del reo que pedía misericordia.

Restablecida la calma procedióse á sortear la persona que había de ser el ejecutor de la sentencia.

Juan de Céspedes fué el designado por la suerte; sus manos no se habían teñido aún en sangre, y aunque su corazón se encontraba pervertido, asesinar á un hombre á sangre fría le repugnaba.

Pero la sentencia era irrevocable y las prescripciones del Reglamento de la asociación ineludibles, de manera que nuestro jóven no tenía más remedio que llenar su misión como verdugo.

A pesar de conocer esto, dirigiéndose al señor presidente, exclamó:

—La suerte me ha designado para que ejecute la sen-

tencia dictada contra el caballero *Aguilucho*, y obedeciendo ciegamente las disposiciones de nuestras leyes, estoy pronto á cumplir mi cometido.

Pero ántes de hacerlo, ruego al señor presidente y á la asamblea, que me permitan desatar al reo, entregarle un arma igual á la que yo empuñe, y que defienda su vida, si tiene corazon para ello, en la seguridad de que me sobran valor y destreza, para que la pena que le ha sido impuesta se cumpla.

—¡No, no!—exclamaron una multitud de voces.

—¡Sí, sí!—respondieron otras, seducidas por el arrojido que demostraba en sus palabras el *Señorito*, sobrenombre con que señalaban á Céspedes, y esta divergencia de opiniones alteró de tal manera á la asamblea, que sus miembros, más acostumbrados á discutir con las manos que con la lengua, empezaron á trabarse de una manera terrible.

Conociendo el presidente las fatales consecuencias que de esto podían sobrevenir, sacó un revolver del bolsillo y apuntó al reo diciendo:

—La vida de un traidor no debe ser causa de un disgusto entre los leales.

El eco de un tiro asordó el recinto, y el *Aguilucho* rodó en tierra sin vida.

La bala le había penetrado por cima de la sien derecha.

—La sentencia está cumplida,—prosiguió diciendo el presidente.—La sociedad está vengada, y el criminal ha pagado ya la deuda que tenía con nosotros.

Escarmentemos todos en cabeza ajena, y no olvidemos nunca que de observar fiel y enérgicamente las disposiciones del Reglamento, depende la vida de nuestra asociacion.

Ahora, pues, para terminar nuestra tarea, ved caballe-

ro secretario qué pliegos existen en la cartera de nuestro Consejo, y entregadlos á las personas á quienes vengan dirigidos.

—No encierra más que dos, señor presidente,—exclamó el secretario despues de registrar la cartera.

—Uno para el *Señorito* y otro para el caballero *Sangre fria*.

—Vengan, pues,—exclamaron los interesados tomando los pliegos, despues de lo cual, no teniendo más asuntos de que tratar aquella noche, se disolvió esta reunion de bandidos.

Al dia siguiente, Juan de Céspedes salía de Madrid con direccion á Barcelona, en cumplimiento de lo que en el pliego del Consejo se le mandaba.

Dejémosle, pues, correr hácia la hermosa ciudad de los bizarros condes, que ya tendremos ocasion más adelante de conocer con todos sus detalles la mision que se le había confiado.

CAPÍTULO XVI.

El timo.

A los tres ó cuatro días de los sucesos que acabamos de referir en el anterior capítulo, la prensa empezó á dar cuenta de multitud de robos, evidente señal de que los caballeros de la Garra habían salido de la inercia en que los pusiera la delacion de *Aguilucho*.

Serían las tres de la tarde cuando por la acera derecha de la calle de la Montera, subía, hácia la Red de San Luis, un jóven de mediana estatura, moreno, delgado, de mirada penetrante, de aire resuelto, pero cuyo traje acusaba á la legua á un señorito de provincias vestido de día de fiesta.

Y así era en efecto; nuestro jóven llamábase Enrique Quintana, era natural de Lugo, y hacía escasamente dos semanas que había pisado por vez primera la Côte, mer-

ced á una credencial de oficial tercero del Gobierno civil de la provincia, alcanzada por mediacion de un diputado, paisano suyo y casi pariente.

Listo como una ardilla y celoso como buen gallego, prevenido hasta la exageracion contra los riesgos y asechanzas de la Córte, dedicábase á estudiar con el mayor cuidado la sociedad en que á la sazón vivía.

Seguía, pues, nuestro hombre su camino, cuando al llegar á la esquina de la calle de la Aduana, vió que á una elegante señora que le precedía, se la cayó, sin advertirlo, un pequeño paquete.

Lanzóse á cogerlo, con ánimo de entregársele, pero por listo que andubo, otra mano más ligera que la suya se apoderó de él.

Pertenecía esta mano á un muchacho de diez y seis á diez y ocho años, decentemente vestido, y el cual llevaba una pequeña cesta de alambre llena de fruta.

—Ese paquete se le acaba de caer á aquella señora,— exclamó Quintana, sujetando la mano del recién venido.

En aquel momento un coche penetró en la calle de la Aduana obligando á nuestros dos personajes á detener su marcha.

Cuando el vehículo acabó de pasar, la señora á quien se le cayó el paquete había desaparecido de la vista de nuestros dos interlocutores

—¡Qué señora, ni qué demonio!—exclamó el muchacho;—este paquete es mio, porque me lo he encontrado, y mejor dicho, es de usted y mio, porque los dos nos hemos lanzado á un tiempo sobre él.

—De ninguna manera; esa prenda tiene dueño; ese dueño nos es conocido, y sería una iniquidad, que yo no consentiré, el no devolverlo inmediatamente.

—¡Ay, señorito! cualquier cosa apostaba yo á que no es usted de Madrid, y que no hace mucho tiempo tam-

poco que vive usted en la Corte; si nó, ya pensaría usted de otro modo.

Aquí, aunque vean que se le pierde á uno un ojo de de la cara, no tenga usted cuidado que se moleste nadie en devolérsele.

Pero la gente de las provincias somos más honrados, tenemos más buena fé.

—¿Tú no eres de Madrid tampoco?—preguntó Quintana lisongeado por las frases del chico.

—No señor, por fortuna mia: soy castellano viejo, y vivo aquí cerca, en el núm. 20, principal, de la calle del Colmillo, en donde estoy de ayuda de cámara del señor marqués de Monte-Alegre.

Ahora bien; puesto que esa señora ha tenido la suerte de que este paquetito caiga en nuestras manos, vamos en su busca y se le devolveremos.

—Vamos, sí;—exclamó Quintana apretando el paso.

—Pero veamos siquiera por curiosidad lo que contiene, dijo el chico empezando á desliarlo mientras avanzaban calle arriba.

¡Cielos! señorito, qué cosa más hermosa,—exclamó el ayuda de cámara presentando á la vista de Quintana un precioso estuche forrado en raso color grancé, dentro del cual brillaba, con cambiantes deslumbradores, una magnífica pulsera de oro guarnecida de gruesos brillantes.

—Efectivamente que es asombrosa,—replicó nuestro jóven clavando los ojos con singular avidéz en aquella alhaja que el muchacho movia de cierta manera para que mostrase mejor sus deslumbrantes luces.

Un mal pensamiento cruzó entonces por la mente de Quintana, pensamiento que adivinó sin duda el chico, porque en sus lábios se dibujó, aunque de un modo imperceptible, una sonrisa de satisfaccion.

Pero la conciencia honrada de nuestro jóven rechazó su mal pensamiento, y con acento lleno de energía exclamó:

—Envuelve ese paquete como estaba y volemós en busca de su dueño.

El chico se encogió de hombros, lió el paquete y siguió á su interlocutor, quien dando ccdazos y empellones por abrirse paso, se puso en un momento á la entrada de la calle del Caballero de Gracia.

—No veo á esa señora,—exclamó paseando su mirada por las calles inmediatas, y no contento con esto, se lanzó á la calle de Fuencarral por ver si conseguía su objeto.

Pero sus deseos salieron frustrados, la dueña de la pulsera habia desaparecido.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó á el ayuda de cámara.

—Muy sencillo,—replicó éste;—quedarnos con nuestro hallazgo y repartir su valor como buenos hermanos.

—¡Pero mi conciencia!...

—No hay conciencia que valga: nos hemos encontrado esta magnífica alhaja, hemos corrido en busca de su dueño para devolvérsela y su dueño no parece. ¿Qué nos queda ya que hacer; dejarla en el suelo para que se apodere de ella otro ménos tonto que nosotros? Eso no lo hace el hijo de mi madre.

La fortuna llama á nuestras puertas y yo no me encuentro dispuesto ó decirla que no estoy en casa.

Pero con estas y las otras yo estoy faltando á mis deberes y mi señor estará furioso por mi retraso.

Acabemos, pues, nuestro asunto. Usted sabe dónde vivo y cuál es mi ocupacion; voy á mi casa á enterar á mi amo de lo que me sucede y á pedirle permiso para ir con usted á vender esta joya, espéreme usted en el

pasage de Murga, y esté seguro que ántes de media hora estoy de vuelta: y el chico, guardando cuidadosamente el paquete en uno de los bolsillos de su americana, se dispuso á partir.

—No, no; eso de ningun modo;—replicó Quintana deteniendo al chico, en la creencia de que lo que quería era marcharse y no volver, llevándose la pulsera y dejándole burlado.

—Déjame el paquete, y te esperaré donde quieras.

—Está bueno el caso,—replicó el chico haciendo una mueca;—¿con que es decir que no tiene usted confianza en mí, porque eso y no otra cosa significa el no dejarme marchar con esta alhaja, y quiere usted que yo me fie de usted ciegamente? No señor, no, de ningun modo; me han pasado ya muchos lances en Madrid y estoy muy escamado.

—¿Y cómo piensas que podremos arreglarnos entonces?

—Se me ocurre un idea.

—Habla.

—Vámonos al café de Bilbao, que está muy cerquita de mi casa, me dá usted allí una nota con la señas de esta alhaja y con las de su habitacion y su nombre de usted, se queda usted con el estuche, yo voy en un vuelo á decírselo á mi amo y en seguida vuelvo al café á buscarle, y juntos salimos y lo arreglamos á nuestra satisfaccion.

—Me parece bien,—replicó Quintana, á quien el demonio de la codicia tentaba hacía ya bastante rato, inspirándole la idea de aprovecharse de la ocasion que tan á las manos se le venía para dar un mico al pobre ayuda de cámara.

Poco rato despues sentábanse en un velador del café de Bilbao, y el chico, desenvolviendo nuevamente el pa-

quiete, encontróse con que debajo del estuche hallábase una carta concebida en los siguientes términos:

«QUERIDA HERMANA LOLA:

»Acercándose los días de Pepita, y deseando hacerla
»un obsequio, te ruego pases por casa de Pizala, y con
»ese exquisito gusto que para todo tienes, me tomes un
»brazaletes de oro y brillantes. Procura que no exceda su
»importe de veinte á veinte y cuatro mil reales, pues es
»lo que desea gastar tu hermano, que te quiere,

ANGLE.»

—¡Veinte y cuatro mil reales!—exclamó el chico ahuecando la voz.—¡Qué barbaridad: si es una verdadera fortuna!

—¡Mi sueldo de tres años y sin descuento!—dijo para sí Quintana devorado por la codicia, resuelto á hacer suya la alhaja á toda costa; y viendo al chico que con el estuche abierto contemplaba la pulsera abismado en una especie de alucinación, sacó un lápiz y trazando en un papel un nombre y unas señas cualquiera, le dijo:

—Vamos, vamos; cierra esa caja, toma mis señas, corre á casa de tu amo y aquí te espero tomando café tranquilamente,—y diciendo y haciendo cogió el estuche de manos del chico y lo guardó en el bolsillo de su gaban, y dando dos palmadas le dijo al mozo que le sirviera café.

El chico se puso de pié y dando vueltas al papel de las señas que le diera Quintana exclamó sin moverse:

—Señorito, yo soy muy franco, desde que sé poco más, poco ménos lo que vale esa alhaja, he variado de opinion

y no me conformo en marcharme dejándola en su poder de usted.

—¿Desconfías de mí?

—No señor, de usted solo nó; desconfío de todo el mundo. Yo soy un pobre chico, y á un chico creen la mayor parte de las gentes que se le puede engañar sin dificultad. Por lo tanto, déjeme usted que me lleve la alhaja, puesto que yo la cogí primero, y espéreme usted aquí; ó para dársela á usted deme algo en fianza, deme usted alguna prenda que me asegure que no ha de desaparecer usted mientras yo voy en casa de mi amo. Esta es la única manera de que yo confie.

—Corriente;—dijo Quintana resuelto á hacer una jargarreta al muchacho;—toma mi relój, y le dió el que llevaba puesto, que era un cilindro de plata sujeto á una cadenilla de acero.

—Esto es bien poco, señorito; lo más que vale este relojillo serán seis duros, y tomar ésto en fianza de doce mil reales que por lo ménos me corresponden del valor de esa pulsera, es lo mismo que no tomar nada; así, pues, ó me da usted más seguridades, ó lo que es con esto no puedo quedar satisfecho; y pronunciando estas palabras dejó el relój sobre el velador sentándose nuevamente.

—Este chico me va á desesperar si no lo echo de aquí de cualquier modo,—dijo para sí Quintana, y poniendo mano al bolsillo sacó diez duros que constituían todo su capital, y presentándoselos, exclamó:—toma el relój y cuanto dinero tengo, y sal de aquí escapado y vuelve en seguida.

—Ya lo creo que lo haré,—replicó el chico guardando el relój y el dinero con estudiada precipitación.—Antes que acabe usted de tomar café estoy de vuelta; y diciendo y haciendo partió hácia la calle de Hortaleza ligero como un corzo.

Apenas hubo cerrado tras sí la puerta de cristales del café, cuando Quintana, sin tocar siquiera el que le habían servido, dejó dos reales sobre la bandeja y se lanzó á la calle por la puerta que dá á la de las Infantas, ganando en seguida la de Fuencarral.

—He conseguido mi objeto,—decía para sí, lleno de alegría; y apretando con la mano derecha dentro de uno de los bolsillos de su gaban el estuche consabido, repasó las calles de San Onofre, la Puebla y del Pez, y fuese en busca de un platero, paisano suyo, que se hallaba establecido en un portal de la calle Ancha de San Bernardo.

—Buenas tardes, señor Luaces,—dijo Quintana dirigiéndose al artífice, que era un viejecillo calvo, arrugado y menudo; con enormes gafas, y que á la sazón se entretenía limpiando un medio aderezo de finísimo doublé, con perlas de cera.

—Buenas te las dé Dios, Quintana,—respondió el viejo.

—Vamos á ver, ¿quiere ó puede usted decirme cuánto podrá valer esta alhaja? y sacando el estuche presentó al artista la pulsera.

—Está bien hecha;—exclamó el viejo despues de examinarla.

¡Cómo se trabaja en el día!

—¿Pero cuánto podrá valer?—replicó Quintana, á quien ahogaba la impaciencia.

—Te diré, pueden darse por ella... sí, sí; se pueden dar veinticuatro....

El corazón de Quintana palpitaba de una manera terrible, el viejo prosiguió:

—Sí, veinticuatro reales.

—¡Cielos!—exclamó el oficial del Gobierno anonadado ante aquella revelación.

—Pero qué habías creído, Quintanita, ¿que era fina esta alhaja?

El jóven hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Pues te has engañado, ó te han engañado como á un chino.

Esto es doublé, y malo; y diamantes americanos.

—¡Oh!... se me han burlado. ¡Maldito chico, si le cogiera!....

—Já, já, já, échale un galgo,—exclamó el viejo platero riendo como un tonto, adivinando lo que á su paisano le había sucedido; y enterado por Quintana de cuanto le había pasado, le dió una palmada en el hombro diciéndole:

—Quintanita, has pagado el noviciado; te han dado el *timo*, como dicen los rateros, conque ojo, y que la cosa no se repita.

—Le aseguro á usted paisano, que de leccion me servirá, y que trabajo le mando al que quiera abusar en lo sucesivo de mi buena fé.

Nuestro jóven dió la mano al platero, y revolviendo en su mente mil proyectos de venganza contra los discípulos de Caco dirigióse al Gobierno civil donde le tocaba hacer la guardia aquella noche.

CAPÍTULO XVII.

Los timadores en general.

De entre la multitud de discípulos de Caco, son indudablemente los que se dedican á estafar por medio del *timo*, de lo más selecto de la clase, no atreviéndonos á decir que son la crema de los sacerdotes del robo, por que privaríamos entonces, con sobrada injusticia, de su verdadero puesto á los *enterradores* y *falsificadores*, verdadera aristocracia de tan respetable *troupe*.

Pero si efectivamente, los *timadores* no son los primeros entre los que toman lo ageno contra la voluntad de su dueño, por la importancia de sus fechorías, lo son, indudablemente, por el ingenio, las tretas y los recursos que emplean para llevar á cabo sus propósitos.

Ninguna manera de estafar presenta más variedades: y no pasa, puede decirse un solo día, sin que el *timo*, dis-

frazado bajo una ú otra forma, no haga alguna nueva víctima. (1)

Los medios más comunmente empleados, son: *el de la cinta, tres cartas, Pedrito y Juanito, flecha, brocha, el ladrillo, las velas de esperma, el paquete de monedas de medio real, el oro á la mitad de precio, la pulsera, la sortija, lo fabricacion de monedas al minuto, por medio de la guitarra y la lima hueca.*

Vamos, pues, á dar una ligera idea de estos procedimientos.

La cinta, tres cartas, Pedrito y Juanito, flecha y brocha, son otros tantos juegos de ventaja, que los *timadores* establecen en las ferias y en los alrededores de la Córte; especialmente en las rondas de Toledo y de Atocha.

Acompañados de uno ó dos cómplices, que se conocen entre ellos con el nombre de *ganchos*, mientras finge el *timador* manejar torpemente la baraja, los *ganchos*, haciendo el papel de *puntos* y ganando cuantas veces apuestan, animan á los que se acercan al corro, enseñándoles las monedas ganadas, y diciéndoles que el que maneja las cartas no sabe lo que tiene entre manos.

La codicia, cebo indispensable en todo *timo*, arrastra entonces á los incautos á tomar parte en el juego; y como la primera puesta se la dejan sacar siempre, para inspirarles confianza, caen de lleno en la red, dejando entre las manos de los *timadores* cuanto dinero llevan, cegados por el afan de tomar el desquite.

(1) Hace poco tiempo que los periódicos han anunciado un timo llevado á cabo en el campo del Moro, por medio de un cartucho relleno de perdigones, y ascendente á la suma de veinticuatro mil reales.

El ladrillo, las velas de esperma y el paquete de monedas de medio real, es el mismo *timo* bajo distinta forma.

Con el ladrillo, forman un cóno del diámetro de una onza de oro, y le envuelven en un papel, teniendo cuidado de poner en uno de los extremos, y de modo que se vea, una onza de oro buena ó de carton.

Como el peso del cartucho, hecho de la indicada manera, es sumamente desproporcionado al que tendría un paquete de onzas de aquellas dimensiones, los *timadores* han sustituido el ladrillo, con monedas de medio real, y algunas veces, con un cartucho relleno de perdigones.

Con las velas de esperma, cortándolas la parte delgada por donde se encienden, forman paquetes que fingen ser de monedas de cinco duros.

La manera de *timar* con estos cartuchos, varía bastante, pero expondremos alguno de los medios que con más frecuencia ponen en práctica.

Vigilan cuidadosamente la entrada del Banco de España, la de la Tesorería de provincia, la Caja de Ultramar, la General de Depósitos, y las de los principales establecimientos de crédito, acechando siempre al forastero y al soldado, pues entre estas clases, eligen las víctimas de este género de *timos*.

Seguros de que acaban de recibir dinero, y satisfechos del escrupuloso exámen que del elegido hacen como operacion preliminar; procuran á todo trance entablar conversacion con él, fingiéndose paisanos ó suponiendo que le han visto ántes en alguna otra parte, ó aprovechando cualquier incidente que la casualidad les depara; teniendo cuidado especial, en exponer que ellos son tambien forasteros, y que están en la Córte por pocos dias.

En seguida hacen recaer la conversacion sobre los peligros de Madrid, la multitud de robos y estafas que se

cometen diariamente, lo prevenidos que deben ir siempre los forasteros, y hasta aseguran haber sido ellos víctimas de los ladrones; pero á pesar de todos estos males, afirman que algunas veces la casualidad depara tambien en la Côte excelentes negocios, con los que algunos que han sabido aprovecharlos, realizaron pingües ganancias.

Cuando creen tener el terreno suficientemente preparado, se presenta el *gancho* haciéndose el borracho ó el simple, les pregunta si le pueden indicar una casa de comercio segura, á donde depositar una cantidad que en onzas de oro lleva consigo. Para dar más fuerza á sus argumentos, enseña uno de los paquetes, y hace ver al *primo*, como ellos llaman al estafado, la onza, que segun digimos, va puesta al efecto encima de uno de ellos.

El borracho fingido hace entonces que se entretiene mirando algun escaparate, ó fijándose en cualquier objeto que se encuentra á la vista, y el *timador*, aprovechando este momento, procura inclinar á su víctima á apropiarse entre ambos los paquetes de onzas que el *gancho* lleva.

Para ello, aviva su codicia, le pinta con los colores más exagerados el gran negocio que pueden hacer; y como el flaco de casi todos los mortales es la avaricia, el afan de hacerse rico en poco tiempo, el invitado accede á lo que se le propone.

Entonces acuerdan que él tome los paquetes de onzas y se vaya con ellos á esperarle á un café, lejos del sitio donde se encuentran, á donde él acudirá así que pueda desprenderse del borracho.

Dispuesta así la cosa, acércanse al *gancho* y le dicen que saben una casa donde su dinero puede estar tan seguro como en su poder, que los entregue los paquetes de onzas, y mientras va uno á imponerlos el otro se quedará acompañándole.

Accede el borracho, pero en el momento que va á en-

tregar los paquetes á la persona á quien quieren engañar, los vuelve á guardar diciendo: Qué como en Madrid hay tan mala gente y él no conoce á nadie, que es preciso le den algo en prenda, si quieren que les confie aquella gruesa suma.

El *timador* se apresura entonces á entregarle cuanto dinero lleva, é invita al *primo* á que haga lo propio, diciéndole que la cuestion es no perder tiempo, y apoderarse de las onzas.

Lo hace así el engañado, y el borracho guardando el dinero, mete los paquetes entre el pecho y la camisa de su *victima*, y haciéndose el pesado, se los introduce hasta la espalda diciéndole: ¡no los pierda usted, por Dios, que son toda la fortuna de mi familia!

Impóngalos usted pronto y venga á buscarnos, que yo no estaré tranquilo hasta que usted vuelva.

Y diciendo esto, se separa del forastero, que parte como una flecha, estremeciéndose al contacto de los pesados paquetes en que cree encerrada una fortuna, resuelto á no pasar por el sitio donde quedó citado con el que cree su cómplice, y dispuesto á tomar, lo ántes posible, el camino de su pueblo.

Mientras tanto, el *timador* y el *gancho* parten la cantidad que arrancaron, por el medio expuesto, al pobre iluso, y el negocio queda realizado.

El *Timo* con la *pulsera* ó el *anillo* ya lo hemos descrito en el capítulo anterior.

El *Timo* por medio de la *lima hueca* y el *del oro á la mitad de precio*, son bastante parecidos, variando solo en los detalles.

Preséntanse á la persona que quieren estafar, diciéndole que poseen una partida de plata ú oro, procedente de algun robo, ó de las minas intervenidas por los cantonales en Cartagena; y que teniendo necesidad de realisar fondos, lo darán á un precio arregladísimo, á la mitad de su valor; prévias cuantas pruebas se deseen para asegurarse de la excelente calidad del metal.

Realizado el ajuste, presentan las barras, y á voluntad del interesado y en su presencia, las liman por distintos sitios.

La lima conque hacen esta operacion es plana y hueca, y está rellena de polvos de oro ó plata de ley, y como tiene un pequeño agujero debajo de cada uno de sus dientes, vá soltando polvo bueno al frotar contra la barra falsa.

Despues recojen el polvo limado y lo llevan á un platero para que lo examine, y su dictámen favorable siempre, como que lo que llevan á examinar es efectivamente oro ó plata de ley, sirve de corolario á la estafa, realizada por los medios expuestos.

Cuando los timadores no poseen la lima hueca, hacen sus fechorías variando el anterior procedimiento de la manera siguiente. Liman las barras con una lima comun y al envolver los polvos en un papel, llaman la atencion del interesado con cualquier pretesto, y escamoteando el papel donde envuelven el polvo limado, presentan otro igual donde van encerrados polvos de oro ó plata legítimos, con lo que realizan la estafa en la misma forma que en el caso anterior.

La *fabricacion de monedas al minuto*, la preparan de la manera siguiente:

Hacen creer á la persona que pretenden estafar que un gran mecánico extranjero ha inventado un aparato, por medio del cual se pueden fabricar monedas de cinco duros casi instantáneamente, sin ruido, y con tan poquísimos gastos, que se logra con una cantidad insignificante hacer una ganancia fabulosa.

Preparado así el terreno, hacen que la víctima disponga en su casa un hornillo y un crisol, y que compre oro, cobre y estaño por valor de cincuenta ó sesenta reales.

Preséntanse los *timadores*, uno de los cuales se finge el mecánico extranjero, que lleva una caja de madera de pequeñas dimensiones, á la que en su lenguaje especial designan con el nombre de *guitarra*.

Dentro de aquella caja van dispuestos dos cuños de una manera especial, y sobre los mismos dos centenes de ley, ocultos por un resorte, en contacto con los cuales existe una especie de embudo de hierro con el cañon soldado de manera que no pueda pasar nada por él.

Cuando el metal puesto á fundir en el crisol, se encuentra en estado á propósito, le vierten en el indicado embudo, figurando dar principio de este modo á la operación.

El calor del metal se comunica á los centenes de que hemos hecho mérito, y pocos momentos despues, el asombro de la persona á quien tratan de estafar no tiene límites, pues ve caer en el fondo de la caja dos monedas de cinco duros que cree recién fabricadas, afirmándose en esta creencia al encontrarlas abrasando.

Los timadores invitan á su víctima á que lleve á cambiar las monedas, y como son de ley y se las toman sin dificultad alguna, el entusiasmo aumenta, la confianza se arraiga y la estafa se lleva á cabo, bien haciendo al *primo* adquirir por una elevada cantidad la máquina que obra tales prodigios, ó bien obligándole á

facilitar dinero para emprender la fabricacion en gran escala.

Para terminar este capítulo vamos á referir á nuestros lectores un timo, del cual ha sido víctima no hace mucho tiempo un letrado muy conocido en esta Córte, y cuya estafa, por lo hábilmente preparada y llevada á termino, se sale de la esfera de accion en que los timadores se han movido hasta el dia.

Muchas fechorías conocemos de este grupo de cacos, pero ninguna dispuesta y realizada con el tino y la malicia que la que pasamos á describir.

Eran las doce de la mañana cuando una de esas mujeres del pueblo que se dedican á corredoras de alhajas, se presento en la habitacion de don N. haber si quería adquirir una botonadura de brillantes que tenía encargo de vender.

Muestra la corredora la botonadura, que era en efecto de exquisito gusto, dice que su dueño, que era un caballero que se encontraba cesante hacía algun tiempo, pedía por ella tres mil reales.

Agradaron los brillantes de tal manera á don N., que dispuesto á adquirirlos, se dirigió con la vendedora á casa de un diamantista, á fin de cerciorarse de la buena calidad de los mismos.

Examinados minuciosamente por el artista, y resultando ser finos y legítimos, don N. ofreció dar por ellos la cantidad de mil quinientos reales.

Contestó la vendedora que no podía darlos sino en los

tres mil reales que pidiera, y no pudiendo venir á un acuerdo se retiró.

Tres días más tarde presentóse en la casa de nuevo, diciendo que el caballero dueño de los brillantes, obligado por la necesidad, se allanaba á darlos en dos mil reales.

Don N. ofreció entonces mil ochocientos reales, y despues de tratar durante algun tiempo la vendedora de ver si conseguía que la cantidad ofrecida se aumentara, salió con pretexto de poner en noticia del dueño de las alhajas lo que por ellas ofrecían.

Una hora más tarde volvió diciendo que quedaba cerrado el trato en los mil ochocientos reales y que allí estaban los brillantes, y los puso sobre la mesa de despacho del comprador.

—Corriente,—dijo don N.,—tome usted sus alhajas vamos en casa del diamantista á ver si son las mismas que le enseñamos el otro dia, y á su presencia recibirá usted el dinero.

Volvieron, pues, á la joyería, afirmó de nuevo el joyero que la calidad de los brillantes era inmejorable, y don N. entregó á la corredora los mil ochocientos reales, quedándose por dueño de la botonadura comprada, y altamente satisfecho de las precauciones que había adoptado para evitar un chasco.

Unos dias despues, y cuando don N. no se había puesto su botonadura más que una sola vez, recibió una citacion para comparecer ante el juzgado, y figúrense nuestros lectores cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que quien le citaba era el dueño de los brillantes que él adquiriera, y el cual exponía de este modo su demanda.

—Señor Juez: Hace poco ménos de un mes que puse en conocimiento del juzgado de guardia que me habían sido robadas de mi casa habitacion, una cantidad en dinero y billetes y varias alhajas, entre las cuales se encontraba una botonadura de brillantes que compré hace escasamente un año en la joyería del señor de A., y que me costó cuatro mil reales, segun se justifica con la adjunta factura que tengo el gusto de presentar á V. S.

Pues bien, señor; la indicada botonadura se encuentra en la actualidad en poder de este caballero, de quien ante V. S. la reclamo.

Replicó don N. exponiendo la manera como había adquirido la alhaja en cuestion, y el juez, á pesar del convencimiento íntimo de que todo cuanto don N. decía era verdad, despues de comprobar con el testimonio del joyero que la botonadura había sido adquirida por el demandante en el tiempo y por la cantidad que indicara, y de resultar cierto que en el juzgado de guardia aparecía el parte dando cuenta del robo verificado en su casa en la época antedicha, viendo además la imposibilidad en que se encontraba don N. de justificar plenamente que la corredora, á quien no conocía, le vendiera aquellas alhajas, ordenó que fueran devueltas al que aparecía como su antiguo dueño.

Conocedor, por su cualidad de letrado, de lo que las leyes disponen en semejantes casos, accedió don N. á devolver los brillantes, perdiendo la suma que diera por ellos, ahorrándose de esta manera mayores gastos y disgustos.

Tengase, pues, presente que para adquirir alhajas son requisitos necesarios, si no ha de exponerse el comprador á riesgos como el que llevamos referido, además de asegurarse de la calidad y excelencia de las mismas, saber de un modo cierto y seguro su legítima procedencia, y

cerciorarse de la honradez y responsabilidad de la persona á quien se compra.

Como habrán podido apreciar nuestros lectores, la codicia, el afan de realizar una gran ganancia sin reparar en nada, son siempre los cebos puestos por los *timadores*; de manera que el *timo* es un negocio en el cual entran de tan mala fé el estafador como el estafado; motivo por el cual creemos que, si debe perseguirse sin descanso á los autores de esta clase de estafas, castigarse debía tambien á sus víctimas, que acuden á la autoridad cuando se sienten heridas por el desengaño, y que ponen cuidado especial en huir de ella mientras creen poder saciar sus abariciosos apetitos, sin tener en cuenta para nada los principios de la moral universal y los intereses sociales.

CAPÍTULO XVIII.

El billar del Romo y la taberna de la Alicantina.

En una calle de travesía, y no muy escéntrica por cierto, encuéntranse enclavados en la misma manzana los dos establecimientos cuyos nombres sirven de epígrafe á este capítulo.

Teniendo cada uno su entrada por distinta calle, comunicanse, sin embargo, por el interior, de manera que lo que para la generalidad de las gentes son dos establecimientos distintos, no es más que uno solo para los parroquianos y los amigos.

El *Romo* y la *Alicantina* son dos cuerpos y un alma, y aunque no conocemos á nadie que presenciase su boda, pasan como matrimonio, y matrimonio que se quiere como Dios manda.

Compónese el billar de dos grandes habitaciones, donde se encuentran colocadas cuatro enormes mesas que,

por lo deslucidas, destartaladas y por los innumerables costurones que muestran en sus paños, están diciendo á voces que fueron indudablemente donde el inventor del billar ensayó sus primeras jugadas.

La taberna, por el contrario, es un establecimiento montado á la altura de los mejores de su clase.

Ostenta en sus puertās, pintadas de un rojo chillon, sendos festones de racimos y pámpanos, en medio de los cuales campean, á guisa de escudos de armas, botellas, chuletas y pájaros fritos, pintados con una perfeccion admirable.

Un mostrador forrado de zinc, con su grifo dorado, un estante repleto de botellas y vasos, varios veladores imitando caoba con piedras blancas, y un alto rodapié de madera terminado en una especie de repisa para que los adoradores de Baco puedan dejar cómodamente los vasos, completan el adorno del local, en cuyas paredes se ven dos cuadros representando suertes del toreo, una estampa de la Virgen de la Paloma y un almanaque al cromo del Bazar de la Union.

Conocidas ya las jáulas, vamos á dar algunos detalles respecto á los pájaros.

El *Romo* era manchego, y dedicábase al contrabando en sus años juveniles; pero los pícaros carabineros se empeñaron un día en cerrarles el paso á él y á otros doce paisanos que conducían tabaco, y claro, como el derecho de propia defensa es tan natural, emprendieron á tiros con los agentes de la Hacienda pública.

Armóse una de San Quintin; pero el oficial que mandaba á los carabineros, era de tal temple que á pesar del proverbial teson conque defienden siempre los contrabandistas de la Mancha su hacienda, los obligó á emprender la fuga, no sin haberles causado ántes tres heridos y encontrarse él tambien con dos soldados fuera de combate.

Seis machos con sus cargas correspondientes, y tres prisioneros, entre los que se encontraba el *Romo*, herido de un balazo en el muslo derecho, fueron el resultado obtenido en aquella escaramuza por los agentes de la autoridad.

Defraudar á la Hacienda y resistirse á mano armada contra la fuerza pública, ocasionó al *Romo* la pérdida de cuanto tenía y ser condenado á presidio por algunos años.

Cuando trascurridos éstos volvió á su pueblo, encontróse sin recursos, habiendo perdido el hábito del trabajo y con un cúmulo de malas ideas y peores inclinaciones, aprendidas con el trato de sus compañeros de *colegio*.

Un mes despues, las provincias de Toledo y Ciudad-Real encontrábanse alarmadas á consecuencia de la aparicion de una cuadrilla de bandidos en los montes de sus inmediaciones, cuyas fechorías hacíanse sentir de un modo terrible.

El *Romo* era el segundo jefe de aquella banda, con quien el Gobierno tuvo que transigir y á quien dió el más amplio y completo indulto, concediéndoles entrar en Toledo con armas y caballos hasta la misma puerta del Gobierno civil (1).

(1) Siendo Presidente del Consejo de Ministros Gonzalez Brabo, fué indultada una numerosa partida de malhechores, llamada de los *Paulinos*, á la cual vió el autor de estas líneas penetrar en Toledo con sus armas y caballos.

Más que como criminales indultados y arrepentidos asemejábanse á caudillos vencedores, demostrando en su actitud que habían sido rogados ya que no habían podido ser batidos. Durante algunos dias pasearon tranquilamente por la ciudad, desparramando el oro en diversiones y caprichos, y escarneciendo á muchas de sus víctimas, que sumidas en la miseria veían protegidos por el indulto á sus expoliadores.

Bien repleta la bolsa y con el indulto en la mano, trasladóse el *Romo* á Madrid donde conoció á los pocos dias de su llegada á la *Alicantina*, moza de alma y gran trapío y que pasaba á la sazón por la *Mechera* más renombrada que existía en la Córte.

Llámanse *Mecheras* las que se dedican á robar en los comercios de telas y curtidos, mandando sacar géneros, hasta que aprovechando una distraccion del comerciante pueden ocultar alguna ó algunas de las piezas que se amontonan en el mostrador, despues de lo cual, fingiendo que no les gusta nada de lo que vieron, se retirarán llevándose el fruto de su rapiña.

Muchas de estas mujeres ocultan los objetos robados en unas grandes faltriqueras de tela gruesa que llevan bajo la falda del vestido, y en la parte de adelante; teniendo en la sobrefalda una abertura que coincide con la indicada faltriquera y que procuran tapar con el manton ó abrigo que usan.

Hay otras que dejan caer al suelo el objeto que quieren llevarse, y tienen la rara habilidad de cogerle con los piés y sin moverse al parecer, ni emplear para nada las manos, le van haciendo subir hasta colocársele entre las piernas y salen andando sin que se les caiga y sin que se conozca en su manera de andar quellevan semejante cosa.

Por medio de este procedimiento se han robado en varios comercios piezas de gró y de terciopelo de bastante volúmen.

En las platerías, joyerías y relojerías de lujo, lucen también las *Mecheras* sus habilidades, empleando con

poca variacion los mismos medios, pero presentándose muchas veces elegantísimamente vestidas y hasta en carruaje para mejor representar la farsa que llevan estudiada.

Preciso es, pues, que tanto los principales como dependientes de toda clase de establecimientos, pongan especial cuidado en no distraerse cuando se les obliga á sacar género tras género hasta inundar el mostrador, pues en semejantes momentos es cuando las prógimas de quien venimos tratando hacen su negocio.

Pero volvamos en busca de nuestros personajes.

Como segun dice el refran *Dios los cria y ellos se juntan*, el *Romo* y la *Alicantina* se comprendieron y se juntaron á las primeras de cambio, y poco tiempo despues de su union establecianse en el billar y la taberna que llevamos descritos.

Conocidos ya los dueños y los establecimientos, vamos á pasar revista á los parroquianos.

Los aprendices de *tomadores*, esa inmensa turba de granujas sin familia, sin hogar, que pululan por todas partes, pidiendo unas veces limosna, vendiendo otras veces arena, silbando á los que se embriagan, pidiendo la contraseña á los que salen de los teatros ántes de terminarse las funciones, y colándose en los toros, sin que nadie sepa el cómo ni por dónde, tenía establecido su cuartel general en el billar del *Romo*.

—¡Excelente parroquia! No echará coche el dueño del billar con la utilidad que le dejen semejante banda de granujas, dirán de seguro mis lectores; y sin embargo, aquella cáfila de pilluelos han hecho rico, han dado una verdadera fortuna al antiguo contrabandista.

Había un pobre diablo en un pueblo de Andalucía que no tenía más bienes de fortuna que una casucha miserable y un pequeño huerto, cuya cerca era un espeso cañaveral.

La diosa *Chiripa*, que es una deidad tan caprichosa como escéntrica, se empeñó en hacer rico al pobre diablo de la siguiente manera.

Los grajos de todo los alrededores tomaron como acostadero los cañaverales del pequeño huerto, y al venir á pasar allí la noche, cada una de aquellas aves traía en el pico y en las garras tres aceitunas de los olivares inmediatos. El labriego dejaba que la noche cerrase y en seguida empezaba á sacudir, por un lado del huerto, con una larga vara, las cañas donde se posaban sus huéspedes, quienes al refugiarse en el extremo opuesto dejaban caer al suelo las aceitunas que traían.

Recogíalas mi hombre, y á la noche siguiente volvía á repetir la misma operacion, siempre con el éxito más favorable.

De este modo llegó á hacer una fortuna.

Pues bien, los granujas asistentes al billar eran para el *Romo* los cuervos del cuento.

Ellos llevaban cuantos pañuelos se robaban en Madrid, recibiendo en cambio seis cuartos por cada pañuelo blanco, fuese de hilo ó de algodón, y doce por los de seda.

Después de esto, y para que todo quedase en casa, el *Romo* les provocaba, les animaba á jugar á los borregos, y los granujas acababan por perder en el billar el producto de sus rapiñas.

No eran solo los pañuelos robados los únicos objetos que adquiría el *Romo* de manos de los parroquianos

de su establecimiento, si no que en condiciones parecidas á las expuestas, haciase con cuantos efectos de algun valor caian en manos de aquella falanje de granujas.

Siendo, pues, un *Perista* (1) de los de más importancia en la Côte, realizaba inmensas ganancias, y de ahí el capital que en pocos años había logrado reunir.

Acababan apenas de dar las ocho de la noche que siguió á la tarde en que estafaron á Quintana, cuando ligero como una ardilla penetró en el billar un chico como de doce años, de fisonomía traviesa y el cual ocultaba cuidadosamente un lio bajo los pliegues de una blusa azul que traía puesta.

El *Romo* encontrábase en aquel momento dando una conferencia muy sabrosa á algunos de sus jóvenes parroquianos.

Sentado en la baranda de una de las mesas, hallábase cercado de ocho ó diez granujas que se habían venido al billar aquella noche con las manos vacías, y á quienes con verdadera fruicción les contaba sus hechos de contrabandista y sus peripecias de presidiario.

Escuchábanle con el mayor interés, cuando la presencia del recién venido dió al traste con el discurso del orador.

—¿Vamos, señor Isidro?—exclamó el que acababa de llegar, guiñando al *Romo* el ojo izquierdo.

—Allá voy, *Callejita*; allá voy,—replicó el *Romo* descendiendo de su asiento; y mientras el pilluelo se internaba en el fondo del billar nuestro hombre decía á sus par-

(1) Conócese con el nombre de *Peristas* á los que se dedican á comprar á los ladrones el fruto de sus robos, dando por las prendas ú objetos róbados la cuarta ó quinta parte de su valor.

roquianos: ese sí que es todo una alhaja, no se viene él nunca con las manos vacías.

Los granujas clavaron con envidia los ojos en el *Callejita*, á quien segun ellos la suerte favorecía siempre de una manera loca.

—¿Vamos, qué traes aquí?—preguntó el *Romo* al muchacho cuando se encontraron solos en una habitacion retirada del billar

—Mire usted, señor *Isidro*, mire usted que pañolon tan grande; y el *Callejita*, sacando el lio que traía bajo la blusa, extendió á la vista del *Romo* un magnífico chal que no era otra cosa si no un riquísimo cachemir de la India.

—No es malejo el pañuelo, muchacho,—replicó el señor *Isidro*, que conociendo á la legua el mérito y el valor de la prenda que ante sus ojos tenía, disimulaba á fin de adquirirla por el precio más bajo posible.

—¿Y dónde has arañado esto, hijo mio?

—A la misma puerta del *Hotel de Rusia* y en el momento de ponerse en marcha una elegante carretela en que iban un caballero y una señora que por su aspecto me parecieron *franchutes*. (1)

—¿Bueno, y qué quieres por este pañuelo?

—Lo ménos cinco duros,—exclamó *Callejita*.

—¡Ya te contentarás con dos pesetas, bribonzuelo!

(1) A la puerta del indicado hotel, le fué robado una noche á la señora del Embajador de Austria, un riquísimo cachemir de la India, que logró recobrase por la policia á costa de un asiduo y constante trabajo.

—¡Con dos pesetas!—replicó el muchacho atufándose.

—No, hombre, ró; no seas tan material.

Quien dice dos pesetas, puede muy bien soltarte cuatro dures como estos, y asunto concluido; y el *Romo* poniendo en la mano del granuja cuatro duros en plata recojió el chal, diciéndole:

—Vamos, no te quejes, que lo que es hoy el jornalillo no ha sido malo.

—¿Quién tiene sangre para jugar conmigo unas mesas á peseta?—decía pocos momentos despues *Callejita* dirigiéndose á sus colegas, con la mano derecha puesta en el bolsillo de su chaleco donde hacía sonar sus ochenta reales.

—Yo, si te esperas un poco,—contestó en seguida un chicuelo, chato, que penetraba en aquel momento y que acababa de escuchar las palabras del retador.

—¿Tú, *Curipa*?

—El mismo. Déjame que hable con el *Romo* un momento, y ya estamos jugando; y sin decir más se fué flechado al dueño del billar á quien mostró unas hebillas de plata y le dijo:

—¿Cuánto me da usted por esto?

—Tomólas á peso el *Romo* y metiendo la mano en el bolsillo sacó cuatro pesetas, diciendo:

—Toma, tunante, y da gracias á Dios que me encuentras en noche que me he propuesto arrojar la casa por la ventana.

—¡Cuatro pesetas por unas hebillas que pesan media libra! ¿y de plata antigua?... ¡Eso no puede ser!

—¿Cómo que no puede ser, granuja? ¿Pues qué te has creído, que te iban á valer el oro y el moro? .

—No señor; pero el trabajo que me ha costado adqui-

rirlas y los porrazos que he tenido que sufrir para ello, no están pagados con ese dinero.

—Te han sorprendido *infraganti* y te han alumbrado, ¿no es verdad?

—¡Quiá, no señor! Los golpes que he sufrido entraban en el plan que me tracé para hacerme dueño de esas hebillas.

—No te comprendo.

—Escúcheme usted y me comprenderá.

Encontrábame junto á la puerta del colegio de San Carlos, con mi hermanillo y otros dos compañeros, lamentándonos de lo mal que se nos había puesto el día, cuando acertó á pasar por la acera de enfrente un sacerdote, orondo como un botijo y coloradote como la carne del salmon.

Sobre sus zapatos, perfectamente lustrados, relucían este par de hebillas, cuyos reflejos vinieron á despertar en mí el deseo de hacerlas cambiar de domicilio.

Formé al momento mi plan de campaña, y enterando á mis compañeros del papel que debían representar, nos pusimos en movimiento para llevarle á cabo.

Apénas puso los piés el reverendo presbítero en el paseo de Atocha, cuando aparecí llorando á gritos y huyendo de mis compañeros, que haciendo el papel de enemigos, armados de sendas varas, me sacudían el polvo de lo lindo.

Arrojéme en seguida á los piés del sacerdote en demanda de amparo, y mis perseguidores redoblaron entonces sus golpes sobre mí, fingiéndose poseidos de una furia ciega,

Extendía el pobre eclesiástico sus brazos para contenerlos, dirigiéndoles razones para calmarlos.

Hacíanse ellos los sordos, y yo, abrazado á las rodillas del buen señor, fingía esquivar los golpes que me asestaban, llorando y quejándome lastimosamente.

Durante este juego yo arranqué las hebillas de su lugar, y cuando las hube ocultado en el bolsillo abandoné de repente las rodillas del padre que tenía cojidas con el brazo izquierdo, y levantándome, arranqué á correr con la ligereza de un gamo.

Salieron en mi persecucion mis acometedores, y el orondo padre de almas quedóse todo sofocado y molido, y sin sus hebillas de plata.

Vea usted, pues, señor Isidro, si tengo razon ó nó al decir que valen algo más de las cuatro pesetas los *curre-los* (1) que me atizaron para conseguirlas.

Aquí llegaba el pilluelo en su relacion, cuando pálido como la cera y llorando á lágrima viva penetró en el billar su hermano más pequeño, sujetándose el brazo derecho que traía roto junto á la muñeca.

—¿Qué es eso *Pepin*, qué te pasa?—exclamó el *Guripa* saliendo al encuentro de su hermano.

—Que me han roto este brazo en la Plaza Mayor,—respondió el chico cayendo sin sentido en uno de los bancos del billar.

El caso había sucedido de esta manera:

Pepin se encontraba reclinado en uno de los soportales que dan frente á la casa Panadería, cuando vió pasar á un caballero á quien en el bolsillo derecho del gaban, se le veía asomar la punta de un pañuelo blanco.

Creyó empresa fácil nuestro héroe escamotearsele, y lanzóse sobre su presa con sin igual premura, pero el caballero iba prevenido, ó sintió algo, y echándose mano al bolsillo sorprendió *infraganti* al ratero.

—¡Ahora las vas á pagar todas juntas, tunante!—excla-

(1) Golpe en caló.

mó sujetando con las dos manos al chico, por el brazo derecho.

Yo te aseguro que no te han de quedar ganas de volver á robar; y apoyando el brazo del ratero sobre su rodilla derecha, le rompió como si fuera una caña (1).

Lanzó el muchacho un grito desgarrador y cayó trastornado por el dolor en un banco de piedra, mientras el caballero desaparecía sin que nadie se hubiera apercebido de lo que acababa de hacer.

Acudieron, pues, en socorro de *Pepin*; y el *Romo*, que á pesar de todos sus defectos, quería de veras á sus parroquianos, hizo que le condujesen á la habitacion interior que ya conocemos, en donde media hora despues era curado por un cirujano de confianza, de quien se valía toda la gente que frecuentaba aquella casa, evitándose de ese modo disgustos con los juzgados.

Terminaba apénas esta escena, cuando un nuevo personaje se presente en el billar.

Era el fingido ayuda de cámara que estafó á Quintana el relój y el dinero, dándole el *timo* con la pulsera de brillantes.

Su traje, sus maneras y hasta su fisonomia habian sufrido una completa trasformacion; de modo que hubiera sido difícilísimo reconocerle.

Vestía un pantalon gris, muy ceñido, una americana de rizo de color de tabaco, y una gorrita negra de piel; y se envolvía airosamente en una flamante capa con vueltas de terciopelo rojo y azul.

(1) Histórico.

Su rostro había perdido el aire de candidez que fingiera al hacer su papel de criado, dejando plaza á la travesura, la viveza y la truhanería.

Sin cuidarse para nada de los grupos de granujas que inundaban el local, repasó los dos salones, y abriendo una puertecilla se aventuró por el oscuro y largo patio que servía de comunicacion con la taberna.

Al penetrar en el templo de Baco, una atmósfera densísima, formada por el humo del tabaco y por el que despedían unas cuantas chuletas que asaba un *zagalote* á la parrilla, impidieron á nuestro personaje distinguir por el momento la gente que ocupaba la estancia donde penetrara.

Otro ménos acostumbrado no hubiera podido moverse, pero nuestro jóven avanzó envuelto en aquella espesa niebla, hasta dar por fin con el mostrador, trás el cual se encontraba la *Alicantina* sirviendo á sus parroquianos con su proverbial amabilidad y desenvoltura.

—Buenas noches,—señá Ramona,—exclamó el recién llegado, propinando á la tabernera un pellizco en el brazo derecho, á guisa de caricia.

—¡Ca...racoles, que me has hecho daño, maruso de los diablos! ¿Por qué no vas á pellizcar en el.... moño á la escocia de tu novia?

El chulo soltó una carcajada.

—Contenta la tienes,—prosiguió la *Alicantina*,—hace más de una hora que te está esperando en el cuartito de adentro en compañía de don Demetrio.

—Voy á quitarla el mal humor; mira, mándanos unas chuletas, unos pajarillos y tres medios chicos de lo del pellejo, pero sin acristianar.

—No me busques la lengua, gallego, porque....

—Anda, mal génio, alma de suegra.

—Anda y que te mate el *Tato*, destetao con suero.

El chulo quiso volver á pellizcarla, pero ella, retirando el brazo, le largó un mogicon que afortunadamente no llegó á alcanzarle; y mientras él, riendo, penetraba en el interior de la taberna en busca de su novia, la *Alcantina* daba sus órdenes para que le fuese servido lo que había mandado.

En un cuarto interior de aquel templo de *Baco* encontrábase efectivamente las dos personas de que habló la mujer del *Romo*.

Don Demetrio era un hombre alto, delgado, de facciones angulosas y decentemente vestido.

Su edad era imposible averiguarla; llevaba cuidadosamente teñidos el pelo y los bigotes, y representaba, por lo tanto, algunos años ménos de los que debía tener.

Esto, unido á una naturaleza fuerte, á una salud perfecta, á un carácter siempre alegre y decidor como buen andaluz, y á un conocimiento exactísimo de los preceptos del código penal y de las leyes de enjuiciamiento, le hacían representar entre los discípulos de *Caco* un papel importante.

Era su abogado consultor, su oráculo en todos los casos de apuro.

Además de esto, la naturaleza le había adornado con una cualidad que era para don Demetrio una mina inagotable que sabía explotar perfectamente.

Era un verdadero génio caligráfico.

Cuantas clases de letra veían sus ojos, otras tantas imitaba su pluma en el acto, con tan rara precision, que era imposible distinguir el original de la copia.

Los documentos de giro y las rúbricas y sellos de todas clases, eran hechos por él con una facilidad que asombraba.

—Era, pues, el *non plus ultra* de los falsificadores; y

eso que en esta materia han existido siempre verdaderas notabilidades entre los amigos de lo ageno.

Como prueba de esta verdad vamos á referir lo ocurrido al juez de primera instancia de uno de los distritos de esta Córte hace ya algunos años.

Encontrábase preso en el saladero un falsificador, y el juez de su causa, deseando conocer con seguridad la verdadera letra del procesado, que cada vez firmaba con distinta forma, púsose de acuerdo con el escribano á ver si por medio de una estratagemá conseguían su objeto.

Acordado ya lo que debían hacer, personáronse en la cárcel, con el pretesto de ampliar una declaracion del procesado.

Hiciéronle comparecer, y el acto empezó, pero al cuarto hora, y cuando el escribano llevaba escrito casi un medio pliego, soltó la pluma y llevándose la mano á la frente, exclamó:

—Señor juez, no puedo continuar; me siento muy malo, se me vá la vista y me zumban los oidos de un modo terrible.

—¿Y no ha traído usted amanuense?

—No señor.....

—Si V. S. me lo permite,—exclamó el preso,—yo continuaré escribiendo.

El juez que no deseaba otra cosa, accedió, y el procesado siguió extendiendo la declaracion hasta terminarla. Retirose el preso, y el escribano, que fingiéndose enfermo esperaba en el pasillo la conclusion de la escena, penetró diciendo: Ahora ya le tenemos cogido, y se apoderó de los papeles con aire de triunfo; pero cuál no sería su sorpresa al encontrarse conque no pudo conocer

dónde acabó él de escribir y dónde había empezado el preso. Tan divinamente estaba imitada su letra.

Pero volvamos á nuestro personaje.

Un hombre de las condiciones de don Demetrio era una alhaja sin precio para el mundo de truhanes que á su alrededor se movía.

La mujer que le acompañaba era una chica rubia, pálida, de grandes ojos azules, que no contaría más de diez y ocho años, y á quien por su destreza como tomadora se la conocía con el sobrenombre de *Manitas de oro*.

Tenía puesto un vestido de seda, color corinto, de exagerada cola, un manton de lana á listas anchas, rojas y negras, y un pañuelo blanco á la cabeza colocado con esa gracia peculiar de la chulas.

Reparándola bien, se hubiera conocido, á pesar del cambio de trage, que aquella chica era la misma que representando el papel de señora dejó caer el paquetito con la carta y la pulsera la tarde de aquel dia en la calle de la Montera.

Dos vasos, conteniendo el uno vino y el otro cerveza de limon, se encontraban colocados delante de nuestros personajes.

Pero escuchemos su conversacion.

—¿Conque dices, niña, que no sabes si el negocio se llevó á cabo?

—No lo sé; hice mi papel á la perfeccion, dejando caer el cebo ante un usía en la calle de la Montera y me refugié en el café de San Luis para observar el juego; ví á poco pasar al señorito y al gallego juntos, pero no sé si le haría caer en la red.

Quedamos en vernos aquí á las nueve, y ya vé usted, son las once y no ha parecido.

Por supuesto, que como á la hija de mi madre se le acaben de atufar las narices, menuda desazon que va á llevar ese granuja.

Como llegue yo á persuadirme de que es verdad una sospecha que tengo, se va armar una hasta.allí.....

—¡Já! ¡já!—exclamó don Demetrio riendo.

—¡Tienes *achares*, (1) vamos!

—Yo... ¿y por ese morral?

No me conoce usted á mi todavía.

Yo tengo á puntapiés quien me estime; y además que yo no necesito á nadie.

Mientras Dios me conserve estas manitas.

—Que son de oro, hija mia.

—Diga usted que sí, y no se le olvide la espresion.

—Buenas noches, don Demetrio y la compañía,—exclamó apareciendo en la puerta de la estancia el novio de la chula.

—Buenas las teníamos sin que tu vinieras,—replicó la chica.

—Hola, *Gallequito*,—respondió don Demetrio.

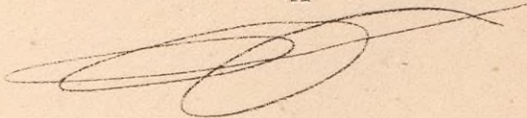
—Pues ahora las tendrás mejor, jovencita,—exclamó el recién llegado sentándose cerca de ella y queriendo cogerla la barbilla con la mano.

—¡Anda y que te den morcilla, maruso!—dijo la *Manitas de oro* rechazando las caricias de su amante.

—Chiquilla, mira que me estás faltando y que si se me hincha la mollera....

—¿Qué, vamos?....—exclamó ella con un desgarró provocador.

(1) Celos.



—Que te voy á largar un *mandao* (1) y no te va á que-
una muela.

—¡Eso sería un pueblo!....

—Pues; un pueblo hasta con campanario y todo.

Y el chulo, acabando de hablar, pegó un tremendo
bofetón á su novia.

Alzóse ella como una pantera herida, y cogiendo el
vaso con la cerveza que tenía delante, le estampó en el
rostro del *Galleguito* ocasionándole una buena cortadura.

Verse el chulo llena la cara de sangre y meter mano
á la navaja fué todo una misma cosa, y de seguro, sin
la pronta y enérgica mediación de don Demetrio, lo que
es *Manitas de oro* no vuelve más á lucir sus excelentes
dotes.

Media hora despues nadie hubiera podido adivinar lo
que había ocurrido.

El *Galleguito* se había lavado perfectamente.

Don Demetrio le pegó un trozo de papel de sellos en
la herida, y la *Manitas de oro* sonreía á su novio mientras
devoraba media docena de pajarillos fritos remojándolos
con sendos tragos Valdepeñas.

Aún no habían terminado de cenar cuando la *Alican-
tina* se presentó en la estancia y dijo á don Demetrio:

—Ahí tiene usted al de todas las noches.

—Voy en seguida, y levantándose se despidió de los
novios diciendo:

Voy á despachar mi correo, muchachos.

—Vaya usted con Dios, le contestaron ámbos.

Lo que llamaba don Demetrio despachar su correo
era lo siguiente:

(1) Un bofetón.

Todas las noches, por arte de encantamiento sin duda, venían á parar á sus manos multitud de cartas de casas de comercio y banca, nacionales y extranjeras.

Don Demetrio abríalas con una maña especial, y despues de extraer de unas las letras, giros ó valores que contenían, adicionaba párrafos á otras, imitando divinamente el carácter de letra conque vinían escritas (1).

Por este procedimiento se han relizado en Madrid multitud de robos, con gran perjuicio del comercio y de la banca, que se han visto precisados á tomar todo genero de precauciones á fin de ponerse á cubierto de los tiros de los *cacos*.

Terminada su colacion, el *Galleguito* dió á la *Alicantina*, en pago del gasto hecho la papeleta de empeño del reloj de plata que le entregó Quintana en el café de Bilbao, y embozándose en su capa se fué con su novia á á ver la última pieza que se representaba aquella noche en la Infantil.

Al verlos tan amartelados, nadie hubiera podido ni sospechar que una hora ántes habían estado á punto de matarse aquel par de alhajas.

(1) De esta manera se han llevado á cabo multitud de robos. Uno de ellos ocurrió de la manera siguiente: Recibió un comerciante de esta capital una carta de su padre, residente en un pueblo de la provincia, y en una posdata le decía: «El criado de don N. pasa á esa á comprar unas muletas, facilítale el dinero que necesite y cárgamelo en cuenta.» Al dia siguiente de recibida esta carta se presentó el supuesto criado y percibió diez mil reales. Cuando ajustaron cuentas el padre y el hijo, se descubrió la estafa; la carta había sido abierta y se la había añadido la posdata.

CAPÍTULO XIX.

No hay deuda que no se pague.

Juan de Cespedes llegó si novedad alguna á Barcelona y se instaló en la fonda de las Cuatro Naciones, con el lujo que al papel que iba á desempeñar convenía.

La mision que se le había confiado era la de hacerse dueño de la gran fortuna del banquero Pagés, uno de los principales capitalistas de Cataluña.

Este, como recordarán nuestros lectores, era aquel comerciante de Cádiz que, abusando de la leal amistad que el padre de Juan le profesaba, causó la ruina y deshonra de toda su familia.

Escusado es manifestar la alegría que de Céspedes se apoderó al conocer la comision que se le confiaba, pues por su infeliz madre conocía toda la historia de su desventura.

Dejémosle, pues, combinar los medios para llevar á cabo sus propósitos, y veamos como Pagés llegó á hacer-

se poderoso, siendo así que la última vez que le presentamos á nuestros lectores hallábase arruinado y mal herido.

Curadas sus heridas, abandonó á Madrid donde trató inútilmente de rehacer su fortuna, y trasladándose á Barcelona colocóse de tenedor de libros en una de las mejores casas de comercio de aquella capital. Y así como los males vienen casi siempre unos en pos de otros, sucede lo mismo con los favores de la suerte; de manera, que apenas llevaría Pagés cuatro meses en su nueva posición, cuando le tocó en un décimo de billete que jugará, el premio mayor en el sorteo de Navidad.

Pagés, en medio de sus defectos, poseía también algunas cualidades muy apropiadas para el comercio; era activo, intrépido, incansable, prendas que para la especulación son de una importancia suma.

Dejó, pues, su modesto destino de tenedor de libros y se estableció de nuevo, con tan buena suerte, que una serie de negocios venturosos le elevaron rápidamente á la situación en que le volvemos á encontrar.

En la actualidad vivía en una magnífica casa propia, en la calle de Fernando, en compañía de su hija única, Clotilde; y poseía una fortuna que le permitía gozar las dulzuras que la riqueza proporciona, sin que en el fondo de su alma egoísta, brotara el más mínimo remordimiento por su conducta pasada.

Céspedes, al siguiente día de su llegada á Barcelona, lanzóse á la calle provisto de unas cuantas cartas de recomendación y crédito, todas ellas para personas de posición y arraigo en la bolsa, el comercio ó la banca.

En ellas se le presentaba como el hijo único de un acaudalado comerciante español establecido en Nueva-York, que habiendo venido á pasar una temporada á

España, deseaba conocer minuciosamente Cataluña, y buscar en Barcelona una casa que sirviera de correspondencia á su padre en una gran especulacion que intentaba emprender.

Escusado es decir que de aquellas cartas la más expresiva iba dirigida á Pagés.

La una de la tarde sería cuando Céspedes, elegantemente vestido, se presentaba en casa del banquero y era inmediatamente introducido en su despacho.

Violentemente latió el corazón del jóven al estrechar la mano del hombre causa de todas sus desgracias, y al verle ante sí tranquilo, sosegado; al considerar que su firma valía millones y que todo el mundo le atendía y respetaba, sin cuidarse para nada de su pasado, no pudo ménos de recordar las teorías que le espuso el *Dómine* en el Saladero y de confesarse que no dejaban de ser desconsoladoramente exactas.

Pagés recibió perfectamente á nuestro joven, le hizo mil ofrecimientos y le convidó á comer para el día siguiente, ofrecimiento que Céspedes, despues de alguna resistencia estudiada, aceptó con una satisfaccion interior.

Al siguiente dia, áun cuando la hora de la cita para la comida era la de las cinco, apenas habían dado las cuatro cuando Céspedes llamaba á la puerta del opulento banquero.

Hallábase éste á la sazón en su despacho con uno de sus agentes y había dado orden terminante de que bajo pretexto alguno se le interrumpiese, por lo que Céspedes fué introducido en un gabinete magníficamente amueblado, donde nuestro jóven se arrellanó en una cómoda butaca.

Dos minutos llevaría esperando, cuando sintió abrirse

una de las puertas, y vió aparecer á una jóven de peregrina hermosura. Era la hija de Pagés.

Clotilde, era en efecto una mujer de esas que desde el primer momento logran conmover al hombre de temperamento más frio, y aunque nos sentimos incapaces de dar una idea exacta de su belleza, trataremos de describirla siquiera sea ligeramente. Era de elevada y magestuosa talla, de caballos negros como el ala de un cuervo, de ojos rasgados, límpidos y tranquilos, frente tersa y perfilada nariz. Su boca de coralinos lábios, dejaba entrever una blanquísima y perfecta dentadura, y sus orejas estaban perfectamente modeladas; su pecho suelto y desarrollado; su talle esbelto; sus manos nacaradas y aristocráticas, y su andar magestuoso y elegante. El traje de Clotilde era de un exquisito gusto. Llevaba perfectamente peinados sus poblados y sedosos cabellos, en los cuales no había más adorno que una hermosa camelia roja, que vigorosamente se destacaba sobre aquel oscuro fondo. Un vestido de seda azul ponía de manifiesto los mil encantos de su gracioso cuerpo, y un magnífico collar de záfiro, rodeaba su preciosa garganta, al par que dos deslumbradores brillantes adornaban sus diminutas y sonrosadas orejas.

Al verla Céspedes se puso en pié inclinándose con toda atención.

—Caballero, dijo Clotilde con una voz suave y armoniosa cual el trino de un ruiseñor, papá está en este momento ocupado en un asunto de tamaña importancia que ha prohibido que se le interrumpa, y con objeto de que su estancia aquí le sea á usted ménos penosa, he venido..... á importunarle quizás con mi presensia.

—Señorita,—exclamó Céspedes, envoiéndola en una abrasadora mirada;—con toda mi alma bendigo la urgente ocupacion de su papá de usted, que me permite

disfrutar de un placer, por conseguir el cual daría de buena gana diez años de mi vida.

—Es usted en extremo galante,—repuso Clotilde, bajando sus ojos al ver el fuego que brillaba en los de Céspedes, y tomando asiento en un lujoso confidente que se hallaba cercano á la butaca de aquél.

—No es galantería, señorita,—respondió Céspedes;—sino un tributo de admiracion que no puede menos de rendir cualquier mortal al tener ante la vista una jóven de tan celestial hermosura como usted. ¡Ah, señorita! añadió al ver el rubor que coloreaba el hechicero rostro de Clotilde; nose ruborice usted al escuchar mis palabras, ni vaya tampoco á enojarse por esto, pues la juro que nunca me ha inspirado una jóven tanto respeto como el de que me hallo poseido ante su presencia, y que todo cuanto he dicho se ha escapado como á pesar mio del fondo de mi corazon.

—No lo he dudado ni por un momento, caballero,—contestó Clotilde que se sentía presa de un extraño malestar, cuya explicacion en vano se le hubiera pedido; y al decir esto fijó sus hermosos ojos en el animado rostro de Céspedes, que observó satisfecho que si algo brillaba en ellos no era ciertamente la expresion del enojo.

—Por otro lado,—prosiguió Céspedes, que rápidamente había trazado en su imaginacion fogosa y privilegiada el plan de conducta que debía seguir, resuelto á aprovechar la feliz casualidad que le proporcionaba aquella entrevista con la hija de Pajés,—ignoro si mi manera de proceder es la más ajustada á las leyes de la etiqueta española; pero ante la privilegiada penetracion de usted no dejaré de hallar gracia seguramente, al decirle que es la primera vez de mi vida en que me hallo colocado en esta situacion.

—¡Inconcebible me parece eso, caballero!

—Pues es la más estricta verdad y de ello va usted á convencerse,—dijo Céspedes aproximando como maquinalmente su sillón hácia la encantadora jóven.—Aunque mi padre es español, al nacer yo me registró como ciudadano de los Estados-Unidos, y siendo todavía un niño me dedicó á la carrera de la marina militar, en la cual he permanecido hasta hace cerca de un año. Mi carácter y mi génio me hicieron sentir una inmensa afición por la vida del mar, y casi siempre, señorita, he vivido entre cielo y agua, pues apénas terminaba mi tiempo de navegacion y me veía amenazado de pasar una temporada desembarcado, cuando con indecible ánsia procuraba evitar tan para mí sensible contratiempo, buscando algun compañero que menos dado que yo á los azares del mar, quisiera permutar conmigo, lo que como usted comprenderá, conseguía fácilmente. Así, señorita, he desempeñado mil comisiones arriesgadas y he corrido toda clase de peligros. He naufragado varias veces, he visto arder la embarcacion que me conducía, me he visto enterado en enormes témpanos de hielo en los mares glaciales; y en fin, me he visto colocado en las circunstancias más críticas en que hombre alguno puede verse, y sin embargo, cada vez que salía de un peligro, mi mayor anhelo era volver de nuevo á afrontarlos.

Difícilmente se sustrae una mujer, y si es de talento mucho menos, á la influencia que sobre ellas ejerce todo aquello que presentando alguna novedad ante sus ojos: les revela tambien algo agradable á su sentimiento; y Clotilde, á quien la vista de Céspedes había producido, como hemos visto, una profunda impresion, sintió que ésta se acentuaba á medida que aquel iba hablando. Su mirada se hallaba fija en el jóven, y por su parte se ha-

bía ido tambien aproximando hacia éste de modo que las rodillas de Céspedes se hallaban ya rozando con los pliegues del elegante vestido de Clotilde.

Era nuestro jóven demasiado sagáz para que le pudiera pasar desapercibido el efecto que sobre aquella niña producía, y resuelto á aprovechar la ocasion y jugar el todo por el todo prosiguió con ardiente acento:

—Mi padre, queriendo arrancarme á la vida del mar, pidió mi separacion del servicio, creyendo que al tenerme á su lado lograría corregir mi inmoderado afán de aventuras; pero vió defraudadas sus esperanzas, pues apenas llegué á casa ya me asocié á una expedicion que con objeto de ir á batir á los indios se estaba organizando y á la cual partí sin darle conocimiento. Tres meses duró nuestra empresa, en la cual, como siempre, me conduje como un loco, y entonces mi padre me envió á viajar por Europa siendo España el primer país que debía recorrer. He estado en Madrid, señorita, y me he aburrido grandemente, y le juro á usted por mi honor que áun al entrar en este gabinete suspiraba por mi pasada existencia. Pero he visto á usted y no se qué extraña impresion he experimentado, pero sí debo decirla que á pesar de lo poco perito que soy en estas materias, creo que mi corazon ha sentido por vez primera que ha nacido para el amor; y al verla á usted he comprendido rápida, pero profundamente, que la mujer que me ha arrancado tan de repente de mi manera de ser, la que me ha hecho recibir un placer cual nunca experimenté, la que me ha inspirado la idea de que hay algo mejor que andar en pos de aventuras, cual yo hice hasta hoy, esta mujer comprendo que está llamada á ejercer gran influencia en mi destino y que debo caer á sus piés exclamando: «Clotilde, alma de mi vida; Clotilde, vida de mi alma, dignese usted aceptar el amor que tengo el placer de ofrecerla; dignese usted de-

volver un hijo á su padre y un hombre á la sociedad, y yo consagraré mi vida entera á hacer feliz á la que verdaderamente podre llamar el ángel de mi redencion; y Céspedes, uniendo la accion á la palabra, se había arrodillado ante la hermosa jóven cuyas bellas manos empezó á cubrir de ardientes besos.

—¡Dios mio!—exclamó Clotilde,—yo no sé lo que usted me inspira, pero sí que experimento por usted una simpatía..... una atraccion enteramente nueva en mí.... pero yo no debería quizás.....

Un ruido de pasos que sonó en la habitacion inmediata vino á poner término á tan interesante escena, y Céspedes, dueño por completo de si mismo, se levantó con rapidez, saliendo al encuentro del banquero, que era quien acababa de entrar en el gabinete, y saludándole afectuosamente, dió tiempo á que la encantadora Clotilde pudiera reponerse algun tanto de su turbacion.

Pagés se excusó con el jóven, por no haber podido acudir ántes, efecto de un urgente é importantísimo negocio que traía entre manos y que parecía interesarle en extremo, pues era visible que se hallaba vivamente preocupado.

Siendo ya la hora de la comida pasaron los tres al comedor, donde les fué servido un verdadero banquete, pues además de que la mesa de Pagés siempre era opípara, aquel dia lo fué mucho más, toda vez que el banquero tenía verdadero empeño en obsequiar á su huésped.

Terminada la comida, durante la cual Céspedes no cesó de tener clavados sus ardientes ojos en el hermoso semblante de la hija del banquero, recogiendo en cambio lánguidas y embriagadoras miradas, pasaron á un saloncito tan lujosamente amueblado como el resto de la casa,

donde les fué servido el café, del que vino á participar un señor ya anciano y compañero que era de Pagés en una de las varias empresas que éste tenía.

Despues de cambiados las saludos de costumbre, Pagés y su sócio se engolfaron en una conversacion muy animada respecto á asuntos mercantiles, y excusado es decir que Céspedes, á quien todo parecia presentársele á pedir de boca, acabó de trastornar por completo á la infeliz Clotilde, que velozmente se dejaba deslizar por la engañosa y suave pendiente de las ilusiones.

La hora del teatro llegó y una elegante carretela tirada por un brioso tronco de caballos medemburgueses condujo á nuestros conocidos al palco que Pagés tenía abonado.

La noche deslizóse rápidamente para los dos amantes, quienes al terminar la funcion difícilmente hubieran podido decir qué era lo que habían visto, pues no solamente en los entreactos, en los cuales Pagés siempre salía, sino durante la representacion, Céspedes y Clotilde juzgándose solos por completo, se habían entregado, con esa candidez propia de los enamorados, á esa conversacion tan interminable como grata, que unas veces se espresa con palabras y otras con miradas no ménos elocuentes.

De sobra conoció Pagés la gran simpatía que tan repentinamente se habia establecido entre los dos jóvenes, y debe suponerse que no le desagradaba, cuando nada hizo para cortar su entretenido coloquio.

Terminada la funcion, Pagés se empeñó en llevar en su carruaje á Céspedes hasta su Hotel, y una vez allí suplicó al jóven no olvidase que le honraria frecuentando su casa.

Un prolongado apretón de manos, y una ardiente pro-

mesa de volverse á ver al día siguiente, fué la despedida entre los dos enamorados.

Aquella noche Céspedes tardó bastante en conciliar el sueño. Confesábase á sí mismo que á no ser Clotilde hija de un hombre á quien tanto odiaba y de quien á todo trance anhelaba vengarse, abandonaríase desde luego la empresa infame que había emprendido con tan buen éxito, pero estas consideraciones, unidas á la de que tenía que cumplir las órdenes de los jefes de la asociación de que formaba parte, le decidieron á continuar su obra nefanda.

No queremos cansar á nuestros lectores con la narración detallada de cómo fué Céspedes conduciéndose con Pagés y su hija hasta llegar al anhelado momento de consumir su venganza, y preferimos darles lectura de la carta que aquél recibía diez y ocho días después de su llegada á Barcelona, y la cual vamos á leer nosotros, por que nuestros lectores, no comprendiendo la clave en que está escrita, difícilmente podrían hacerlo.

Decía así la carta:

«No en vano desde que te ví en el Saladero comprendí lo mucho que valías. Ninguno cual tú hubiera manejado el asunto que causó tu ida á esa y que tan fácilmente ha sabido simplificar tu poco comun talento. Adjuntos son perfectamentes falsificados por mí, todos los documentos necesarios para tu matrimonio, y dos días ántes del fijado, la Señora y yo estaremos en esa para ser tus padrinos. La sociedad marcha bien, y el dinero del papá Pagés hará subir nuestros beneficios en este año á una suma fabulosa.

Tu amigo y jefe,

EL DÓMINE.»

Con efecto, Céspedes había pedido á Pagés la mano de Clotilde, y éste, creyendo en las riquezas de aquél, y viendo el profundo amor que á su hija había inspirado, dió desde luego su consentimiento, y la infeliz Clotilde, bien agena de la inmensa desgracia que la amenazaba, veía gozosa acercarse el suspirado día en que debía enlazar su destino con el del hombre á quien adoraba con todo su corazón.

Por fin llegó el anhelado instante, y será inútil decir si las bodas se realizarían con todo lujo y esplendor, conocida la posición de Pagés y la que los otros tenían empeño en ostentar. Los padrinos de Céspedes fueron Julieta y el *Dómine*, como tenían convenido, y en Barcelona, donde no eran conocidos como en Madrid los antecedentes de aquella, fué de gran efecto el que la madrina llevase el título de baronesa de Rosellini, lo que unido á su diabólica belleza, la hicieron recoger mil homenajes.

Céspedes convino con su suegro que pasaría con él una temporada, después de la cual, partiría para Nueva-York con objeto de presentar su esposa á su familia.

Tres semanas habían trascurrido desde el día en que Clotilde se había enlazado con Céspedes, cuando al levantarse Pagés una mañana vió sobre su mesa de tocador un papel que decía en gruesos caracteres: *«Aguirre está vengado; tu crédito perdido; tu hija deshonrada y vacía tu caja.»*

Imposible sería pintar el espanto y la desesperación que se apoderaron de Pagés á la lectura de aquel papel: y éste fué tanto mayor cuanto que la entrevista que nuestros lectores recordarán estaba celebrando el día en que Céspedes visitó por primera vez su casa, estaba relacionada precisamente con este asunto, pues el miserable, que hacía algún tiempo había olvidado por completo á Aguirre, acababa de saber con la mayor sorpresa, que

hacia más de un año que había desaparecido de Ceuta.

Como un loco se precipitó hácia su despacho, y allí con inusitado horror contempló su caja abierta y vacía. ¿Y en qué circunstancias le ocurría tan fatal suceso? Cuando más repleta tenía de fondos su arca, y cuando tenía pendientes grandes vencimientos que en muy breve plazo debía satisfacer. Semejante golpe le anonadó por completo. Además de verse arruinado y de perder el crédito de que su nombre hasta entonces gozara, el miserable creía ver la mano de Dios en aquel suceso, y toda la enormidad del crimen que con Aguirre cometiera se le presentaba revestida con los mas vivos colores.

Ya en nada pensó, de todo se olvidó, hasta de su hija, y tomando de un cajon de la mesa de escritorio un par de pistolas, salió de su casa resuelto á poner término á una existencia que desde aquel momento le agobiaba.

Con paso rápido y extraviado continente se dirigió hácia los Campos Eliseos decidido á levantarse la tapa de los sesos. Ya había buscado el sitio más apropósito para cometer aquel nuevo crimen; ya oprimía con mano febril la culata de la pistola que iba á poner término á su existencia, cuando sintió que una fuerte presion sujetaba su muñeca y que el arma se escapaba de sus manos.

Alzó su extraviada vista hácia aquel que osaba venir á interponerse entre él y la muerte, pero un grito de indiscriptible terror se escapó de su garganta.

—Veo que me has conocido... ¡miserable!—exclamó con airado tono don José Aguirre, pues él era la persona que acaba de impedir el suicidio de Pagés.—Comprendo todo tu espanto al ver surgir tan de improviso ante tus ojos á aquel que considerabas arrastrando una cadena en Ceuta; pero yo te respondo que este ha de ser de poca duracion, pues no te he detenido más que para darme el

placer de que sucumbas por mi mano, y al decir esto, Aguirre apoyaba sobre la frente de Pagés el cañon de la pistola que acababa de arrancarle.

Pagés era cobarde y había gastado todo el pasajero valor que su excitacion y arrebató le inspiraron; así que ya veía las cosas de muy distinto modo, y por consiguiente no quería morir, por eso con su crispada mano separó de sí la pistola aquella que ahora le amenazaba y con temblorosa voz dijo:

—¡No me mates!... ¡no me mates! tú ya estás vengado y no tienes derecho á más; y al decir esto mostró á Aguirre el papel que encontrara sobre su mesa de tocador.

Leyó Aguirre con rapidez las terribles frases que contenía aquel lacónico billete, y despues de un momento de meditacion, dijo con lenta voz:

Ahora comprendo el por qué de tu conducta; y considerando solventada nuestra deuda, que veo ha cuidado de pagarte mi hijo Juan, pues él solo ha podido ser, te dejo en paz, deseando que este infortunio te sirva de provechosa leccion y arranque de tu alma ese egoismo que la corroe.

Y terminadas estas frases, Aguirre se separó rápidamente de Pagés que, aterrado por tanta y tanta impresion como venía sufriendo desde hacía dos horas, cayó en tierra privado del conocimiento.

CAPÍTULO XX.

De cómo se hallaba Aguirre en Barcelona.

Acabamos de presentar repentinamente á don José Aguirre en Barcelona, y justo es que demos á nuestros lectores las debidas explicaciones sobre esta presentacion.

Ocioso es decir que desde que Aguirre se vió destinado al presidio de Ceuta, la idea que siempre le dominó fué la de conseguir su libertad á todo trance; pues si este deseo es compañero inseparable de todo preso, en un hombre de las circunstancias de Aguirre debía serlo mucho más, toda vez que no podía apartar de su mente el recuerdo de su familia y el afán de vengarse del miserable causa de sus desgracias.

Su situacion fué horrible, sus padecimientos inmensos y otro hombre de alma ménos templada, hubiera sucumbido.

Aun cuando el consejero Anguiano había prometido á su esposa mejorar su situacion, y hasta se lo hizo creer así, nada de esto sucedió; y Aguirre llevó la vida comun á todos los penados.

En un principio recibia noticias de su familia, asi es que supo la muerte de dos de sus hijos arrebatados por el tifus.

Despues no llegó á su conocimiento cosa alguna, ignorando por lo tanto la muerte de su esposa y el paradero de su hijo Juan; pues éste, engoifado en la vida agitada y criminal que había emprendido, olvidóse casi por completo del autor de sus dias, hasta que poco ántes de su partida á Barcelona, creyendo poder hacer algo por él, valiéndose de la influencia de la asociacion á que pertenecía, supo con indecible placer que hacía ya tiempo se había fugado del presidio de Ceuta.

Digamos ahora cómo logró don José verificar su evasion.

Atacado de una congestion cerebral fué conducido á la enfermeria del establecimiento, en donde en vista de la gravedad de su dolencia el médico dispuso que recibiera los auxilios espirituales.

Tocóle á Aguirre la suerte de que el sacerdote encargado de su confesion fuese uno de esos ministros que hacen honor á la sublime doctrina del Evangelio, y el buen eclesiástico no pudo ménos de estremecerse al conocer la horrible historia de aquel infeliz.

Cuando el peligro hubo pasado y Aguirre entró en el período de la convalecencia, aquel sacerdote le hizo varias visitas, tratando de derramar el bálsamo del consuelo en su atribulada alma, y al verle ya bueno y en estado de volver á sus penosas tareas, trabajó con éxito para aliviar su situacion, consiguiendo que en vez de ser tra-

tado como un presidiario vulgar se le quitara la cadena y se le colocara de escribiente en la comandancia.

Había en Ceuta un comerciante alemán que habiendo perdido á su jóven esposa tenía concentrado todo su cariño en una preciosa niña de siete años á la sazón y cuyas facciones le recordaban sin cesar las de su querida cuanto malograda compañera. Un día que se hallaba en Gibraltar á consecuencia de ciertos negocios que habían hecho necesaria su traslación á aquel punto, un voráz incendio se declaró en su morada de Ceuta. Los criados, temerosos, abandonaron la casa, y solo algun tiempo despues recordaron que la pobre Sofía, tal era el nombre de la niña, había quedado dormida en su habitacion, empezando en su consecuencia á pedir á todo trance que la salvaran. Pero no era esta empresa muy fácil, pues á pesar de los esfuerzos empleados, el fuego hacía rápidos progresos y nadie quería exponerse á una muerte casi cierta. De repente un hombre se destaca del grupo de los espectadores, cambia algunas palabras con una de las criadas del comerciante, y tomando una escalera la aproxima al trozo de fachada donde las llamas eran más devoradoras, y rápidamente penetra por una de las ventanas de la casa. Un grito de admiracion se escapa del pecho de todos los que presencian aquel acto de verdadera temeridad, y todos los corazones tiemblan de espanto al ver el peligro á que aquel hombre se expone.

Dos minutos transcurren en los cuales la ansiedad tenía á todo el mundo dominado y durante los cuales mil preces se elevan al cielo por la vida de aquellos dos seres que tanto peligro corrían en aquel momento.

Por fin Aguirre, pues él es el héroe de esta aventura,

aparece llevando en sus brazos la preciosa carga, y pocos momentos despues la deposita en poder de su acongojada aya, que temblaba ante la idea de lo que habria de responder á su señor cuando éste regresara de Gibraltar y le preguntara por su hija.

Al siguiente dia del suceso que acabamos de narrar regresaba á Ceuta el padre de Sofia, y apénas supo la accion tan heroicamente llevada á cabo por Aguirre, quiso conocerlo á fin de recompensarle con largueza, pensando fuese un presidiario cualquiera. Pero cuando se vió ante una persona de la edad y de las condiciones de Aguirre, modificó sus ideas y se limitó á darle las gracias y á ofrecérsele en todo y por todo, mostrando grandes deseos de saber las causas que á Ceuta le habian conducido.

Aguirre refirió al aleman con toda exactitud su historia, y éste, compadecido de sus desgracias, le prometió hacer cuanto pudiera en su obsequio, y creemos que cumplió su palabra, pues un mes despues de esto Aguirre dejaba á Ceuta oculto en la bodega de un buque de los Estados-Unidos, que sano y salvo le condujo al territorio de aquella hospitalaria República.

Crítica fué al principio su situacion, al encontrarse sin recursos en extranjero suelo, y tuvo que dedicarse á varias ocupaciones para ganar su subsistencia, hasta que decidió pasar á Cuba, como lo hizo en la primer coyuntura que se le presentó; revestido de un nombre supuesto, se dedicó allí á trabajar con objeto de reunir algunos

fondos á fin de poder venir á España con la idea de vengarse de Pagés y averiguar el paradero de su esposa é hijo.

La suerte se le mostró algo propicia, pues desde luego fué colocado en el escritorio de una importante casa de comercio, y una vez conocida su disposicion se le fueron confiando cargos de más entidad que los que podían ofrecerse á otro cualquiera, llegando á ser uno de los empleados de más confianza de la casa.

Aguirre tenía concentrada toda su atencion en dos cosas: cumplir sus deberes con toda exactitud y escrupulosidad y no malgastar ni un solo céntimo, á fin de ir reuniendo una cantidad que le permitiera pasar á España y dedicarse con todo desembarazo á las pesquisas que deseaba hacer.

Grande fué, pues, su alegría, cuando una tarde al ir ya á abandonar el escritorio se vió llamado al despacho del jefe de la casa que le dijo:

—Aguirre, la casa necesita una persona de capacidad y honradez que pase á España á desempeñar varias comisiones y una de ellas es la de averiguar con toda exactitud el estado en que se encuentra el banquero Ortolano. Para esto he pensado en usted, por juzgarle el más idóneo de todos mis dependientes, y por lo tanto deseo saber si le conviene encargarse de esta comision.

—Agradezco en lo que vale,—respondió Aguirre,—la honra que la casa me dispensa, y por mi parte estoy dispuesto á desempeñar el servicio que se me encarga con todo el celo y eficacia de que soy capaz.

—En ese caso,—contestó el jefe,—vaya usted arreglando sus asuntos particulares, porque en el primer correo saldrá para Cádiz.

—Estoy siempre á las órdenes de usted,—dijo Aguirre, despidiéndose de su superior, y saliendo de allí henchido

de regocijo, al ver como se realizaban sus más ardientes deseos.

Una semana despues de la anterior conversacion, Aguirre, provisto de las oportunas instrucciones y de las necesarias cartas de crédito y recomendacion, salía del puerto de la Habana con rumbo á Cádiz.

La navegacion fué en extremo agradable, sin que ningun accidente, de esos tan comunes en la vida del mar, viniera á mezclarse en la travesía de la perla de las Antillas á la ciudad que cobijó en su seno á nuestras córtes, durante la invasion francesa.

Con extraordinaria emócion descubrió Aguirre la pintorésca ciudad donde tan felices dias había visto trascurrir, y esta subió de punto cuando al reparar en la casa á donde le habían conducido para alojarse vió que se encontraba en la calle de San José, frente por frente de la que él en otro tiempo ocupara.

Como las comisiones de que se hallaba encargado debía desempeñarlas en Madrid y Barcelona, y la residencia en Cádiz le era poco grata, al dia siguiente emprendió su viaje á la Côte, donde llegó con toda felicidad.

Desde el primer momento dedicóse á averiguar el paradero de su familia, y bien pronto supo la muerte de su esposa y la desaparicion de su hijo, noticias que acabaron de destrozár su corazon ya tan herido.

Dominando empero su amargura, despachó con todo el celo é interés de que era capáz los encargos que su principal le hizo para Madrid, y terminados éstos se trasladó á Barcelona con objeto de cumplir de igual manera la comision que se le había confiado.

Desde su llegada á la ciudad de los antiguos condes,

oyó citar entre los principales banqueros de la misma á Pagés, y este apellido produjo en Aguirre el efecto que nuestros lectores pueden suponer, por más que nunca llegara á figurarse que fuera el mismo á quien con tanto empeño buscaba, máxime cuando los informes que en Madrid le dieron sobre él acabaron por completo de desorientarle.

Duró empero muy poco su error, pues dos días ántes de que tuvieran lugar los sucesos que en el capítulo anterior dejamos referidos, hallóse con Pagés en el despacho del director del banco Barcelonés, y su experimentada vista reconoció desde luego á su enemigo, á pesar del cambio verificado en él, siendo completamente inútil que digamos que ni remotamente pudo figurarse Pagés que tenía ante su vista al hombre que tan mal rato le había dado hacía algun tiempo, al saber su fuga del presidio de Ceuta.

Desde entonces, ya solo pensó Aguirre en buscar la ocasion de hallarse frente á frente de aquel hombre á quien tanto odiaba, y ya hemos visto cómo el destino había hecho que su hijo fuera el encargado de hacer que se encontraran los dos en los Campos Elíseos, donde llevó á uno el afán de refrescar su acalorada imaginacion, y al otro el deseo de pedir á la boca de una pistola calma á sus recientes infortunios.

Cuando Pagés volvió en sí del desmayo en que le vimos caer, trató de recordar los sucesos que hasta allí le habían conducido, y una vez coordinadas sus ideas comprendió que su situacion no era tan desesperada como en el primer momento de arrebato había supuesto.

—Aún puedo reponerme de este golpe,—pensaba para

sí mientras se dirigía á su casa;—aún tengo crédito y algunos fondos en poder de mis corresponsales, y por lo tanto solo necesito adquirir el metálico necesario para cubrir mis obligaciones próximas á vencer, lo cual me será fácil en el banco ó emitiendo pagarés, toda vez que mi firma representa millones. Y Pagés se admiraba ahora de que estas ideas no se le hubieran ocurrido ántes.

Con tan halagüeñas esperanzas penetró en su casa, siendo su primer cuidado dirigirse á su despacho y cerrar el arca, que aún se hallaba abierta, pasando en seguida á las habitaciones de su hija, á la que encontró en cama con un fuerte dolor de cabeza y la pesadez consiguiente á la accion del narcótico que en la noche anterior pusiera su marido en un vaso de agua que Clotilde tenía costumbre de beber ántes de acostarse.

Pensaba retirarse Pagés sin decir nada á su hija, en atencion á su estado, pero esto fué imposible por que Clotilde quiso á todo trance saber lo que motivaba la inquietud de su padre, así como las señales que en su rostro conservaba por efecto de la caída y las huellas que en el mismo habían dejado las fuertes emociones que experimentara.

Aunque con mucha precaucion, fué Pagés poniendo á su hija al corriente de lo acaecido en aquella madrugada; y demás es decir el efecto que estas revelaciones causaron en Clotilde: como puede muy bien comprenderse, la cuestion de intereses pasó desapercibida para ella, y sólo pensó en el engaño que la infeliz había experimentado. La emocion era demasiado fuerte para la infortunada jóven, que abriendo por primera vez su puro corazon á las sensaciones del amor, había tenido un sueño tan hermoso é inocente como inocente y hermosa era su alma, y del cual la despertaba la triste realidad que venía á derribar de un solo golpe todas sus doradas ilusiones. Si Céspedes

des hubiera podido contemplar la mortal palidez que se apoderó del agraciado rostro de Clotilde, el espanto que se reflejó en su extraviada mirada y la desesperación que revelaban sus palabras, de seguro que su alma, que no estaba del todo corrompida, no hubiera podido ménos de impulsarle á tratar de consolar en lo posible á tan interesante víctima. Desgraciadamente no sólo Céspedes no estaba presente, si no que se hallaba al lado de aquella temible sirena que aprisionaba en sus diabólicos y embriagadores encantos á todo el que tenía la desgracia de caer en las redes de su belleza; y Céspedes, cuyo corazón sólo había experimentado sinsabores y pesares, había creído penetrar en un Edem de delicias cuando aquella aventurera le había concedido sus favores.

Una violenta fiebre nerviosa se apoderó de Clotilde, y su padre hizo venir dos de los mejores médicos de Barcelona, á cuyos cuidados la confió, pasando él inmediatamente á ocuparse de los medios de remediar su apurada situación.

Como había pensado fácil le fué adquirir fondos para atender al pago de los vencimientos pendientes, dejando á salvo el honor de su casa; pero con esto no hizo más que retardar el golpe. Lo que él creía que conservaba aún en poder de sus corresponsales era un sueño, pues el *Dómine* y Céspedes no tan sólo habían dispuesto de aquellos fondos, si no que habían girado en descubierto, siendo el *Dómine*, como puede suponerse, el encargado de falsificar la firma de Pagés.

Llegó, pues, el momento fatal en que el banquero,

con la correspondencia de sus corresponsales á la vista, se encontró en débito con todos ellos por considerables cantidades, no siendo la menor la que el Banco le facilitará para los vencimientos pendientes en ocasion del robo, y entonces comprendió que irremisiblemente tenía que declararse en quiebra, pues vendiendo su casa y mobiliario, únicas cosas que poseía, apénas podría dar un diez ó doce por ciento á sus acreedores.

En trance tan terrible cualquier hombre por fuerte que sea y por tranquila que tenga su conciencia, se siente desfallecer, y Pagés, que carecía de ambas circunstancias, no había de ser una excepcion de la regla.

¿Qué pasó entonces por Pagés al tener la evidencia de su ruina? No lo sabemos; pero lo cierto es que aquella noche al despedirse de la pobre Clotilde, que avanzaba rápidamente en su convalecencia, la apretó contra su corazon, con un cariño y emocion desconocidos en él, y despues se separó bruscamente de su hija.

A la mañana siguiente, viendo que Pagés tardaba en levantarse, entraron en su alcoba y le encontraron cadáver en su lecho. Aquella alma manchada por el crimen, había ido á implorar del Supremo Hacedor el perdon de sus faltas.

Renunciamos á describir, porque no nos sentimos capaces para ello, el supremo dolor de la desventurada Clotilde, víctima inocente de los males causados por su padre.

Por uno de esos milagros de que la ciencia no se da cuenta, pues un golpe de esta naturaleza, al herir á una persona que como Clotilde acababa de salir de otra situacion nó ménos difícil, debia aniquilarla; la hija del banquero no sucumbió ante aquel nuevo desastre que con ru-

da mano venía á agobiarla, y con una energía y entereza que á todos admiró, salió con paso firme de su casa, sin llevar más que un par de sus más modestos trages y una pequeña suma que le restaba de lo que siempre en su poder tenía con destino á los pobres. Inútiles fueron cuantos ofrecimientos se le hicieron por los acreedores, que conmovidos ante el atroz infortunio que hería á la noble jóven, no podían contemplar impasibles su triste situacion, nada quiso aceptar y abandonó la lujosa vivienda que había ocupado para ir, Dios sabe dónde, pues quizás hasta ella misma lo ignoraba.

Mientras estos sucesos tenían lugar en la ciudad de los bizarros condes, ¡oh, contraste horrible! ¡oh, afrentosa impunidad, que hace estremecer de espanto al hombre honrado y pensador! Céspedes y Julieta, embriagados cual nunca en su satánica y voluptuosa pasion, y sin descuidar los criminales intereses de la nefanda sociedad á que pertenecían, gozaban en la coronada villa de todos los placeres que el dinero, ese nérvio poderoso y único imperante de la moderna sociedad, les proporcionaba y veían trascurrir ante sí tranquilos y gozosos los dias que para otros eran de prueba y afliccion.

Pero dejemos esto á un lado y volvamos á ocuparnos de don José Aguirre á quien dejamos en Barcelona despues de separarse de Pagés en los Campos Elíseos, teniendo ya conocimiento del golpe dado á éste por su hijo. En el primer momento, la satisfaccion de ver perdido al que causara su desgracia no le permitió pensar en otra cosa; pero despues que reflexionó con frialdad no pudo ménos de comprender cuán infame era la conducta de su hijo, á quien hubiera dispensado el que hubiera muerto á Pagés.

pero al que no podía perdonar el robo de la caja y la deshonra de Clotilde.

Aumentóse por lo tanto el afán que tenía de encontrar á su hijo, y convencido de que abandonaría á Barcelona despues de la jugada hecha al banquero, dirigióse á Madrid á fin de ver si sus investigaciones le daban el resultado apetecido.

Inútiles fueron sus pequisas, y desalentado y con la esperanza perdida de poder encontrar al único ser que de su familia quedaba, abandonó la Côte emprendiendo su viaje de regreso á Cuba á fin de poner en conocimiento de sus principales cuantas noticias había recogido de las comisiones que se le confiaron.

CAPÍTULO XXI.

Un policía jubilado y un aprendiz de idem.

La policía, esa institución necesaria y precisa en toda sociedad, como que tiene por objeto garantizar la seguridad personal y la del domicilio, conservar el orden público y hacer que se respeten las leyes y la moral, puede asegurarse, sin temor de ser desmentidos, que no ha existido nunca, ni existe hoy en nuestro país, organizada de modo que llene de una manera completa su alta y difícil misión.

Las arbitrariedades y los atropellos cometidos por la policía en épocas en que los Gobiernos, atentos solo á mezquinos intereses de partido, la han hecho intervenir, atrajeron sobre ella un ódio tal que muchas personas preferían morir de hambre, ántes que pertenecer á un cuer-

po hacía quien la opinion pública siente tan invencible repugnancia.

Este sentimiento ha sido y es una de las causas principales de las dificultades con que se tropieza para poder organizar en España una buena policía.

No ha faltado Gobierno que conociendo este mal se propusiera remediarlo, y en 22 de Octubre de 1873 se publicó un decreto dando nueva forma á la institucion y exigiendo condiciones especiales para ingresar en ella en las diferentes categorías de jefes.

No estamos de acuerdo con muchas de las disposiciones adoptadas para aquella organizacion, pero vimos con júbilo su planteamiento, porque venía á llenar un gran vacío, y por que era para nosotros el primer paso dado en la buena senda.

Pero los esfuerzos de aquel Gobiernos fueron inútiles, y hasta si no nos es infiel la memoria, se dió el caso de que fueran expulsados de los colegios á que pertenecian algunos de los abogados que tomaron plazas en el referido cuerpo.

Con estos precedentes, con el escaso tino demostrado muchas veces al conferir el cargo de jefe de Orden público á personas sin títulos, servicios, ni actitud bastante para llenar con la prudencia, discreccion y moralidad necesarias tan comprometido y resbaladizo puesto, y con la movilidad casi incesante del personal subalterno, se ha hecho cada vez más imposible la manera de que la policía sea una verdad en nuestro país.

Podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos, que entre el numeroso personal de que se compone hoy, con dificultad podrán escojerse dos docenas de individuos que reunan los conocimientos que necesita tener un verdadero agente de policía.

El Gobierno actual, alarmado por la diaria repetición de delitos que siembran la alarma y el mal estar en las clases todas de la sociedad, fijó su vista en la organización de nuestra policía, y en decreto de 6 de Noviembre del pasado año 1877, anunció el propósito de reorganizar por completo la indicada institución, á fin de que respondiera á las necesidades públicas.

En el preámbulo que precede al referido decreto, asegúrase que lo primero que era necesario hacer para que la reforma surtiera los efectos apetecidos, era huir, en la organización de la policía, de lo que comunmente se llama política, á fin de que no pudiera ser jamás empleada como arma de partido, y que sirviendo solo á los intereses sociales, fuese la más firme garantía de la seguridad personal y el auxiliar más poderoso de la justicia.

«Es preciso, dice aquel preámbulo, determinar bien el número y clase de empleados que se necesitan: es más preciso todavía escogerlos con tino, sobre todo en el instante de su planteamiento, debiéndose procurar, despues, con adecuadas reglamentaciones, formar un cuerpo de funcionarios idóneos, con obcion á premios, con sujecion á castigos, con seguridad en su carrera, que consigan por su buen proceder hacer simpático al público su delicado servicio.»

La prensa de todos los matices acogió favorablemente este pensamiento, y algunos periódicos, tanto de oposición como ministeriales, apresuráronse á prestar su concurso, exponiendo los puntos que á su juicio debían tenerse en cuenta, para que la reforma de la policía fuera eficaz y llenara por completo los fines por todos apetecidos.

«Es necesario, decía un periódico de la situación, que en todas las poblaciones y principalmente en las de alguna importancia, se formen constantemente padrones es-

peciales de las clases peligrosas; uno de los licenciados de presidio por delitos comunes con sus hojas biográficas y su historia penal, y aun sus retratos fotográficos; otro de las mujeres públicas con los posibles detalles de sus vicisitudes y conducta: otro de los vagos y jugadores de profesion, y otro de aquellos de quien se sospecha que tienen por medio de vivir el robo, la estafa, el crimen de mayor ó menor escala. Que á la vigilancia de cada una de estas clases deben dedicarse agentes especiales que hayan hecho ó puedan hacer estudios detenidos acerca de cada una de ellas, para constituir de este modo un registro general con preciosas indicaciones para el descubrimiento de los delitos, y que se organice un cuerpo especial de *detectives* ó descubridores encargados de perseguir á los criminales que hayan burlado la accion de la justicia.»

Conformábase un diario de oposicion con lo dicho por el ministerial, pero más práctico y más prevenido, añadía lo siguiente:

«Es preciso que se constituya la policia de tal manera que no forme un cuerpo político, segun ahora lo es, sujeto á las vicisitudes y cambios de la cosa pública; sin tradiciones, sin práctica, sin experiencia, sin hábito, sin otro deseo que el de complacer y servir al poder que mantiene á sus individuos.

»El Código penal promulgado en Francia en 3 de brumario del año iv, declaraba: La policia se establece para conservar el órden público, la libertad, la propiedad y la seguridad individual. Su principal carácter es la vigilancia. La sociedad considerada en masa es el objeto de su solicitud.»

Para responder á este fin elevado, verdaderamente social, es indispensable fundarle en condiciones que garanticen la capacidad y estabilidad de sus dependientes y

que aseguren entre ellos la separacion de los servicios. Una clasificacion completa de estos, basada en la de que todos ellos, ó pertenecen al ramo de vigilancia ó corresponden al de seguridad, daría el organismo que se apetece, ofrecería el resultado que se demanda y llenaría ese gran vacío de nuestra Administracion.

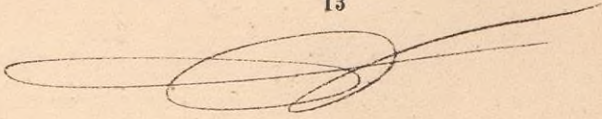
Con buena voluntad por parte del Gobierno, y con leales y acertados consejos por parte de la prensa, esperaríamos con impaciencia conocer la nueva organizacion del cuerpo de policia, creyendo que vendría á llenar por completo nuestras aspiraciones.

Pero nuestro desencanto ha sido tan grande como nuestra esperanza.

El reglamento orgánico de los cuerpos de vigilancia y seguridad de Madrid, aprobado en 15 de Febrero del presente año, no responde á ninguna de las exigencias de un buen servicio de policia; deja subsistentes los defectos que en la referida institucion han señalado de consuno la opinion y la experiencia, y demuestra de un modo evidente y palpable, la tendencia de hacer servir á la policia de vigilancia á fines esencialmente políticos.

No se da á los empleados en el indicado ramo garantía ninguna de estabilidad, y hasta se comete la anomalía de que el jefe del cuerpo *no forme parte de él*, desdeñándose, sin duda, de pertenecer á la corporacion que ha de recibir sus órdenes, como si ésta tuviera sobre sí algún estigma infamante.

Con sentimiento, pues, confesamos que quedan, á nuestro juicio, subsistentes los vicios que en la policia existían, sin más diferencia que por la organizacion que se la acaba de dar, costará en Madrid veinte y ocho mil duros y pico más que lo que ántes costaba.



Una semana despues de escritas las anteriores consideraciones, vienen los hechos, con su inflexible lógica, á confirmar más y más nuestro juicio.

La nueva organizacion dada á la policia es ineficáz, ineficacísima y en prueba de ello véase como da cuenta uno de los órganos más importantes de la prensa española del escandaloso robo en cuadrilla, hecho en la casa del señor marqués de Mudela, sita en el centro de Madrid, en la madrugada del jueves, 14 de Marzo de 1878, perpetrado con la calma y tranquilidad que hubiera podido hacerse en un caserío aislado en medio de un desierto.

Dice así el periódico citado:

«Habláse de un hecho, inaudito á ser cierto, en que figura en primer término, y como víctima, un individuo de la nobleza, cuyo título no se decía, ó no logramos entender.

»Debe habitar dicho título en casa propia, situada en punto muy céntrico, y tener fama de capitalista opulento, con extensa propiedad en la provincia de Ciudad-Real; únicos detalles que logramos obtener. La mencionada casa dicen que debe estar situada en las inmediaciones de la Plaza de las Córtes, y por lo visto, formar ángulo de dos calles, á cada una de ella dos puertas, una destinada al servicio de dependencias, y otra en concepto de entrada principal,

»La primera de dichas puertas dicen que comunica á un patio, y da entrada á la cuadra y á la cochera del edificio, y por una escalera de segundo orden—digámoslo así—se asciende á las habitaciones del dueño de la casa, situadas en el piso principal.

»A las tres de la madrugada de ayer,—y sigue el cuento,—cuando todos los habitantes de la casa dormían tranquilamente, cinco hombres enmascarados y armados con revolvers, pañales, y alguno con trabuco, penetraban

sigilosamente en el dormitorio del ayuda de cámara del título en cuestion, y despues de despertale y de intimarle—con grandes miramientos—á que les siguiera, le obligaron á levantarse y á que en ropas menores les condujese á la habitacion de su amo.

»Despertado éste último, tambien con grandes consideraciones y advirtiéndosele con frases corteses que ningun mal tratamiento debia temer si no ofrecia resistencia ni llamaba la atencion de las gentes, fué obligado á levantarse y vestirse y á conducir á la caja á los cinco individuos que practicaban en su casa tan singular requisa.

»Abierta la caja y despreciando varias alhajas y algunos valores que contenia, se apoderaron aquellos sujetos de los billetes y metálico que en ella encontraron, haciendo, por el momento, abstraccion de varios sacos que guardaban algunas cantidades en numerario.

»Hecho el reconocimiento, el título en cuestion fué invitado galantemente á dejarse conducir, juntamente con el criado, al piso inferior, y guiados ambos á la cuadra, unieron á los detenidos el mozo de dicha dependencia, que dormía con toda tranquilidad en el momento de ser sorprendido y amenazado.

»Ya todos en la cuadra, hicieron los enmascarados un recuento de las cantidades que tenían en su poder, y advirtiéndole uno de ellos que para sus cálculos faltaban dos mil duros, decidieron volver al piso principal para llevarse de la caja dos de los sacos que, en conjunto, debian contener la cantidad expresada.

»Tres de los intrusos permanecieron custodiando al título y al mozo de cuadra, y los dos restantes, dejándose guiar por el ayuda de cámara, tornaron á la caja y transportaron á la cuadra los dos sacos apetecidos.

»Poco ántes de las seis de la mañana, y despues de

permanecer más de dos horas en silenciosa compañía con las personas sorprendidas, los cinco sujetos ataron á las primeras con una faja, les advirtieron que no se moviesen ni pidieran auxilio durante media hora, y abriendo la puerta de la calle más excusada á que corresponde el edificio, se retiraron dejando uno de los sacos de dinero que habían trasladado á la cuadra, un puñal y un trabuco, siendo de notar que el mencionado saco contenía plata, y el que se llevaron calderilla, sin duda por error que habrán debido lamentar más tarde, si tales visitantes nocturnos han existido.

»A este relato, cuajado de curiosísimos detalles, que no teniendo certeza del hecho no queremos repetir, hay que agregar que los cinco enmascarados se llevaron unos ocho mil duros en metálico y billetes, y que el titulo robado, cuya presencia de ánimo y serenidad no desmayaron un instante durante el grave suceso de que fué víctima, se hallaba anoche, á creer á las gentes bajo su palabra, en cama y sangrado, por efecto de la natural conmocion que le produjeron aquellos inesperados sucesos.»

Pero abandonemos este terreno y volvamos en busca de nuestros personajes, olvidados desde que empezamos este capítulo.

Quintana hizo su guardia en el Gobierno de provincia, en donde pasó toda la noche revolviendo en su imaginacion la manera de hacer pagar caro á los cacos el tino de que había sido víctima.

—Yome vengaré cumplidamente,—decía para sí;—pero para realizar mis deseos es preciso que yo conozca bien el terreno que piso y el personal de esos tunantes, en todos los ramos de su maldita profesion.

Fijo en esta idea, pidió ser trasladado de la sección de contabilidad, donde prestaba sus servicios, á la de órden público, y allí, en continuo roce con los inspectores y agentes de la ronda, inquiría, averiguaba y coleccionaba con el mayor cuidado cuantos datos y noticias creía poder utilizar en tiempo oportuno.

La casualidad vino en su ayuda poniéndole en relaciones con una persona de gran experiencias en estos asuntos.

La pérdida del relój y de los doscientos reales que le soplara el fingido ayuda de cámara, pusieron á nuestro héroe en la necesidad de buscar dinero ántes que el mes concluyera, y teniendo en su poder una sortija de oro con una gruesa amatista, dirigióse á una casa de préstamos á pedir dinero sobre ella.

La casualidad guió sus pasos á la calle de la Espada, poniéndole *tete á tete* con nuestro conocido don Calisto, aquel antiguo polizonte á quien su ex-colega el *Guindilla* atracó en la calle del Meson de Paredes.

Contóle Quintana, incidentalmente, lo que le había sucedido; refirióle el prestamista lo que á él le había pasado, y con este motivo entablóse entre ambos el diálogo siguiente:

—Si esto me hubiera sucedido á mí en otro tiempo, yo le aseguro á usted que al mocito no le arrendaba la ganancia.

Pero hoy no conozco á nadie en el Gobierno civil, pues no queda ya en aquella casa ninguno de mi época.

—¿Ha servido usted allí?—replicó Quintana.

—Sí señor, en mis buenos tiempos; y si estuviera aquello como entonces, seguro estaba yo de poder tomar con creces la revancha de la mala pasada que me hicieron. Pero ya le digo á usted que no conozco allí á nadie.

—Pues yo estoy precisamente en aquella casa.

--¿Usted?

—Si señor; soy oficial de la sección de Orden público.

—¿Y no ha dado usted caza al *timador* que le burló?

—No señor; pero no se extrañe de esto, porque hace tan poco tiempo que desempeño mi plaza, que ni me ha sido posible conocer todavía el personal de vigilancia. Y el joven enteró al prestamista de sus proyectos y del trabajo que había comenzado para poder emprender con seguro éxito su campaña contra los discípulos de Caco.

El instinto de policía se reveló entonces en el antiguo guindilla, y adivinando en el joven ventajosas prendas para el oficio, le tendió la mano diciendo:

—Voy á ahorrarle á usted un trabajo ímprobo.

La costumbre es una segunda naturaleza, así que yo aunque llevo muchos años alejado de la policía, ni he perdido la afición hácia ella, ni he dejado de hacer mis observaciones sobre las personas á quienes teníamos en mi tiempo el ojo encima.

Además, la índole de los negocios que se realizan en mi establecimiento me han hecho ponerme en contacto con multitud de individualidades, algunas de las que podrían prestar al Gobierno importantísimos servicios.

Como su pensamiento de usted es bueno, y como me atrevo á asegurar que usted posee condiciones á propósito para poder hacerse una especialidad en el ramo, me decido á ayudarle con todas mis fuerzas, y para que conozca usted en un breve plazo á la mayor parte de los cacos de la Corte; voy á regalarle á usted este librito, fruto de mi trabajo y mi experiencia.

Y diciendo y haciendo, tiró de uno de los cajones del mostrador y presentó á Quintana un grueso cuaderno manuscrito, en muchas de cuyas hojas veíanse pegados algunos retratos de fotografía.

Aquí tiene usted los retratos de muchos de los princi-

palés cacos, y al pié de los mismos los datos biográficos que me ha sido posible recoger de cada uno.

Usted puede ampliar con las noticias que hoy existan en el Gobierno Civil este trabajo, que le será á usted de una gran utilidad.

De los que no me ha sido posible hacerme con retrato, he procurado ampliar hasta el extremo los datos referentes á su personalidad, con el fin de suplir de este modo la indicada falta; y como verá usted, consigno ahí muchachas de sus guaridas, las tabernas y los figones que más frecuentan, y hasta el nombre y las señas de la habitación de algunas de sus queridas, de manera que puede dárselos caza con la mayor facilidad posible.

Ahí verá usted también una colección de retratos de mujeres, en donde figuran las principales *mecheras*, las *tomadoras* de más fama, las *peristas* de más dinero y las que se dedican al *bicheo*, (1) cerrando la marcha una docena de amas de casa de prostitución, matriculadas unas y sin matricular otras, que hacen capa y ocultan y protegen á los ladrones, siendo poderosos auxiliares para todas sus fechorías.

—¡Oh, esto es magnífico!—decía Quintana, devorando con avidez las páginas del manuscrito.—Ha hecho usted aquí un trabajo de primer orden. Pero ¡cielos, éste es el que me ha dado á mí el *timo*!—exclamó el joven, fijándose en uno de los retratos.

—A ver, á ver,—replicó el prestamista, cogiendo el libro y mirando la fotografía.—¡Buen prójimo está! Lea usted, lea usted sus apuntes biográficos.

(1) Los que fingen buscar monedas antiguas para coleccionar y despues de guardarse las que pueden, no cierran nunca trato con los dueños de ellas.

Quintana tomó el libro y leyó lo siguiente: «Bartolomé Luanco, alias el *Galleguito*, natural de Pastoriza, *timador* y tomador de relojes, por cuyos delitos ha sido varias veces encausado. Entre la gente del oficio se le considera como una notabilidad, tanto por lo extraordinario de los medios que para *timar* emplea, y por lo divinamente que caracteriza los tipos que se propone desempeñar, como por la rara habilidad que posee para *tomar*, siendo cosa sabida entre los cacos, que de cien personas á quien marée (1) el Galleguito, las noventa y ocho se quedan sin reloj.

—¡Es aprovechado mi paisano!—exclamó Quintana, clavando sus ojos en el retrato, como pretendiendo devorarlo.

—Pues tenga usted entendido, amigo mio, que los paisanos de usted que se dedican á ese oficio son de oro. He conocido á varios que han llevado siempre la batuta.

—Pues yo les aseguro que les ha caido conmigo la sopa en la miel. El dia que coja por mi cuenta á este prójimo las paga todas juntas.

¡Lástima grande, que así como conozco ya al que me dejó sin reloj y sin dinero, no conociera tambien al que le asaltó á usted navaja en mano!

—Nada más fácil que eso; yo le conozco perfectamente, y hasta sé dónde pasa la mayor parte de las noches.

—¿Y no ha dado usted parte?...

—¿Y qué iba á adelantar? ¿Cómo justifico que él me

(1) Marear llaman ellos á colocarse delante de una persona, y echándose unas veces á la izquierda y otras á la derecha no dejarla pasar, haciéndolo de modo que parezca efecto de la casualidad.

ha robado? Además, que estando fuera del Gobierno, como yo estoy, y teniendo el establecimiento que tengo, no me conviene, de manera alguna, exponerme al ódio de ese hombre. Le conozco demasiado bien, y estoy seguro que si le denuncio, aunque le prendieran, saldría á la calle á los pocos días, y la noche ménos pensada me encontraría un pinchazo sin saber por dónde me había venido.

Yo deseo vengarme de ese bribon, pero de modo que no pueda ni sospechar remotamente por dónde le viene el golpe.

Este deseo ha sido la causa principal de mi propósito en ayudar á usted.

Yo le enseñaré á usted todo cuanto sepa, y hasta le pondré en contacto con personas que le han de servir de mucho; usted, en cambio, toma á su cargo el hacer pagar á ese bribon el mal rato que me diera.

—Convenido: de mi cuenta corre su venganza de usted.

—Bueno; pues en la seguridad de que usted cumplirá su palabra de la misma manera que yo cumplo la mia, vamos á terminar este asunto.

Guarde usted ese manuscrito, y tome usted esta media tarjeta. Con ella se va usted esta noche á la calle del Duque de Alba, esquina á la plaza del Progreso, y se la entrega usted de mi parte á la castañera que tiene allí el puesto. Es una mujer de unos cincuenta años, morena como un tito, delgada como una aldiza, y lista como un conejo; su nombre es Aguedita; hable usted con ella sin recelo alguno, y en cuanto se entiendan ustedes, que será bien pronto, asegure usted que no se cometerá en Madrid fechoría ninguna por gente del oficio, sin que sepa usted en seguida la cosa con pelos y señales.

Si, por casualidad, no se encuentra en el puesto cuando usted llegue, estará su hija Pepa, una de esas chulas,

tan graciosas como descaradas, de alto peinado, pañuelo de seda á la cabeza, figurando un tablero de damas, envuelta en un gran manton listado de rojo y negro, y que se pasa las horas muertas, en vez de rajar castañas, rajando con tres ó cuatro chulos, de sombreros tan anchos como quesos de Gruyere, capitas recortadas y pantalones tan estrechos como fundas de paraguas.

Pregúntela usted las señas de la casa de su madre, y vaya usted allí del modo que quiera, en la seguridad de que ha de encontrar más de un motivo de estudio en la especie de arca de Noé que sirve de posada á la Aguedita.

Bajo su hospitalario techo se cobijan siempre los tipos más eterogéneos; allí á nadie se pregunta de dónde viene ni á dónde va; así que, desde la criada de servir que se desacomoda, hasta el escapado de presidio y el desertor del banderín de Ultramar, todos son allí recibidos, si pagan anticipado el hospedaje.

Por eso le he dicho á usted que encontrará en esa casa mucho que estudiar.

—Yo aseguro á usted que la visitaré, aunque encuentre esta noche á esa mujer en su puesto. Creo que para mis propósitos me servirá de mucho conocer de cerca á los pupilos de Aguedita.

Ahora réstame sólo dar á usted un millon de gracias por los favores que me dispensa, y entregarle esta tarjeta, donde verá las señas de su casa y el nombre de su seguro servidor.

—Mil gracias, amigo mio,—replicó el usurero guárdandola, y estrechando la mano del jóven le acompañó hasta la puerta de su despacho.

Cuando le vió desaparecer exclamó, frotándose las manos:

—Me parece que he hecho una buena adquisicion.

La amistad de este chico puede servirme de mucho y evitarme disgustos gordos.

A ese bribon de *Guindilla* me parece que le ha de costar muy caro el no respetar á sus antiguos amigos y compañeros.

Ahora sí, Calixto, lo que hay que olvidar por completo y para siempre, es el deseo de conseguir á esa mozuela, á esa Luisa, por cuya causa tantos disgustos, tantas desazones y tantos riesgos has corrido, y tanto dinero has gastado.

Basta ya de hacer el oso persiguiendo á esa mujer; pues si hasta ahora la suerte te ha sacado con bien en varias ocasiones, pudiera ocurrirte una desgracia, y no vale una perdida como esa que se arriesgue tanto por ella. ¡O, la torpeza de Andrea dió al traste con todos mis planes!

Algunas veces, hasta sospecho si esa maldita vieja, impulsada por los celos y la envidia, aconsejaría á Luisa que se escapase de mi casa. Pero olvidemos esto para siempre, Calixto; en Madrid se encuentran á puntapiés mujeres más fáciles y más bonitas que esa; acordémonos de aquel antiguo adagio que dice: «Mientras tú no me faltes, pan de mi alforja, mientras tú no me faltes, todo me sobra.»

Y D. Calixto, diciendo esto, hacia sonar el dinero que tenia en el bolsillo derecho de su chaleco.

—La sopa está en la mesa, señor,—exclamó apareciendo á la puerta del despacho del prestamista, doña Andrea, como la llamaban los criados y vecinos, y que era el ama de llaves de nuestro héroe.

—¡Santa palabra!—replicó D. Calixto frotándose las manos y cerrando el diario en que iba apuntando las operaciones que realizaba, y abandonando su despacho se dirigió al comedor.

¿Quién era doña Andrea?

¿Quién era Luisa, la cantadora?

Qué le había sucedido á D. Calixto con ella, y por qué la vimos salir huyendo del café de San Fernando, perseguida por el antiguo polizone, son cosas que explicaremos en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO XXII.

La Estrella del Lavapiés.

Retrocedamos, pues, algun tiempo para presentar los hechos con la debida claridad.

Eran las tres de la tarde de un sofocante día de Julio; el calor es inmenso, el sol aplana; pero en la acera del café Suizo y en la calle de Sevilla, la gente se agita como un inmenso hormiguero.

Hay corrida extraordinaria de toros á favor de los establecimientos de beneficencia.

En el despacho donde se venden las localidades hay un cartel que dice: «No hay billetes,» y el público acude á los revendedores, que hacen su Agosto esprimiendo los bolsillos de los aficionados. Es verdad que la funcion promete: la plaza se encuentra lujosamente cclgada, y van á lidiarse ocho toros de D. Justo, que al decir de los inteligentes que presenciaron por la mañana el apartado,

darán gran juego, pues son de buen trapío y de mucho poder.

Además de esto, en gracia al objeto benéfico á que los productos de la funcion se destinan, se han ofrecido á trabajar gratis todas nuestras celebridades taurómacas; y ¿qué aficionado se priva de tener el gusto de ver en el redondel, reunidos y lidiando á competencia, á Cúchares, Cayetano y el Tato, con sus respectivas cuadrillas?...

La fiesta reunía, pues, todas las condiciones necesarias para enloquecer á los partidarios del toreo, y de ahí la prisa y el afan con que se buscaban las localidades, sin reparar en el precio.

Más de cuatro prendas habian sido empeñadas para tener dinero con que ir á la corrida, y no faltaban personas que al dia siguiente se quedarían sin comer, y sin embargo, se gastaban alegremente aquella tarde un duro en un tendido.

La cuestion era no perder los toros, lo demás, ¿qué importaba?

Todas las naciones tienen sus diversiones favoritas.

Inglaterra se divierte viendo matarse los hombres á puñetazos.

Francia goza viendo á los domadores provocar la saña de las fieras, y ocasiones ha habido en que á los animalitos se les ha subido el gato á la parra y se han merendado al domador á la vista de los civilizados espectadores.

España se entusiasma viendo lidiar toros, y á fé, á fé, que si nuestra diversion es bárbara, no lo son ménos las de nuestros vecinos.

Pero basta ya de digresiones, y volvamos á nuestro asunto.

La hora de la corrida se acercaba.

Las aceras de la calle de Alcalá veíanse llenas de gente que se dirigía á la plaza, y el centro de la calle veíase cruzado por multitud de carruajes que corrían en la misma dirección.

Todo era alegría, todo era entusiasmo; y las carcajadas de unos, los dichos picantes de los otros, las voces de los vendedores y el ruido de los coches, formaban un concierto atronador, infernal.

Madrid enloquecía de entusiasmo, como si la miseria y las privaciones no existieran en su seno.

De los muchos carruajes que, como hemos dicho, llenaban la calle, uno, con especialidad, tenía el privilegio de llamar la atención de la multitud.

Era una elegante carretela, arrastrada por un tronco de yeguas inglesas de pura sangre.

Tres personas la ocupaban: Frasquito el *Salao*, uno de los espadas que mataban aquella tarde, su novia y su padrino, nuestro conocido D. Calixto Herreros.

Frasquito contaría apenas veinticuatro años.

Era alto, esbelto, fuerte, ágil, moreno, de fisonomía franca y simpática y con hermosos y rasgados ojos negros, en cuyas miradas se adivinaba el valor temerario, el arrojo ciego.

Esta condición le hacía en la plaza tan simpático para el público de Madrid, que con justicia veía en él una segura esperanza para el arte que perfeccionó Montes.

Luisa, que así se llamaba su novia, contrastada con él de una manera notable.

Más joven que Frasquito, era rubia, con grandes ojos azules, sombreados de poderosas pestañas y coronados por dos magníficas cejas.

Sus mejillas eran mórvidas, transparentes, y tan blancas y sonrosadas, como si de nácar y carmin las hubiesen formado.

Sus lábios eran rojos, finos, pequeños, y su aire tan gracioso, tan encantador, que con justicia era conocida entre la gente de su clase con el sobrenombre de la Estrella de Lavapiés.

Un año ántes de la escena que referimos, el padre de Luisa habia muerto, y ésta, que no tenía parientes, quedó sola en el mundo.

Frasquito, que hacía ya algunos meses que estaba en relaciones con ella, empezó desde aquel día á atender á sus necesidades, concluyendo por llevársela á su casa con el propósito de casarse con ella en cuanto acabasen las corridas de aquella temporada.

A D. Calixto ya le conocen nuestros lectores, y en el momento que le presentamos ahora en escena, vestía elegantemente, y reclinado en la carretela, aprovechaba las distracciones de Frasquito para clavar sus miradas de una manera hambrienta en la Estrella de Lavapiés.

—Ahí tienen ustedes la flor y nata de los matadores,—decía uno de los apasionados de Frasquito al verlos pasar.

—Y la flor de las hermosas,—replicaba otro, señalando á Luisa.

—Y la flor de los bribones,—exclamó un tercero, señalando á D. Calixto.

—Chico, tú debes haber almorzado fuerte. Ese caballero que va con Frasquito es su padrino.

—Le conozco demasiado, por desgracia.

Ese hombre es un judío sin corazón y sin conciencia.

Debajo de su eterna sonrisa se oculta la intención más depravada, y bajo esa aristocrática levita y ese chaleco blanco como la nieve, palpita un corazón negro como la noche.

¡No sé cómo Frasquito admite su trato, porque estoy seguro que alguna intención *non santa* guía á ese tío.

¡Dios quiera que no pesen algún día al Salado las atenciones que ahora le dispensa ese bribón!

La carretela había ya desaparecido, y nuestros interlocutores continuaron su conversación, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba á las inmediaciones de la plaza.

La corrida dió principio, y los lidiadores mostraron á porfía su arrojo y su destreza.

Calderon puso excelentes varas; el Cuco, Muñiz, Mariano Anton y el *Mota* colgaron á las fieras sendos pares de banderillas; y el maestro Cúchares, después de jugar con el primer toro, capeándole por detrás y á la navarra, le descabelló de esa manera que le era peculiar.

Cayetano lucióse también capeando á la verónica, y dando al segundo bicho dos sendos pases naturales, le despachó de dos buenas estocadas; pero sin volver la cara, como él tiene de costumbre.

El *Tato* acabó con el tercero de una buena estocada, recibiendo, lo que le valió una buena cosecha de purós y de aplausos.

El cuarto toro iba, pues, á salir: eran ya dos los pica-

dores que estaban en la enfermería; veinte los caballos que habían muerto, y el público, que aprecia la bondad de estas funciones por la sangre y los destrozos que hay en ellas, encontrábase loco de alegría, delirante de entusiasmo, asegurando que aquella corrida era la mejor y más completa de la temporada.

El cuarto toro debía matarle Frasquito, así que en el momento que el bicho pisó el redondel, algunos apasionados del jóven matador empezaron á gritarle:

—Ahí le tienes, *Salao*, ese es para tí.

Los picadores hicieron su oficio, recibiendo en cambio soberbios porrazos; el *Cuco*, Muñiz y Mariano Anton adornaron la cerviz de la fiera con sendos pares de vistosas banderillas, puestos algunos de ellos á topa carnero, y el clarín dió, por último, la señal de muerte.

El *Salao* tomó entonces la muleta y el estoque, y después del brindis de costumbre, arrojó una mirada al palco de su novia, y se fué derecho al toro con la intrepidez de siempre.

El bicho se había sentido; pero, á pesar de esto, Frasquito le dió magníficos pases, mandándole, por fin, un excelente mete y saca, con tanto acierto, que la fiera vaciló retrocediendo hasta la barrera.

—¡Ya tiene bastante!—exclamó el diestro, creyendo muerto al toro; y el público, participando de la misma opinion, rompió en un nutrido y atronador aplauso.

Una lluvia de cigarros descendió á la plaza, y Frasquito, vuelto de espaldas á la fiera, limpiaba el estoque en la muleta, contestando con la cabeza á los brabos y á los aplausos de los entusiasmados espectadores; cuando

el animal, haciendo un supremo esfuerzo, arrancó con la velocidad del rayo.

Frasquito fué cogido por la espalda y arrojado en alto; el público lanzó un grito de angustia, y el jóven lidiador rodó en la arena cubierto de sangre.

Los demás diestros acudieron en su auxilio, y mientras unos cegaban á la fiera con los capotes, otros sacaron del redondel al herido, á quien se le escapaba la vida por momentos.

La Estrella de Lavapiés al ver cojido á su amante lanzó un ¡ay! indescriptible, y salió desalada del palco, seguida de D. Calixto, que conservaba su habitual sonrisa.

Pocos momentos despues, en la enfermería tenía lugar una escena triste, conmovedora.

Frasquito, rodeado de sus amigos, espiraba, despues de haber recibido la Extramauncion y de haberse desposado con su novia, que, arroñillada al pié del lecho, de donde no se la había podido separar, lloraba amargamente, presa de la mayor desesperacion.

Un silencio de muerte reinaba en la estancia, interrumpido sólo por la voz del sacerdote, que recomendaba el alma al desgraciado jóven, y por el ruido de los gritos y los aplausos del público, que, ébrio de entusiasmo, seguía gozando del espectáculo, sin cuidarse de la suerte del que pocos momentos antes era objeto predilecto de sus simpatías.

D. Calixto consiguió por fin á fuerza de ruegos arrancar á la desconsolada Luisa de la estancia donde espiraba su esposo, y despues que la condujo en su coche á su casa, trasladóse él á la suya, diciendo en su interior:

—La casualidad me ha despejado el camino que conduce al logro de mis deseos.

Frasquito, que era el gran obstáculo, ha muerto, de manera que esa chica será mía dentro de poco.

¡Oh, es preciso confesar que tengo una suerte local!

Y reflexionando de esta manera, saltó del carruaje, que se había detenido á la puerta de su casa, y subió á su cuarto, frotándose las manos de gozo, y repitiendõ:

—¡Nada, nada, tengo una suerte local! ¡Tengo una suerte local!

CAPÍTULO XXIII.

Un fraile, una beata y un voluntario realista.

La muerte de Frasquito fué para Luisa una desgracia terrible, una pérdida irreparable.

Quedaba sola en el mundo; y, como ella repetía sin cesar anegada en llanto, entonces era cuando verdaderamente quedaba huérfana.

La pobre jóven tenía razon.

La mayor parte de los amigos de Frasquito no se cuidaron para nada de su viuda, y los que, más constantes ó más compasivos, acudieron á ofrecerla sus servicios, encontráronse cohibidos por D. Calixto, que haciendo siempre gala de su cariño por el difunto, no dejaba de repetir en todos tonos:

—¡Gracias, gracias, señores; á esta niña no le faltará nada mientras yo viva!

Como D. Calixto tenía fama de rico; como todos sabían que era el padrino de Frasquito, y como la mayor parte de los que se ofrecían era sólo por mero cumplimento, veniales muy ancho que sus ofertas no fueran admitidas, y creyendo haber ya cumplido con lo que la amistad del difunto les exigía, empezaron, hoy unos, y mañana otros, á dejar de visitar á Luisa, hasta que llegó un día en que, á excepcion de D. Calixto, no pisaron los umbrales de su casa ninguno de los muchísimos amigos de su difunto esposo.

Al viento de la desgracia hay muy pocas amistades que resistan.

Cuando se desciende, en cada escalon que se baja se encuentra un nuevo desengaño.

Pero dejemos digresiones á un lado, y prosigamos.

Los amigos de Frasquito dejaron por completo de acordarse de su viuda.

Es verdad que D. Calixto fué una de las causas principales de que esto sucediera.

Habíase propuesto aislar á la jóven.

Habíase propuesto dejarla sin un amigo, para que, de esa manera, le fuera más fácil realizar los proyectos que sobre la posesion de Luisa tenía; y dióse tan buena maña en ir preparando el campo, que, como hemos dicho, á los pocos meses de la muerte de Frasquito ninguno de sus amigos repasaba los umbrales de la casa de su viuda.

D. Calixto, en cambio, no dejaba de asistir á verla dos ó tres veces diarias.

Luisa, de quien nos habíamos olvidado decir que á la muerte de Frasquito se encontraba en cinta, había dado á luz una niña, que era su más vivo retrato.

Con este motivo D. Calixto echó el resto.

La enferma se vió asistida con el mayor esmero, y los más afamados médicos de Madrid visitáronla continuamente, pagados, por supuesto, del bolsillo de D. Calixto.

Aprovechando esta ocasion nuestro personaje, obrando con la doblez y el cálculo que siempre obraba, colocó al lado de la jóven, en calidad de asistenta, á una persona de toda su confianza.

La señora Andrea, este era su nombre, era una de esas mujeres que parecen nacidas para vivir como féudos eclesiásticos.

Nos explicaremos.

Allá por el año treinta, cuando ella contaba diez y siete años; dos ojos negros como dos luceros, y dos rizos negros tambien y lustrosos como el ébano; un talle que se la podía abarcar con las manos; un pié chino, una boca como un piñon y más sal que en todas las salinas juntas; su madre, que era lavandera de fray Casimiro, uno de los reverendos y más barrigudos padres de San Francisco el Grande, empezó á llevarla en su compañía cuando iba á recojer y á entregar ropa al convento.

La primera vez que el reverendo vió delante de sí á la muchacha, se puso encarnado como un pimiento de la Rioja.

Nunca había visto un par de ojos que mirasen como los de Andrea.

Nunca había visto unos lábios tan finos como los suyos, y nunca le había producido una sensacion igual ninguna mujer.

Desde entonces el padre Casimiro mostró una predilección marcada hacia la hija de su lavandera.

Empezó á visitarla todos los dias.

La hizo su hija de confesion, y su cuidado por ella llegó hasta tal punto, que nó sólo hizo que continuase de lavandera del convento cuando se murió su madre, sino que la proporcionó un dotecillo regular cuando llegó el dia en que Andrea contrajo matrimonio.

Dámaso, que así se llamaba su marido, era oficial de zapatero, y voluntario realista por añadidura; pero más aficionado á hacer lunes que á sujetarse al pié de la mesa, y más dado á tirarse al colete vasos de vino que á tirar del cabo y manejar la lezna.

Es verdad que él veía que, trabajando ó sin trabajar, no le faltaba que comer, gracias á la proteccion del padre Casimiro, que no había perdido su costumbre de visitar todos los dias á su hija de confesion; y convencido de esto, no se apuraba mucho por recoger cortado.

Al año de su casamiento, Andrea dió á luz una niña preciosa; y sus vecinas, que se comían de envidia porque Andrea gastaba y lucía más que ellas, empezaron á decir que la recién nacida se parecía al padre Casimiro como una gota de agua á otra.

En todas partes abundan las malas lenguas, y segun decia continuamente el reverendo, siempre habla más aquel que tiene más por qué callar.

El voluntario realista no se daba por entendido de aquellas habladurías de sus vecinas.

Despreciaba los chismes de comadres, y continuaba comiendo, bebiendo y haraganeando.

Pero esta vida se le acabó pronto.

Fernando VII murió.

El sistema absoluto fué reemplazado por el constitucional, y á los frailes, como á todas las clases privilegiadas, les llegó su *dies ire*.

Las turbas desenfrenadas invadieron San Francisco, y el padre Casimiro, huyendo de la chamusquina, escapó del convento como alma que llevaba el diablo.

Su refugio fué la casa de su protejida.

Pero como el marido de Andrea era realista furibundo; como su mayor placer había sido dar palizas á los pícaros negros, como él los llamaba, éstos, que se venía ahora en la suya, quisieron devolver al zapatero los palos que de él recibieran.

Por este motivo, á la noche siguiente de esconderse el fraile en su casa, un grupo se presentó á la puerta cantando el *Trágala*.

Ni el sonido de la trompeta del juicio final produciría de seguro al reverendo un terror más grande que los ecos de aquella cancion patriótica.

La casa se le vino acuestas, como vulgarmente se dice, y atortolado, dando, de miedo, diente con diente, hubiera dado un brazo por tener alas.

Al voluntario realista le sucedía otro tanto.

Encontrábase tan cariacontecido como el fraile, y vagaba desolado por todas las habitaciones, viendo la manera de escapar.

Andrea era la única que se encontraba más serena.

Asomóse á la calle, con objeto de conocer las verdaderas intenciones de los que cantaban, pero éstos apenas la distinguieron en la ventana, empezaron á decirle:

—¡Mira, servilona, dí al farfanton de tu marido que salga ahora á cantarnos la *Pitita*!

—¡Beata del Pardon,—exclamaba otra voz:—dí á tu ma-

rído que se ponga el uniforme de realista y salga ahora á darme de palos!

—¡Frailera! ¡hipócrita!—exclamaba una voz de mujer;—canta ahora, por agradar á fray Casimiro, aquella coplita que nos encajabas así que nos veías.

Aquella que empezaba:

¡Temblad, liberales, temblad;

Mirad que la horca preparada está!

Al terminar aquella voz, un diluvio de silbidos y ¡mue-
ras! á los serviles atronó el espacio, y Andrea retiróse de
la ventana tan muerta de miedo como muertos de miedo
estaban su marido y su protector.

La turba empezó entonces á dar furiosos golpes á la
puerta, pero con una violencia tal que se conocía clara-
mente sus deseos de derribarla.

—¡Van á hacernos pedazos, Dios mio!—exclamaba el
zapatero en el colmo de la desesperacion, maldiciendo en
su fuero interno el instante en que se le ocurrió la mal-
dita idea de hacerse voluntario realista.

—¡Van á degollarnos, Virgen Santísima de la Paloma!—
replicaba el padre Casimiro, recordando con horror las
escenas que ocurrieron en su convento y de las que sa-
lió salvo milagrosamente.

—¡Van á gozarse, haciéndonos sufrir toda clase de tor-
mentos!—respondía á su vez Andrea, estremeciéndose á
cada golpe que descargaban sobre la puerta.

—¡Ya cede! ¡Ya está hecho astillas el quicio!

—¡Ahora lo vereis, servilones!—exclamaban en la calle

una porcion de voces iracundas, rugientes, mezclándose en infernal concierto con ruidosas carcajadas y con terribles maldiciones.

El fraile, el zapatero y la lavandera se consideraron ya perdidos.

La multitud desenfrenada invadiría dentro de pocos momentos la casa, y su muerte era segura, cierta.

De repente los gritos cesaron.

Los golpes á la puerta cesaron tambien y los affigidos habitantes de la casa, muertos de miedo, sintiéronse á más ahogados por la incertidumbre.

De repente, la puerta de la estancia donde se encontraban refugiados se abrió, y un oficial de urbanos, con la espada desnuda, seguido de seis números con bayoneta calada apareció en el umbral.

El fraile, el zapatero y su mujer exhalaban una exclamacion de terror.

Veían, como vulgarmente se dice, la muerte al ojo.

El padre Casimiro, que odiaba con toda su alma al partido liberal, le echaba la culpa de las atrocidades cometidas en los conventos, sin conocer que no hay lago, por trasparente que sea, que no tenga cieno; que no hay partido, por noble, por generoso que sea, que no tenga canalla; que no hay, en fin, nacion, por culta por ilustrada que se encuentre, donde no existan kabilas.

Los partidos, ni deben ni pueden ser responsables de los crímenes que cometan unos cuantos desalmados á la sombra de su bandera.

Querer exigirlos esa responsabilidad, es un absurdo tanto mayor cuanto no existe uno á cuya sombra no se hallan cometido excesos horribles.

De manera que aquí puede aplicarse con la mayor oportunidad aquello de «El que no haya pecado, que tire la primera piedra.»

Pero nos hemos extraviado impensadamente.

Volvamos á nuestro asunto.

Decíamos que el padre Casimiro, que odiaba con toda su alma á los liberales, creyóse perdido al ver presentarse en la estancia á los urbanos.

El moftetudo padre creyó que venían á darle muerte, así que trastornado por el terror, cayó de rodillas ante el oficial, exclamando:

—¡Piedad, por la Virgen Santísima!

—¡No nos maten ustedes, por Dios!

Explicuemos cómo se encontraban allí los urbanos.

Con motivo de las ocurrencias del día anterior, la milicia urbana patrullaba á fin de que los excesos no volvieran á repetirse.

Una de las patrullas, atraída por el ruido de las voces de los que acometían la casa de Andrea, presentóse en el sitio de la ocurrencia.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el oficial, dirigiéndose á los que se afanaban por hacer pedazos la puerta.

—Nada, señor oficial,—contestó uno de ellos.—En esta casa vive un pícaro servil que nos ha dado más palos que á burros de yeseros, y venimos á buscarle para tomar la rebancha.

—Eso es indigno de liberales,—replicó el oficial:—A los enemigos se les aniquila, se les despedaza cuando se lucha cara á cara y con armas iguales; pero cuando están vencidos, como ese está ahora, la mayor venganza es el desprecio. ¡Dejarle, que bastante tiene con la desazon que le dais cantando las patrióticas.

—Tiene razon el señor oficial,—exclamó uno de ellos;—lo mejor es dejarlos, que ellos se morirán de rábía, como los gorriatos viejos.

—¡Sí, dejarlos, dejarlos!—exclamó una mujer,—¡Dejarlos, para que se rian de nosotros, y digan, como dicen á boca llena, que los liberales, cuando triunfamos, no sabemos hacer mas que tocar el *Chin chin* y cantar el *Himno de Riego*.

Aquella mujer tenía razon.

Estaba en lo firme; pero no le valía.

Las palabras del oficial habían encontrado eco en el corazon de la multitud, que se puso en marcha cantando el *Trágala*.

Quando la turba hubo desaparecido, el oficial penetró en la casa, seguido de los números citados, y se encontró con los aterrados habitantes de la manera que hemos referido á nuestros lectores.

—No se asuste usted, padre; nosotros no asesinamos á nadie,—contestó el oficial, volviendo el alma al cuerpo del franciscano.—La gente que intentaba penetrar aquí se aleja ya por consejo mio, y por ahora ningun peligro amenaza á ustedes; pero como así que yo abandone esta casa la intentona puede repetirse, lo mejor es que se vengán ustedes en nuestra compañía y se trasladen á otra más segura. Este sitio es expuesto. La gente del barrio dice que aquí vive un voluntario realista que se gozaba en darlos de palos y...

—No lo crea usted, señor oficial, no lo crea usted;—contestó el zapatero, procurando disculparse; pero con tan poca habilidad que él mismo se condenaba.

—¡Bien, bien!—prosiguió el oficial, sonriendo;—no lo

creeré, puesto que usted demuestra un interés tan grande por que no lo crea; pero, sea ó no cierto lo que esas gentes aseguran, yo les vuelvo á repetir mi consejo. Salgan ustedes de aquí cuanto ántes, porque en esta casa corren ustedes la exposicion de ser atropellados.

Fray Casimiro, siguiendo las indicaciones del oficial, disfrazóse con un traje del marido de Andrea, y seguido del matrimonio trasladóse á un punto reservado y seguro.

CAPÍTULO XXIV.

La fuga.

Algun tiempo despues de los sucesos referidos, nuestros tres personajes salieron de Madrid estableciéndose en Toledo.

Esta última ciudad era entonces un foco perenne de conspiracion á favor de D. Carlos.

El numeroso clero que allí existía, decidido defensor del sistema absoluto, á cuya sombra lo dominaba todo, lo monopolizaba todo, desplegaba una actividad febril en pró del Pretendiente.

Eclesiásticos hubo que en aquella época pasáronse noches enteras fundiendo balas, y áun existe uno que atravesó el Tajo á nado, en una noche crudísima de invierno, con objeto de avisar á uno de los cabecillas fac-

ciosos que al día siguiente iba á ser sorprendido por las tropas de la reina.

A Toledo llevaban á curarse la mayor parte de los heridos que la faccion tenía en los encuentros que libraba con las tropas constitucionales.

En los conventos de monjas hacíanse hilas para la faccion.

En la fábrica de armas forjábanse lanzas y sables para ellos.

En las iglesias, en las sacristías, en los campanarios, en todas partes, en fin, se conspiraba á favor de D. Carlos, sin que las medidas enérgicas de las autoridades liberales fuesen suficientes á apagar aquel entusiasmo fanático que por momentos crecía.

En una poblacion animada de este espíritu, fácil es conocer el recibimiento que tendrían un fraile y un voluntario realista, que huían de Madrid por temor á la furia de los *pícaros* liberales.

La acogida no pudo ser más lisonjera, y el padre Casimiro, visitado por todo el clero, encontróse bien pronto al corriente de cuanto se trataba. Admitido en todos los conciliábulos carlistas, dió á conocer su talento y su sagacidad tan ventajosamente, que vióse bien pronto respetado y tenido por el alma de todas las tramas y conspiraciones.

Merced á su iniciativa y á su actividad, las partidas que poblaban los montes recibieron un aumento considerable.

Todos los artesanos de opiniones realistas, y á quienes se les veía en actitud de batirse, se les alentaba, se les ofrecía dar á sus familias un diario mientras ellos es-

tuviesen en la faccion, consiguiendo por este medio que muchos de ellos, seducidos y entusiasmados, corriesen á engrosar las filas de los defensores de la religion, como allí se las apellidaba.

El marido de Andrea, á quien, como sabemos, no le gustaba trabajar, y el cual vivía en union de su mujer con el padre Casimiro, fué tambien uno de los que, llena la cabeza de ilusiones, se arrojó al campo, corriendo entusiasmado á unirse á las partidas.

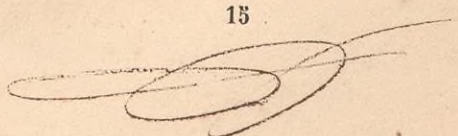
Seguro de que á su familia no había de faltarle nada mientras el padre Casimiro viviese, no pensó más que en equiparse bien, creyendo que, al ponerse en campaña, no iba á quedar títere con cabeza.

—Adios, Andrea; hasta que se siente en el trono nuestro amado rey, que será bien pronto, no te volveré á ver. Padre Casimiro, cuide usted de ella, y diga usted á los amigos que *ya está Santiago á caballo* (1).

El entusiasmado zapatero se lanzó al campo, pero á los ocho dias ya se encontraba más que harto de aquella vida.

El pasar noches enteras sin dormir, sufriendo el frio y la lluvia á campo raso, se le hacía insoportable. El no comer muchas veces más que pan negro y algunas bellotas ó madroños sazonados con sendos tragos de agua, hacíasele mucho más insoportable todavía; tanto más, que mientras él se encontraba sufriendo estas privaciones, veníansele á la memoria la encendida chimenea, la

(1) Estas mismas frases las dijo, al marcharse á la faccion, una persona de Tolado, que no desnudó la espada en toda la guerra.



mullida cama y los sabrosos manjares y excelentes vinos de casa de fray Casimiro.

Los jarales y las breñas de los montes de Toledo le parecían horriblemente feos, y el silbido de las balas, que escuchó bien de cerca en la primera escaramuza á que estuvo presente, fué una música tan desagradable para sus oídos, que maldijo más de un millon de veces la hora en que, siguiendo los consejos de fray Casimiro, se incorporó á la faccion.

Más de una vez estuvo tentado á desertarse.

Pero esto ¿de qué le servía?

Encontrábase en un terreno que le era completamente desconocido.

Además, la guerra hacíase entonces sin cuartel, de modo que, separándose de la partida á que estaba incorporado, corría á una perdicion segura.

Exponíase á ser cogido y fusilado inmediatamente.

Estas consideraciones le hicieron renunciar á su proyecto de fuga, obligándole á seguir haciendo un género de vida que le desesperaba.

Pero esto terminó pronto.

Un dia el capitan Perurena alcanzó con su compañía de cazadores á la partida en que iba nuestro zapatero. entre Marjaliza y Yébenes, y cargándola con decision, la puso en derrota, haciéndola seis prisioneros.

Uno de ellos era el marido de Andrea.

El capitan, siguiendo su costumbre, hizo que el cura del pueblo más inmediato los confesase, y sin más contemplaciones los fusiló.

Andrea quedó viuda.

Al saberse en Toledo esta noticia, la casa de fray Ca-

simiro vióse visitada por una multitud de personas, que afanábanse en prodigar á la viuda toda clase de consuelos.

Su marido había muerto defendiendo la santa causa del rey y de la religion, y esto, en una poblacion como era Toledo en aquella época, colocaba á la viuda á una altura tal, que la hacía ser admirada de todos.

—No se desconsuele usted, hija, no se desconsuele usted,—la decía doña Canuta, doncella fiambre de sesenta Eneros, arrugada como una pasa, murmuradora más que cien arroyos unidos, fanática más que todos los fanáticos juntos; que creía tener el pié derecho puesto ya en los umbrales del cielo, cuando, por su hipocresía, la estaban ya esperando con la mayor impaciencia en el infierno;—no se desconsuele usted, que si ha muerto, ha muerto como bueno, defendiendo la santa causa de la religion. Dios habrá ya recompensado su noble sacrificio, y el rey nuestro señor, cuando venga, que, segun se asegura, será ántes de quince días, no dejará tampoco de premiar en usted los eminentes servicios de su heróico esposo.

Pero como el rey no vino; como la guerra civil acabó, y D. Carlos y sus secuaces tuvieron que repasar la frontera rotos y vencidos, Andrea no recibió la recompensa que la beata la ofreciera.

Los carlistas de Toledo quedáronse entonces, como se han quedado hoy y se quedarán mañana, con los deseos de ver ceñirse la corona de España á su soñado rey.

Sus esperanzas se marchitaron; pero el fuego de su decision por aquella causa no se apagó nunca.

Es necesario hacerles esa justicia.

Los secuaces del absolutismo fueron vencidos; pero como merced á la política de los moderados, la guerra civil se pudo comparar á una gran batalla ganada por el partido liberal, pero de la que consiguieron todo el botín los reaccionarios, el padre Casimiro, á pesar de lo que trabajó y conspiró en contra de la reina, fué nombrado por ésta, á los pocos años de sentarse en el trono, canónigo doctoral de Toledo.

Diez años despues, fray Casimiro fué elevado, desde su puesto de canónigo, al Tribunal de la Rota, pasando, por lo tanto, á vivir desde Toledo á Madrid.

Las distinciones y los beneficios que recibiera de manos de la reina no fueron nunca bastantes á hacerle desistir de sus opiniones carlistas.

Fray Casimiro, como la mayor parte del clero, explotaba al Gobierno constitucional, engordaba y se enriquecía á su sombra; pero conspiraba sin descanso por derribarle.

Con este motivo, así que se estableció en Madrid, su primer cuidado fué ponerse en contacto con los parciales de la familia real proscrita, y esta fué la causa de que hiciese amistad con nuestro antiguo conocido D. Calixto Herreros, que era uno de los más activos agentes del bando apostólico.

D. Calixto, cuya refinada hipocresía conocen ya nuestros lectores, llegó á captarse tan por completo el aprecio del antiguo franciscano, que su amistad se estrechó de la manera más íntima.

Andrea, que merced á la vida regalona y cómoda que llevaba hacia ya muchos años, había engordado desmesuradamente, empezó á mirar tambien con tan marcada

predileccion á el amigo de su amo, que llegó un dia en que éste se hizo cargo de la predileccion, y hubo en la casa un escándalo mayúsculo.

La antigua lavandera puso al fraile como ropa de Pascua.

El fraile la puso á ella como ropa de fiesta, y de aquí vino un rompimiento que acabó con la buena amistad que entre fray Casimiro y Andrea existía hacia ya tantos años.

La mujer del antiguo voluntario realista, muerto en el campo del honor, recogió sus ropas y sus alhajas y se fué desde la casa de fray Casimiro á la de don Calisto.

Este la recibió con los brazos abiertos; y aquél, que ya tenía otra hija de confesion, más jóven y ménos regañona que Andrea, la vió marchar con la mayor indiferencia diciendo:

—¡Cómo no teniamos hecha ninguna escritural!

La buena amistad que mediaba entre el religioso y el usurero no se entibió en lo más mínimo por este incidente.

Para fray Casimiro, su amigo hasta le habia hecho un gran favor.

Andrea, como todo lo nuevo place, encontrábase contenta con el cambio de vida.

Calisto encontrábase tambien satisfecho; de manera que á partes contentas, no hay juez quereloso.

Los años pasaron, y Andrea que acabó por ser en casa de don Calisto, lo que era en la de fray Casimiro, esto es, el ama absoluta, encontróse un dia con un terrible desengaño.

Su amo la confesó que estaba perdidamente enamorado de Luisa.

Que estaba decidido á traerla á vivir á su casa, y que ella era la persona destinada para vencer los escrúpulos, las dificultades que la viuda de Frasquito opusiera á la realizacion de este deseo.

Lo que pasó en el interior de Andrea al oír de labios de su amo esta confesion fué horrible.

La rabia, los celos, la desesperacion la ahogaron.

Rabió, pateó, maldijo, lloro, suplicó, pero todo en vano.

Don Calisto no era hombre que variaba de pensamiento por tan poca cosa.

—No te sofoques, Andrea,—la dijo con su calma habitual;—tú seguirás siendo el ama de esta casa.

A tí no te faltará nada mientras yo viva, y aunque muera, yo cuidaré de asegurar tu bienestar.

Pero no te opongas á mis deseos, porque si te opones seré capaz de plantarte de un bracito en la calle, y considera, hijamía, que no te hallas en edad de encontrar, si sales de esta casa, una colocacion como la que encontraste al salir de la de fray Casimiro.

Tú no sirves ya para hacer de primera dama, con que hijamía, resignate á ser característica.

Andrea se sintió aplanada ante la terrible verdad que encerraban las palabras de su amo.

Encontrábase vieja y acostumbrada á no trabajar, y estas consideraciones la hicieron doblegarse ante la fuerza de las ciscunstancias.

Esta fué, pues, la persona que colocó don Calisto desde los primeros dias cerca de Luisa, con el pretexto de asistirla y cuidarla.

Por este medio, el astuto usurero estaba al corriente hasta de lo que pensaba la viuda de Frasquito.

Cuando ésta se encontró restablecida de su alumbramiento, Andrea empezó, siguiendo las instrucciones de su amo, á disponer el ánimo de Luisa para que accediese á los deseos de don Calisto.

No desperdiciaba ocasion de encomiar sus bondades, los favores que continuamente de él se recibían, y sobre todo, las riquezas de que era dueño.

Luisa, que era buena y agradecida, escuchaba con gusto las alabanzas que de don Calisto hacía Andrea, y mostraba su reconocimiento hácia aquel hombre que á su modo de ver tan desinteresadamente la protegía.

Pero el tiempo pasaba, y como las insinuaciones de Andrea no diesen más resultado que la gratitud de Luisa, la viuda del zapatero recibió orden terminante de poner al corriente á la jóven de los deseos y aspiraciones de don Calisto.

Andrea cumplió exactamente lo que se la mandaba.

Pero á pesar de la habilidad con que desempeñó su comision, á pesar de los rodeos y de las buenas formas con que engalanó su discurso, Luisa comprendió en todo su verdadero valor la refinada perfidia que encerraba en sus acciones don Calisto.

Conoció el móvil, el interés que le guiaba á mostrarse tan resueltamente protector suyo, y al conocerlo tembló, porque se hallaba convencida de la tenacidad de aquel hombre.

Le había oido decir muchas veces que para conseguir algo era preciso irse al fin sin reparar en los medios, y

temió por sí y temió por su hija, si resueltamente rechazaba las pretensiones de D. Calixto.

Convencida de esto, no pensó más que en engañar á Andrea, á fin de ganar tiempo y pensar con madurez qué partido la convenía seguir.

Fija en este pensamiento, aparentó acoger con gusto las indicaciones que se la acababan de hacer, y ofreció á el ama de gobierno que al dia siguiente daría una respuesta definitiva.

Andrea comunicó á su señor el resultado de su mensaje.

D. Calixto se estremeció de gozo, creyendo que el asunto era cosa resuelta, figurándose que sus ilusiones iban á verse realizadas.

Y Luisa, retirada en su habitacion, meditaba la manera de conjurar el peligro que la amenazaba.

Cuando D. Calixto salió de la casa, muriéndose de impaciencia porque llegara el siguiente dia; cuando Andrea se hubo recogido, y cuando todos, en fin, descansaban, Luisa, que ya había formado su resolucion, recogió parte de su ropa y sus alhajas, y tomando en sus brazos á su inocente hija, salió de la casa sin ser sentida de nadie.

Su pensamiento era ocultarse en una habitacion modesta, en un barrio retirado, haciendo de esta manera que D. Calixto perdiera su pista.

Al dia siguiente, aquella casa tan tranquila se convirtió en un infierno.

D. Calixto había acudido bien temprano á saber la

respuesta de Luisa, y al enterarse de su desaparicion su ira no tuvo límites.

Cualquiera de sus amigos que le viera en aquel momento le desconocería de seguro.

La sangre fria, la calma y el aplomo, que constituían las prendas más culminantes de su carácter, habían cedido su puesto á la violencia, á la desesperacion más espantosas; y aquel hombre, que tenía siempre las apariencias de un cordero, veíase ahora trasformado en un tigre rabioso.

En cualquiera edad un desengaño es siempre doloroso; pero en el otoño de la vida es terrible, es desespedador.

Esto le había sucedido á D. Calixto.

Así que, ciego, loco, desesperado, maldecía su mala fortuna, llegando hasta el extremo de levantar la mano á Andrea, á cuya falta de vigilancia echaba la culpa de todo.

CAPÍTULO XXV.

La celada.

Mientras D. Calixto se entregaba á los mayores transportes de desesperacion, afanándose en vano por conocer el paradero de Luisa, veamos nosotros qué había hecho y á dónde se había ocultado, á fin de ponerse á cubierto de la persecucion del apasionado prestamista.

Fija Luisa en la idea de huir de aquel hombre, á quien odiaba desde el momento que conoció sus intencionadas miras, instalóse en un cuarto 4.º en el barrio de Salamanca.

Allí, cuidando de su hija y sin salir á la calle sino para las cosas más precisas, vivió algunos meses disfrutando una paz inalterable.

Pero como la desgracia, cuando se propone seguir á una persona, es tenáz hasta la exajeracion, Luisa vióse bien pronto amenazada de un nuevo peligro.

Los recursos la iban faltando.

El poco dinero que llevaba consigo se habia concluido, y tuvo que empezar á vender sus alhajas á fin de sostenerse con su producto.

La portera de la casa, que desde el primer dia se habia mostrado la mujer más complaciente del mundo, y que subia de continuo á ofrecerse á Luisa, fué comisionada por ésta para empeñar sus pocas alhajas, y la señora Gumersinda, este era su nombre, que era curiosa y habladora, como casi todas las del gremio, llegó á ser la persona de confianza de la Estrella de Lavapiés.

Esta confianza fué á muy poco tiempo el principio de una nueva série de desventuras.

Un dia entregó Luisa á la portera un anillo que usaba el difunto Frasquito para que lo llevase á una casa de empeño, y la fatalidad hizo que la Gumersinda, que tenía que ver á una paisana en la calle de la Cabeza, se presentase á empeñar la alhaja en el establecimiento de D. Calixto.

Ver nuestro hombre el anillo y conocer su procedencia, fué una misma cosa; como que la tal sortija era uno de los varios regalos que él hiciera á su ahijado.

Pero disimuló su emocion, y dando á la portera la cantidad que deseaba, la dejó marchar, saliendo inmediatamente en su seguimiento, hasta que supo dónde habitaba.

Desde entonces espíó cuidadosa y asiduamente la casa, hasta que una noche consiguió ver entrar en ella á Luisa.

La jóven volvía de ver si en algun establecimiento de ropa blanca la proporcionaban trabajo.

—Ya sé en parte lo que deseaba: pronto estaré al corriente de todo,—dijo para sí D. Calixto; y así que vió perderse á la jóven por la escalera, se dirigió á la portera, y encarándose con la Gumersinda, la puso un duro en la mano, diciéndola:

—Tengo interés en saber quién es esa chica que acaba de pasar.

El dinero tiene la facultad de hacer hablar á las mismas piedras, con que figúrense nuestros lectores qué influencia no ejercería sobre una portera tan habladora y charlatana de suyo.

Supo que Luisa vivía sola con su hija en el cuarto piso de aquella casa.

Que nadie venía á verla, y que se pasaba las semanas enteras sin salir á la calle; y, por último, que su situación pecuniaria se agravaba de dia en dia.

Sonrióse de satisfacción D. Calixto al conocer estos detalles, alentando la esperanza de que el hambre arrojaría en sus brazos á aquella mujer, á quien tanto deseaba.

—La miseria,—decía para sí el usurero,—es compañera inseparable del vicio. Una mujer jóven, hermosa y pobre es una conquista sumamente fácil. Ella rechazó mis proposiciones, porque no se había sentido herida por el hambre; pero ahora es casi seguro que obrará de distinto modo que obró. Tengamos un poco de calma; dejémosla que se sienta acosada por las privaciones, y entonces, acudiendo oportunamente, el triunfo es seguro.

Así pensaba D. Calixto, sin comprender que existen almas honradas y buenas, capaces de sufrir hasta el sacrificio ántes que apartarse de la senda del deber.

Pero, juzgando por su corazón el de los demás, y fijo en la idea de hacer suya á Luisa, encargó á la portera que le preparase el terreno, y se despidió de ella, entregándola una moneda de cinco duros.

Los ojos de la señora Gumersinda quisieron hasta salirse de las órbitas á la vista del centen, y calculando por el producto de aquella primera entrevista, lo que llegaría á ganar si D. Calixto conseguía su intento, no pensó en otra cosa que en poner de su parte cuanto fuera posible á fin de que se realizara.

Fija en esta idea, empezó al día siguiente á insinuar á Luisa las pretensiones del usurero, encomiando sus prendas personales, y pintando con los colores más vivos la conveniencia de corresponder á una persona tan formal, y sobre todo, tan rica como el enamorado pretendiente.

Luisa se estremeció al escuchar las primeras insinuaciones de la portera; recordaba que de un modo parecido la anunció en otra ocasión la señora Andrea las pretensiones de D. Calixto, y vió en la actitud de Gumersinda un nuevo peligro para su tranquilidad y para su honra.

Pero como su posición era distinta, como ahora no se encontraba á merced del hombre que la pretendía, el riesgo no era tan inminente como éntonces, de manera que Luisa creyó conjurado el peligro con despedir ágríamente á la portera, y no volver á valerle de ella para nada.

La señora Gumersinda salió de la habitación de la jó-

ven con las orejas calientes, como vulgarmente se dice, y se recogió á su biombo porteril, asombrada de que hubiese mujeres tan tontas, que desperdiciasen ocasiones tan ventajosas como la que Luisa acababa de desperdiciar.

Quando pasados algunos dias volvió don Calisto á ver á la portera y esta le refirió lo que con Luisa la había sucedido, exclamó con desesperacion:

—Esa chica me desprecia ahora tambien, pues entonces no me queda duda de que tiene alguien que la sostenga, de que hay alguno más afortunado que yo que ha conseguido interesarla.

—No señor, no,—replicó la Gumersinda, temiendo que se desanimara nuestro héroe.

—No viene nadie á verla, y ella no sale más que muy de mañana á comprar los comestibles que necesita.

Si la visitase alguien, entonces yo no me asombraría de que no aceptase los ofrecimientos de usted.

Pero yo que sé como se encuentra.

Yo que he llevado á empeñar cuanto tenía de algun valor, y que conozco mejor que nadie su estado, me hago cruces de su negativa.

Ella no trabaja, por que no encuentra dónde.

No tiene ya que empeñar, ni que vender.

A ella nadie la visita, por que yo, que estoy aquí todo el día, no veo subir á nadie á su cuarto; de manera que no sé cómo se va arreglar para sostenerse.

No hay remedio, ó esa mujer tiene que tomar una determinacion que la proporcione recursos, ó tiene que dejarse morir de hambre.

—Si la situacion de esa jóven es tal como usted la pin-

ta, no la queda más que optar por uno de esos dos medios, y bien claramente veo cuál de los dos elegirá.

Ya verá usted como no se decide á morir de hambre.

Cuando llegue ese caso, es preciso que usted aproveche la ocasion y sepa sacar partido de ella.

No se detenga usted por nada: ofrezca usted cuanto dinero quiera, en la seguridad de que yo no reparo nunca en lo que me cuestan las cosas, cuando consigo satisfacer mi deseo.

Mientras ese momento llega, no deje usted un instante de vigilar á esa chica, no pierda usted ni uno de sus pasos.

—No tenga usted cuidado, señorito, que ya sabrá hasta lo que piense esa jóven.

¡Cabalmente para estas cosas me pinto yo sola!

Desde hoy no moverá un pié sin que yo tenga conocimiento de ello.

—Bueno; cumpla usted exactamente mis instrucciones, en la seguridad de que yo recompensaré con largueza sus servicios.

Y D. Calixto, poniendo un nuevo centen en manos de la portera, se alejó, seguro de conseguir su objeto más pronto ó más tarde.

Desde aquel instante Luisa no dió un paso fuera de su casa sin ser espiada.

La señora Gumersinda se convirtió en su sombra.

Pero esta asiduidad en conocer cuanto la jóven hacía proporcionaba de continuo malísimos ratos á la codiciosa portera.

El momento en que Luisa se viese estrechada por la necesidad, no sólo no llegaba, sino que cada dia su situacion iba siendo ménos precaria.

La jóven, conociendo la necesidad en que debía verse cuando los recursos la faltasen por completo, había buscado trabajo, y como la Providencia no abandona nunca á los que son honrados, había visto satisfechos sus deseos, recibiendo cortado de una de las camiserías más elegantes de la córte.

El esmero con que hizo las primeras piezas que se la entregaron la granjeó el aprecio del dueño del establecimiento, de tal modo, que empezó á distinguirla, encargándola siempre las obras de más interés y cuidado.

Con este motivo la situacion de Luisa varió, y tranquila ya, viendo asegurada su subsistencia y la de su querida hija, no pensó más que en trabajar cada vez con más esmero.

Los dias pasaron, y la señora Gumersinda iba perdiendo la esperanza de rendir por el hambre la virtud de aquella desgraciada criatura.

Pero como no quería perder la utilidad que las visitas del usurero le reportaban, fué entreteniendo á éste por algun tiempo, alentando sus deseos y conservando vivas sus esperanzas.

Pero el antiguo policía era sobrado sagáz para ser juguete por mucho tiempo de la codicia de aquella mujer, así que que cerró de una vez su bolsa, diciéndola:

—Si no hace usted que mis deseos se cumplan, pero muy en breve, me convenzo de que no sirve usted para el paso y concluye usted para mí.

—Bueno, señor,—exclamó Gumersinda, á quien el miedo de perder la recompensa ofrecida la sujirió una idea diabólica,—ayúdeme usted, y esa jóven será suya mañana mismo.

—Cuenta conmigo para todo;—replicó D. Calixto alentado por el arranque de la portera.

—Bueno; pues pase usted aquí dentro y le diré lo que debemos hacer para conseguir el resultado que deseamos.

D. Calixto penetró en el cuchitril de Gumersinda, y media hora despues se despedía diciéndola:

—Pierde cuidado, que haré que todo se practique segun tus indicaciones; y lanzándose á la calle dirigióse á su casa, diciendo para sí:

Lo que no se le ocurre á una mujer no se le ocurre á nadie. Por supuesto que la tal porterita no es esta la primera liebre que ha desollado.

Al día siguiente de esta escena encontrábase Luisa en su modesta vivienda, cosiendo con afan para terminar una chambrá que debía entregar precisamente al oscurecer de aquel día.

Nada más poético, nada más encantador que aquella hermosa jóven trabajando al lado de la cuna donde dormía su inocente hija.

Cosía con un afan febril, cuando el sonido de la campanilla vino á interrumpir su trabajo.

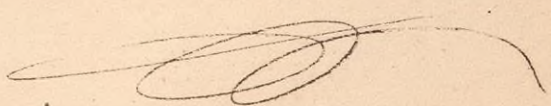
—¿Quién es?—preguntó, acudiendo á la rejilla de la puerta.

—Doña Luisa Ibañez, ¿vive aquí?—exclamó un lacayo, mostrando una carta que traía en la mano.

—Aquí vive,—replicó Luisa.

—Esta carta de parte de mi señora la condesa; y el lacayo, poniéndola en manos de la jóven, partió despues de saludar atentamente.

La carta encontrábase firmada por la condesa del Pomerál, y en ella se manifestaba á Luisa que, teniendo ne-



cesidad de hacer el *trousseau* para una de sus niñas, tuviese la bondad de pasarse por su casa, á las doce del día siguiente, á fin de que se encargase de la compra de telas y confeccion de las prendas que se deseaban.

La jóven leyó varias veces las señas de la casa de la condesa, y guardó la carta llena de alegría.

No había oído nunca semejante título, pero se figuró que sería alguna parroquiana del establecimiento para donde ella trabajaba, y que, sabiendo el esmero con que lo hacía, la buscaba para encargarla aquella obra.

Era la primera que iba á hacer por su cuenta, y podía prometerse una regular ganancia.

A las once y media del día siguiente, Luisa salió de su casa.

La señora Gumersinda, al verla pasar, sonrió maliciosamente, diciendo para sus adentros:

—Se tragó el anzuelo.

Sigamos á la jóven y de ese modo sabremos bien pronto lo que significaban las palabras de la portera.

Media hora despues, Luisa penetraba en el portal de la casa núm. 15 de la calle de...

Allí vivía la condesa del Pomerai, segun se aseguraba en la carta que ya conocemos.

La jóven llegó al principal, y al ir á poner la mano en el tirador de la campanilla, la puerta del cuarto se abrió sin hacer el menor ruido y una mujer anciana apareciendo en el dintel, exclamó sonriendo:

—Pase usted, señorita, pase usted, que ya hace un rato que la esperan.

Luisa, sin recelar nada, repasó los umbrales, cruzó un largo pasillo, penetrando despues en una sala amueblada con lujo.

Una oscuridad casi completa reinaba en aquella estancia, cuyos balcones, no sólo tenían casi cerradas por completo las persianas, si no que de gruesos bastones de caoba, pendían hasta el suelo grandes colgaduras de damasco carmesí, que impedían que la luz penetrase en aquel recinto.

El vicio es siempre amigo inseparable de las tinieblas; y aquella casa era una de las muchas que por desgracia existen en todas las grandes capitales, y donde ninguna mujer puede penetrar sin que su honra quede hecha jirones.

A la pobre *Estrella de Lavapiés* se le había tendido un lazo infame; y ella inocente y confiada caía en él sin conocerlo. Cuando se entra de la calle á una habitacion donde hay poca luz, no se ve nada, y hasta que los ojos se acostumbran á aquella oscuridad ni aún las personas se distinguen.

Esto mismo sucedió á Luisa.

Por algunos momentos no vió nada, pero cuando su vista se fué haciendo á aquella luz, reparó que en la estancia había un hombre, cuyas facciones no la era posible distinguir.

Así es que sin sospechar nada le saludó, preguntándole despues:

—¿No está visible la señora condesa?

Don Calisto, pues él era la persona que tenia delante, lanzó una burlona carcajada, y tratando de apoderarse de una de las manos de la jóven, la dijo con él mayor cinismo del mundo:

—Hija mia, aquí no hay más condesa que tú.

Lo que pasó por el alma de Luisa al reconocer á su incansable perseguidor es imposible describirlo.

Conoció que había caído en una infame celada, comprendió á qué clase de casa se la había hecho venir, y aunque aturdida y anonadada por la sorpresa, no pensó mas que en huir de aquel sitio, cuya atmósfera la envenenaba.

Pero su intento fué inútil; pues al dirigirse hácia la puerta, don Calisto la cerró el paso y abriendo los brazos, la dijo:

—Es inútil que pretendas escapar; lo que es esta vez la jugada es mia.

Luisa retrocedió, sus grandes ojos azules despidieron relámpagos de cólera, y con la voz alterada y severa dijo:

—Caballero, déjeme usted salir.

Respete usted el dolor de una pobre madre á quien se ha engañado villanamente, trayéndola con pretexto de proporcionarla labor, á esta casa donde segun veo, no se puede permanecer sin que peligre la honra.

No quiera usted, aprovechándose de la situacion difícil en que las circunstancias me han colocado, abusar de las ventajas que le proporciona su sexo y hacer infeliz para siempre, á quien no le ha hecho daño alguno.

Sea usted generoso, sea usted caballero, y no consienta que se abuse de quien llena de la mejor buena fé, ha venido á esta casa engañada de la manera más inicua.

—¿Conque has venido á esta casa engañada?—Respondió el usurero con el mayor sarcasmo.—Pues, hija mia, la que pisa estos umbrales no puede ya retroceder: está juzgada.

Conque asi, deja los escrúpulos á un lado y resígnate; pues, francamente te digo, que ya que la casualidad te ha puesto en mi poder, no estoy dispuesto por nada del mundo á desaprovechar esta ocasion.

La fortuna es calva, y el que la tiene delante y no la pesca por los cabellos es un tonto de capirote.

Una chica tan encantadora como tú no se presenta todos los días, conque ya ves si yo debo renunciar á una felicidad que tanto he ansiado y que tantos disgustos me ha hecho sufrir

Y don Calisto, concluyendo de hablar, se dirigió hácia la jóven.

—¡Atrás, mal caballero!... ¡Infame!—exclamó Luisa rechazándole de una manera enérgica.

En uno de los movimientos que hizo para separar al usurero, su mano derecha tropezó con las tijeras de hacer labor que llevaba en uno de sus bolsillos.

Rápida como el relámpago arma con ellas su crispada diestra y con el valor y la rabia que presta la desesperacion, dirigió un terrible golpe al pecho de su enemigo.

Este trata de evitar el golpe retrocediendo apresuradamente; pero tropieza en una butaca, pierde el equilibrio, y queriendo apoyarse en una jardinera no consigue más que venir al suelo, arrastrándola en su caída, y hacer pedazos un gran relój y dos elegantes jarrones de porcelana que se encontraban colocados sobre el blanco mármol de la consola.

Al ruido acude toda alarmada la dueña de la casa, y Luisa, aprovechando aquel accidente corre hácia la puerta de la estancia y arrollando á la recién venida, cruza el oscuro pasillo, gana la escalera y se lanza á la calle con la rapidez del relámpago.

Cualquiera que viese á Luisa salir de la manera que salía de aquella casa, la hubiera creído loca; tal era el desórden y la alteracion que se pintaban en su rostro.

En aquel mismo día abandonó el barrio de Salamanca, cuidando de que la señora Gumersinda no supiese dónde se mudaba, pues Luisa sospechaba, y con razon, que la codiciosa portera había sido la causa principal del riesgo que había corrido.

CAPÍTULO XXVI.

El señor Manuel el Pasiego.

Quince días después de los anteriores sucesos la situación de Luisa empezó á hacerse muy precaria.

El disgusto y el sofoco que la accion infame de Don Calixto la causara, la acarreó un ataque á la cabeza que, degenerando en una afeccion á la vista, imposibilitó á la jóven de seguir haciendo labor.

Quando se depende sólo del producto del trabajo, y éste no da más que para cubrir las necesidades más precisas de la vida, una enfermedad es la mayor de las desgracias, pues la miseria tiende en seguida su descarnada mano sobre el infeliz colocado en tan desventurada posicion.

Esto fué, pues, lo que sucedió á Luisa.

En el momento que no pudo coser dejó de ganar, y

como el fruto de su trabajo no la había permitido hacer ahorros, vióse bien pronto sin recursos, sin tener siquiera con qué poder dar pan á su pobre hija.

Los esfuerzos que hizo la pobre jóven para conjurar aquella desgracia fueron incalculables.

Una y otra vez probó á trabajar, pero la irritacion de la vista era cada vez más grande, y sus tentativas fueron inútiles, dando sólo por resultado agravar más y más su padecimiento.

Llegó un dia en que Luisa se encontró casi completamente ciega.

El rayo más débil de luz hería de un modo tal sus pupilas, que, ni aún con gafas oscuras, podía soportar la claridad del dia.

La situacion no podía ser más terrible, y la pobre jóven, anegada en llanto y sumida en el mayor desconsuelo, yacía en el rincon más oscuro de su estancia, abrazando á su hija, esperando que el hambre y el dolor pudiesen término á su vida.

Así pasaron algunas horas sin que en aquella habitacion, envuelta en la oscuridad más completa, se escuchase otro ruido que los suspiros y sollozos de la pobre *Estrella de Lavapiés* y el llanto desgarrador de su hija.

La pobre criatura tenía hambre, y la desventurada madre, que no había tomado nada hacia más de veinticuatro horas, sentía, más que sus pesares, más que sus tormentos, los que veía sufrir á aquel pedazo de sus entrañas.

El abatimiento más grande se pintaba en el hermoso rostro de Luisa, reflejando claramente el estado terrible de su corazon.

La esperanza había desaparecido, y cuando la esperanza se pierde no se dista un paso del sepulcro.

De repente la pobre jóven exhaló una exclamacion

ahogada. Alzó su hermosa frente y su rostro, pálido como la cera, se coloró ligeramente.

Una idea salvadora había brotado en su imaginación.

—Pediré limosna, sí; pediré limosna;—exclamaba la pobre jóven.—Rogaré, suplicaré á todo el mundo, y de esa manera mi hija no se morirá de hambre. Duro, muy duro y muy doloroso es para mí este remedio; pero ¿acaso tengo otro? ¿Acaso, ciega como me encuentro, puedo intentar otra cosa? No: el pedir no deshonra. El sacrificio que me impongo es rudo, terrible; pero ¿qué no es capaz de hacer una madre tratándose de la vida de los hijos de sus entrañas? La divina Providencia me ha inspirado esta idea, y no debo desecharla. ¡Estoy resuelta, sí; estoy completamente decidida!

Así que se hizo de noche, nuestra pobre jóven, decidida á luchar hasta el último extremo, cubrióse con un manto, y tomando á su hija en los brazos lanzóse á la calle, segura de que Dios no la abandonaría.

La desgraciada *Estrella de Lavapiés* no se engañaba.

Largo tiempo vaciló hasta atreverse á dirigirse á los transeuntes; pero su inocente hija empezó á llorar de hambre, y Luisa, besándola de una manera febril, sin poder articular una frase, tendió la mano á un caballero que en aquel instante pasaba.

Dos cuartos cayeron en su mano.

Varias veces repitió su acción, obteniendo siempre un resultado favorable.

Luisa lloró de alegría y de agradecimiento. La esperanza, esa vírgen candorosa que, desde que abrimos los ojos á la luz nos sonríe y nos alienta, dulcificando los pesares de la vida, volvió á sonreír á la pobre jóven. Todas

las noches colocábase á la puerta del café de la Concepcion Jerónima, y así que reunía lo preciso para alimentarse, retirábase á su casa á dar gracias al cielo por los beneficios que la dispensaba, y á pedir además por las buenas almas que la socorrían.

Luisa creyó conjurado el peligro, y tranquila por la suerte de su hija, á quien, merced á la caridad pública, podría alimentar, sufría con resignacion cristiana las privaciones de su miserable estado.

Pero nuevos y más acerbos dolores la quedaban aún que sufrir.

Luisa había tenido hasta entonces la suerte de que la limosna le produjese para cubrir sus necesidades, pero llegó un dia en que este recurso se la negó.

Multitud de veces había estendido su mano, había expresado su deseo, y ni la limosna más pequeña había recibido.

No parecía más sino que el sagrado fuego de la caridad se había apagado aquélla noche en todos los corazones.

Luisa no acertaba á comprender lo que la pasaba.

No había contado con esta contrariedad, no comprendía que hubiese quien negase una limosna á la madre que pedía para alimentar á su hijo, y el desengaño era tanto más cruel cuanto más inesperado.

Las horas pasaron y la pobre jóven, aterida de frio y atormentada por el hambre, se retiró de la puerta del café con el corazon anegado de la pena más amarga.

La noche que pasó Luisa fué terrible.

Al lucir la mañana, en su pálido rostro se veían profundamente marcadas las señales del llanto y del insonnio.

El hambre la martirizaba de una manera horrible y

no pudiendo sufrir más salió de su casa resuelta á hacer el último esfuerzo.

Al verse en la calle sintióse morir de angustia.

Habia tenido valor para implorar la caridad, protegida por las sombras de la noche, pero al tenerlo que hacer á la luz del día, espuesta á todas las miradas y mostrando á los ojos del mundo sus andrajos y su miseria, la faltaba resolución, se sentía desfallecer.

Sin embargo, como sus circunstancias no podían ser más terribles, y el hambre es impaciente como el solo y atrevido como nadie, se decidió y empezó á pedir á cuantas personas encontraba al paso.

Deslumbrada por la luz del sol, que la molestaba mucho, á pesar de las gafas oscuras que aún no había podido abandonar, Luisa inclinaba la cabeza para evitar los reflejos, no cuidándose por lo tanto de conocer á las personas á quien pedía.

Un hombre como de cincuenta años, alto, robusto, moreno, con dos enormes patillas canas, que vestía sombrero ceniciento de fieltro, chaqueta de rizo, chaleco de terciopelo escocés, encima del cual ostentaba una faja de seda negra bordada de colores, completando su traje con un pantalon de punto de color de vino y unas botinas de charol con cañas azules cuajadas de respuntes blancos, avanzaba por la misma acera donde se había colocado Luisa.

—¡Una limosna, por el amor de Dios!—exclamó ésta al verle pasar por delante de sí.

Al oír aquella voz, nuestro hombre clavó sus negros ojos en la mendiga, y con un acento en que se revelaba una sorpresa extraordinaria, exclamó:

—¡*Estrella! ¡Estrella!* ¡Tú pidiendo limosna, hija mía! Luisa conoció entonces á aquel hombre y rompió á llorar.

—¡Tú, la viuda de mi querido Frasquito, pidiendo! No, no; eso no será mientras viva el *Pasiego*.

—¡Ay, señor Manuel!...—exclamó Luisa ahogada por los sollozos que le impedían hablar:

—No te apures, hija mía, no te apures que aquí estoy yo.

Vente, vente á mi casa, y no llores, que yo sé muy bien lo que tengo que hacer.

Y el *Pasiego*, seguido de Luisa, se alejó de aquel sitio.

El señor Manuel había sido picador de la cuadrilla de Frasquito, á quien quería con toda su alma.

Cuando éste murió, el *Pasiego*, (este era el sobrenombre porque se le conocía) se cortó la coleta y con los ahorros que tenía estableció una taberna en la calle de Embajadores.

La fortuna le favoreció, y el ex-picador hacía tres meses, en el momento que le presentamos á nuestros lectores, que unido á un sócio había tomado el café de San Fernando.

Por este motivo, Luisa, á quien los médicos prohibieron dedicarse á la costura hasta que desapareciera por completo la afeccion que padecía á la vista, agradecida á los singulares beneficios que recibió de aquel hombre, se prestó gustosa á cantar en el café, poseyendo, como poseía, una voz excelente.

La pobre jóven pagaba de la única manera que podía lo mucho que el *Pasiego* había hecho por ella.

CAPÍTULO XXVII.

El manuscrito del usurero.—Los tomadores de relojes.—Las tomadoras.—Los del tope.—Los de la fuerza.—Los del gancho.—La ran-cha.—La pelota.

Todo le había salido á Quintana del modo y manera que se lo anunció el prestamista.

Vió á la Aguedita; púsose, con la mayor facilidad, en inteligencia con ella; visitó repetidas veces su casa, y con asombro del jefe de Orden público y de los demás jefes de policía, empezó á prestar un cúmulo tal de servicios, que llamando bien pronto la atención del Gobernador hácia nuestro jóven, le nombró inspector especial á sus órdenes.

Desde la fecha de este nombramiento, Quintana hizo prodigios, y su nombre, repetido todos los dias por la prensa periódica, llegó bien pronto á ser el terror de los

cacos y la envidia de sus compañeros de profesion, que no podían darse cuenta de cómo un hombre recién venido á la Córte llevaba á cabo tan importantes servicios

El manuscrito del usurero le había sido de gran utilidad; pues además de facilitarle el conocimiento de la inmensa mayoría de la gente de mal vivir, se hallaban en él consignados interesantísimos datos, referentes á las costumbres, mañas y modo de ser de los aficionados á lo ageno.

Como en nuestra calidad de novelistas tenemos poder para conocer todo cuanto se refiera á nuestros personajes, vamos á copiar á continuacion algunos de los párrafos del mencionado manuscrito.

«Conviene tener presente que los puntos elegidos por »los tomadores de relojes, como más á propósito para ejercer su industria, á consecuencia sin duda de la aglomeracion de transeuntes, son los siguientes:

»Calle de Carretas, desde la puerta del Sol hasta el »teatro de la Infantil, siendo la entrada de éste, los buzones de Correos y la puerta del depósito de objetos timbrados, los sitios más peligrosos.

»La acera de la puerta del Sol, desde la farmacia de »Borrell hasta la calle del Principe; la de la calle de Alcalá, desde el café Imperial hasta el callejon de Sevilla, y »desde la esquina de la calle del Cármen hasta la entrada »en la de la Montera y subida á la red de San Luis; *«siendo la puerta de la iglesia de este nombre y los escaparates de Matias Lopez los sitios de más esposicion.»*

»Recientemente han elegido tambien los tomadores »los coches del tramvía, con especialidad en los momentos de subir ó bajar los pasajeros en la puerta del Sol,

»enfrente de la calle de Sevilla y junto á la fuente de
»Cibeles.

»Los tomadores van siempre por parejas, y el que es-
»camotea el relój lo entrega inmediatamente al compañe-
»ro para que lo ponga en salvo; de manera que si el roba-
»do se apercibe y prenden al autor del delito, la prenda no
»pueda ser hallada.

»El tomador ejerce por lo comun su industria con la
»mano derecha, y encerrando el relój en la palma da gar-
»rote á la anilla ó argolla con los dedos pulgar é índice,
»haciendo saltar el pasador y dejando por lo tanto á la
»persona robada con la leontina ó cadena colgando.

»La mejor precaucion que puede adoptarse para que
»no le escamoteen á uno el relój, es llevar el chaleco bien
»apretado, de modo que no sea posible estraer nada de
»los bolsillos sin que se sienta.

»El abrocharse las levitas y los abrigos, ó el ir embo-
»zado en la capa, no es obstáculo insuperable para los to-
»madores, pues tienen una prodigiosa facilidad para des-
»abrochar esta clase de prendas (1). Así, pues, lo más
»seguro, en los momentos de aperturas, es ponerse á ju-
»gar con la mano izquierda con los diges ó cadena, de
»este modo se indica á los tomadores que va uno pre-
»venido y no hay cuidado que se atrevan á asaltarle.

»Entre los tomadores de bolsillos y porta-monedas,
»figuran ventajosamente algunas mujeres, sobresaliendo
»entre ellas las llamadas *Alicantina* y *Manitas de oro*,
»que dirigen siempre sus golpes sobre las señoras y los
»ancianos, tomando como principales teatros de sus fe-
»chorías las iglesias, los mercados y los grupos que se

(1) A un amigo del autor de este libro le robaron el relój á la salida del circo de Paul, llevando el levita y carrik abrochados.

»forman alrededor de los sacamuelas, jugadores de ma-
»nos, titiriteros ambulantes, ciegos y murguistas.

»Para ejercer su industria sobre las señoras, se valen
»de unas afiladas tijeras, con las cuales, despues de le-
»vantar los vestidos por la parte donde está el bolsillo,
»cortan éste, y si el porta-monedas no cae al suelo in-
»truducen la mano por la abertura practicada y se pode-
»ran de él.

»Para evitar esto, deben las señoras llevar los porta-
»monedas en la mano, en el manguito, ó en el pecho.

»De la mayor parte de los robos que en Madrid se
»cometen dentro de las habitaciones, tienen la culpa los
»dueños ó inquilinos, por su abandono y su falta de pre-
»caucion.

»Casa abandonada casa robada, dice un adagio vul-
»gar; y en la Côte esto es tan cierto que está probado que
»de cien robos que ocurran, más de los noventa y cinco
»se cometen en casas cuyos habitantes tienen la costum-
»bre de dejarlas solas á determinadas horas del dia ó de la
»noche, proporcionando así á los del *tope* (1) y á los de la
»*fuerza* (2) ocasion á propósito para llevar á cabo sus ma-
«las artes.

(1) Los del *tope* son los que llaman á las puertas de los cuar-
tos cuando creen que las casas estan solas, si los responden pre-
guntan por ellos mismos y si no responde nadie abren las puer-
tas empleando las ganzuas.

(2) Los de la *fuerza* son los que emplean la palanqueta de
hierro ó el formon para descerrarajar los muebles y baules.

» Los cacos rara vez se aventuran á asaltar una casa
» sin haber estudiado ántes detenidamente las costumbres
» de sus habitantes, valiéndose para ello de cómplices dis-
» frazados de areneros, traperos, criadas que buscan aco-
» modo y hasta de supuestos ciegos que, con pretexto de
» vender periódicos ó billetes de rifas, se estacionan en el
» punto que les conviene para observar á su sabor lo que
» desean.

» Cuidese, pues, siempre, de no dejar las casas solas, y
» de advertir á las criadas que no abran en ausencia de los
» amos si no á personas muy conocidas; pues muchas
» veces los amigos de lo ageno se presentan pretestando
» que traen regalos y hasta dinero á fin de que se les fran-
» quee la entrada.

» Los cuartos bajos son, indudablemente, los que más
» campo ofrecen á las malas artes de los discípulos de Ca-
» co; que como es sabido, utilizan las alcantarillas para
» desde allí abrirse paso á las habitaciones escalando por
» los acometimiento de las casas.

» El alcantarillado de Madrid se compone de quince
» cuencas grandes y una pequeña, que es la de la Plaza
» de Afligidos, con una extension de 99 kilómetros próxi-
» mamente.

» Para su vigilaneia existen seis cuadrillas de siete
» hombres cada una, armados todos de daga y reвольver,
» de manera, que aunque prestasen el servicio todos en un
» turno y vigilasen sin momento de descanso, cosa tan
» imposible como absurda, tendría que recorrer cada cua-
» drilla algo más de 16 kilómetros diarios de alcantarilla
» general.

» Esta sola consideracion basta para conocer que el
» servicio subterráneo de vigilancia no puede ser eficaz
» con los elementos que para él tiene destinados el muni-
» cipio; y si á esto se une que de cada casa parte un

»acometimiento ó tarjea á la alcantarilla central, acometimientos que son siempre los puntos desde donde empiezan los ladrones sus escalos, y que si tuviera que registrarlos la ronda sería su servicio muchísimo más lento y penoso que lo que llevamos expuesto, se comprenderá hasta la saciedad lo cierto de nuestras aseveraciones. Conociendo, pues, como conocen los minadores los defectos de que adolece el cuerpo encargado de su persecucion, se aprovechan de ellos á las mil maravillas y preparan y realizan los robos subterráneos con la precision, facilidad y frecuencia que vemos todos los dias.

»Los cuartos bajos están tambien espuestos á los ataques de los del *gancho*, (1) la *pelota* (2) y la *rancha* ó *ronda volante*; así que es muy bueno que las rejas tengan persianas de librillo, y que se ponga cuidado al abrir las vidrieras para ventilar las habitaciones, especialmente en las noches de verano, de no dejar ropas sobre los muebles, pues de esa manera se evitará que los cacos puedan hacer de las suyas.

»Póngase tambien especial cuidado por los dueños de casas al admitir criados, tanto de un sexo como de otro, de que estos tengan quien informe de ellos y su cartilla y documentacion corrientes, pues de esa manera se evitarán muchos disgustos y muchos robos.

»Conociendo, como deben conocer, los agentes de la autoridad á los más renombrados discípulos de Caco, hay

(1) Los del *gancho* son los que, llevándole puesto en un palo, se dedican á sacar por este medio ropa de los cuartos bajos.

(2) La *pelota* es el mismo robo, pero hecho con una pelota llena de anzuelos y sujeta á una cuerda.



»un medio para descubrir los robos, siempre que estos sean
»hechos por ladrones ó tomadores de profesion; pues es
»sabido que es casi imposible dar con la pista, cuando el
»hecho se comete por una persona nueva en el oficio, y so-
»bre la cual no recaen las sospechas de la autoridad ni se
»la mira con prevencion. Ese medio ha sido el de transigir
»de cierto modo con los ladrones. Don Francisco el *Chico*
»y cuantos policías han alcanzado alguna fama en este
»país no han hecho otra cosa.

»Si han hecho parecer algunos de los objetos robados
»ha sido por este medio, vergonzoso y depresivo en estre-
»mo para las autoridades, y ante el cual se sublevan todas
»las conciencias honradas. En época reciente parece que
»tambien se ha apelado á ese sistema en algunas ocasio-
»nes, con especialidad para rescatar algunos relojes; pero
»los tomadores, que no se encontraban por su gusto en
»contacto con las autoridades, como en otro tiempo, y que
»solo obedecían á la fuerza de las circunstancias y al te-
»mor de lo que pudiera sobrevenirles, salían del paso re-
»mitiendo bajo un sobre las papeletas de empeño de los
»relojes que se les exijían, y no han faltado ocasiones en
»que se contentaban con indicar las señas de la taberna ó
»figon donde habían empeñado en pago de alguna meren-
»dona las referidas papeletas, así que, merced á estas cir-
»cunstancias, puede asegurarse, sin temor á ser desmenti-
»dos, que raras veces se ha recuperado un reló sin que le
»cueste á su dueño la cantidad en que los cacos le empe-
»ñaron.»

Otros muchos párrafos podríamos copiar del curioso
manuscrito, pero nuestro libro vá tocando á su término
y tememos que nos falte espacio para el desenlace: así,
pues, cerramos el cuaderno del antiguo policia y abrimos
el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVIII.

Un encuentro inesperado.

Dejamos, pues, á don José Aguirre en el momento que, perdidas las esperanzas de encontrar á su hijo, regresaba á Cuba, á dar cuenta del resultado de la mision que sus principales le confiaron en la Península.

La rectitud de su conciencia y la honradez de su corazon, sublevábanse contra la conducta de su hijo, que no habia dudado en apelar á medios tan indignos y criminales como los puestos en práctica contra su enemigo Pagés.

—¿Qué culpa tiene esa pobre Clotilde de la infame accion que conmigo hizo su padre?

Es preciso, es necesario que yo remedie, en cuanto de mi dependa, el modo de proceder de mi hijo, pues él es

indudablemente quien ha perdido á Pagés arrancándole su dinero y su honra.

Don José, fijo en este pensamiento, formó el proyecto de velar por Clotilde y protegerla.

Durante su viaje entabló amistad con un caballero español tambien y residente en Cárdenas, donde tenia grandes propiedades; y el cual, ausente largos años de España, había vuelto á la madre patria con el fin de ver á su familia, y regresaba á Cuba sin haber conseguido su deseo, pues no había podido averiguar mas que su hermana, último vástago que de su familia quedaba, había muerto hacía ya algunos años.

Sin afecciones ya en España volvía á Cárdenas resuelto á terminar allí sus dias.

Una tarde fumaban nuestros dos viajeros en la toldilla del buque y entablaron el siguiente diálogo:

—¿Y ha estado usted mucho tiempo en España?—preguntaba don José.

—Dos meses escasos.

—¿Tiene usted allí su familia sin duda?

—No señor, desgraciadamente. Pensé que por lo ménos viviría mi hermana más pequeña; pero de lo que he podido averiguar, resulta que murió hace algunos años; y por más que he hecho no he conseguido saber el paradero de sus hijos. De manera que me vuelvo á la Habana con la casi seguridad de que me encuentro sólo en el mundo, y resuelto á acabar mis dias en aquella Antilla.

—Una cosa bastante parecida me sucede á mí. Yo tambien he buscado en vano á mi familia, y vuelvo á Cuba,

no con el propósito que usted, pero sí con la intención de no volver á España hasta que una posición desahogada me facilite los medios necesarios para dedicarme sola y exclusivamente á buscar al único hijo que me queda y cuyo paradero no he encontrado ahora.

—El descuido con que vivimos respecto de nuestras familias los que venimos en busca de fortuna á Cuba, el poco apego que sentimos por ellas, son la causa de que nos sucedan estas cosas.

Escribimos tarde ó nunca mientras somos jóvenes, la distancia, las ocupaciones y la pereza entibian nuestro cariño, y cuando ya en la edad madura volvemos la vista hácia nuestros deudos, el tiempo y los accidentes naturales de la vida han borrado muchas veces casi por completo sus huellas.

Culpa nuestra es en la mayor parte de los casos lo que nos sucede.

—Yo por mí,—replicó don José,—tengo la conciencia bien tranquila en ese punto.

Mi acendrado amor á la familia, no tan sólo no ha disminuido durante mi forzosa ausencia, si no que se ha aumentado de un modo tan escesivo, que él forma hoy la parte más esencial de mi ser.

Y que esto es así, lo comprenderá usted con solo que le diga que corriendo yo un riesgo y no pequeño si hubiera sido reconocido en Cádiz, donde residí muchos años ántes de abandonar á España, he vuelto á esa ciudad y hasta me he alojado en la misma calle donde viví con mi familia, y donde corrieron para mí los días más hermosos de mi existencia.

—Precisamente en Cádiz es donde ha vivido siempre mi hermana, hasta que una desgracia ocurrida á su esposo la obligó á dejar aquella ciudad, segun me decía en su última carta.

- ¿Una desgracia ocurrida á su esposo, dice usted?
- Sí, una estafa; un robo infame que le hizo un íntimo amigo.
- ¡Cielos!—exclamó don José de una manera indecible.
- Pero ¿qué tiene usted; acaso la conocía?...
- Es fácil,—replicó don José de un modo nervioso, se llamaba?...
- Isabel.
- ¿Albarrán?...
- ¡Oh, si señor!
- ¿Entonces usted es Luis?...
- ¿Sí, pero usted?...
- ¡Oh, yo soy un desdichado!... La víctima del robo que ocasionó mi perdicion, y la desgracia de mi pobre Isabel y de mis hijos.
- ¡Hermano mío!—exclamó Albarrán estrechando en sus brazos al esposo de su difunta hermana.

Este don Luis Albarrán era el tío de que habló Juan al *Dómine*, cuando en los primeros capítulos de este libro fué conducido á la cárcel, y que, como recordarán nuestros lectores, dijo que era su único pariente, pero que ignoraba su paradero.

Treinta años hacía que se encontraba ausente de España y no conocia al esposo de su hermana sino por cartas, como tampoco hubiera conocido á Isabel, aunque viviera, habiéndola dejado tan niña como la dejó al abandonar su patria.

—¡Alienta, Aguirre, alienta!—exclamó Albarrán pasa-

dos los primeros momentos y repuesto de la emocion; la Providencia nos ha reunido para que nos ayudemos y seamos ménos desgraciados que hasta aquí.

Entérame, pues, con detalles, de cuanto te ha sucedido, para que con conocimiento de causa pueda formar juicio cabal sobre tu situacion, y acordemos de consuno lo que más conviene hacer para que puedas volver á España tranquilo y honrado.

Don José enteró entonces á su hermano político de cuantos sucesos referentes á su vida conocen ya nuestros lectores.

—Nada más fácil que tu rehabilitacion, Pepe: todo se reduce á reintegrar á la Hacienda pública los dos mil duros que para salvar á tu ingrato amigo tomaste de la caja, y á que te indulten de la condena que te impusieron por las heridas que ocasionaste á Pagés y al dependiente de la autoridad que trató de cerrarte el paso.

Esto, yo te aseguro que lo conseguiremos fácilmente, pues cuento con medios é influencias bastantes, que pondré en juego así que llegue á Cuba.

No levantaremos mano hasta que todo quede resuelto á nuestra satisfaccion; y cuando esto suceda, volverás á España en busca de tu hijo, á quien es preciso encontrar á toda costa; de lo demás no te cuides, que yo te proporcionaré medios, más que sobrados, para que tu vejez se deslice tranquila y el porvenir de tu hijo esté seguro.

—¿Pero, y tú?

—Yo había formado mi resolucion de acabar mis dias en Cárdenas; creyéndome solo en el mundo; pero despues de nuestro encuentro me seria más grata la vida en España, pasando lo que me reste de vida al lado vuestro.

—¿Y quién puede impedirte que así lo hagas?

—Querido Pepe, es que yo tan poco puedo permanecer sin riesgo en mi amada patria.

¿Ignoras acaso el motivo que me obligó á abandonarla?

—Un duelo, segun me dijo Isabel.

—Sí; un duelo con el hombre que pasaba por mi más íntimo amigo, y á cuyo acto dió su familia las apariencias de un infame asesinato, emprendiendo contra mí la más violenta de las persecuciones.

—¡Los amigos!... ¡los amigos!...

—Si; los falsos amigos y la inexperiencia de la juventud son muchas veces la causa de las desgracias que nos agobian durante toda la vida.

La rectitud de mi corazon, las levantadas ideas que se albergaban en mi alma exhuberante entonces de fé y de generosidad, fueron los móviles que me lanzaron á obrar de la manera que lo hice, sacrificando mi porvenir, mi tranquilidad y hasta mi honra.

Con más experiencia ó más egoismo, hubiera lamentado la inícua accion cometida por mi amigo; pero no me hubiera arrojado á castigarla, convirtiéndome en una especie de D. Quijote.

—Desearía saber los pormenores de ese suceso,—replicó don José.

—Te los referiré, aunque me duela recordar hechos que pasaron en tiempos para mí bien tristes; he guardado tantos años mi secreto, que será un consuelo para mi corazon depositar en el tuyo sus penas y sus dolores.

Y don Luis empezó á referir su historia de la manera que veremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIX.

La pobre ciega.

Como á una legua escasa de Toledo, y á la margen derecha del Tajo, existe una magnífica quinta propia de los condes de B...

Un pintoresco jardin, cubierto de verdes emparrados y de frescos cenadores, en donde la yedra, los rosales de zarza y los jazmines embalsaman la atmósfera con sus perfumes, se extiende á la derecha de la casa, que aunque compuesta sólo de piso bajo y principal, encierra en su seno cómodas y espaciosas habitaciones para los condes, otras para los mayordomos y dependientes, y una pequeña capillita, en el centro de la cual se levanta ahora un mausoleo, obra del cincel de uno de nuestros más aventajados escultores.

Las puertas de esta quinta encuéntranse siempre cerradas á los curiosos, de manera que no es posible hacer de ella una exacta descripción.

En la época á que me voy refiriendo, que era por el otoño de... los condes no se encontraban en la quinta y el mayordomo mandaba en jefe.

Don Justo, éste era su nombre, era uno de esos descendientes de Pelayo, alto como un pino, grueso como un rollo, rubio como un inglés y flemático como un alemán.

Cuarenta años hacía que con un trajecillo de alpille-
ra, un sombrerote de paja, por cuya copa se le veía la coronilla, y caballero sobre unos enormes zuecos, hizo su entrada en Madrid en busca de una *comenencia*.

Y cuando ya sus hombros se encontraban encallecidos de llevar cubas de agua, sus pantorrillas negras, á fuerza de pellizcos de los granujas, sus morros aplastados de taponazos y su cabeza llena de costurones de reñir en la Virgen del Puerto, consiguió acomodarse de mozo de cuadra en casa de los condes de B..., merced á la recomendacion de una paisana llamada Perfecta, que ocupaba el puesto de cuarta ó quinta cocinera.

Sabiendo medianamente leer y escribir, y con perfeccion adular, pasó el mozo de cuadra á lacayo, y de allí á ser uno de los criados más queridos de sus señores.

La fuerza de la adulacion es irresistible; su influjo subyuga lo mismo á los sábios que á los ignorantes: es una especie de ponzoñosa esencia que aspiramos todos con ánsia, sin conocer que nos trastorna y nos hace juguete de quien nos la prodiga.

¡Maldita adulacion! ¡Maldita mil veces; enemiga declarada del mérito, de la justicia y de la verdad!

El trato engendra el cariño: de modo que el lacayo y la cocinera, viviendo bajo un mismo techo, cambiaron con el tiempo el afecto de paisanaje en amor, uniéndose al fin para siempre, con el beneplácito de sus señores; quienes teniendo vacante entonces la mayordomía de la hacienda próxima á Toledo, proveyéronla en el recien cañado, que salió de Madrid sin dilacion á establecerse en su nuevo destino.

Jamás conquistador alguno tomó posesion de ciudad ó reino conseguido por el esfuerzo de su brazo, con más alegría que la que experimentó el gallego cortesano al verse constituido en jefe de la quinta referida.

Acostumbrado á servir y adular, bañábase en agua de rosas, viéndose trasformado de repente en objeto de las atenciones de cuantos de la casa dependían.

El orgullo rebosó entonces en su corazon, y se hizo tan altivo y duro con sus subordinados, como bajo y adulator fué siempre con sus superiores. Ser débil con el fuerte y fuerte con el débil; esta es la máxima encarnada en el alma de casi todos los que, nacidos en el polvo, trepan por la escala de la adulacion á la cumbre de la fortuna.

A los cuatro años escasos de matrimonio, la parca cortó la vida de Perfecta, y Justo, que ya se había encajado un don como una casa, quedóse viudo con dos hijas, llamadas Angustias y Dolores.

El tiempo corrió, y las niñas del mayordomo, creciendo tanto en fealdad como en años, contaban: una treinta y cinco, y otra dos ménos, en el momento que las voy á presentar en escena, que era, como ya llevo dicho, en el otoño de...

Mediaba la tarde, cuando un coche de viaje repasó los

umbrales de la quinta, haciendo alto en el centro de un gran patio.

Un lacayo abrió la portezuela y descendieron dos señoras, anciana la una, joven la otra, pero ambas rígidamente vestidas de luto.

El mayordomo y sus hijas las recibieron de la manera más afectuosa, conduciéndolas al interior del edificio.

Las recién venidas eran doña Antonia Revuelta de Agudo, viuda de uno de los médicos de los conde de B... y su joven é interesante hija María.

Habiéndose desarrollado el cólera de una manera horrorosa en Madrid, D. Andrés, que así se llamaba el médico difunto, lleno de una caridad santa y de una abnegación sin límites, arrojóse á combatir la terrible enfermedad.

El palacio del aristócrata, la casa del comerciante y la guardilla del obrero vieron de continuo atravesar sus umbrales aquel hombre, que se multiplicaba afanándose por derramar el consuelo y el remedio entre sus afligidos conciudadanos.

Curas prodigiosas, rasgos sublimes de abnegación y caridad, y una asistencia asidua, tenáz y constante hicieronle ser admirado de todos y tenido por una especie de Providencia.

¡Qué grande, qué santa y sublime es la misión del médico sobre la tierra!

Hay tres personas, ó tres clases mejor dicho en la sociedad, cuyas profesiones tienen mucho de divinas.

El sacerdote, el médico y el profesor de primera enseñanza.

¡Lástima grande que en estos tres ministerios exis-

tan personas que bastardeen su verdadera índole, no llenando por completo sus santos deberes!

¿Pero hay acaso en el mundo algo perfecto? No, en manera alguna; nuestra vida es una lucha sin tregua; nuestro mismo ser un cúmulo de contradicciones.

Pero prosigamos: cuando ya la epidemia decrecía rápidamente, y todas las miradas se fijaban en don Andrés y todos los labios pronunciaban su nombre entre alabanzas, la muerte tendió su pálida mano sobre aquella naturaleza de hierro, y aquel hombre, que tantas víctimas arrancara á la enfermedad, cayó bajo su mortífero influjo.

Don Andrés era un ángel de consuelo que abandonaba el mundo al terminr su mision.

Su muerte fué generalmente sentida, y los individuos de todas las categorías sociales acompañaron su cadáver á la tumba.

Pero mientras todos prodigan alabanzas al difunto nadie se hacía cargo de que con su muerte quedaban su esposa y su hija, si no en la miseria, en una posición sumamente precaria.

Don Andrés, como todo hombre honrado, no había podido con lo que su profesion le producía, formar un capital que asegurase el porvenir de su familia.

Es verdad que es tan imposible hacerse rico con el fruto de un trabajo legítimo, como tocar con la mano en el cielo.

Las grandes fortunas ó se *improvisan* ó se heredan.

Al año de haber muerto don Andrés, muy pocas perso-

nas, ó tal vez ninguna, recordaban siquiera su nombre.

El tiempo todo lo borra, todo lo hace olvidar, y más en nuestro siglo donde el presente lo es todo y el pasado nada.

Además, ¿quién era el difunto? Un médico... Si hubiera sido un general muerto en una gran batalla, ya sería otra cosa. La patria se hubiera apresurado á enriquecer á su familia, á esculpir su nombre en mármoles y bronces y á colocarle en el catálogo de los héroes.

Pero un oscuro profesor de medicina, ¿valía acaso la pena de ocuparse de él?

Cierto que había muerto prestando servicios á sus afligidos hermanos; pero se le acabó la vida en su lecho, en el fondo de una habitación oscura, sin más ruido que el llanto de su familia, no en una trinchera ó en un sangriento campo de batalla, entre el estruendo atronador del combate.

¡Exterioridades! ¡Siempre exterioridades! ¡Como si fuera más grande, más noble, morir en el campo asolador de la guerra, que prestando consuelos á la humanidad afligida!

¿Admite acaso comparacion el valor del campo de batalla con el que se necesita para luchar sin defensa alguna contra la misma muerte?

No por cierto: muchas personas conocemos que poseen en alto grado el valor de los combates, el valor del duelo, pero que huyen despavoridas y medrosas al primer amago de una epidemia.

El valor es muchas veces el efecto de un gran miedo—ha dicho no sé que escritor—y tiene razon sobrada; pues es muy raro encontrar un cobarde en medio del es-

truendo de una batalla, donde es más difícil retroceder que luchar, y donde se ve uno colocado en la terrible disyuntiva de matar ó morir.

La ronca voz de los cañones, el estallido de la fusilería, el silbar de las balas, aturden; el humo de la pólvora embriaga, el brillo de las armas ciega, el polvo ahoga, la voz de los clarines y de los combatientes entusiasma; de modo que el que sucumbe, cae aturdido, embriagado, ardiente, iracundo, ciego.

Las batallas puede decirse que no tienen más que dos momentos solemnes, terribles.

Uno, ántes de empezarse, cuando marchan los cuerpos con el mayor orden á ocupar sus posiciones, y se vé enfrente al enemigo que se dispone de la misma manera.

Entonces todos los corazones, áun los más avezados á la pelea, laten presurosos: el recuerdo del hogar, de la familia y de las prendas más queridas les asalta de una manera tenáz, inspirándoles, si no miedo, por lo ménos temor é incertidumbre sobre la suerte que les espera en el drama que va á comenzarse.

El ruido del primer disparo, retumbando en todos los corazones como un eco de muerte, los conmueve, los hace apresurar sus latidos: despues, cuando la lucha se empeña, todos estos recuerdos se borran, la patria, la familia, todo se olvida, y el guerrero se arroja á dar ó recibir la muerte con el ardor del bruto, con la saña de la fiera,

El otro momento, solemne tambien, es despues de terminada la pelea.

Cuando el humo de la pólvora se disipa, el eco del último disparo se apaga y el ruido atronador del combate cesa, al ver el campo lleno de despojos, de montones de cadáveres, de miembros palpitantes y abrevado en sangre, no hay nadie que no se conmueva, que no alce sus ojos al cielo y dé gracias por haberse salvado.

Estos son, pues, los dos grandes momentos que digimos, porque los demás todos contribuyen á entusiasmar, á encender el ardor del guerrero.

¿Pero qué alienta en cambio al médico en una epidemia?

¿Qué le enardece, qué le ciega, qué le anima? Nada. Su enemigo es la misma muerte, contra quien se arroja á combatir desarmado, sin más recurso que su ciencia, escudo débil, inútil puede asegurarse, contra una enfermedad cuya causa principal se desconoce.

El contraste no puede ser más notable: el guerrero lucha con armas iguales ó parecidas, y contra un enemigo á quien ve, á quien siente, á quien puede tal vez aniquilar; el médico lucha de brazos cruzados contra un enemigo invisible, que le asesta á mansalva sus golpes, que le hace sucumbir hiriéndole en la sombra.

Por eso he asegurado que entre el valor del campo de batalla y el necesario para combatir á una epidemia no hay comparacion posible.

El uno es un valor melodramático, un valor de espectáculo: el otro es un valor heróico, sublime, santo.

Pero como iba diciendo, el nombre de don Andrés había sido casi olvidado, y su familia se encontraba reducida poco ménos que á la miseria.

Pero como Dios nunca dejó perecer al justo, ni de socorrer con pan á su hambrienta familia, segun dice en sus salmos el rey profeta, el conde de B..., que ántes de declararse la epidemia se encontraba de embajador en Francia, tornó á Madrid, y sabedor de la situacion de la familia del médico apresuróse á remediarla, asignand á la viuda una pension de 8.000 rs.

El temor á la miseria huyó por entonces; pero como los males se suceden unos á otros, ocurrió que doña Antonia, cuyo corazon quedara destrozado desde la muerte de su esposo, fué acometida de gota serena, y sus ojos perdieron para siempre la luz.

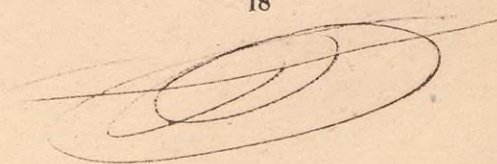
Esta nueva desgracia, la más enorme que puede ocurrir á los mortales, aplanó á la pobre viuda sumiéndola en una tristeza tal, que la emotisis empezó á descubrir sus primeros síntomas.

Los médicos temieron por su vida y opinaron que la variacion de aires y alimentos era lo único que podía salvarla.

Enterado el conde de esta opinion, creyó que su quinta inmediata á Toledo era el sitio más á propósito para efectuar lo propuesto por los médicos, y con el beneplácito de la enferma, mandó arreglar lo necesario para que esta y su hija pasasen á instalarse, como ya hemos visto, en la referida posesion.

La ciencia no se había engañado: el cambio de vida y costumbres hicieron tanto bien á doña Antonia, que recobró la salud por completo, viendo trocarse en dulce melancolía el acerbo dolor que ántes la atarazaba.

El tiempo todo lo calma, todo lo templá, todo lo borra.



CAPÍTULO XXX.

El milano y la paloma.

Medio año escaso hacía que vivía en la quinta la viuda de D. Andrés, y se había acostumbrado tanto á aquella vida que nada echaba de ménos en tan delicioso retiro.

La pobre ciega, conducida al jardin por su hija ó las del mayordomo, pasaba las tardes sentada bajo uno de los verdes emparrados, aspirando con delicia el aroma de las flores ó escuchando el canto de las aves y el murmullo del rio, que se aleja salpicando de blanca espuma los álamos, las vides silvestres y los carrizos, que creciendo en sus pintorescas márgenes retratan sus formas graciosas en el azulado espejo de sus aguas.

Pero la dicha es un relámpago; es una flor brillante y olorosa que nace con el alba, pero que muere con el día.

Doña Antonia había sufrido mucho, pero la quedaba aún que experimentar un dolor mucho más fuerte de cuantos hasta entónces desgarraron su pecho.

Llegó la Semana Santa, época en que Toledo es visitado por multitud de forasteros que acuden atraídos por la fama de sus funciones religiosas.

Era la mañana del Sábado Santo, y el anchuroso recinto de la Iglesia Primada, y muy especialmente el espacio comprendido entre el coro y el altar mayor, veíase lleno de una multitud silenciosa y reverente que asistía á los divinos oficios.

Mientras éstos se celebraban, paseábamos mi amigo Eduardo Rosales y yo por el gótico claustro de la Iglesia, cuyos muros decoraron con sus soberbios frescos Bayen y Maella, y con excelentes lienzos Jordán, Luis de Velasco, Castillo y Conrado.

Eduardo era alto, fornido, moreno; con grandes y rasgados ojos negros. Su nariz aguileña; su mirada ardiente y su labio superior, cubierto por un espeso bigote negro, y siempre contraído con cierta expresion despreciativa, le daban á conocer como un tipo árabe acabado, puro.

Su porte era sumamente airoso, y llevaba con una marcialidad sin igual el pintoresco y elegante uniforme de los coraceros del Rey, de cuyo regimiento era teniente.

Paseábamos, como llevo dicho, cuando terminados los oficios empezó la gente á salir de la iglesia al claustro.

Al ver esto cesamos de dar vueltas é hizimos alto enfrente de la puerta de la Presentacion, costumbre adoptada por los pollos de todas las épocas, que formando grupos, esperan á ver desfilar á los fieles, ó hablando con más propiedad á las fieles, cansando con sus flores y sus epigramas, placer á unas chicas, pesar á otras y disgusto á todas las mamás.

Eduardo, retorciéndose el bigote, repartía un fuego graneado de requiebros á cuantas pasaban junto á él.

En tanto yo, con los ojos clavados en un fresco de Bayen que representa la prision tumultuosa de San Eulogio, encontrábame distraido contemplando la bien agrupada composicion, la pureza y el vigor del colorido, lo bien dispuesto de los paños y la frescura y admirable tono de las carnes, cuando Eduardo, sacudiéndome violentamente, me sacó de mi contemplacion, diciéndome:

—¡Luis, Luis, mira qué chica tan angelical, tan encantadora, tan divina!

Volví la cabeza, y efectivamente, ví que una preciosa jóven subía la escalinata de la ántes mencionada puerta.

Esta era María, la hija de Doña Antonia, quien acompañada de D. Justo y sus dos hijas, despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, salian á visitar las maravillas que en escultura y pintura contienen las cuatro anchurosas galerías del cláustro.

María era alta, de magestuoso continente y de cintura flexible y esbelta como la palma del desierto.

Su faz era blanca como la aurora, y sus ojos y sus cabellos negros como la noche. Era uno de esos tipos de mujeres que arrebatan, que conmueven á todo el que las mira, porque se ve en ellas todas las perfecciones juntas, todos los rasgos de la belleza unidos.

Las dos hijas de D. Justo contrastaban notablemente con ella.

Angustias era agigantada, corpulenta como su padre, morena aceitunosa, con un pelo macho, rebelde á todas las pomadas y bandolinas del mundo; con grandes ojos negros, pero sin expresion, reñidos entre sí de tal manera, que el uno miraba á Astúrias y el otro á Andalucía; chata, con una boca tan descomunal que podía servir de presilla á las orejas y con una voz de bajo profundo.

Era, en fin, una de esas mujeres hombrunas, más propósito para cabo de gastadores que para dulce y cariñosa compañera.

Su hermana Dolores era pequeña, delgada, con el rostro pálido como la cera, sembrado de pecas.

Sus cabellos eran rubios, pero de un rubio lacio y feo; sus ojos azules, pero tan claros que parecian carecer de niñas, y tan saltones que se asemejaban á esas medias nueces pintadas de blanco que sacan algunos graciosos á la escena, cuando quieren aparecer ciegos.

Una nariz larga, agudísima; unos labios sin color y una dentadura llena de sarro, completaban *la gracia* de aquel rostro enclavado en un cuerpo contrahecho, á quien servian de apoyo dos piernas en forma de paréntesis, que se movian con ese dulce cuneo, de derecha á izquierda con que se mueven los peneques cuando los muchachos le sacuden un capirotazo.

Bosquejados aunque á la ligera los retratos de las tres amigas, continúo mi narracion.

—Efectivamente que es hermosa,—contesté á Eduardo.

—¡Es divina!—exclamó éste con fuego y en un tono tal, que sus palabras hicieron ruborizarse á María, que se encontraba á la sazón cerca del apuesto jóven, y que sin levantar los ojos del suelo dirigióse hacia la puerta de Santa Catalina con objeto de recorrer el claustro.

—Sigámosla, Luis: esa mujer me ha robado el alma.

—¡Pronto!—le contesté.

—Ya lo sabes, yo soy así: además que en amores, según tú dices, un minuto es un siglo.

—Cierto; pero no comprendo que amando tú á Elisa de la manera que tantas veces me has asegurado, te apasionas tan pronto de una desconocida.

—Elisa se encuentra en la córte, y ya sabes: ausencias causan olvido. Yo soy partidario del adagio, de á rey muerto rey puesto: esa chica es encantadora, es divina, y por lo tanto voy á declararme á ella en la primera ocasión.

—Siempre tan irreflexivo, tan precipitado, tan violento.

—Mira, Luis, no me empieces con sermones.

—Escúchame: un general prudente, para dar una batalla, estudia primero la manera más ventajosa de hacerlo; obrar de otro modo es exponerse á un descabro.

Por eso, ántes de dirigirte á esa jóven, averigua quién es; si su corazón late por el amor de otro hombre, y sobre todo, si la amas de la manera que ahora te figuras; pues ya sabes que te tengo dicho muchas veces con Laménais: «Sé tardío en resolver, pero constante en la resolución; y no te dejes llevar de un primero ni de un segundo impulso.»

—¡Calla, Luis, calla! esas son niñerías, escrúpulos de monja. Mira, yo me declaro á esa mujer, lo mismo que sea una princesa, que la hija del verdugo. El amor no conoce gerarquías. Yo la seguiré, y si tiene relaciones, tanto peor para su novio, por que en conociéndole, ó me deja libre el campo ó le hago darse de estocadas conmigo.

—¡Siempre la fuerza bruta!

—¡Qué quieres, tengo para mi que en los tiempos que alcanzamos la mejor razón es la espada! En cuanto á si la amo de veras ó no, eso ¿qué importa? Hoy la deseo, y esto basta: si mañana me canso, un trueno más y adelante.

—Eso es. ¿Y si se ha enamorado de tí la pobre chica? ¿Y si su corazón se interesa y un desengaño la mata?

—¡Calla, hombre, calla, no digas disparates! ¿Crees tú que una mujer va á morirse por unas calabazas más ó menos? ¡Qué ideas tan rancias tienes! Hay mujer capaz de ponerse en relaciones con un regimiento y darlos á todos los garbanzos sin aprension alguna, y crees....

—Lo que yo creo es que tú las juzgas á todas con un mismo rasero. Que para tí son todas iguales, sin conocer que si hay mujeres coquetas y volubles, la mayoría son apasionadas y constantes. Mira, un autor cuyo nombre no recuerdo, dice que la mujer es el bello ideal de la creacion; el ser más perfecto y sensible de la naturaleza: ama desde su nacimiento hasta su muerte, porque siendo creada para el amor, el amar es su vida; y faltándola este dulce elemento, este bellissimo encanto de su existencia, muere.

—Sí; la mujer ha sido creada para el amor, pero lo mismo la dá amar á Juan que á Pedro; y me extraña mucho que tan apasionadamente las defiendas, sin recordar unos versos que escribiste hace algunos años, en los que decías:

Mariposa es la mujer
Que incesantemente vuela;
Dejó ayer lo que hoy anhela,
Hoy deja lo que amó ayer.

—Cuando escribí eso era un botarate, un chiquillo sin juicio, sin reflexion.

—Fueras lo que fueras, tú lo escribiste, tú lo publicaste y lo escrito canta.

—Es cierto: esa es una de las muchas cosas que escribe uno al empezar á darse á conocer, y que borraría luego gustoso con su misma sangre si le fuera posible.

—Vamos, bien, sea como tú quieras;—pero ¿no es verdad que esa chica es divina?

—Sí.

—¡Oh!... de seguro no existe mujer más hermosa en el mundo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¡Y sabes que son feas á porfía las dos chicas que la acompañan!

—Sí.

—Mira, Luis, me cargas con tus eternos monosílabos. ¡Sí! ¡sí! eres insufrible, no salgas de ahí y de seguro no te pierdes.

—¿Y qué quieres que te diga?

—¿Que qué quiero? muy sencillo: que improvises algo en alabanza de la hermosura de esa mujer, á quien amo ya de una manera violenta.

—Bien, por darte gusto diré que

Esa chica es un jazmin
Que crece entre dos ortigas:
Es una gota de leche
Entre dos gotas de tinta.

—¡Mucho, Luis! tienes razon; sus amigas son, no dos ortigas, dos serpientes de cascabel; y esa chica, en medio de ellas, parece un ángel entre dos demonios, una tórtola blanca entre un cuervo y una lechuza,

Mientras se cruzaba entre nosotros este diálogo, María y la familia de don Justo, despues de recorrer el claustro, se dirigia á la calle por la puerta de la Justicia, vulgar *del Mollete*.

—Se marchan, Luis; yo las sigo.

—Pues yo me quedo.

—Bien, ¿dónde nos vemos?

—Donde quieras.

—Son las once,—dijo mirando su reloj,—espérame á las doce en *Los dos Hermanos*. ¿Quieres?

—Allí estaré.

Nos dimos la mano y yo me dirigí al café, y Eduardo echó detrás de su bella desconocida.

Una hora más tarde penetraba en el salon del café y acercando una silla á la mesa que yo ocupaba me decia lleno de satisfaccion:

—Ya sé todo cuanto deseaba.

He seguido la pista á mi nuevo amor, y no tan sólo he averiguado quién es, si no que sé tambien quiénes son los dos cocos que le acompañaban.

¡Chico, la cosa marcha! Esa muchacha conoce ya que la quiero: sus miradas me lo han revelado.

Y seguidamente me enteró de que aquella familia era la del mayordomo de los condes de B... y que residían en la quinta.

—Celebro que hayas adelantado tanto en tu empresa,—repliqué.

—Ahora, escúchame,—prosiguió Eduardo.—Yo no conozco los alrededores de Toledo, de manera que pensando como pienso visitar esta tarde la posesion que habita mi bella, me es preciso, me es necesario que montes á caballo y me acompañes.

--Como quieras.

—Bueno, pues á las tres está prevenido, que mi asistente te llevará el caballo á la puerta de tu casa.

Así fué en efecto, y media hora despues de la convenida, descendíamos á caballo á la vega, tomando al trote largo el mismo camino que llevara por la mañana el coche del mayordomo de los condes de B...

La quinta habitada por María presentóse al fin ante nuestros ojos.

Recorrimos sus alrededores, despues de lo cual, acercándonos á la casa, tuvo Eduardo el placer de saludar á la hermosa jóven, que se encontraba casualmente asomada á uno de los balcones del piso principal.

Desde aquel dia, todas las tardes á la misma hora mi amigo cruzaba á caballo la vega dirigiéndose á la quinta, por cuyas cercanías vagaba, esperando una oportunidad para declararse á María.

La suerte vino al fin en su ayuda; un labriego fué el conductor de un billete para la hermosa hija de doña Antonia, quien dos dias más tarde, contestaba en los siguientes términos:

«SR. D. EDUARDO ROSALES.

»*Muy señor mio:* He recibido la atenta y apasionada
 »carta que ha tenido usted la bondad de dirigirme, y
 »contestando á ella le digo que no puedo acceder á su
 »demanda, sin que ántes participe usted á mi mamá sus
 »deseos y ella los apruebe. Acostumbrada á no ocultarla
 »cosa alguna, y deseando que no sufra por mí el menor
 »disgusto, no haré nunca nada sin su beneplácito. Con
 »este motivo queda de usted atenta y S. S. Q. B. S. M.

MARIA DE AGUDO.»

—¡Diablo! esta muchacha ha tomado la cosa por lo sério;—exclamó Eduardo al terminar la lectura.—No quería yo ir tan adelante; veo en perspectiva la vicaria y no tengo por ahora esa vocacion.

¡Casaca! nada de casaca; la de gala es la única que me gusta.

Sin contar con la mamá no hay tu tia; esto es ponerle á uno la horca ántes que el lugar, colocarle entre la espada y la pared.

No sé como obrar: ¿Consultaré á Luis?... Nó, no; me cargan sus catilinarias.

¿Romperé esta carta y olvidaré para siempre á esa mujer? Eso fuera lo mejor; pero me es imposible, ¡es tan hermosa!

Vamos, no sé qué hacer: ¡esto es para darse á todos los diablos!

Y la carta está terminante: *No haré nunca nada sin su beneplácito...* ¡Pero divago de un modo lastimoso! reasumamos, pues; no hay más que dos medios posibles para zanjar esta cuestion: ó renunciar al amor de esa chica ó presentarse á su mamá.

Renunciar me es imposible por ahora, pues pecho al agua, mañana mismo hago mi presentacion, y despues, salga lo que saliere.

Y así fué en efecto; Eduardo presentóse á doña Antonia al siguiente dia, y la noble señora, creyendo en las palabras del jóven, accedió á sus deseos concediéndole permiso para frecuentar la casa como futuro de su hija.

CAPÍTULO XXXI.

Un angel caido.

Doña Antonia, pensando que todos poseían un corazon tan bueno y tan sano como el suyo, creía haber encontrado en el jóven oficial un nuevo hijo, un hombre digno y á propósito para labrar la felicidad de su hija; y en esta inteligencia profesaba á Eduardo un amor entrañable, considerándole como parte de su familia.

María, cuyo corazon amaba por primera vez, sentíase trasformada, delirante de felicidad, loca de alegría.

Un escritor ha dicho que en la primera noche de amor se vé clara la luna, azul el cielo y todos los horizontes se visten de color de rosa, y así es la verdad.

Cuando se ama por primera vez, todo cuanto nos rodea se baña con una nueva luz.

La brisa es más suave, el horizonte más claro, más inmenso; las flores más hermosas, las aves más parleras, los arroyos más cristalinos y más azules; nos parece que un mundo nuevo nos rodea y nos sentimos exhuberantes de vida, de animación, de dicha.

La felicidad completa no existe en la tierra: esto es innegable; pero cuando se ama por primera vez, hay momentos que se cree uno completamente feliz.

¡Lástima grande que esta dicha sea tan efímera, tan fugaz, tan rápida!

María se encontraba en ese período dichoso: era completamente feliz, amaba con toda su alma y creía ser correspondida de la misma manera. Todas las tardes á una misma hora, puesta al balcón, esperaba con suma impaciencia la venida de Eduardo.

Al descubrir la nube de polvo que levantaba su caballo el corazón de la joven latía presuroso, y volviéndose hacia su madre exclamaba con una alegría infantil: ¡Ya viene! ¡ya viene!

Eduardo llegaba, y si la tarde era apacible, la familia del médico descendía al jardín, y Doña Antonia, apoyada en el brazo del joven oficial, paseaba creyéndose tan feliz como podía serlo quien tanto había padecido.

Mi amigo, cuyo corazón era entusiasta, participaba en aquellos días de la felicidad de aquella familia de tal manera, que sentía por María una pasión inmensa, que se aumentó al ir conociendo las cualidades de la hija de don Andrés.

Y tanto llegaron á interesarle las perfecciones de la hermosa jóven, que la imagen de Elisa se borró por entonces de su imaginacion.

—¡Qué feliz soy, Luis!—decía una noche entusiasmado.—María es un angel; ¡la adoro con locura! ¡con toda mi alma! ¿Y su mamá? ¡Su mamá es una santa! Mira, quiero presentarte á ellas: quiero que las conozcas; mañana mismo es preciso que me acompañes.

—Te engañas, Eduardo,—le repliqué,—no quiero ser amigo de esas señoras; es más, no lo seré nunca.

—¿Cómo? ¿por qué?

—Por lo mismo que son tan excelentes como me dices. Yo te conozco demasiado, Eduardo: te entusiasmas pronto; pero con la misma facilidad que te entusiasmas te hastías. Hoy eres capaz del sacrificio por esa jóven, y mañana la olvidarás de seguro, por la primera que te de un codazo. La indiferencia remplazará en tu corazon al amor; y dime: ¿qué papel haré yo entonces cerca de esas señoras? Amigo íntimo tuyo y presentado á ellas por tí, mañana, cuando tú la olvides sin motivo, como la olvidarás, tendré yo que cargar con parte de tu culpa, apareceré á los ojos de esas señoras como cómplice tuyo; nó, de ninguna manera.

—Deliras, Luis, deliras. ¡Yo olvidar á esa mujer! ¿Yo hacerla traicion? Nunca. Creer otra cosa es dudar de mi caballerosidad, es ofenderme.

—No, Eduardo; es prever, es deducir por tu modo de obrar de siempre, lo que harás ahora. Y si no, ¿cuántas veces has hecho esas mismas protestas á favor de Elisa? ¿Cuántas veces me has dicho que pasarás el tiempo con toda la que puedas, pero que ella sola, es y será la que domine en tu corazon? ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo: lo he dicho, pero entonces no había visto á María, no conocía las cualidades de esa mujer, de

ese ángel. Si la conocieras, si la trataras, te convencerías de que es imposible olvidarla. Su hermosura seduce, su modestia y su sencillez encantan; su amabilidad y su cariño entusiasman. Creeme, Luis, no hay una mujer igual en el mundo.

—Lo mismo te he oído decir otras veces. Elisa era para tí el tipo de todas las perfecciones; su hermosura te encantaba, su altivez, su dignidad te seducían; su posición, su lujo asiático te fascinaban, y sin embargo la olvidas hoy, como mañana olvidarás á María.

—Bien, Luis, hemos concluido;—respondió Eduardo alzándose amostazado de la silla:—no hablemos más de eso, por que á pesar de nuestra amistad reñiría contigo si continuásemos esta cuestion. Te obstinas, te equivocas, y el tiempo te desengañará. Adios.

—Adios, pues, y mucho celebraré equivocarme. ¡Quiera el cielo que no seas la babosa que manche el cáliz purísimo de esa flor digna de ser feliz!

Un mes despues de mediar este diálogo entre nosotros María vió que en el sereno cielo de sus amores se presentaban las primeras nubes.

El rey había muerto, y del borde de su tumba brotaba como una planta maldita la guerra civil.

Las primeras llamaradas de aquel incendio se amortiguan con la sangre de los que le atentaron, pero Zumalacárregui, génio organizador y bravío, abraza entonces el estandarte de la insurreccion y á su sombra se acogen multitud de parciales, y el gobierno de la reina vése precisado á mandar contra ellos un numeroso ejército.

El cuerpo á que pertenecía Eduardo, se reconcentra

en Madrid á cubrir el puesto de otro de la misma arma que sale para provincias.

María sintió un dolor terrible al saber que su amante tenía indispensablemente que partir.

La ausencia es el martirio más cruento que puede darse á una alma enamorada.

Doña Antonia entristeci6se tambien, y Eduardo se despide conmovido, dejando entre las manos de su futura un billete en que la decía:

«Amada de mi alma:

»Si me quieres de la manera que tantas veces me has asegurado, espérame esta noche á las doce en el cenador grande del jardín.

»Así que amanezca, parto como sabes: nunca he tenido el gusto de hablarte sin testigos, y por lo tanto nunca he podido revelarte los proyectos que acerca de nuestra futura union tengo formados.

»Si accedes, como espero, á esta súplica, conocerás lo que es capaz de hacer por tu amor, quien sólo por tí vive.

EDUARDO.»

Terminada la lectura, María guardó cuidadosamente la carta sin decir nada á su madre.

Era la primera vez que obraba así: amando á Eduardo de una manera loca, se decidió sin vacilar á complacerle, no sospechando siquiera que obraba mal accediendo á aquel deseo.

Cuando se ama de veras á una persona se la cree incapaz de nada malo.

El amor verdadero es un sentimiento parecido, en lo ciego, al cariño paternal.

Hay pocos padres que conozcan los defectos de sus hijos: como hay pocos amantes que conozcan los de la persona á quien aman.

Las pasiones son espesas nubes que, rodeándonos, nos impiden ver las cosas bajo su verdadera forma.

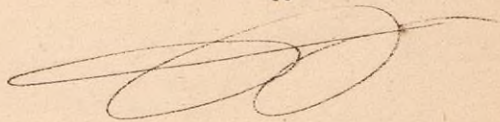
A las doce, el cenador grande del jardín cobijaba bajo sus bóvedas de yedra á los dos enamorados.

El egoísmo había sido la causa de que Eduardo exigiese aquella prueba á María. Enamorado de ella de una manera violenta, propia de su carácter ardiente, la desconfianza se alzó en su pecho al recibir la orden de dejar á Toledo, y escuchando solo la voz de su interés dijo para sí:

—La ausencia es la muerte del amor. Yo parto ahora para la guerra, y Dios sólo sabe cuándo volveré, ó si el plomo enemigo me arrancará la vida. ¡María es tan hermosa, que es imposible verla sin amarla! La constancia no es la cualidad más culminante en las mujeres. ¿Quién me asegura, que apesar de la fé que me tiene jurada, el tiempo no le hace olvidarme y poner en otro hombre su cariño? ¡He hecho yo eso mismo tantas veces! ¡He olvidado tantas promesas al perder de vista los sitios donde las hice, que temo sufrir la pena del Talion! Y el caso es que yo amo á esa mujer de tal modo, que un desengaño así me mataría de despecho. Al pensar siquiera que esto puede sucederme, la cólera y los celos inundan mi alma. Yo no puedo alejarme de aquí sin que esa mujer me dé una seguridad á la que no pueda faltarme; sus juramentos no me bastan, pueden ser tan falaces como siempre fueron los míos.

Eduardo, como todas las almas pequeñas, juzgaba por su corazón el ageno.

—Una prueba, solo una prueba me puede dar que me haga partir tranquilo, porque nadie más que ella perdería



faltándome. Pero su acrisolada virtud rechazará esta exigencia; le hará dudar de mi buena fé y tal vez aborrecerme. ¡Esto es espantoso! ¡Esta idea me desespera! Pero ello es preciso, es necesario; yo no puedo marchar de aquí tranquilo de otro modo. ¡Prefiero cien veces la desgracia á la incertidumbre! Quiero mejor que esa mujer me rechace, me aborrezca, que no que me jure amor y me olvide despues.

Entonces Eduardo escribió el billete que entregó á María, quien como dijimos acudió puntual á la cita.

Renunciamos á describir lo que pasó en esta entrevista.

María, inocente y apasionada, y Eduardo enamorado tambien y diestro en el arte de la seducción, el resultado no podía ser dudoso.

Antes de amanecer, las auras recojieron en sus perfumadas alas el ruido de un beso, y los dos amantes se separaron.

La babosa había manchado el caliz purísimo de la flor.

No bien había llegado la jóven á su estancia cuando el eco de un tiro vino á sobresaltarla.

Eduardo no había podido apenas repasar las tapias del jardin.

Una sospecha terrible se alzó en su alma, una sombra sangrienta cruzó ante sus ojos, y la apasionada jóven se lanzó á un balcon abriendo precipitadamente las maderas.

Nada turbaba el silencio de la noche.

La naturaleza dormía aún.

CAPÍTULO XXXII.

Un corazón de cieno.

A la mañana siguiente desayunábanse D. Justo y sus hijas cuando uno de los guardas de la quinta se le presentó diciéndole:

—Mi amo, anoche al dar la última vuelta, con objeto de ver si pescaba á esos truhanes que nos roban la fruta, ví á un hombre saltando la cerca del jardín.—¡Alto, perillan!—le grité, encarándole la escopeta,—no te muevas ó te hago una pelota;—pero en vez de hacer caso de mi amenaza partió á la carrera, y yo entonces.....

—Disparaste, y le has herido ó muerto tal vez.

—No señor, mi amo, ninguna de las dos cosas. Al tiro apretó las piernas de tal manera que le perdí de vista, y al poco rato escuché el galope de un caballo que se ale-

jaba hácia Toledo. ¡No me ha sucedido un caso igual en toda mi vida! ¡No dar á un hombre á noventa pasos!... Disgustado de mi torpeza, así que fué bien de día volví al sitio á ver si encontraba la señal de la bala, y aquí tiene usted lo que he hallado.

El guarda presentó á D. Justo una charretera de oficial de caballería destrozada de un balazo.

Sobre la tapa veíase un escudo con las cifras y el número del regimiento de coraceros del Rey.

El mayordomo y sus hijas cambiaron una mirada de inteligencia; habian reconocido la prenda.

El suceso había ocurrido tal y como el guarda lo refería.

Al saltar Eduardo la tapia escuchó la voz que le gritaba ¡alto! pero sin hacer caso salió corriendo; el guarda hizo fuego y el jóven oficial sintió en el hombro derecho un golpe fuerte; entonces, lleno de cólera, estuvo á punto de volver á pegar un pistoletazo al agresor; pero se contuvo por María, y precipitando más su carrera recobró el caballo y partió hácia Toledo.

La bala no le había inferido, milagrosamente, herida alguna: le rozó el hombro arrancándole la charretera.

—¡Esto es escandaloso!... ¡Esto es inicuo!—exclamó Agustias con su voz hombruna, así que el guarda salió de la habitacion.—Esto no debe usted tolerarlo, porque no solo afecta la seguridad de la casa sino tambien á nuestra honra. Nosotras somos dos jóvenes, dos solteras; y el que vea salir á ese hombre á las altas horas de la no-

che por las tapias del jardín no le consta si es por ella ó por nosotras por quien viene.

—Angustias tiene mucha razon,—replicó haciendo coro su hermana.—No debe usted consentir ese escándalo, porque cualquiera que lo sepa nos igualará á todas, y yo no quiero que se me confunda con esa advenediza, con esa sin vergüenza, que no coje en el pellejo de orgullo desde que tiene novio.

—Si, pues debe estar orgullosa. ¡Un teniente de caballería! ¡Vaya una ganga! ¡He despreciado yo tantas colocaciones mejores que esa!

—Pues es claro; por eso se casan muchas; porque son tan poco delicadas que entran con todas, como la romana del diablo,

—Bien, hijas, bien: teneis razon; y yo os aseguro que remediare pronto ese abuso; hoy mismo veré á Doña Antonia.

—No haga usted eso: la madre lo sabe y lo consiente; ¿no vé usted que es ella más novia que la hija?

La conversacion continuó así por algun tiempo, y las dos hermanitas desgarraron á mansalva la honra de María, cebándose en ella con una fruicion indecible.

La aborrecían de una manera mortal porque era más jóven y más bonita que ellas, y sobre todo porque tenía novio.

¡Oh! eso no se lo perdonaban, eso las ponía fuera de sí, las hacía desesperarse.

María, sin notarlo, había contribuido en gran manera

á irritar más y más el carácter envidioso de sus vecinas.

El amor es un sentimiento eminentemente egoísta: á si que á la hija de Doña Antonia se la pasaban las mañanas pensando en Eduardo, y las tardes en estar á su lado, sin acordarse siquiera de las hijas del mayordomo.

Esta conducta, contraria en un todo á la seguida hasta entonces, enjendró en las dos hermanas un resentimiento que se fué convirtiendo en un ódio terrible.

Eduardo se encontraba en Madrid, y María, aunque inconsolable por su ausencia, calmaba en parte su dolor con las amorosas cartas que diariamente recibía.

La correspondencia siguió así por espacio de tres meses, al cabo de los cuales la enamorada hija de Doña Antonia estuvo á punto de perder la razón con la lectura de la siguiente carta:

«QUERIDÍSIMA MARÍA:

»El dolor que experimento al escribirte hoy, es tan
»grande, tan profundo, como el placer que al hacerlo he
»sentido siempre.

»El destino nos aflige con otra nueva desventura. Mi
»regimiento ha sido designado para marchar á las Provin-
»cias, donde la guerra se encrucece más cada día, y esta
»misma tarde nos ponemos en camino.

»Comprendo el daño que te hago al darte esta nueva,
»que me desespera porque me aleja más de tí, que eres
»mi vida; pero ten resignación y confianza, que Dios no
»debe permitir que se separen para siempre los que na-
»cieron para vivir unidos.

»Yo te escribiré en cuanto llegue al teatro de la guerra,
»diciéndote á donde me has de dirigir tus cartas.

»Sin más por hoy, no te aflijas, abraza en mi nombre á
»tu mamá, y abriga la seguridad de que mientras aliente
»te amará con delirio, tu

EDUARDO.»

En la misma mañana que María recibiera esta carta, yo estrujaba entre mis manos un papel, diciendo colérico y enfurecido:

—Este hombre es un malvado, un miserable cínico, que no merece que una persona honrada cruce con él sus palabras.

Aquel papel era otra carta que me había dirigido Eduardo, que decía así:

«CARÍSIMO LUIS:

»El mundo es una de esas pelotas de goma con que
»juegan los muchachos, motivo por el cual los pobres
»mortales nos encontramos unas veces de pié y otras de
»coronilla, segun el movimiento que comunican á esta
»especie de coco donde nos encerró el destino.

»¡Me han sucedido tantas cosas desde la última vez
»que te escribí, que aunque quiero decirtelas todas no
»acierto por dónde empezar!

»Temo que vas á ponerte conmigo hecho una arpia, y
»vas á descargar sin piedad sobre mis pobres lomos tus
»disciplinas de dómine, cuando sepas que he encontrado
»á Elisa más encantadora que nunca y que estoy loco
»rematado por ella.

»¡Oh!... si la vieras pasear por el Prado, deslumbrante
»de lujo y de hermosura, reclinada muellemente en su
»carruaje, la creerías como yo una de esas Venus que
»brotaron del pincel de Ticiano; una de esas hadas de las

»mil y una noches, á quien no se puede ver sin amar de
»rodillas.

»Horripilado te veo al terminar la lectura de este pá-
»rafo, vomitando sapos y culebras contra mi pobre indi-
»víduo; pero *mio caro*, ten un poco de calma y sigue has-
»ta el fin, que falta lo más gordo.

»Estoy completamente decidido á renunciar á la vida
»agitada y disipadora de soltero, y á alistarme, dentro
»de poco, en la célebre cofradía de San Márcos.

»Elisa será mi media naranja: y dueño de su hermo-
»sura, su capital y la influencia de su familia mi nego-
»cio es redondo.

»Su tío ha sido nombrado ahora director de caballería,
»y anoche me dió á entender que al ser su sobrino me
»igualaría los dos hombros; esto es, amigo mio, que me
»hará capitán.

»Con veintiseis años, capitán efectivo, una mujer di-
»vina y treinta ó cuarenta mil duros en la gaveta, ¿quién
»más feliz que yo? ¿Quién más dichoso?

—¿Qué cinismo! ¡horror! ¡qué escándalo!—gritarás con
»los pelos en punta y los ojos llameantes.—Pero ¡qué quie-
»res, Luis, el oro es el rey del mundo; la varita mágica á
»cuyo contacto todo se trasforma, y con ayuda de la cual
»todo lo que se quiere se puede, todo lo que se desea se
»consigue!

—Pero, ¿y María?.. ¿Y esa flor purísima á quien tanto
»amabas? ¿Qué has hecho de ella?—preguntarás con un
»rostro más grave que el de un alcalde de monterilla.

»Voy á satisfacer tu curiosidad: yo amo á Elisa con
»locura y á María con delirio: dicen que no es posible
»amar de veras más que á una persona; eso es una nece-
»dad; yo las amo á las dos del mismo modo, y esto es
»tan cierto, que si me preguntasen á cuál de las dos pre-
»fería no sabría qué responder.

»Al lado de María me parece que la quiero más que á
 »Elisa, y junto á esta me sucede lo mismo respecto á la
 »otra.

»Esto en cuanto á la cuestion de amor: ahora voy
 »á pasar á la de conveniencia.

»María no tiene un real, Elisa es poderosa; si me caso
 »con una me quedo de teniente y tengo que sostener con
 »mi paga á la madre y á la hija; esto es, me condeno á
 »morir de hambre.

»Si me uno con la otra, todo por el contrario: las ri-
 »quezas, los honores, los ascensos y la felicidad me cer-
 »carán.

»El amor es la poesia de la vida, ha dicho un sabio
 »francés; pero yo añado que el amor sin dinero es prosa, y
 »de la más ramplona.

»En este supuesto, me he decidido, pues, á unirme con
 »Elisa: yo siento mucho tener que renunciar á María, ¿pero
 »qué remedio? si España fuera Turquía ó Marruecos, la
 »cuestion era sencillísima, me casaba con las dos y pun-
 »to concluido.

»No siendo esto esí, ¿qué recurso me quedaba? cortar
 »las relaciones de la mejor manera posible, y para ello he
 »escrito á María que mi regimiento sale para la guerra,
 »y que en cuanto llegue desde allí entablaremos nueva
 »correspondencia.

»La pobre se desesperará los primeros dias; pero pasa-
 »rá el tiempo, y no sabiendo de mí me creerá muerto y
 »me olvidará.

»Las mujeres olvidan pronto, no lo dudes; otro amor
 »ocupará en su corazon el puesto del mio y será feliz.

»Me anima la esperanza de que así suceda, y la certe-
 »za de que nunca faltará quien recoja las flores, aunque
 »la babosa—son tus palabras—haya manchado su caliz
 »purísimo.

»Sin más, sigue bien y recibe un abrazo de tu cariñoso
»amigo

EDUARDO.»

El contenido de tan cínica carta me sublevó de tal manera que rompí con Eduardo para siempre.

Su accion era tan infame, tan malvada, que me creía deshonrado dando el sagrado nombre de amigo á un alma tan corrompida.

CAPÍTULO XXXIII.

La víctima y el verdugo.

Seis meses hacía que recibiera María la carta de Eduardo de que he hecho referencia, seis meses sin haber vuelto á tener noticias suyas, y en este tiempo, que fué para la pobre hija de Doña Antonia un siglo de dolores, sus poderosa hermosura se habia marchitado de un modo harto visible.

Las envidiosas hijas del mayordomo siguieron paso á paso el tormento de la jóven, gozándose de una manera cruel en sus sufrimientos.

Media hora escasa hacía que espiraba una de esas tardes de invierno, tristes y frias, y la noche oscura y lluviosa entoldaba con su manto de sombras el mundo.

Doña Antonia rezaba, y su hija, sentada junto á uno

de los balcones, pensando en Eduardo, encontrábase sumida en una profunda meditacion.

De repente la jóven lanza un grito, saltando de su asiento como impulsada por un resorte.

Una piedra había penetrado por una de las vidrieras y los trozos del cristal azotaron el rostro de María.

—¿Qué es eso?—exclamó Doña Antonia sobresaltada por el ruido y el grito de su hija.

—Nada, mamá,—replicó ésta viendo que á la piedra venia atado un papel;—algun chico del guarda que ha tirado un canto y ha roto los cristales: yo estaba descuidada y al ruido me sorprendí y grité.

Doña Antonia quedóse tranquila con la explicacion de su hija, quien desliando con cuidado el papel leyó para sí lo siguiente:

«A las ocho de la noche del martes próximo, se unirán
»para siempre el caballero D. Eduardo Rozales y Doña
»Elisa Vallejo de Zúñiga, en casa de los papás de esta se-
»ñorita, calle del Refugio, núm. 12, á cuyo acto se la in-
»vita á usted por si, como antigua amiga del futuro des-
»posado, quiere honrar la ceremonia con su presencia.»

Lo que pasó por María al terminar la lectura es imposible pintarlo.

Creyó conocer al autor de aquellas líneas, y por lo mismo dudaba que fuera verdad lo que aquel escrito decía; pero la pena, la incertidumbre la ahogaban y pasó una de esas noches en que parece que se tiene un volcan en la cabeza, una nevera en los piés y una losa de plomo sobre el corazon.

Así, que al siguiente dia, resuelta á saber la verdad, me dirigió una carta rogándome encarecidamente la dijera lo que de cierto encerrara aquel anónimo.

Yo contesté á su carta diciéndole la verdad, haciéndola saber que Eduardo era un misérrable, un perjuro y á quien había negado el nombre de amigo.

La pobre jóven quedó aplanada bajo el peso de tan terrible desengaño.

Su corazón opasionado é inocente sintió saltar sus más delicadas fibras, al ver trocado en amargura y tinieblas el porvenir de rosas que soñara.

La piedra á la cual iba atado el anónimo que anunciaba el casamiento de Eduardo fué mandada arrojar por las envidiosas hijas de Don Justo

El caso sucedió de esta manera: Todos los dias festivos un sacerdote acudía de Toledo á decir misa en la capilla de la quinta con objeto de que no careciesen del Santo Sacrificio los criados del conde.

Acompañando siempre al religioso iba un Sr. Clemente, especie de espolista que le servía de paje, ayudándole como monacillo.

Este bendito señor, que era uno de esos ratones de sacristía, mosca de rifas y gancho de quinolas; uno de esos entes que figuran estar siempre mirando al cielo, en tanto que con sus hechos se dirigen al infierno á pasos de gigante, era íntimo amigo de las hijas de D. Justo, quienes en cambio de noticias de la ciudad le regalaban con buenas magras y sendos tragos de lo añejo.

La noticia del hallazgo de la charretera, atravesada por la bala, se le comunicó á la primera ocasion, aumentada y corregida; y desde entonces no pasó un dia de fiesta sin que el beato y las dos hermanas echasen un parrafillo, arrancando el pellejo muy cristianamente á la pobre hija de Doña Antonia.

Este saltatumbas fué quien comunicó á sus amigas, lleno de un gozo infernal, la nueva del próximo enlace de Eduardo; y ellas, reventando de placer, convinieron la manera de que llegase á noticia de María, del modo que ya he dicho, con el caritativo fin de gozarse en sus sufrimientos.

La noche del martes llegó por fin, y en la casa de los papás de Elisa se notaba un movimiento extraordinario

Habían acudido á Toledo todos los parientes que en la Córte tenía, é iba á servir de padrino en la nupcial ceremonia el tío de la desposada, director á la sazón del arma de caballería.

La hora fijada para la celebracion del acto estaba á punto de sonar, y multitud de personas de ambos sexos, elegantemente vestidas, acudían á presenciarle.

Todas las habitaciones de la casa veíanse profusamente iluminadas, y por los cuatro balcones del piso principal escapábanse masas de luz que venían á contrastar notablemente con la oscuridad de la calle, sumida en las sombras, en medio de las que brillaba como un carbunclo un pequeño farol que ardía ante la imágen de un Cristo, puesto en el muro, y á quien preservaban de la lluvia dos tablas viejas y carcomidas puestas en forma de tejadillo.

Huyendo de la luz de este retablo y de la que salía de

casa de Elisa, yo, que había acudido aguijoneado por la curiosidad, y que observaba oculto en el dintel de una puerta, descubrí un bulto de humanas formas que se agitaba en las sombras.

El ruido de unos pasos acelerados escuchóse á la entrada de la calle: el bulto, dejando entonces su escondite, se colocó debajo del farolillo del Cristo á cuya luz opaca se descubria la forma de una mujer cuidadosamente rebujada en un manto negro.

Al poco rato, un jóven envuelto en un oscuro paletot llegaba junto al retablo, y la tapada, cerrándole el paso, le dijo:

—No sigas, Eduardo, no sigas.

—¡María!—exclamó con una expresion de despecho el jóven, clavando una mirada terrible en la hija de doña Antonia á quien había reconocido.—¿A qué vienes aquí? ¿Qué quieres?

—Mejor que yo podrá contestarte tu conciencia. ¡A qué vengo aquí! ¿A qué quieres que venga, quien te hizo depositario de su honra, si no á que cumplas lo que jurado tienes?

—Es ya tarde,—replicó maquinalmente Eduardo;—antes de haber llegado las cosas al extremo en que están, todo hubiera sido posible: hoy, María, lo que pretendes es irrealizable. La historia secreta de nuestros amores solo la sabemos tú y yo, el mundo lo ignora, y tú puedes por lo tanto ser feliz con otro hombre.

—Nó, Eduardo, eso es imposible: yo no quiero vivir si tú no me cumples lo ofrecido. Si nadie sabe mi deshonra, lo sabe mi conciencia, y eso es suficiente para que yo me muera de dolor.

—Necedades, María, necedades; yo te he faltado, lo conozco; pero no ha sido mía toda la culpa; la fatalidad me ha envuelto en una red de compromisos, de los cuales no

he sabido salir. Mi carrera, mi porvenir, todo depende de mi union con la que va á ser mi esposa; por lo tanto, comprender puedes lo imposible que me será retroceder. Por evitarte este mal rato no te he noticiado mi proyecto, creyendo que nunca llegarías á dar el paso que ahora das, seguro de que el tiempo te haría olvidar para siempre un amor que fué más que otra cosa una ligera nube de verano.

—¡Tus frases me destrozan el alma! Nunca creí encontrar tanta crueldad en quien tanto cariño me fingia; y la pobre jóven empezó á llorar de un modo desgarrador.

—¡Adios, pues!—replicó Eduardo disponiéndose á partir.

—¡Nó, nó!—exclamó María cayendo á sus piés; y abrazando sus rodillas continuó diciéndole:—¡Por Dios, Eduardo! ¡Por la gloria de los séres á quien más quieras, accede á mis ruegos! Considera que mi pobre mamá se morirá de vergüenza en sabiendo mi deshonra. Mira, únete conmigo, salva mi honra, y yo te juro por mi salvacion que en el mismo dia que sea tu esposa dejo de existir y puedes despues enlazarte tranquilo con quien quieras. Yo no puedo va vivir, yo deseo la muerte; pero no quiero bajar al sepulcro con el remordimiento de haber manchado por debilidad el apellido honroso de mi familia.

Eduardo estaba mudo, sombrío, su conciencia le martirizaba.

En aquel momento el relój de la catedral dió las ocho.

—¡La hora!—exclamó Eduardo, dando un paso hácia la casa de Elisa.

—¿Conque no te convencen mis razones?—preguntó María alzándose del suelo de una manera nerviosa. ¿Conque te vas á unir á otra mujer, sin tener en cuenta para nada mi honra, ni la vida de mi madre?

—Nuestras relaciones fueron un pasatiempo, señora:

yo tenía ya empeñada mi palabra á la persona con quien voy á unirme; conque quedad con Dios, porque yo no he de ser el que más pierda si se provoca un escándalo. Y terminando así de hablar, el jóven apartó á María que le cerraba el paso con objeto de dirigirse á casa de Elisa.

—¿Lo quieres? pues sea,—gritó entónces de una manera indecible la hija de doña Antonia: y rápida como el relámpago desnudó un pequeño puñal que llevaba oculto y le asestó contra el pecho de su seductor, diciendo:

—¡Tu vida por mi honra!

Eduardo, á pesar de la sorpresa, rechazó con un movimiento vigoroso la acometida, y ciego de cólera asió con su mano izquierda la delicada diestra de María, y levantó su brazo derecho con el puño cerrado en actitud de aniquilar á la pobre jóven.

—¡Detente, ó te levanto la tapa de los sesos!—exclamé yo entonces apareciendo y encarando una pistola á mi antiguo amigo.

—¡Luis!—exclamó Eduardo con iracundo acento, soltando á la jóven.

—Sí, yo soy; que te ódio con toda mi alma, por cínico y malvado.

—¡Abusas de que me cojes indefenso, y aprovechas la ocasion para insultarme!...

¡Oh!... si estuviera armada mi diestra como está la tuya, no osarias hablar como lo haces.... ¡Miserable! ¡Cobardel

—Ni una frase más, Eduardo; ni una frase más, ó no respondo de mí.

Este miserable, este cobarde como tu dices, no tiene inconveniente en cambiar contigo una bala en el sitio y á la hora que quieras.

—Mañana, á las ocho, en las tapias del cementerio.

—Allí estaré.



—¡Oh!... allí te convencerás de que no me insulta á mí nadie á mansalva.

Eduardo se lanzó al portal de la casa de su futura y yo abandoné la calle.

María, que al apercibirse de mi presencia, conoció que me había enterado del secreto de su honra, lanzó un grito y huyó con la velocidad del relámpago.

Desalentada, loca, descendió por la cuesta del Cristo de la Luz, y repasando la puerta de Bisagra se aventuró en la Vega.

La noche era oscurísima, y el viento, silbando á largas ráfagas, arrebatava los cardos silvestres haciendo saltar las cañas y tronchando las ramas de los árboles.

María, sin cuidarse de nada, dirigíase maquinal pero rápidamente á la quinta, pareciendo más que un ser humano, una sombra, un fantasma á quien el viento llevaba en sus alas.

Tan acelerada marcha agotó al fin sus fuerzas, y la joven vino al suelo exhalando un gemido.

Al día siguiente, y á la hora convenida, esperaba yo, acompañado de un amigo de confianza, á Eduardo junto á las tapias del cementerio.

Pocos momentos despues mi competidor llegaba acompañado de otro caballero.

El cementerio se encuentra colocado en medio de una estensa vega, á quien cerca por el lado opuesto á la ciudad una serie de pequeñas colinas cubiertas de vides, olivos y encinas, y es, por lo tanto, un sitio muy poco

apropósito para el asunto que pretendíamos ventilar.

—Repasemos, si á ustedes les parece,—nos dijo Eduardo,—algunas de esas colinas y á la parte opuesta podremos batirnos sin que nadie nos moleste.

Accedimos á su proposicion y nos pusimos en marcha.

Al dar vuelta á un ribazo, presentóse ante nuestra vista un grupo de labriegos que conducían en una especie de parihuelas, formadas con ramas de álamo, el cuerpo de una mujer.

Al acercarnos, una exclamacion de horror se escapó de mis labios: acababa de reconocer en aquel tronco inanimado y frio el de la desgraciada María.

Aquellos labriegos la habían encontrado muerta junto á unos grupos de álamos, cerca del rio.

Una congestion cerebral violenta le había arrebatado la vida.

—¡Ahí tienes tu obra, asesino!—exclamé dirigiéndome á Eduardo señalándole el cadáver de su víctima.

Mi antiguo amigo, que contemplaba aterrado el cuerpo de Maria, al escuchar mi voz lanzó una especie de rugido, y clavando en mí su vista llameante replicó:

—¡Vamos, vamos á matarnos! necesito sangre, ¡mucha sangre!

Llegamos por fin á un sitio conveniente, y como ninguno de los dos estaba dispuesto á poner obstáculo alguno á lo que acordasen nuestros testigos, las condiciones del combate quedaron instantáneamente arregladas.

Nos batiríamos á pistola, á treinta pasos, avanzando y haciendo fuego cuando cada uno quisiera.

Examinadas y cargadas las armas y medida la distancia, nos encontramos enfrente como enemigos mortales, los que tan amigos habíamos sido desde nuestra niñez.

Éduardo era mejor tirador que yo; pero la justicia de mi causa me daba alientos y la creencia de que el cielo no podía consentir que el malvado triunfara, me infundía una gran serenidad.

Eduardo, por el contrario, se encontraba excitado, nervioso; la vista del cadáver de María le había puesto fuera de sí; de manera que en aquel momento la ventaja estaba de mi parte.

Sonaron por fin las tres palmadas y Eduardo avanzó seis pasos sin encararme su pistola.

Yo permanecí en guardia clavado en mi sitio.

Avanzó seis pasos más y me apuntó: yo sin moverme de mi puesto le apunté también.

Hizo fuego y su bala pasó rozándome la frente; entonces avancé y con una saña de que me he arrepentido muchas veces me acerqué á él, que permanecía en el sitio desde donde me disparara, y poniéndole la boca de mi pistola sobre el corazón, le dije:

—¡Cobarde, asesino, hasta la eternidad!

Hice fuego y Eduardo rodó en tierra exhalando á mis plantas su último aliento.

En la misma tarde de aquel día súpose en Toledo lo ocurrido con todos los detalles.

La familia de la esposa de Eduardo acudió á los tribunales acusándome de haberle asesinado, y entonces tuve que escapar de España corriendo á buscar en extranjero suelo un refugio seguro.

Poco más de un año estuve en Portugal con la esperanza de que, merced á las gestiones de mis amigos, la parte interesada me perdonaría y podría ser inductado; pero esto no fué así, y convencido de la inutilidad de mis esfuerzos me embarqué para América resuelto á renunciar para siempre á mi querida España.

Establecíme en Buenos-Aires, y cuando tras algunos años de prósperos negocios conté con algun capital, me trasladé á Cuba, fijando en definitiva mi residencia en Cárdenas.

Allí me ha sido la suerte favorable y he visto aumentarse mis recursos de una manera como no pude soñar.

En esta situación, y creyendo tener asegurado mi porvenir, sentí el vacío de la falta de familia, cosa que no me había preocupado durante la juventud.

Entonces volví los ojos al único vástago de la mia que quedaba en España, á la pobre Isabel.

Escribí una y otra carta, y no recibiendo contestacion vine en su busca.

Lo demás lo sabes demasiado bien: á qué, pues, repetirlo.

Ocho dias despues de las escenas anteriores nuestros viajeros llegaron sin novedad á Cuba.

Don José Aguirre dió á sus principales cuenta detallada de la comision que le confiaron, y renunciando su destino se fué á vivir á Cárdenas al lado de su hermano político.

CAPÍTULO XXXIV.

La delacion.

Volvamos en busca de tres de los principales personajes de nuestro libro, á quienes hemos perdido de vista desde el instante que arrancaron al banquero Pagés su honra y su dinero.

Juan de Céspedes, el *Dómine* y Julieta escaparon de Barcelona en un vapor que tenían preparado en el puerto, y el cual les trasladó á Cádiz desde donde regresaron á Madrid sin contratiempo alguno.

Con el pingüe botin arrancado al banquero y con el producto de dos grandes falsificaciones de billetes llevadas á cabo con felicidad, los fondos de la criminal aso-

ciacion ascendían á cerca de veinte millones de reales, y el *Dómine* insinuó á la *Señora* la conveniencia de hacer una distribucion de fondos entre todos los asociados.

Accedió la baronesa á los deseos de su cómplice y le ordenó que para de allí á tres dias convocase á los jefes de las secciones á junta, á las once de la noche, y en el local que ya conocen nuestros lectores.

Despidióse el *Dómine* para cumplir lo que se le ordenaba, y apenas salió de la estancia, cuando Julieta encerrándose en su gabinete dió orden á sus criados de que no estaba para nadie, á excepcion de Céspedes, y se puso á escribir una larga y estensa carta, para cuya redaccion consultaba á menudo un pequeño cuaderno que sacó de un secreto de su *buró* y el cual estaba escrito con signos que nos ha sido imposible descifrar.

Dos plieguecillos llenó por las cuatro caras de una letra menuda y estrechísima, y despues de leerlos y hacer algunas enmiendas, los plegó cuidadosamente, sacó de un estantito, oculto con la tapicería de las paredes de la habitacion, un legajo y separando de él varios cuadernos encerró los restantes y la carta recién escrita en un gran sobre, y arrojó los papeles que apartara y el librito que le sirviera de consulta al fuego vivísimo que ardía en la chimenea.

Cuando apenas se habían consumido los papeles y el hogar veíase cubierto de negras pavesas, el portier de entrada se alzó y Juan de Céspedes asomando la cabeza dijo sonriendo:

—¿Se puede?

—Adelante,—exclamó Julieta lanzando al recién venido la más ardiente de sus miradas y haciéndole ver la más graciosa de sus sonrisas.

—¡Diablo! ¿Estamos de auto de fé? Que olor más insoportable á papel quemado.

—Pues ese olor debe serte tan grato como era, según nos cuenta la crónica, el de los cadáveres de sus enemigos para el rey de Francia Luis XI.

El fuego ha devorado cuantas pruebas de culpabilidad existían contra tí en el archivo de nuestra asociación.

—¿Pero qué te ha movido á hacer eso?

—Aproxímate y escucha.

Céspedes se sentó en la misma marquesita en que estaba Julieta, y los dos amantes entregáronse á una conversacion animadísima é interesante, á juzgar por los gestos y la accion de ambos, pues por lo demás hablaban en voz tan baja que no nos fué posible más que cojer algunas frases sueltas.

Entre las que entendimos estaban las siguientes:

—¡De ninguna manera! ¡Eso es una villanía! ¡Eso es una traicion infame!—decía Céspedes.

—¡Calla! ¡calla! y déjame acabar,—replicaba Julieta y volvía á la carga reanundo su conferencia.

—¡Sea como tu quieras!—exclamó media hora despues Céspedes, alzándose sonriendo de donde estaba sentado.

—Tó,na, tóma este pliego y escribe el sobre; y Julieta entregó á nuestros jóven el que cerró ántes de quemar los papeles.

—Despues de todo, la verdad es que el golpe es magistral é ingenioso,—exclamó Céspedes tomando una pluma.

—Y sobre todo aprovechado y hasta santo,—replicó Julieta sonriendo,—pues ya sabes que quien roba á un ladrón...

—Es verdad,—respondió el jóven soltando una carcajada; y desfigurando la letra puso en el sobre:

Al Excelentísimo Señor Gobernador Civil de la provincia.—URGENTE Y RESERVADO.

Tres días despues de estos sucesos, celebrábase, segun orden de Julieta, la reunion de los jefes principales de los *Caballeros de la Garra*.

Apénas sonaron las once, cuando empezaron los convocados á acudir al sitio de la cita, que no era otro que el cuarto entresuelo de la calle de las Huertas, donde vimos por primera vez presentarse á Juan Aguirre con la targeta que el *Dómine* le diera en el Saladero.

La seña para penetrar era la misma que en aquella época, y la persona que abr'á la puerta una viejecilla parrecida en todo á la que franqueó la entrada á Aguirre en la ocasion á que nos hemos referido.

En el kiosco del portero ardía una lámpara, pero no había nadie; en cambio en el quicio de la puerta de la calle veíase á un jóven como de diez y nueve años que ostentando el uniforme de los voluntarios de Cuba fumaba tranquilamente un cigarro puro.

—Sin novedad,—decía en voz sumamente baja á cuantas personas penetraban en la casa el futuro guerrero, que no era si no nuestro conocido el *Galleguito*, á quien sus jefes le habían encomendado, como medida de precaucion, el papel que desempeñaba.

Acababa de repetir su frase sacramental á tres individuos que, como si no la hubieran oido, se aventuraron por la escalera, cuando en el dintel de la entrada aparecieron dos nuevos personajes.

Venía el uno cuidadosamente envuelto en un ancho paletó oscuro, forrado de pieles, cuyo cuello le subía hasta el ala de su sombrero de copa, y traía sus manos sepultadas en las enormes bolsillos de su abrigo; y rebujábase el otro en una flamante capa con vueltas de terciopelo rojo, cuyo embozó se elevaba tambien hasta tocar las anchas alas de un hongo sin armar que cubria su cabeza.

—¡Sin novedad!—repitió el *Galleguito* al conocer á los recién venidos.

—¿Has *filao* bien, *Gallego*?—replicó el de la capa bajándose un poco el embozo y descubriendo el semblante del *Guindilla*, á quien ya conocen nuestros lectores.

—Al pelo, *Guindilla*, al pelo;—contestó el interpelado.

Los recién venidos avanzaron hácia la escalera, y el *Galleguito* tirando su cigarro encendido á la acera de en frente, metió sus dos manos en los bolsillos del pantalón y amartilló dos medias pistolas que en los mismos llevaba.

Apénas el cigarro arrojado dejó ver una lluvia de chispas lanzadas al estrellarse en la pared, cuando como si fuera una señal convenida, abriéronse sin hacer ruido las puertas de las dos casas más inmediatas á la en que estaba el *Galleguito*, y dos grupos de agentes de la ronda secreta se fueron aproximando silenciosamente á donde estaba nuestro jóven.

En aquel momento el eco de un disparo dejóse sentir en el interior de la casa, y el *Guindilla* y el *Dómine*. pues él era el caballero envuelto en el paletót, retrocedieron precipitadamente, pretendiendo ganar la calle.

—¡Atrás!—gritó el *Galleguito* al verlos descender al portal, dirigiendo sobre ellos las bocas de sus pistolas.

—¡Miserable!—exclamó el *Dómine* ahogado por la rabia.

—¡Traidor!—rugió el *Guindilla*; y saltando como una pantera, se lanzó sobre el jóven navaja en mano.

—¡Muere!—replicó entonces el *Galleguito* disparando sobre su agresor que rodó sin vida atravesado el pecho de un balazo.

En aquel momento el grupo de agentes de la ronda invadió el portal, disparando contra el *Dómine* que revolver en mano pretendía abrirse paso.

—¡Matarle, que este es el jefe principal de la banda!— gritó el *Gallego*.

—Tú me acompañarás al otro mundo,—replicó el *Dómine* rugiente como una fiera acorralada; y apoyándose en la barandilla de la escalera, pues se encontraba herido en el vientre y en el cuello, disparó sobre el jóven con tal precision que le hizo rodar en tierra de un balazo en la frente. La policía cayó entonces sobre él, que vino al suelo espirante al mismo pié de la escalera, é invadiendo la casa dentro de la cual se encontraba oculto Quintana con diez hombre escogidos desde la noche anterior, prendió ó mató á cuantos *Caballeros de la Garra* acudieron á aquella encerrona preparada de la manera que más adelante verán nuestros lectores.

Mientras tan terribles escenas ocurrían en Madrid, corrían hácia Portugal, encerrados en un elegante reservado de primera, Juan Aguirre, pues ya había abandonado su supuesto apellido; y Julia, baronesa de Rossellini, perfectamente documentados y llevándose por delante, en oro, alhajas y letras sobre Nueva-York, todo el fruto de los robos, falsificaciones y estafas de la criminal asociacion á que dieron vida, y á quien acababan de matar del siguiente modo:

El pliego á que Juan Aguirre puso la direccion que ya sabemos, llegó oportunamente á manos de la autoridad á quien iba dirigido.

Encerradas en él se encontraban todas las pruebas de los diferentes delitos que habian sido ejecutados por los *Caballeros de la Garra*, esceptuando aquellos en que tomara parte Aguirre.

En los dos plieguecillos escritos por Julieta aparecía la lista nominal, con los respectivos álias de todos los afiliados, sus señas particulares y las de sus respectivos domicilios, y una instruccion detallada del modo y manera

en que debía de celebrarse la reunion consabida y el objeto principal de la misma.

Así que la primera autoridad de la provincia se enteró minuciosa y detenidamente de todo, hizo llamar á Quintana, y encerrándose con él en un retirado gabinete dió principio al siguiente diálogo:

—Vamos á ver, señor Quintana, ¿qué hay de esa asociacion de bandidos cuya existencia me denunció usted hace ya dias?

—Señor gobernador: no he podido adelantar casi nada en mis investigaciones; solo sí me voy convenciendo más cada dia de que mis sospechas son fundadas y de que si no todos, la mayor parte de los robos y falsificaciones que se hacen en Madrid son dirigidos por un centro poderoso, activo y sagáz.

Yo vuelvo á asegurar á usted, señor Gobernador, que trabajaré sin descanso hasta descubrir por completo este asunto.

—No tiene usted que molestarle, porque todo está ya descubierto.

Vea usted, vea usted esto. Y el jefe entregó á su subordinado los documentos consabidos.

Media hora despues, Quintana abandonaba el Gobierno civil, despues de haber convenido con el gobernador la forma y el modo de dar caza á aquella infame asociacion.

A la noche siguiente el *Gallito*, detenido por una pareja de la ronda, fué conducido en un coche á presencia de su paisano y víctima en otro tiempo Quintana.

—¡Hola, buena pieza!—exclamó el inspector especial dando una palmadita en el hombro del timador, quien habiendo conocido á su víctima desde el momento que penetró en el despacho, se encontraba descompuesto á pesar de su probada serenidad.

Quintana, sacando de un bolsillo de su chaleco un

magnífico reloj de oro, y de un de los de su gaban un no menos magnífico rompe-cabezas, continuó diciendo á su paisano: *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*; así, pues, mira: son las doce y media, si á las doce y treinta y cinco; no me has revelado, con todos sus detalles, á qué os reunís mañana á las once de la noche en la calle de las Huertas todos los *Caballeros de la Garra* y qué papel es el que tú vas á desempeñar en aquella reunion, con este juguete, y le indicó el rompe-cabezas, no te voy á dejar hueso sano; y diciendo y haciendo sacudió un tremendo golpe al timador en el hombro izquierdo.

El *Galleguito*, que se encontraba aterrado desde las primeras palabras de Quintana, lanzó un doloroso quejido.

—No sé nada, no sé nada; se lo juro á usted por la gloria de...

—No blasfemes,—replicó el inspector,—descárgandole dos nuevos golpes.

—¡Por Dios, que me va usted á estropear, tenga usted compasion!—decía el *Galleguito* arrinconándose.

—¡Habla, miserable, ó te hundo el cráneo!—proseguía Quintana levantando el terrible rompe-cabezas.

—No puedo hablar, no puedo:—decía desesperado el ratero.

—Ya sé que tienes pena de la vida si revelas los secretos de esa criminal asociacion; pero no es ese el verdadero peligro que ahora te amenaza.

Si hablas, esos bandidos no te castigarán porque los tengo á todos en mi mano; y si no, para que te convenzas, mira: estos son todos los datos que guardaban en su archivo. Pero si te obstinas en callar, si no te avienes á hacer incondicionalmente cuanto yo te ordene vas á salir de aquí para el cementerio; escoje, pues.

El *Galleguito* clavó sus ojos en los papeles que le enseñaba el inspector, y conociendo asombrado la verdad de lo que le decía, replicó:

—Yo haré cuanto usted quiera... ¿pero qué vá á ser de mí?

—Eso corre de tu cuenta y de la mia. Segun te portes obraré yo.

—Pues á discrecion me entrego, confiando ciegamente en usted.

Quintana dió entonces sus instrucciones al *Galleguito*, y fueron tan exactamente cumplidas que dieron el resultado que ya conocen nuestros lectores.

CAPÍTULO XXXV.

Quien mal anda mal acaba.

Mientras los sucesos referidos tenían lugar en Madrid, un hermoso clíper norte-americano, de ochocientas toneladas, armado de brick-barca, salía de Lisboa para Boston, llevando á bordo á Aguirre y á Julieta, dueños de las riquezas de la criminal asociacion recién destruida.

El tiempo era delicioso y los primeros dias de navegacion deslizaróse sin contratiempo alguno para los dos amantes, que formando los más risueños proyectos, soñaban con un porvenir de dicha y de ventura.

Una noche encontrabáse Julieta profundamente dormida en su camarote, y Aguirre, desvelado por sus recuerdos, repasaba en su imaginacion las borrascosas escenas de su vida, cuando un ruido extraño vino á sobre-

saltarle de tal manera que le hizo abandonar el lecho y subir á enterarse de la causa que lo motivara.

Apenas puso el pié sobre cubierta notó en la tripulacion un movimienio incesante y desusado.

—¿Qué ocurre, capitán?—preguntó cuidadoso.

—Lo más malo que puede pasar á bordo: que tenemos fuego y no sabemos todavía en dónde.

Aguirre se quedó como petrificado, y su primer pensamiento fué participar á Julieta el riesgo en que se encontraban; pero reflexionó que si el accidente podía ser remediado, lo mejor era no alarmarla y decidióse á esperar hasta el último extremo.

Unióse, pues, á la tripulacion dispuesto á prestar su concurso para toda clase de trabajos.

El fuego manifestóse por fin en el sollado del buque, pero con tal intensidad que los esfuerzos empleados para su extincion eran ineficaces.

Una fatalidad vino á prestar nueva fuerza al voraz elemento: una pipa de alcohol se desfondó, y comunicándose con otras que iban en el sollado, avivó de tal manera el fuego que, conociendo el capitán que no había salvacion posible, temeroso de que el buque se fuese á fondo, dió la órden de abandonarle y botar al agua las lanchas que llevaba á los costados.

La confusion fué terrible en aquel supremo instante.

Aguirre corrió al camarote de Julieta con objeto de salvarla y salvar los fondos que conducía; pero no pudo lograr su intento, pues el fuego habia invadido aquella parte del buque y las llamas le cerraron el paso.

Disponíase nuestro jóven á jugar el todo por el todo, lanzándose á través de las llamas, cuando dos robustos marinos le asieron de ambos brazos, y sin cuidarse para nada de sus protestas, le lanzaron á uno de los botes. Su mala estrella le hizo dar con la cabeza en la banda de la

lancha, recibiendo un golpe tan terrible que le privó del conocimiento.

El capitán mandó partir, y los botes se separaron del buque que ardía ya completamente por la proa. Habían remado como unas treinta brazas cuando presenciaron una escena terrible.

El fuego invadió la cubierta del buque, y Julieta, con los vestidos y los cabellos ardiendo, presentose sobre la toldilla y arrojando un grito horroroso y penetrante se lanzó al mar. Todos menos su amante se habían olvidado de aquella mujer á quien el fuego sorprendió en brazos del sueño más profundo. Entre tanto Aguirre volvía en su conocimiento bastante á tiempo para oír una detonacion tremenda y vér el espectáculo de que al estallar el casco del buque, lanzaba en el espacio mil fragmentos de fuego y enterraba en los profundos abismos del Océano su amor y sus riquezas.

CAPITULO XXXVI.

El salto.

Han pasado cuatro años desde los últimos sucesos, y Juan Aguirre vive en Madrid dedicado al juego, para lo cual ha descubierto una rara habilidad.

Conducido á Canarias por un buque que los recogiera, despues de la catástrofe narrada en el anterior capítulo, encontróse sin recursos, regresando á Madrid merced casi á la caridad pública.

De vuelta en la córte, buscó en el juego su manera de vivir, y como en aquel tiempo el juego fuese perseguido y las principales casas de monte se encontrasen cerradas, empezó á frecuentar las *chirlatas*, (1) y los *sal-*

(1) *Chirlatas* son las casas de juego donde todos los que apuestan están de acuerdo con los banqueros para estafar al infeliz que es conducido allí por los *ganchos*.

tos, (1) tallando en unas y siendo uno de los puntos figurados en las otras.

Cuando le volvemos á presentar á nuestros lectores se encontraba Juan en una habitacion del piso segundo de la misma casa en que perdiera á su madre; habitacion ocupada ahora por un ex-coronel carlista, quien, merced á una buena recompensa, la cedía á los jugadores seis veces al mes, á fin de que pudiesen ejercer su industria al abrigo de las miradas de la policia.

La partida era numerosa en aquella sesion. Y Juan tallaba, ó con mucha suerte ó con mucha habilidad, pues se iba encontrando dueño del dinero de todos.

El juego cesó; los desplumados, cariacontecidos, fueron abandonando poco á poco el local, y Juan y sus más allegados, pasando á una habitacion inmediata, despues de hacer su balance, pusieron á cenar de una manera suculenta. Los vinos y los licores corrieron en abundancia con esa prodigalidad que es costumbre cuando son pagados con el dinero del juego.

Serian las tres de la mañana cuando Aguirre, acompañado de otro individuo, dejaba casi beodo la habitacion, llevándose liados en un pañuelo una buena suma en plata y billetes de banco.

En el primer tramo de escalera su acompañante se lanzó de repente sobre él y dándole una puñalada le hizo rodar algunos escalones. El herido lanzó un grito de muerte, y el asesino arrebatándole cuanto consigo llevaba ganó la calle poniéndose en salvo. A la mañana siguiente, Juan yacía sin conocimiento en un pobre, pero aseado lecho, colocado en la misma guardilla en que por primera vez se lo mostramos á nuestros lectores.

(1) *Salto* son las partidas de juego que por miedo á la policia se trasladan continuamente de una casa á otra.

La herida causada por el puñal asesino era muy leve, pero el golpe que recibiera al caer, en el estado de embriaguez que se encontraba, le había privado del conocimiento, y atravesado en medio de la escalera fué reconocido y recogido por el memorialista que vivía en otro tiempo en el cuarto segundo, y que ahora, por la falta de su hijo, que continuaba en el ejército de Cuba próximo á cumplir, se veía obligado á habitar la guardilla de la misma casa.

Mucho tiempo hacía que no había visto á nuestro jóven, pero al contemplarle en aquel estado, movido de compasion, le recogió y colocó en su guardilla.

Eran las nueve de la mañana: la habitacion se encontraba sola, el silencio que en ella reinaba era no más interrumpido por la agitada respiracion del jóven, que sumido en un profundo letargo sufría horriblemente atormentado por una cruel pesadilla

Su corazon avezado al crimen, encenagado en el vicio, aturdido por el ruido de su agitada vida, no había escuchado hasta entonces la voz de la conciencia; de ese juez inexorable y justo que dentro de nosotros protesta siempre contra cualquier accion mala que cometemos.

Los recuerdos de su infancia, los consejos de su buen padre, que tan culpablemente había olvidado, y la severa fisonomía de su madre que le reprendía por su olvido, juntos con las escenas borrascosas de su vida criminal, se agolpaban en confuso tropel á su mente calenturienta. Un copioso sudor bañaba su frente, y el jóven, padeciendo horrorosamente, se revolcaba en su lecho.

Por último, lanzó un grito agudo y despertó sobresaltado.

Sus asombrados ojos se posaron con rapidez en la habitacion en que se encontraba.

Y sin poderse dar cuenta de las causas que hasta allí le condujeron, recordaba con alegría y temor los desgraciados momentos de su vida, que se habían deslizado en aquella miserable pero tranquila estancia.

Largo rato estuvo embebido en sus pensamientos, hasta que por último, despejada su imaginacion recordó con horror sus pasados y criminales excesos, y rompió en un copioso y abundante llanto. El arrepentimiento había descendido á su corazon, y las lágrimas que escaldaban sus megillas eran á su alma como el fresco y bienhechor rocío de la mañana á la flor, á quien el estío se encuentra próximo á agostar.

Juan, vertiendo un torrente de lágrimas, abrumado por los remordimientos, había caido al suelo, y con el mayor fervor elevaba á Dios sus preces demandando el perdon de sus pasadas faltas.

Aquel ser á quien las injusticias de la sociedad, irri-tándole, le lanzaron en el camino del vicio, haciéndole olvidar cuanto le enseñaron sus honrados padres, despues de recorrer toda la escala de la degradacion y de la perversidad, despues de haber revolcado su alma en el inmundo cieno, tornaba, purificado por un sincero arrepentimiento, al camino de la virtud.

Con razon sobrada ha dicho un autor que el arrepentimiento es un segundo bautismo.

CONCLUSION.

La desgraciada hija de Pagés, á quien la accion inícuca de Juan Aguirre redujo como ya vieron nuestros lectores al más precario estado, vió acabarse los escasos recursos que sacó de casa de su difunto padre, y con una abnegacion impropia de sus años y sobre todo de la costumbre de toda su vida, que vió deslizarse en medio del lujo y de la abundancia, empezó á trabajar asiduamente á fin de contar con medios de sostenerse.

Clotilde bordaba de una manera primorosa, y lo que durante su época de esplendor era uno de los adornos de su educacion esmerada, en la época tristisima de su desgracia fué la única tabla de salvacion á que pudo asirse.

Empezó, pues, á bordar para algunos comercios, y con el producto de este trabajo y de algunos encargos particulares, vivía de la manera más modesta, llorando su infortunio, pero sin poder arrancar, á pesar de todo, de su corazon tan herido, el recuerdo del hombre á quien tan ciegameamente adorara.

Un dia encontróse Clotilde con una carta de Cuba,

dentro de la cual venía una libranza de cien duros, y cuyo contenido era el siguiente:

«CLOTILDE:

»Un antiguo amigo de tu familia, un hombre que durante tu infancia te quiso casi con el mismo entrañable cariño que quería á sus hijos y que está enterado de cuanto te ha sucedido velará constantemente por tí.

»Todos los meses recibirás una libranza igual á la adjunta á fin de que no carezcas de lo necesario y puedas vivir decorosamente.

»No te desalientes; no te entregues al dolor, ni aborrezcas al hombre á quien te ligó el destino, y el cual, cegado por un mal entendido sentimiento de venganza, llevó á cabo la incalificable accion que te sumió en la desdicha.

»Confía en quien se dirige á tí, ocultando su nombre, hasta que pueda devolverte por completo la calma y la «ventura de que tan merecedora eres.

UN ANTIGUO AMIGO DE TU FAMILIA.»

Clotilde, que se creía sola en el mundo y que en el estado tristísimo en que se encontraba había tocado los desengaños que se tocan cuando se desciende de posicion, lloró de alegría al leer las consoladoras frases de aquel escrito y le cubrió de lágrimas y besos.

En aquella carta se encontraban encerradas las únicas palabras de consuelo y de esperanza que llegaron á su alma desde que la hirió el infortunio.

Con aquel escrito, su espíritu se fortaleció, calmóse un

tanto su angustiosa pena y esperó confiada en su desconocido protector.

Este, como no habrán podido menos de adivinar nuestros lectores, no era otro que don José Aguirre á quien ya vimos resuelto á proteger á la pobre jóven en cuanto su posicion se lo permitiese.

El encuentro con su hermano político le puso en seguida en aptitud de realizar su noble propósito, así que apenas llegaron á Cárdenas, escribieron á uno de los comerciantes más fuertes de Barcelona pidiéndole datos sobre el paradero y estado de la hija de Pajés.

En vista de los antecedentes que recibieron empezaron á obrar de la manera que llevamos relatado.

Sin levantar mano comenzó tambien don Luis á procurar la rehabilitacion y el indulto de don José.

Reintegró á la Hacienda los dos mil duros que resultaron de desfalco en la caja de la tesorería de Cádiz, y previo este requisito y merced á la influencia de la persona que se encontraba entonces de capitan general de la isla, el indulto fué conseguido, encontrándose el padre de Juan en actitud de volver á España sin temor de ser molestado por nadie.

Pero para que la dicha no fuese completa, la fatalidad se ensañaba contra don Luis, á quien la viuda de su antiguo amigo Eduardo Rosales se obstinó en no perdonar, á pesar del tiempo trascurrido, no consiguiendo las personas que se encargaron de convencerla más que la promesa formal que les hizo de no molestarle en su residencia de Cárdenas.

Don Luis, que no perdonaba medio para hacer que los demás fuesen felices, veíase privado de poder realizar la única aspiración de su alma, el único deseo de su corazón, que era el acabar tranquilamente sus días bajo el hermoso cielo de su patria.

Don Calixto Herreros había sido también víctima de un accidente que le tenía arruinado, loco y á las puertas de la eternidad.

Veamos cuál fué la causa del mismo:

Deshecha la asociación de los *Caballeros de la Garra*, y muertos ó presos la mayor parte de sus individuos, los que lograron evadirse de las garras de la justicia se diseminaron por completo.

El *Mancheguito*, huyendo de la quema, refugióse en Toledo, donde vivió algunos años dedicándose á la profesión de Chalan.

Pero sus negocios, que en un principio marcharon bien, se torcieron á causa de haber adquirido dos parejas de mulas que no se le habían perdido á su legítimo dueño, y que sin embargo se habían encontrado unos gitanos; y el juzgado interviniendo en el asunto, arruinó á nuestro héroe despues de tenerle á la sombra en la cárcel de Illescas muy cerca de veinte meses.

Al verse en libertad y sin un cuarto, dirigióse á Madrid, antiguo teatro de sus hazañas, á ver si caía algo que hacer.

La casualidad le deparó bien pronto una ocasión propicia.

Se encontraba mi hombre una mañana en la plazuela de San Millan cuando vió cruzar á una chica rubia que, con la cesta en el brazo, se dirigía á la compra.

—¡Adios, *Manitas!*—exclamó nuestro héroe dirigiéndose á la doméstica, que no era otra que la novia del *Galleguito*, á quien la muerte de su amante y la persecucion activa emprendida contra los criminales habian obligado á ponerse á servir.

—¡Hola, *Manheguito!* ¿tú por aquí? ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Refirieronse ambos sus respectivas aventuras, y para poder hablar con más reserva y comodidad, la chica invitó á nuestro hombre á tomar la mañana, y penetrando en una buñuelería inmediata se posesionaron de una mesa en el sitio más retirado y oscuro que pudieron hallar.

La *Manitas* encontrábase sirviendo, hacia ya ocho meses, en casa de don Calixto Herreros, habiéndose captado la confianza de Andrea y mucho más la de su amo, á quien no le disgustaba la figura simpática y airosa de la muchacha.

Pero ésta encontrábase causada de estropear platos, lamentándose continuamente de que se agrietasen con el estropajo y la legía aquellas *manitas de oro* que Dios la diera. Pero habia tomado un miedo terrible á las pícaras quiebras de su antiguo oficio, y dudaba y temía en lanzarse á él de nuevo, cuando el encuentro con el *Manheguito* tuvo lugar.

La conferencia celebrada en la buñuelería devolvió á la chica su antiguo amor al arte de Caco; así que al separarse del *Manheguito*, éste ocupaba en el corazon de la rubia la plaza que dejó vacante el *Gallego*, y sobre la ca-

beza de don Calisto se empezó á cerner una tormenta que al estallar debía dar al traste con cuantos frutos produjo la usura al antiguo polizonte.

Dormía una noche el prestamista como un bienaventurado, cuando se sintió asir por dos manos robustas, y cuál no sería su sorpresa al abrir sus soñalientos ojos y verse sujeto en su lecho por dos hombres con los rostros tiznados, que amenazándole con sus puñales le decían:

—¡Si respira usted siquiera, le cosemos á puñaldas!

Transido de terror, perdió don Calixto el conocimiento, de manera que el *Mancheguito*, que él era quien ayudado por otro prójimo de su misma calaña efectuaba la sorpresa, pudo á su gusto atar de piés y manos al prestamista, introduciéndole además en la boca un pañuelo hecho nudos para impedirle gritar.

Al poco rato, la señora Andrea, atada y amordazada también, fué conducida al lecho donde se encontraba el usurero, y después de sujetar á ambos á los hierros de la cama, arrojaron sobre ella varios colchones.

Dueños por completo del campo los dos *Cacos*, y guiados por *Manitas de oro*, cargaron con cuanto en dinero y alhajas poseía don Calixto, abandonando la casa ántes de ser de día y sin ser notados por nadie.

Cuando á la mañana siguiente los porteros se apercibieron del suceso, y el juzgado hizo franquear la entrada del cuarto del prestamista, encontraron á éste moribundo y á la señora Andrea asfixiada.

Los esfuerzos de la ciencia salvaron la vida á don Calixto; pero quedó sumido en un estado peor mil veces que la misma muerte,

Las terribles impresiones que sufriera y la angustia

porque pasó, trastornaron su mente de tal modo que le hicieron caer en un completo estado de locura, cuyos frecuentes accesos hicieron precisa su traslación á una celda del manicomio de Leganés,

En el mismo día que esto tenía lugar, la familia del memorialista por quien fué recogido Juan Aguirre, pasaba el día de campo en las inmediaciones del indicado pueblo, celebrando el enlace de su hijo Manuel, que hacía algunos meses recibió su licencia en Cuba, á donde le tocó por suerte ir con su regimiento.

Su esposa no era otra que la simpática *Estrella de Lavapiés*, la viuda del torero Frasquito, á quien tantos disgusto causó con sus persecuciones don Calixto,

Conociendo, como conocen nuestros lectores las escenas ocurridas entre el prestamista y Luisa, podrán formar una idea acabada de la sorpresa que sufriría esta, cuando al llegar acompañada de su nueva familia y sus amigos á visitar el manicomio, vieron descender de un coche, en brazos de dos dependientes del establecimiento, á su antiguo perseguidor sujeto con una camisa de fuerza.

Un grito de horror se escapó de los labios de Luisa, y oprimiendo el brazo de su marido, á que iba cogida, exclamó con acento de terror:

—¡Manuel, por Dios, no me hagas visitar este manicomio; la vista de ese hombre me ha horrorizado!

—Tienes razón; hoy es día de gozar y vivir, no de padecer contemplando desventuras; y retrocediendo se alejó del establecimiento en compañía de cuantos formaban el nupcial cortejo.

Juan Aguirre se encontraba también entre los que

acompañaban á los recién casados, pues seguía viviendo en union de los padres de Manuel, ganando su subsistencia haciendo traducciones del francés para algunas empresas editoriales.

La vida modesta y tranquila que llevaba le parecia en extremo hermosa, libre de los recelos y continuos sobresaltos que por tantos años sufriera.

¡Cuánta felicidad gozaría su alma si no la martirizara el recuerdo de la pobre Clotilde á quien tan villanamente abandonó,

El temor de ser entregado á la justicia, si se presentaba á la jóven, era solo lo que le impedía acudir á reparar su falta

Pero la mano de la Providencia se encargó de allanarle el camino.

Un día la *Gaceta* llamaba á los parientes más próximos de don Luis Albarrán, muerto en la isla de Cuba, para que identificadas sus personas y probado su derecho en forma, se incautasen de la cuantiosa herencia del finado, que falleció sin hacer testamento y sin herederos forzosos.

Nuestro jóven, creyendo que de su familia no quedaba nadie más que él, arregló sus documentos y se embarcó para Cuba con objeto de hacer valer su derecho á la herencia.

Llegó, pues, á Cárdenas sin contratiempo alguno, y figúrense nuestros lectores cuál no sería su sorpresa al encontrarse conque al frente de la casa de su difunto tío se hallaba su padre don José.

La muerte de don Luis ocurrió de esta manera:
Desde el momento en que vió perdida la esperanza de poder regresar á España, apoderóse de él una tan grande melancolía que con nada era posible distraerlo.

Don José hizo todos los esfuerzos imaginables para disipar aquella espesa nube de tristeza que envolvía tan por completo á su hermano político, que amenazaba acabar con su vida.

Le hizo variar de costumbres, le obligó á abandonar la ciudad y trasladarse á uno de los ingenios que poseía en las inmediaciones, pero todo fué inútil: el estado de su ánimo fué empeorando y cayó por fin en cama preso de una fiebre tan maligna que puso fin á su existencia á los dos meses de enfermedad.

Reconocido el derecho que asistía á Juan Aguirre á los bienes del difunto hermano de su madre, tomó posesion de aquella cuantiosa fortuna que la Providencia la deparaba, y realizándola volvió con su padre á España.

Su alegría fué inmensa cuando al comunicar á su padre el vehemente deseo que sentía de buscar á Clotilde, supo lo que don José venía haciendo por ella y la proteccion que le dispensó casi desde los primeros días de su desgracia.

Asi que, apénas llegaron á Madrid, despues de dejar asegurada la subsistencia de la caritativa familia que le acogió en su seno, salió con su padre para Barcelona en busca de Clotilde. Don José presentóse á la jóven de quien se hizo reconocer y á quien preparó manifestándola los deseos de su hijo.

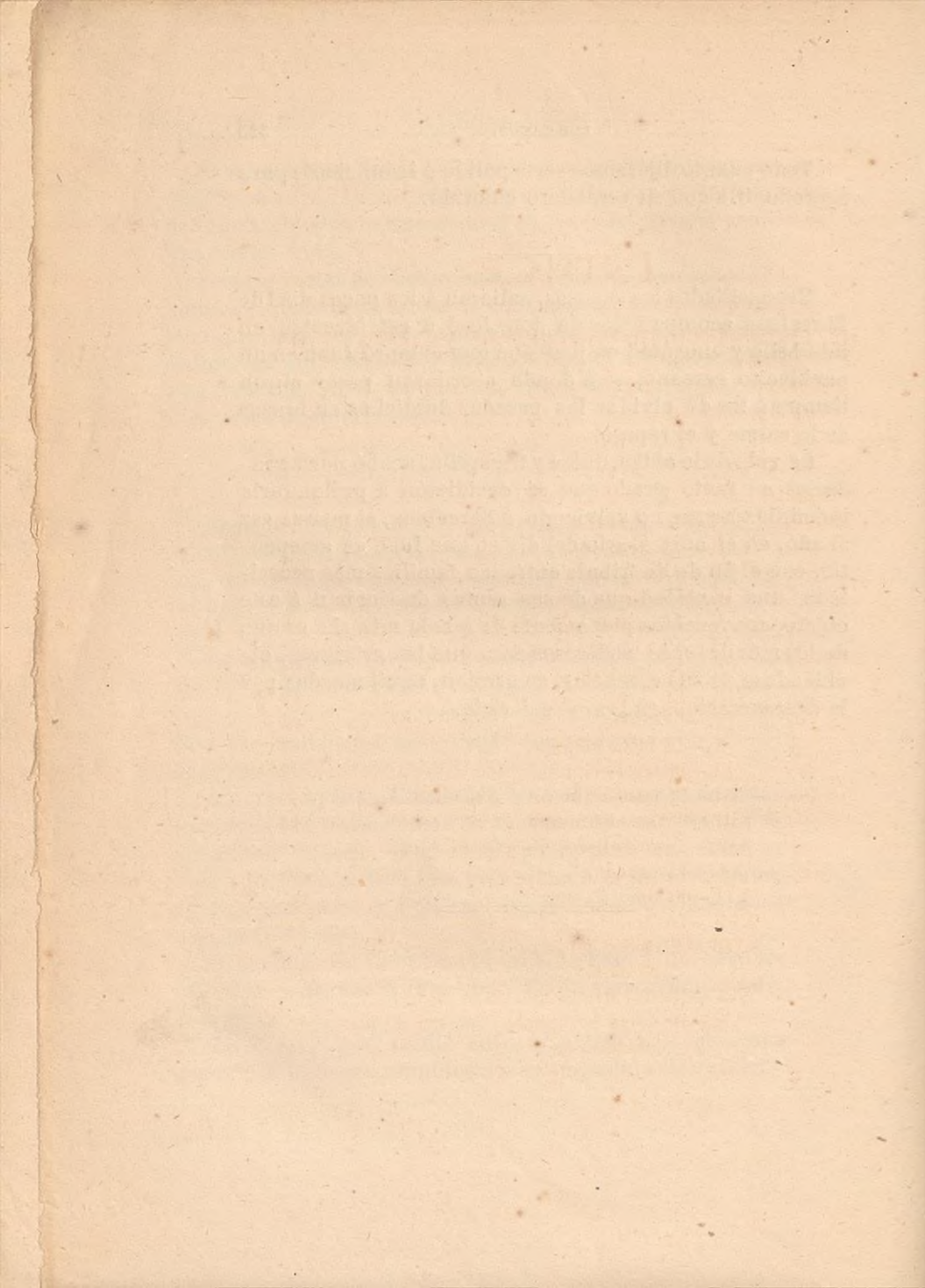
El gozo de la infortunada hija de Pagés no tuvo límites, pues amaba á Juan con toda su alma, como ya digimos.

La escena que medió entre aquellas tres personas cuando se hallaron reunidos nos es imposible describirla.

Todo cuanto dijéramos sería pálido é insuficiente para reproducirla con su verdadero colbrido.

Reconciliados los esposos, salieron á los pocos dias de Barcelona acompañados de don José á establecerse en una bella y encantadora posesion que compró Juan en un pueblecito cercano, y á donde acordaron pasar algun tiempo á fin de olvidar las pasadas desdichas en brazos de la calma y el reposo.

La vida de la aldea, dulce y tranquila, acabó por agradecerles en tanto grado que se decidieron á prolongarla indefinidamente, no volviendo á Barcelona, si no una vez al año, en el aniversario del dia en que Juan se arrepentió, con el fin de distribuir entre las familias más necesitadas una cantidad que de sus rentas destinaban á este objeto, convencidos plenamente de que la miseria es uno de los móviles más poderosos para que las criaturas, olvidándose de sus creencias, se arrojen, aguijoneadas por la desesperacion, en brazos del vicio.

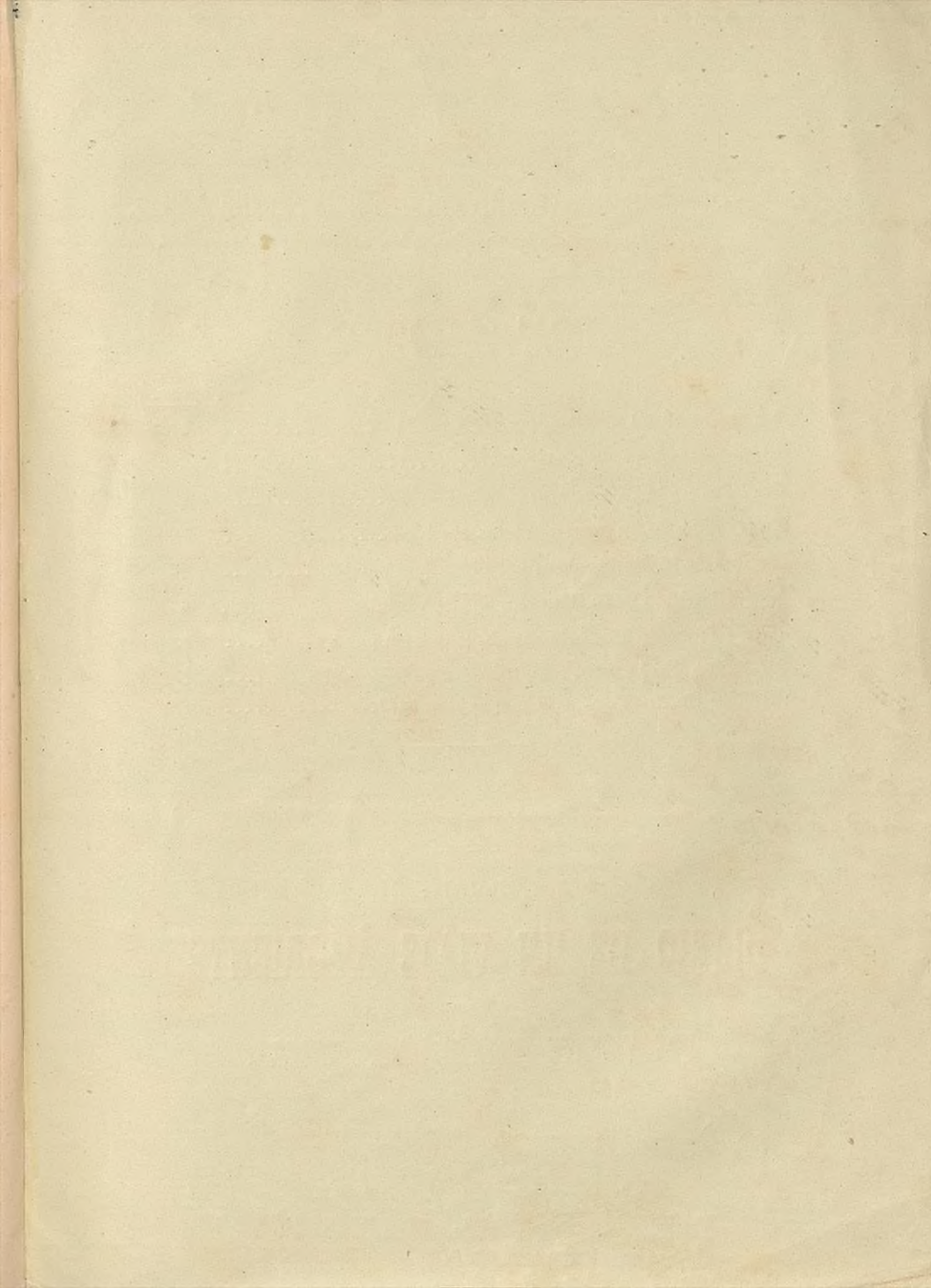


ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
Al lector.....	V
CAPÍTULO I.—La guardilla.....	1
— II.—Al descuido.....	8
— III.—Una historia de lágrimas.....	12
— IV.—Un hombre de bien perdido.....	21
— V.—Lo que es una madre.....	25
— VI.—Una esclava blanca.....	32
— VII.—El Saladero.....	36
— VIII.—En brazos del crimen.....	48
— IX.—La timba.....	53
— X.—La bella italiana.....	61
— XI.—Pietro Lucini.....	67
— XII.—El falsificador.....	76
— XIII.—El Dios del mundo.....	83
— XIV.—Los caballeros de la Garra.....	86
— XV.—El atraco.....	99
— XVI.—El timo.....	115
— XVII.—Los timadores en general.....	124
— XVIII.—El billar del <i>Romo</i> y la taberna de la <i>Alicantina</i>	135
— XIX.—No hay deuda que no se pague.....	154
— XX.—De cómo se hallaba Aguirre en Bar- celona.....	167

CAPÍTULO XXI.—Un policía jubilado y un aprendiz de idem.....	179
— XXII.—La Estrella de Lavapiés.....	195
— XXIII.—Un fraile, una beata y un voluntario realista.....	203
— XXIV.—La fuga.....	213
— XXV.—La celada.....	224
— XXVI.—El señor Manuel, el <i>Pasiego</i>	236
— XXVII.—El manuscrito del usurero.—Los to- madores de relojes.—Las tomado- ras.—Los del tope.—Los de la fuer- za.—Los del gancho.—Los de la rancho.—Los de la pelota.....	242
— XXVIII.—Un encuentro inesperado.....	249
— XXIX.—La pobre ciega.....	255
— XXX. El milano y la paloma.....	264
— XXXI.—Un ángel caído.....	276
— XXXII.—Un corazón de cieno.....	284
— XXXIII.—La víctima y el verdugo.....	289
— XXXIV.—La delacion.....	300
— XXXV.—Quien mal anda mal acaba.....	309
— XXXVI.—El salto.....	312
Conclusion.....	316



MANUEL MARTINEZ, EDITOR É IMPRESOR,

Meson de Paredes, 100, Madrid.

OBRAS TERMINADAS.

	Reales.
La Cadena del destino , por D. Torcuato Tárrago.....	4
Bodas Reales , por el mismo.....	4
La Niña de las Flores , por Paul de Kock.....	4
Aventuras de un Seminarista , por idem.....	4
Frutos de la Seduccion , por idem. (agotada).....	4
Los Hidalgos de la Muerte , por D. Antonio de San Martin.	4
Flor y Nata de Paul de Kock , traducida por Lustonó....	4
El Joven Emigrado , por D. José Canalejas y Mendez.....	4
El Dios de la Risa , Almanaque para 1879.....	4

EN PRENSA.

Una interesante obra, titulada:

DIARIO DE UN VIAJE Á ORIENTE,

por

DON VICENTE MORENO DE LA TEJERA.